

A man and a woman in historical costumes stand on a rocky shore at sunset. The man is shirtless, wearing a white open shirt, and the woman is wearing a green dress with a brown belt. The background is a dramatic sunset over a body of water.

UN MARIDO  
PARA  
LA SALVAJE  
& ESCOCESA

ALISON DONOVAN

UN MARIDO  
PARA  
LA SALVAJE  
& SCOCESA  
ALISON DONOVAN



**Copyright 2024 de Alison Donovan**

**- Todos los derechos reservados –**

**Romance Histórico**

Libros de Afrodita



## Sinopsis

**Nunca imaginó que una muchacha tan exasperante le robara el corazón y sus secretos pusieran en peligro sus vidas.**

Como nueva jefa del clan MacNamara, Aileen sabía que se debía a su pueblo, Pero eso no significaba que se dejara doblegar por el inoportuno y pomposo sassench.

Como súbdito leal a su rey, Lord Jonathan Eagle, conde de Stanhoped, no tiene más remedio que obedecerle y convertirse en el tutor de una ruda montañesa. Por suerte su misión terminará en cuanto le encuentre un esposo, y piensa casarla con el primer petimetre que encuentre.

Solo que la muchacha resulta ser mucho más interesante y hermosa de lo que pensaba, y él acaba convencido de que es el único pretendiente perfecto para ella.

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

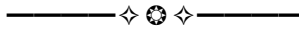
[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Notas](#)

# Capítulo 1



*Castillo de Montbourne, norte de Inglaterra.*

*Junio de 1610.*

Rápidas zancadas llevaban al mayordomo jefe del conde de Montbourne por los pasillos recién fregados del castillo. Con varios siglos de antigüedad, la enorme fortaleza de piedra se había mantenido en buen estado, y Samuel Warren se sentía muy orgulloso de la contribución de su familia a lo largo de los años a su conservación.

Con sus veloces pies, sin perder el ritmo, Warren observó el entorno familiar; un sentimiento de nostalgia se apoderó de él. En menos de un año, la vieja fortaleza sería cerrada y abandonada por una estructura más moderna, de carácter palaciego. El nuevo edificio de piedra, que se estaba erigiendo en la ladera opuesta al castillo, presumía de tener más de cien habitaciones, pero a Warren no le impresionó especialmente. A sus ojos, la monstruosidad en alza era una mancha en el exuberante paisaje. A decir verdad, si Jacobo de Escocia no hubiera sucedido en el trono de Inglaterra a la muerte de Isabel, disipando cualquier temor ulterior de guerra con los escoceses, el horrible edificio no se habría puesto en construcción.

Pero el mayordomo principal nunca expresaría abiertamente sus pensamientos. Durante generaciones, los Warren habían servido con tranquila dignidad, observando cómo los Eagles de Montbourne ganaban en rango y distinción. Primero una baronía, Montbourne era ahora un condado. Próximamente, se rumoreaba, James<sup>[1]</sup> planeaba otorgar un ducado al sexto y actual conde de Montbourne. Momentos antes, un mensajero, acompañado de ciento cincuenta hombres, había llegado con una misiva del rey, y Warren se preguntó si el pesado paquete que llevaba confirmaría el rumor como cierto.

Acelerando el paso, el hombre dobló una esquina. Una docena de pasos más y se detuvo ante la puerta que aseguraba los aposentos de su señoría. Con los nudillos preparados, listos para golpear, el mayordomo oyó los sonidos susurrantes de una risa femenina, seguidos de un gruñido profundo y masculino. Ambos se ahogaron cuando las cuerdas que sostenían el colchón de plumas crujieron con fuerza, tensándose contra las barandillas laterales de madera de la enorme cama con dosel.

Al oír el sonido, Warren se erizó desde la nuez de Adán hasta la parte superior de las orejas. Aunque el conde había dejado instrucciones estrictas de que no se le molestara, el mayordomo decidió que la misiva del rey tenía prioridad. Con un duro trago, cuadró los hombros y se enderezó el jubón. En rápida sucesión golpeó la madera y su voz se alzó.

—¡Lord Montbourne... milord!

Una maldición estalló de los labios de Jonathan Eagle. Su medallón de oro con incrustaciones de esmeralda tintineó en su pesada cadena mientras se apartaba bruscamente del

exuberante cuerpo que tenía debajo.

—¡Será mejor que el castillo esté ardiendo, Warren, o tendré tu cabeza por esta interrupción!

—No hay fuego, milord —respondió el mayordomo a través de la madera—. Pero es de igual urgencia. El mensajero del rey acaba de entregar una carta. Espera abajo una respuesta.

Mientras contemplaba a la tentadora morena estirada a su lado, con una sonrisa burlona iluminando sus ojos avellana, el joven conde se encogió de hombros y luego cogió la sábana que tenía a sus pies. Con un chasquido de la muñeca, el lino blanco se hinchó hasta cubrir a la pareja, ocultando su desnudez.

Al ver que su amante estaba modestamente cubierta, Jonathan colocó una almohada rellena de plumón detrás de él.

—Entra —ordenó, colocando su cuerpo largo y duro en posición sentada. Se apoyó en el cabecero, con el escudo de Montbourne tallado en su pulida superficie de roble. Unos ojos azul celeste surcados por espesas pestañas negras observaron el chirrido de la puerta al abrirse; el rostro inseguro del mayordomo se asomó por su borde—. Entra, he dicho.

Warren empujó el panel de par en par. Mientras sus pies calzados rozaban las piedras, su pisada apresurada se perdía intermitentemente en el surtido de alfombras tejidas a mano que salpicaban el amplio suelo de la cámara. Tales adornos eran raros en la mayoría de los castillos, pero no en Montbourne, pues su amo odiaba el tacto de la piedra fría contra sus pies descalzos.

Al llegar al lado de su señor, Warren pasó el paquete a las manos del conde.

—¿Espero su respuesta? —preguntó.

Una clara tirantez había sonado en la voz del mayordomo haciendo que Jonathan observara al hombre. Los dedos de Warren se movían inquietos con el adorno de encaje que rodeaba su delgado cuello. Un violento tinte rojo manchaba su rostro, y cualquiera, salvo Jonathan, habría pensado que el hombre se estaba ahogando. Incapaz de mirar a su amo, Warren había fijado su mirada en el techo, examinándolo con gran interés. Visiblemente, el hombre supuraba una aguda vergüenza, por lo que el conde sonrió.

Hombre de elevada moral, era evidente que Warren sentía una gran incomodidad ante los hábitos lujuriosos de su amo. Su mayordomo nunca había expresado sus opiniones, sin embargo Jonathan sabía que su mayordomo deseaba que se casara de nuevo, y pronto. Pero para Jonathan, eso estaba descartado.

Prometido durante la infancia, se había casado con su prometida (una chica a la que ni conocía ni amaba) a los diecinueve años, solo para descubrir que su pálida y virginal esposa era frígida. Cada vez que se había acercado a ella, había sufrido inmediatamente un ataque. Ninguna palabra podía apaciguarla, y tras escuchar sus gritos histéricos durante cerca de una hora en cada ocasión, él cesaba por fin en sus intentos de calmarla. En silencio, se había escabullido de su habitación, jurando que volvería a verla, pues estaba decidido a acostarse con ella. Pero su unión física nunca llegó a producirse. Ella había acudido a él virgen y le había dejado virgen. Por desgracia, la nerviosa Verety había muerto menos de cuatro meses después de sus nupcias. Como no había estado enferma, Jonathan imaginó que había sucumbido a su propio susto.

Habiendo soportado un matrimonio tan desastroso, por breve que hubiera sido, Jonathan se contentó con seguir siendo viudo. Durante los seis años siguientes, había tenido su ración de

amantes para entretenerle, siendo Lavinia Bedford la última. Cuando llegara el momento de engendrar un heredero, entonces, y solo entonces, tomaría una nueva esposa, pero sería de su elección. De espíritu alegre, dispuesta a complacerle en todo, sería alguien cuyos deseos coincidieran con los suyos. Jonathan se rió para sus adentros; con lo apasionado que era, sospechaba que nunca abandonaría su cama. En verdad, si alguna vez encontrara una mujer así, podría convencerse de probar el estado de casado una vez más. Hasta entonces, no tendría nada de eso. El cuerpo suave a su lado se movió contra su costado; la mano de Lavinia se deslizó por su pecho para moverse hacia bajo sobre su vientre tenso. Jonathan tragó el aliento que casi había siseado entre sus dientes.

—Espera en el vestíbulo, Warren —el conde ordenó. Notó que el hombre seguía inspeccionando el techo—. Te llamaré cuando haya redactado una respuesta.

Una vez cerrada la puerta, Lavinia se incorporó. La cubierta caía hasta sus caderas. Sus voluptuosos pechos se apretaron contra la espalda de Jonathan mientras apoyaba la cabeza en su hombro y fisgoneaba el pergamino en su mano.

—¿No te interesa lo que James tiene que decir? —le preguntó ella, su voz gutural llegaba hasta sus oídos. Segura de que su soberano había otorgado el tan rumoreado ducado a su amante, Lavinia sintió que su corazón se hinchaba de emoción. Una larga uña rompió el sello de lacre—. Léelo, cariño. Deprisa.

Jonathan también creía que la carta decía que ahora era duque, pero se preguntaba a qué precio. James, junto con su esposa, Ana de Dinamarca, era tristemente célebre por derrochador. Era igualmente tristemente célebre por conceder títulos nobiliarios, primero de caballero y luego de baronet, pero el honor no se otorgaba por la bondad del corazón del rey. El receptor del título tenía que pagar una fuerte suma por la distinción, y si se negaba a aceptar el honor, James le denunciaba, siendo la multa muy superior al coste original del título. Para financiar sus co fres vacíos, James, a instancias de lord Salisbury, había ideado este ingenioso plan. Su soberano no era tonto, decidió Jonathan. Sin duda, su ducado llevaba aparejada una provisión. Aumentando su escepticismo, meditó de nuevo si podría pagar el precio de James.

—¿Y bien? —preguntó Lavinia con impaciencia.

Lentamente, el paquete se desplegó en las manos de Jonathan. Dentro había otro documento sellado. Dejó el segundo a un lado, sus ojos azules escudriñaron el contenido del primero. De un tirón, se sentó derecho; la cabeza de Lavinia golpeó la madera detrás de ella. Una maldición volátil escapó de los labios de Jonathan, seguida de otra.

Frotándose con la mano el bulto que le crecía en el cuero cabelludo, Lavinia se asomó a la misiva.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

Unos ojos duros se volvieron hacia ella. Al ver la llama de la ira en sus profundidades, Lavinia tragó un jadeo asustado. Sabía que Jonathan tenía mal genio, había contemplado los efectos de su ira una vez, quizá dos. Afortunadamente, su furia no se había vuelto contra ella. Pero nunca antes le había visto tan enfadado. Sin darse cuenta, se apartó de él.

—¿James denegó su cita? —preguntó ella, mirándole atentamente.

—No —dijo él entre dientes apretados—. Me la da, pero a un alto coste.

—Seguramente, Jonathan, de todos los que hay en Inglaterra, tú eres de los pocos que

puedes pagar sus honorarios. —Absurdamente, ella tocó la pesada cadena de oro que descansaba sobre su pecho—. Tu riqueza supera a la de casi todos los demás.

—No es mi oro lo que quiere, Lavinia.

Asombrada, Lavinia le miró fijamente.

—Si no es dinero, ¿qué te ha pedido?

—No es una petición. Es una orden real. Si me niego, lo más probable es que me encierre en la Torre, posiblemente en la misma celda que ocupó tu difunto marido.

—¿Steven? Seguramente nunca podrías enfadar a James como lo hizo Steven. Después de todo, eres uno de sus favoritos en la corte.

Jonathan le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Favorito? ¿Me equiparas a gente como Hay, Herbert y Carr? —preguntó, nombrando a los más renombrados compañeros masculinos de su rey.

La ligera risa de Lavinia sonó.

—No pretendía decirlo como ha sonado, querido. Sé, como todo el mundo (incluido James), que solo le interesa el sexo débil. Quise decir que él te valora como amigo. Porque lo hace, nunca te enviaría a la Torre.

Mirando la carta, Jonathan no respondió, y Lavinia siguió divagando.

—James simplemente colocó a Steven allí para darle una lección. Iba a ser solo por un mes. Si Steven no hubiera estado tan metido en sus copas y no hubiera hecho un comentario tan subido de tono sobre Carr, hoy seguiría vivo. Nadie pensó que se resfriaría y moriría tan rápido, y menos James. No, Jonathan, él nunca se arriesgaría a perderte. Tu amistad significa demasiado para él.

—¿Es así? —preguntó.

—Sí, lo es.

—Pues está a punto de ponerse a prueba.

—¿En qué sentido? —Al no recibir respuesta, Lavinia se dio cuenta de que se había cansado de su secretismo—. Jonathan —exigió—, dime qué es lo que quiere que hagas.

—Nuestro atento soberano me ha nombrado tutor de una muchacha de las Tierras Altas, una tal Aileen Lochlan. Es la heredera de McNamara, sus tierras y su baronía. Lady McNamara, si puede considerarse como tal, es la jefa de su clan. James teme que esté a punto de producirse algún tipo de insurrección y me ha ordenado que vaya al norte de Escocia, donde debo asegurarme de que ella se case con un hombre que haya jurado lealtad a nuestro soberano y a la Corona. No debo regresar a Inglaterra hasta que esté hecho.

—¿Eso es todo? —preguntó ella, sorprendida por la vehemencia de su ira.

—¡Eso es todo! —Jonathan saltó de la cama para dar zancadas desnudo por la habitación—. ¡Maldita sea, Lavinia! —gritó, con la mano rastrillando la espesura de su pelo negro—. James sabe que no soporto a los escoceses, especialmente a los de los climas más septentrionales. Ahí son todos paganos. Un lote mugriento y mal educado que corre sin ropa por el bosque y las colinas. —La risa de Lavinia le hizo girar—. ¿Cuál es la fuente de tu alegría?

Señalada por la gélida mirada de Jonathan, Lavinia intentó tragarse sus risitas, pero siguieron brotando.

—No te burles de mí, Lavinia —advirtió él, deteniéndose en el borde de la cama—. ¿Por qué te ríes?

—Hablas de paganos sin ropa, mientras tú mismo te pavoneas por la habitación sin siquiera una puntada tras la que esconderte. En cuanto a burlarme de ti, tal vez no sea yo sino James quien se ríe más fuerte.

—¿Cuál es, por favor, la fuente de su regocijo?

—¿No te has oído a ti mismo hace un momento, difamando a los escoceses? Cuando estás en la corte, eres igual de ruidoso, aunque, afortunadamente para ti, de una manera mucho más diplomática. James sabe que le eres leal, que darías tu vida por él. También sabe que te opones a una Gran Bretaña unida. Pero recuerda, Jonathan, que su lugar de nacimiento es Escocia y que fue rey allí mucho antes de ser nombrado gobernante de Inglaterra. Tal vez te esté enviando a las Tierras Altas con un doble propósito.

—¿Cuál es?

—Como su leal súbdito, debes sofocar la insurrección que mencionaste. Él sabe que si alguien puede evitar que los clanes se levanten de nuevo, eres tú.

—¿Y?

—¿Qué prefieres como castigo? ¿La Torre o viajar a las tierras salvajes de Escocia?

Jonathan dejó caer su tenso trasero sobre el colchón.

—Así que pretende darme una lección, ¿verdad? Quizá le dé la vuelta a la tortilla.

—¿Qué quieres decir?

—Que se quede con su ducado. Estoy más que satisfecho siendo conde. Y puedo sobrevivir fácilmente un mes en la Torre. No soy un debilucho como lo era Steven.

Los pensamientos de Lavinia daban vueltas salvajemente. Desde luego, no quería que metieran a Jonathan en la Torre, pero menos aún quería que renunciara a su ducado. Ser duquesa significaba para ella más que nada. No había coqueteado, ni se había burlado de él, ni había utilizado todos los artificios que se le habían ocurrido para abrirse camino hasta su cama, simplemente porque pensaba que podría ser un amante excepcional. Él lo era, y descubrirlo se convirtió en una ventaja añadida, pero el principal deseo de Lavinia no era por el hombre en sí, sino por el poder que ejercía en la corte. Ya era uno de los favoritos de James, y como duque, sería aún más venerado. Lavinia esperaba compartir ese honor convirtiéndose en su esposa.

Por desgracia, sus planes para atraparlo se habían visto constantemente frustrados. No podía utilizar la excusa de estar embarazada para arrancarle una proposición, pues Jonathan era demasiado cuidadoso. Nunca acudía a ella sin protección. No hasta hoy.

Tutelada por un francés exuberante que había llegado a la corte hacía menos de quince días, Lavinia había aplicado lo aprendido a Jonathan. Con sus deseos desbocados y las insinuaciones eróticas de ella volviéndole casi loco, se había olvidado de envainarse. Según sus cálculos, hoy era el día, el momento de concebir. Esa era la razón por la que había llegado esta misma mañana desde Londres. Si aquel pomposo mayordomo no hubiera venido aporreando la

puerta, separándolos antes de que estuvieran completamente juntos, estaba segura de que la semilla de Jonathan ya habría encontrado su camino.

—Jonathan —dijo ella pensativa—. ¿No sería más prudente hacer lo que James te ha pedido?. —Él abrió la boca para protestar, pero ella le hizo un gesto con la mano—. Escúchame, por favor. Se está hablando de que la peste podría volver a golpear Londres.

—Siempre se habla de que la peste golpeará Londres. Pero aún no ha llegado, al menos, durante los últimos años.

—Cierto, pero si lo hace, y estás en la Torre, no sobrevivirás. No podría soportar perderte. —Sus ágiles dedos rastrearon coaxialmente sobre su hombro—. Especialmente cuando es mera terquedad lo que te impide hacer lo que James quiere. Ve a Escocia, casa a la chica con el primer hombre que jure lealtad a nuestro rey, luego cabalga de regreso a Inglaterra tan rápido como sea humanamente posible. Estaré aquí esperando tu regreso.

El ceño de Jonathan se frunció. Tal vez Lavinia tuviera razón. La idea de respirar aire fresco, aunque fuera por Escocia, parecía mucho más atractiva que la estancada humedad del interior de la Torre. Además, ¿cuánto tiempo podría tardar en casar a esa salvaje? ¿Un día? ¿Una semana? Seguro de que toda la expedición podría completarse en un mes, Jonathan tomó una decisión. Pero no habían sido las palabras de Lavinia las que le habían impulsado a tomar su decisión. Por alguna extraña razón, de repente se había sentido obligado a llevar a cabo su misión, y no tenía nada que ver con James ni con un ducado.

Dirigió una rápida sonrisa a Lavinia.

—¿Me esperas en esta misma cama?

—Te espero ahora. —Ella se recostó en el colchón de plumas. La sábana se deslizó, dejando al descubierto su desnudez—. Ven —le engatusó, abriéndole los brazos—. Te daré una muestra de lo que te vas a perder.

Jonathan contempló el cuerpo maduro y femenino de Lavinia y su tentadora pose.

—Tentador, pero me temo que nuestra unión tendrá que esperar.

—¿Por qué? —preguntó Lavinia casi chillando mientras volvía a sentarse—. ¿Qué es tan apremiante que no podemos disfrutar de esta próxima hora juntos?

—Según la carta, ciento cincuenta de los mejores hombres de nuestro rey están listos en el patio. Debemos partir de inmediato. Es por orden de James. —Depositó un ligero beso en sus labios y luego se levantó de la cama—. Lavinia, cuando regrese, dentro de menos de un mes, espero, estaré ansioso por encontrarte como estabas hace un momento, lista y esperando. Podemos disfrutar de todo un verano juntos, si quieres. Pero ahora, debo ocuparme de otros asuntos.

Lavinia observó mientras Jonathan rebuscaba en el armario colgante, seleccionando su ropa y colocando objetos sobre un arcón, y luego se dejó caer de nuevo sobre la cama. «Otra vez será», pensó, aumentando su frustración. Pero no todo estaba perdido. Jonathan pronto sería duque. Y poco después de su regreso, en poco menos de un mes, ella sería su duquesa. De nuevo, según sus rápidos cálculos, sería el momento adecuado para que concibiera. No se le escaparía.

Contempló con admiración su forma hermosamente proporcionada. Ya anhelaba tenerlo a su lado, su pasión ardía fuera de control. Pero estaba dispuesta a esperar. Hacía tiempo que

Lavinia había aprendido que plantear exigencias a Jonathan Eagle, sexto conde de Montbourne, significaba el inevitable fin de su relación. No era hombre de recibir órdenes, ni siquiera de su rey. Sabiéndolo, Lavinia decidió que su amante deseaba un ducado más de lo que había dejado entrever. ¿Por qué, si no, iba a ir a un lugar que no podía habitar? A menos que...

—¿Qué edad tiene tu nueva pupila? —preguntó Lavinia—. ¿Trece, catorce?

—Diecisiete. —La cabeza de Jonathan asomó por la parte superior de su holgada camisa y metió sus faldones en la cintura de sus ajustados calzones de piel de becerro, luego tiró de las perneras para enderezarlos—. ¿Por qué lo preguntas?

Lavinia escrutó momentáneamente a su amante. Un jubón de cuero se deslizaba sobre su cabeza; unos brazos musculosos cubiertos de lino blanco asomaban por las aberturas laterales. Alisó el cuero sobre su plana barriga y luego se ciñó un ancho cinturón de cuero alrededor de su estrecha cintura.

—Me lo preguntaba —afirmó.

—¿Detecto celos, Lavinia? —Comentó Jonathan, dejándose caer sobre el brazo de una robusta silla. En cuatro rápidos movimientos se colocó las medias y las botas de cuero hasta los muslos. Se levantó y se dirigió hacia la cama—. No te preocupes por mi fidelidad hacia ti —dijo, recuperando las dos cartas y metiéndoselas en la cintura—. Eres la más bella de todas mis amantes, y aún no me he cansado de ti. En cuanto a lady McNamara, lo más probable es que sea corpulenta, desdentada... ¡un espanto para la vista! Esperemos que tenga algunas cualidades redentoras o nunca le encontraré pareja.

«Aún no me he cansado de ti». Las palabras rodaron por la cabeza de Lavinia. «¿Lo haría?» se preguntó, irritada por la idea.

—Rezaré por tu pronto regreso —dijo, una sonrisa tentadora cruzó su rostro. Se estiró sinuosamente, esperando seducirle. Ella quería que él se quedara, al menos un poco más—. Te echaré de menos. Ya me duele no poder abrazarte.

Jonathan observó el movimiento serpenteante de su cuerpo. Mientras lo hacía, recordó que en los momentos previos al aporreo de Warren en la puerta, no se había protegido. Si su mayordomo no les hubiera interrumpido, su amante podría estar ahora embarazada.

—Hará que nuestro reencuentro sea aún más dulce —dijo, con sus sospechas en aumento. Ella le había vuelto casi loco con sus labios expertos y su lengua burlona. ¿Dónde había aprendido a excitar tanto a un hombre? ¿Y de quién?— Adiós, Lavinia. —Ofreciéndole un saludo, se dirigió a la puerta.

—¿Qué? ¿Ni siquiera un beso?

—Recibirás uno a mi regreso —dijo por encima del hombro.

Enfadada porque no pudo seducirle, ni siquiera pudo provocar su beso, Lavinia hizo algo que se había prometido a sí misma que nunca haría. Lanzó una amenaza.

—Si me aburro, Jonathan, puede que regrese a Londres. Después de todo, hay otros que buscan mi atención, Rancourt es uno de ellos —dijo, sabiendo que había años de animosidad entre los dos.

Poniendo la mano en el pestillo, Jonathan lanzó una dura mirada a su amante.

—Eres una mujer libre, Lavinia. Puedes hacer lo que desees. Si deseas a otro hombre, Rancourt incluido, entonces ve con él. No te lo impediré. Pero ten en cuenta que, si decides marcharte, nunca volverás. La decisión es tuya.

Sin dar a Lavinia la oportunidad de responder, salió por la puerta. Mientras él y Warren se dirigían por el pasillo hacia las escaleras, Jonathan dio instrucciones al hombre.

—Empaca la ropa que creas necesaria. Pero antes de entrar en la cámara, llama a la puerta. De lo contrario, podrías llevarte una sorpresa. Lady Bedford dice que desea quedarse. Tiene mi permiso para hacerlo, pero debe ser trasladada a otra recámara mientras yo esté fuera. Sin embargo, si se marchara de aquí por cualquier motivo que no sea enfermedad o muerte, y luego intentara regresar, se le prohibirá la entrada en Montbourne. —Vio la mirada sorprendida de su mayordomo—. No te preocupes por la mujer. Solo mantén las puertas cerradas para ella.

—Haré lo que pueda, señor.

—Sé que lo harás, Warren. Ahora, dile al mensajero del rey que partiré en breve para cumplir con mi deber. Voy a ver si hay provisiones extra.

Al anochecer, Jonathan, con ciento cincuenta de los hombres de James a sus espaldas, abandonó las puertas del castillo de Montbourne. En menos de una hora, toda la compañía había cruzado la frontera hacia Escocia. Mientras su gran corcel galopaba bajo él, con las antorchas sostenidas en alto por los portadores cercanos para iluminar el estrecho camino que tenían por delante, Jonathan se asombró de su propia prisa. Extrañamente obligado a conducirse a sí mismo y a los hombres del rey hasta altas horas de la noche, acercándose cada vez más a los climas del norte, no pensó en su amante sino en lady McNamara. ¿Era bestia o bella? En pocos días descubriría la verdad.

## Capítulo 2



*Castillo de McNamara, Tierras Altas del Norte.*

*Junio de 1610*

Con las alas extendidas, un halcón se elevó por encima de la fortaleza de los Lochlan. Sentada en lo alto de un tronco caído, Aileen Lochlan contempló al magnífico cazador mientras buscaba sin descanso. Las grandes alas se plegaron, y Aileen se tensó. Sus profundos ojos azules observaron cómo el gran pájaro se abalanzaba, su objetivo, un gorrión desprevenido que se había cruzado en el camino del halcón. Encandilada por el drama en el cielo, rezó para que el pequeño pájaro escapara de algún modo.

Con las garras preparadas, el cazador apuntó, solo para errar su blanco cuando el gorrión revoloteó primero hacia arriba y luego hacia abajo. El halcón persiguió a su presa, las alas del gorrión se movían salvajemente en su desesperado intento de escapar. Un grupo de árboles se alzaba a escasos metros. Agotado por su angustioso vuelo, el diminuto pájaro se precipitó hacia la protección de las hojas.

—¡Lo ha conseguido, Hammish! —gritó Aileen con júbilo mientras el gran cazador barría las copas de los árboles y luego alzaba el vuelo hacia las nubes una vez más. Después, el halcón se dirigió hacia el norte, desapareciendo rápidamente de la vista.

—El gorrión se le escapó. —La risa de Hammish Lochlan llegó a sus oídos. Tres años mayor que ella, Hammish, su primo tercero por línea directa, había sido el compañero constante de Aileen desde la infancia—. Te burlas de mí —la acusó.

—Es difícil decir desde aquí si la pequeña criatura era macho o hembra, pero sí, se escapó. —Sus ojos marrones estudiaron a la belleza que tenía a su lado.

—Piensas en la leyenda. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. Ver al halcón me la trajo a la mente. Se supone que es un mal presagio cuando el cazador alado vuela sobre el castillo.

—Si eso fuera cierto, la mala fortuna nos acaecería casi todos los días de la semana. Solo es un mito, Aileen. La leyenda no tiene sentido. —Las ramas de pino azotaban furiosamente mientras un viento frío barría la escasa extensión de bosque donde él y Aileen estaban sentados; ella temblaba violentamente—. ¿Tienes frío? —preguntó él.

Aileen decidió que la reacción no había sido inducida por el brusco escalofrío que recorría el aire, sino por el repentino presentimiento que la había inquietado. Si le contara algo así a Hammish, sabía que él se reiría y le diría que la premonición había sido causada por hablar de la leyenda y que ella era demasiado supersticiosa. A su vez, ella tendría que estar de acuerdo. Era demasiado supersticiosa con diferencia. Aunque lo intentó, fue incapaz de sofocar el misterioso

sentimiento.

Sin compartir sus pensamientos con Hammish, Aileen se echó la tela escocesa sobre la cabeza. El exceso de tela se acomodó alrededor de sus hombros, y volvió a escrutar el cielo. Oscuras nubes se formaban en la no muy lejana distancia. Decidiendo que estaba siendo infantil y tonta, atribuyó rápidamente su aprensión a la tormenta que se avecinaba.

—Las lluvias pronto nos volverán a azotar. Será mejor que volvamos o nos empaparemos por completo.

Al notar que ella seguía atormentada por los recelos, causados por los pensamientos de la vieja leyenda de Lochlan, Hammish se puso en pie de un salto.

—Sí, deberíamos volver. —Extendió una mano hacia Aileen—. No estaría bien que Lochlan apareciera empapada delante de sus compañeros de clan y con aspecto de gatito ahogado —bromeó, tratando de aligerar su estado de ánimo—. Una jefa debe ser firme y fuerte. —Sus dedos golpeaban contra su esbelto pecho—. Al menos, debería parecerlo, aunque no lo sea. Además, atrapada en las gélidas lluvias, podrías coger un resfriado. Ese clima duro no es favorable para la salud de una dama gentil como usted.

—Te burlas de mí, Hammish —dijo ella, golpeando juguetonamente su mano extendida. Mientras se apartaba un mechón de lustroso pelo rojo de la cara, metiéndolo bajo la tela escocesa, sus pies descalzos golpearon la tierra fresca—. Si no me divertieras tanto, yo, como tu jefa, haría que te expulsaran del clan... que te desterraran para siempre. Pero, como tienes la habilidad de hacerme reír, te mantendré a mi lado. —Su sonrisa se desvaneció a medida que la melancolía se apoderaba de ella—. No es frecuente que sonría. Últimamente no.

Hammish contempló la mirada abatida en el excepcional rostro de Aileen. En sus ojos brillaban lágrimas que intentaba ocultar. Su prima pensaba en su querido padre, él lo sabía. Desde la prematura muerte de Duncan Lochlan, la exuberancia natural de Aileen se había desvanecido hasta casi extinguirse. Enfrentada a su dolor, más las responsabilidades añadidas de ser la jefa del clan Lochlan, había caído en un estado depresivo. Deseaba ser una buena líder, con la esperanza de estar a la altura de la fe que su difunto padre había depositado en ella, pero Hammish sabía que se sentía insegura de sí misma. Asimismo, las constantes interferencias de su tío hacían poco por reafirmar la posición de Aileen, y deseaba que el hombre se guardara sus consejos para sí mismo.

Tal y como él lo veía, Malcom (sin parentesco real con Hammish) era un hombre ávido de poder en el que no se podía confiar. Pero se había guardado sus pensamientos, porque Aileen respetaba a su pariente, incluso buscaba el consejo de Malcom. Por qué, Hammish no lo sabía. Pero hablar negativamente del hombre significaba levantar la ira de Aileen, y Hammish no deseaba sentir los efectos de su rápido temperamento, ni el látigo de su afilada lengua.

Miró a Aileen con más detenimiento. Siempre atento a su estado de ánimo (pues Hammish la quería más que como la figura fraternal que ella creía que era) se dio cuenta de que debía hacer algo para levantarle el ánimo, no fuera que se hundiera aún más en las profundidades de su melancolía.

—¡Eh! —gritó, con la picardía bailando en sus ojos—. Un bufón de la corte, ¿es eso lo que soy para ti? —Recogió tres robustos palos del suelo—. ¿Hago malabares para usted, entonces? —Al ver descender los proyectiles desde lo alto, Hammish se agachó, envolviéndose la cabeza con los brazos de forma protectora justo antes de que rebotaran sobre su espalda cubierta de lino

—. ¿Y ahora qué? —preguntó, espiando un brillo renovado en la mirada de Aileen—. Ya sé. Daré volteretas para milady. —No queriendo avergonzar a Aileen ni a sí mismo, tiró de la cola de su escocés hacia arriba hasta la rodilla, entre sus piernas, para meter el material sobrante contra los pliegues ceñidos a su esbelta cintura—. ¿Lista? —preguntó, frotándose las manos. Reprimiendo la risa, Aileen observó mientras Hammish saltaba torpemente de mano en mano por el pequeño claro. Al ver su dirección, parpadeó.

—¡Hammish! Cuidado con el... —¡Demasiado tarde! Desapareció por el borde de un pequeño barranco. Ella salió corriendo a toda prisa. Deteniéndose donde su primo había desaparecido, se asomó por la ladera—. ¿Hammish?

—Podrías haberme avisado antes —gruñó, arrancándose de en medio de un arbusto achaparrado. Incorporándose, se miró las piernas desnudas para notar una abundancia de feos arañazos—. Me quedarán cicatrices de por vida. Y ni siquiera una risita de milady. Mis esfuerzos fueron desperdiciados.

La risa cristalina de Aileen se elevó en el aire.

—Eres un tonto, Hammish —dijo, y su risa se aplacó. Los pies descalzos de su primo pisaron el suelo blando, subiendo por el lado del abismo poco profundo, y ella le tendió una mano, ayudándole a superar la cresta—. Pero un tonto maravilloso y bondadoso.

Hammish respiró entrecortadamente en sus pulmones ardientes, deleitándose con el brillo de la sonrisa perfecta de ella. Otro aliento entró en su pecho, pero no fue suficiente. Le sobrevino un espasmo. Cubriéndose la boca, tosió intermitentemente, apartándose de Aileen para apoyarse en un árbol cercano. Sus dedos apretaron la áspera corteza hasta que finalmente pasó la convulsión.

—¿Por qué te esfuerzas tanto? —preguntó Aileen, con tono admonitorio. En realidad, no estaba enfadada con Hammish, sino consigo misma. Nunca debería haberle permitido salir cuando se había levantado de la cama hacía solo quince días y con unos kilos menos de peso del que había tenido—. Sabes que no estás del todo bien. —El viento frío volvió a azotar los pinos. Ella escudriñó el cielo para ver que las pesadas y grises nubes estaban casi sobre ellos, y sus suaves manos cayeron de la espalda de él, donde habían tratado de calmarlo—. Vamos, debemos llegar a casa antes de que caigan las lluvias.

Hammish se incorporó para mirar a su prima. La preocupación iluminaba su rostro, aunque la inquietud que vio allí no era por ella, sino por él. Una rápida sonrisa curvó sus labios.

—La tos no es más que una molestia —dijo, tomando aire—. Estoy bien y robusto. Para demostrarlo, te echo una carrera hasta las puertas del castillo.

Hammish aceleró hacia la centenaria fortaleza de piedra, asentada en lo alto de la colina opuesta. «¡Maldito sea!» pensó Aileen. «Si sigue con sus imprudencias se matará».

Sus hábiles pies flotaron sobre el suelo mientras ella corría tras él a través del corto tramo de bosque, para descender por la árida ladera a medida que se alejaba de los árboles.

A un cuarto del camino, ella le adelantó, y luego aminoró el paso.

—Te echo una carrera, pero solo hasta esas rocas —dijo, señalando hacia el afloramiento al pie de la colina.

—Hecho —ronroneó Hammish—. Pero solo si corres como el viento. No es justo que

pierdas a propósito.

Para puntuar su afirmación, Hammish se impulsó aún más, dejándola una o dos zancadas por detrás. Más segura que nunca de que se mataría, Aileen decidió poner fin a la carrera. Estaban a escasos metros de las rocas, y con la velocidad y la gracia de un ciervo rojo, pasó junto a él a grandes zancadas.

—Has perdido —le gritó por encima del hombro cuando hubo alcanzado su meta—. Abandona la causa.

Hammish tropezó hasta detenerse. Agarrándose a la piedra caliza picada, tragó aire a bocanadas, intentando recuperar el aliento. La preocupación de Aileen aumentó. Su mente ordenó a sus pies que se detuvieran, pero el impulso de éstos la llevó más allá de las rocas salientes, por un terraplén empinado, y hacia la llanura plana.

El fuerte relincho de un caballo llenó sus oídos; Aileen giró sobre sí misma para ver sus grandes cascos negros golpeando el aire a escasos centímetros por encima de ella. Una maldición virulenta se disparó hacia arriba mientras su jinete intentaba recuperar el control con un duro tirón de las riendas. Con los ojos en blanco, la asustada bestia obedeció la orden; sus patas delanteras golpearon el suelo a menos de un metro de ella.

Sobre la cabeza oscilante del semental, unos ojos azules la crucificaron de inmediato.

—Muchacha —apretó el hombre entre dientes—, ¿tienes tan poca consideración por tu vida que corres sin rumbo por estas miserables colinas sin pensar en tu seguridad? Podrías haber sido pisoteada.

«¡Sassenach!». Gritó la mente de Aileen en gaélico. Su mirada miró más allá del inglés que había hablado para ver a la legión que tenía detrás. «¡Madre de Dios! ¡Los invasores han descendido sobre nosotros!». ¿Qué debía hacer?

—¡Respóndeme, muchacha! —retumbó la voz del líder—. ¿O eres una simplona? Si es así, eso explicaría tu indiferencia a tu existencia. —Apreció su abundante y lustrosa cabellera pelirroja, ahora liberada de su cubierta de cuadros escoceses, y luego observó sus rasgos perfectos. Finalmente, sus ojos recorrieron su forma femenina para detenerse con interés masculino en las torneadas curvas de sus piernas desnudas—. No sé cómo puede sobrevivir nada en esta tierra tosca y lúgubre.

Varias risitas surgieron de los hombres que estaban detrás de él; sus propios labios se resquebrajaron en una amplia y uniforme sonrisa. Era el diablo, pensó Aileen, aunque incapaz de negar su atractivo.

Envuelto en cuero, era ancho de hombros y delgado de caderas. Y muy alto. O eso se imaginaba ella. Sobre su noble cabeza, una espesa cabellera negra brillaba como el ébano, incluso en la penumbra del día. Sus rasgos cincelados, incluidos los hoyuelos engarzados en cada mejilla, parecían haber sido esculpidos por las manos de un maestro. Posiblemente era incluso más guapo que el mismísimo malvado Lucifer.

Aileen estuvo tentada de persignarse, pero sabiamente se contuvo. Le temía, pero no mostraría su alarma. Mientras miraba fijamente al hombre que la había difamado a ella y a su patria, el viento azotaba alrededor de todos ellos. Unas firmes gotas de lluvia salpicaron la tierra.

A Aileen le tocó sonreír al ver al hombre estremecerse. Maldiciendo, se fijó el yelmo en la cabeza y se ciñó la pesada capa.

—No soy una simplona —respondió, con voz baja y uniforme, y los hombros cuadrados—. Siendo una Lochlan, recorro estas colinas a voluntad, como todos los Lochlan del clan. Eres tú, *Sassenach*, quien tiene poca consideración por su propia vida, y por las vidas de aquellos que le siguen. A menos que te marches de aquí, y te marches rápido, permanecerás para siempre en esta «tierra tosca y lúgubre». Márchate, o los carroñeros pronto estarán recogiendo tus huesos.

Una ceja oscura se arqueó cuando Jonathan miró a la joven que había amenazado su vida y la de sus hombres. Qué daño podía causar ella sola a cualquiera de ellos, era incapaz de decirlo, pero estaba seguro de que sería menor en el mejor de los casos. Intrigado por su valentía, por falsa que fuera, cautivado por su belleza, de una calidad inigualable, pensó que si debía permanecer en esta tierra infernal durante mucho tiempo, se batiría con gusto con una muchacha de gran espíritu como ella. Solo con ella, corrigió en silencio, sabiendo que la llevaría con gusto a su cama.

Su mirada interesada rastreó una vez más sus suaves piernas, e imaginó su satinada longitud envuelta alrededor de su cintura, sus esbeltas caderas ondulando bajo las suyas. En este clima lúgubre, daría la bienvenida a un cuerpo suave y dispuesto a su lado, que le mantuviera caliente toda la noche. A decir verdad, aunque ella era obviamente de estirpe campesina, la joven criatura madura que se hallaba a solo unos metros de él le fascinaba sobremanera. En cuanto a la mujer que había dejado atrás, lo que mantendría en secreto para Lavinia no le disgustaría en absoluto.

Apoyó un brazo en el pomo de su silla de montar.

—Lo siento, muchacha, pero los carroñeros tendrán que buscar otra presa para cenar, pues ni yo ni mis hombres nos convertiremos en su banquete. Tampoco puedo abandonar estas tierras. No hasta que haya finalizado con los asuntos del rey. Dime, ¿está lady McNamara en el castillo?

—¿Qué quieres de ella? —preguntó Aileen, mirándole con suspicacia.

—Es asunto del rey, como ya he dicho. Debo informar a lady McNamara primero. Pero después de informarla de mi misión, me gustaría mucho renovar nuestra propia amistad. ¿Cómo te llamas, muchacha?

Unas risitas cómplices retumbaron entre los hombres más cercanos; Aileen se puso rígida. ¡Cerdos ingleses! juzgó en silencio a todos ellos, lanzando una mirada de odio.

—Lochlan —espetó finalmente.

Los labios de Jonathan se crisparon.

—Lochlan Lochlan: un nombre interesante, pero no muy creativo.

—Pero es de ella —dijo Hammish al aparecer. Lentamente se abrió paso por la pequeña pendiente hasta situarse junto a su prima—. También es mío. ¿Cuál es el tuyo, *Sassenach*?

Sus miradas se cruzaron, los ojos masculinos se evaluaron momentáneamente.

El recién llegado colocó un brazo protector alrededor de los hombros de la joven belleza. Para Jonathan, el gesto proclamaba que ambos estaban casados, o al menos prometidos. Inexplicablemente, su decepción se disparó. Volvió a mirar al hombre más pequeño. Su mirada desafiante retó a Jonathan a entrometerse. Jonathan sabía que podría derrotarle fácilmente, robándole a la muchacha, pero otros asuntos eran mucho más apremiantes.

—Perdone mis malos modales —dijo con una ligera inclinación de cabeza—. Soy el

sirviente del rey, el conde de Montbourne. Estos buenos caballeros son los hombres del rey. Ahora, si nos disculpa, cabalgamos hacia el castillo para ver a lady McNamara.

—¡Pero ella no os verá! —exclamó Aileen.

—Esperaremos en el salón y nos deleitaremos con su comida hasta que ella conceda una audiencia. Que tengan un buen día.

Aileen observó la procesión de hombres mientras pasaban lentamente junto a Hammish y a ella. A una orden del que se hacía llamar Montbourne, la hilera de monturas marcó uniformemente una rápida cadencia ascendiendo por la árida ladera. El cambio brusco de ritmo, se dio cuenta, servía para mostrar su intrepidez. Podían ser audaces, pero también eran tontos, pues Aileen estaba segura de que su tío lo observaba todo desde la almena.

Un movimiento en falso y estarían todos muertos.

—Será mejor que vayamos al castillo —oyó decir a Hammish.

—Sí —respondió ella, sin apartar los ojos del hombre que se había autoproclamado emisario de James. Las esporádicas gotas de lluvia aumentaban en número—. Vamos, hay trabajo que hacer.

Había empezado a caer una lluvia constante cuando Aileen y Hammish se deslizaron por el pasadizo secreto, cuya entrada estaba oculta tras un montón de rocas. El pasillo salía a los sótanos de la torre norte, su escalera de piedra en espiral los llevaba a través de la muralla exterior del castillo.

—Ve a tus aposentos y ponte ropa seca —ordenó Aileen, sorteando los almacenes de grano y provisiones allí guardados mientras se dirigía hacia la puerta que conducía al pabellón interior.

—¿Qué piensas hacer con el *Sassenach* y los que cabalgan con él? —preguntó Hammish.

—Voy a preguntar a Malcom. Seguramente él tendrá la respuesta.

—Si es que no los ha matado ya —intervino Hammish—. Ten cuidado, Aileen. No dejes que te persuada para actuar precipitadamente.

—No lo haré —dijo ella, notando su mirada de advertencia. Aunque a menudo buscaba el consejo de su tío, no siempre hacía caso de los consejos de Malcom, a pesar de lo que Hammish suponía. Lo que su primo consideraba falta de confianza era en realidad su necesidad de ser prudente en todo lo que hacía. Si alguna vez perdía los estribos con Hammish, era porque estaba harta de verse atrapada entre su primo y su tío, los dos en constante oposición el uno del otro, y no porque favoreciera a Malcom, como pensaba Hammish. Sabiendo muy bien lo que su tío sentía por los ingleses, sopesaría sus palabras con cuidado. Solo entonces actuaría—. Solo reza para que no sea demasiado tarde.

Protegiendo su cabeza de la lluvia, se levantó la falda, ahora desabrochada de la cintura, y salió corriendo por la pesada puerta de madera de la base de la torre hacia el patio interior. Al llegar a los escalones de piedra que conducían a la almena, los recorrió hasta arriba y luego caminó rápidamente hasta donde se encontraba su tío. Con la cara roja, gritó a la chusma inglesa que esperaba cerca de la puerta. Manteniéndose alejada de la vista de los de abajo, escuchó la conversación.

—Lady McNamara no desea veros —declaró Malcom acaloradamente—. Llévese sus cueros ingleses de vuelta al otro lado de la frontera mientras aún tenga la oportunidad.

—Me asombra, señor —dijo Jonathan mirando hacia arriba—, que usted sepa lo que piensa lady McNamara cuando no ha abandonado el lugar donde se encuentra desde que cabalgué por esta colina. Estoy aquí por llamada del rey para entregar una carta de James a Lochlan. Solo ella puede verla. Le sugiero que busque a su jefa y le diga que tengo asuntos urgentes con ella.

—Si es tan urgente, tal vez considere entrar solo en el castillo. Estaría encantado de llevar la misiva a mi jefa personalmente.

Jonathan evaluó al hombre que no parecía tener más de cuatro o cinco años más que él. Si Jonathan entraba solo en la fortaleza de los Lochlan, estaba seguro de que nunca saldría vivo de allí. En su mente, vio la carta de James en lo alto de una bandeja de plata, junto a la cabeza de Jonathan. Su breve carcajada se elevó a través de las pesadas brumas.

—No es tan urgente —dijo, con una fría sonrisa en los labios—. Si yo entro, también lo harán mis hombres. Ahora, busque a su dama y dele mi mensaje. No abandonaré estas tierras paganas hasta que la vea.

—¡Malditos sean tus ojos ingleses! —gritó Malcom, sonando aún más indignado—. ¡He dicho que te largues! —El emisario de James permaneció quieto, al igual que sus hombres. Malcom deslizó su *claymore* de la vaina que descansaba a lo largo de su espalda. La hoja se alzó en alto y una banda de arqueros se precipitó hacia la almena. Arcos y flechas preparados, esperaban la orden para dejar volar sus mortíferos proyectiles—. ¡Preparaos para morir! —bramó Malcom.

Los ojos de Aileen se abrieron de par en par. Quería al inglés y a sus soldados lejos de sus tierras, pero no los quería muertos. Si Montbourne era realmente el emisario de James y el clan Lochlan lo había asesinado, entonces ay de todos ellos. Al igual que el clan Gregor, que, por orden de James, había sido despojado de sus tierras, sus hogares quemados, su nombre declarado extinto... todo por su desobediencia a la Corona; ella temía que los Lochlan sufrieran un destino similar. Ella no podía permitirlo. No después de que su padre hubiera jurado lealtad a su rey.

—¡Tío! —gritó en voz baja, no queriendo que su voz llegara más abajo—. Cesa estas hostilidades.

Malcom se volvió hacia ella. Bajo su duro ceño, sus ojos oscuros la examinaron, luego hizo un gesto a sus hombres. Caminando a grandes zancadas sobre las piedras mojadas, se encaró con ella.

—Sobrina, han entrado ilegalmente y se niegan a marcharse. Solo hay una forma de tratar con ellos. Estarán todos enterrados al anochecer.

—El que está al frente dice que fue enviado por James. Si es así, tío, nos arriesgamos a un severo castigo si lo matamos. No podríamos defendernos del ejército vengador que seguramente lo seguiría. No deseo ver a mis compañeros de clan masacrados, todo por culpa de un solo hombre.

—¡Son más bien seis!

—Uno o seis, no importa, si fueron enviados por James. —La mandíbula de Malcom se apretó.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres que haga?

Al ver su ira, Aileen supo que tenía sed de sangre, pues odiaba a los ingleses y a James, pero no permitiría que el aborrecimiento de su tío los destruyera a todos.

—Dile que vas en busca de lady McNamara y que solicitarás una audiencia. Deja que se siente bajo la lluvia hasta el anochecer, entonces permite que todos entren en el castillo. Dale de comer pasteles y gachas. No les des vino, solo agua. Cuando llegue el momento, haré mi aparición como lady McNamara.

—Si ese es tu deseo, que así sea, pero nuestros propios hombres estarán armados y preparados. Si un solo inglés da un paso en falso, todos serán asesinados.

—Arma a los hombres, pero modérate, tío. No quiero derramamiento de sangre, si puede evitarse. Esas son mis órdenes.

—Y yo daré fe de que las diste —dijo Hammish desde detrás de ella.

Por encima de la cabeza de Aileen, las miradas de los hombres chocaron con animosidad; entonces Malcom se acercó a la pared. Siguiendo las instrucciones de Aileen, informó al inglés de que se buscaría a lady McNamara y se solicitaría una audiencia. Sin embargo, hasta que una respuesta saliera de sus labios, los ciento cincuenta hombres debían permanecer fuera de las puertas del castillo.

—Vuestra hospitalidad no tiene parangón —dijo Jonathan a su adversario, con un distintivo hilo en la voz. Parpadeó y se quitó las gotas de agua de los ojos—. ¿No puede al menos ofrecernos refugio de estas frías lluvias?

—Si no desean esperar, Inglaterra está por allí —espetó Malcom, señalando hacia el sur—. De lo contrario, mantengan sus posiciones. —Cumplidas sus órdenes, el tío de Aileen se apartó de la muralla. Haciendo señas a los arqueros para que abandonaran sus puestos, se dirigió de nuevo hacia su sobrina—. Los centinelas vigilarán a los cerdos —dijo, curvando el labio—. Puede ocurrir, sobrina, que te arrepientas de no haberlos aniquilado mientras tuvimos la oportunidad. Por tu propia resolución, nos has puesto a todos en peligro. ¿No lo reconsiderarás?

—No, tío. Mantengo mi decisión.

—Todo lo que venga después recae únicamente sobre tus hombros —dijo, lo suficientemente alto como para que les oyeran los más cercanos. Obviamente, quería que sus compañeros de clan supieran que se oponía a ella—. Para asegurarme de que ninguno de nosotros tenga un final rápido, voy a ordenar que se preparen los hombres.

Aileen observó a su tío bajar los escalones de piedra. Mientras se inquietaba por su decisión de admitir a los hombres en el castillo, sus dientes se preocupaban por su labio inferior. Malcom estaba disgustado con ella, lo sabía. Pero, dadas las circunstancias, ella no había tenido otra opción. Ella no provocaría la ira de James.

—No dejes que sus palabras te alteren. —Las suaves manos de Hammish se posaron en sus hombros—. Más de doscientas personas, todos Lochlan, residen dentro de estos muros. El *Sassenach* no es motivo de alarma.

—Excepto que ellos eventualmente estarán dentro con el resto de nosotros. Hammish, es eso lo que me preocupa. Si Malcom reacciona demasiado rápido a cualquier cosa que este Montbourne diga o haga, temo que se produzca una gran matanza.

Su primo frunció el ceño.

—Sí —dijo—. Conociendo a tu tío, los ingleses estarán todos muertos.

—Nosotros también lo estaremos —afirmó Aileen, pensando de nuevo en James—. Quizá sea mejor que le recuerde a Malcom (y también a los demás) que contenga su ira.

Su pie golpeó el último escalón, y Hammish la siguió.

—¿Y el *Sassenach*? —preguntó—. Si se le hace esperar, ¿no aumentará su propia ira?

—Estoy segura de ello, Hammish. Sobre todo porque tiene una opinión tan excepcional de las Tierras Altas. Una temporada a la intemperie le hará, sin duda, desear aún más su amada Inglaterra. La buena fortuna puede hacer que cuando finalmente abramos las puertas, él ya haya partido.

—Pero puede que no.

—Bueno, es una oportunidad que aprovecharé.



Al anochecer, las rústicas puertas que conducían al castillo de McNamara se abrieron crujiendo lentamente. Tras permanecer sentado durante horas bajo la fría lluvia, sin mirar nada más que la gris fortaleza de piedra o el paisaje igualmente incoloro que le rodeaba, Jonathan observó cómo un hombrecillo rechoncho se deslizaba desde el interior de la antigua fortaleza. Con las piernas desnudas arqueadas bajo su robusto tronco, las caderas y los muslos cubiertos con lo que Jonathan supuso que era la tela escocesa de los Lochlan (un tejido de colores verde, amarillo y rojo), el hombre esquivó los charcos que yacían como lagos en miniatura sobre el suelo empapado, avanzando a grandes zancadas hacia la tropa que le esperaba.

—Lochlan se disculpa por el retraso y os da la bienvenida —dijo, deteniéndose ante Jonathan—. Una comida os espera a usted y a sus hombres en el salón.

El desprecio brilló en sus ojos mientras miraba fijamente al hombre, pues apenas podía controlar su temperamento. Sus ropas estaban empapadas, mientras riachuelos de humedad resbalaban por su espalda; estaba helado hasta los huesos. Su ya baja opinión de los montañeses se había deteriorado aún más. «Burdos provincianos de cabeza musgosa», pensó irritado, decidiendo que había que enseñarles a cada uno el significado de la urbanidad.

Dominando sus emociones, pues se negaba a comportarse tan descortésmente como lo hacía el clan Lochlan, Jonathan sonrió cortésmente.

—Buen hombre. Por favor, si es tan amable, guíenos.

El pequeño y corpulento escocés giró sobre sus talones e hizo una señal a los guardias de la puerta. Las puertas con cicatrices se abrieron de par en par. Siguiendo al hombre mientras esquivaba de nuevo los charcos, Jonathan y la tropa de ciento cincuenta pasaron pronto bajo el rastrillo, hacia el patio superior. Mientras la fila de hombres avanzaba a través de otro conjunto de puertas hacia el patio inferior, Jonathan fue consciente de que no menos de cien pares de ojos observaban la procesión. Los hombres se situaban a lo largo de las almenas y en las escaleras de piedra que conducían a las alturas del primero, así como alrededor del perímetro del propio patio. Fuertemente armados, cada hombre se mantenía en su puesto, con la mano colocada en su arma. Toda la escena era un mal presagio para Jonathan y sus hombres.

Los jinetes se detuvieron cerca de los establos. Permaneciendo vigilantes, Jonathan y los demás desmontaron con cautela, luego veinticinco guerreros le siguieron hasta la entrada de la sala, el resto se quedó atrás para atender a los caballos. Cuando hubo atravesado las vetustas puertas, Jonathan observó que el lugar permanecía extrañamente vacío, pero imaginó que él y sus hombres estaban siendo estrechamente vigilados, al igual que fuera. Su mirada barrió de nuevo el vestíbulo, observando que estaba limpio. Sin embargo, las instalaciones podían calificarse, en el mejor de los casos, de miserables.

A lo largo de las monótonas paredes de piedra se extendían largas mesas de caballete, sin un trozo de damasco cubriendo sus tableros expuestos. Junto a ellas había bancos de madera, cuyas tablas rugosas parecían peligrosamente duras. Jonathan pensó en la horda de hombres con las piernas desnudas que ocupaban este lugar, siendo sus *plaid*s la única protección que llevaban. Se le escapó una risita silenciosa. Sin duda tenían las piernas y las nalgas llenas de cicatrices por el tropel de astillas que les saludaban cada vez que se sentaban a comer.

La vajilla no era mejor que el mobiliario. En lugar de peltre o plata, los caballetes estaban colocados con cuencos de madera manchada y cucharas de madera agrietada, sin que se viera ni un bocado de comida. Al igual que sus hombres, Jonathan estaba cansado, mojado y hambriento, pero no le sorprendió ver que no había provisiones esperándoles. Donde los malos modales se mostraban en un área, estaban destinados a extenderse a otra, y las concepciones de Jonathan sobre los escoceses se reafirmaron rápidamente: eran y siempre serían un grupo grosero.

—Tomen asiento en una de las mesas —dijo el hombre que les había escoltado hasta el castillo—. Su comida llegará en breve.

—¿Qué hay de lady McNamara? —preguntó Jonathan—. ¿La veré en breve?

—No tengo ni idea. Está ocupándose de asuntos que conciernen al clan. Cuando ella haya terminado, supongo que mandará a buscarle. Vaya, tome asiento. —El hombre se marchó sin esperar respuesta.

Apretando los dientes, el conde de Montbourne indicó a sus hombres que se acercaran a los bancos. Al mismo tiempo, las puertas exteriores del salón se abrieron de par en par. Sacudiéndose la lluvia de la cabeza, el resto de la tropa atravesó el suelo de piedra, uniéndose a sus compañeros. Sin embargo, uno se dirigió hacia Jonathan.

—Los caballos han sido frotados, abrevados y alimentados —le dijo sir John Farrell una vez hubo llegado al lado de Montbourne. Sus ojos castaño oscuro escudriñaron los tableros de la mesa—. Estaría bien poder decir lo mismo de nosotros.

Jonathan miró al caballero. Acercándose a la treintena, era uno de los soldados de mayor confianza de James.

—Pienso exactamente lo mismo —coincidió Jonathan. Le preguntó—: ¿Qué opinas de esta situación?

Farrell echó un vistazo a la sala vacía.

—Me pone nervioso. El hombre en la almena parecía extremadamente deseoso de derramar nuestra sangre inglesa. No me sorprendería que, mientras comemos, él y los demás cayeran sobre este lugar y nos asaltaran a todos.

—Opino lo mismo, sir John —reconoció Jonathan—. Diga a sus hombres que se mantengan alerta, pues pronto podríamos tener que combatir para conseguir nuestra salida. De lo

contrario, este lúgubre agujero podría convertirse en nuestra tumba.

—Todos estarán preparados para lo que venga —prometió sir John—, y yo también.

—Perfecto. —Con manos impacientes, Jonathan desató las cuerdas anudadas que aseguraban su capa—. Esperemos que nos concedan tiempo suficiente para llenar el estómago y renovar nuestras fuerzas. —Miró hacia el fondo de la sala—. Esta interminable espera está poniendo a prueba mi templanza. ¿Se espera que preparemos la comida nosotros mismos?

Al otro lado de la sala, Aileen Lochlan echó un vistazo por el borde de la cortina que separaba la gran sala de la entrada a las cocinas. Con los ojos centrados en el llamado Montbourne, vio que este hombre miraba brevemente hacia ella.

—Me pregunto de qué estarán conversando —comentó Hammish desde detrás de ella, observando a los dos ingleses por encima de su hombro—. Sería interesante saberlo.

—Sí, lo sería —dijo Aileen, con el ceño ligeramente fruncido—. Sin embargo, no debería ser muy difícil de averiguar. —Se volvió hacia Hammish—. ¿Está lista la comida?

—Sí. La comida lleva casi una hora en las mesas de atrás. Las gachas se han enfriado, están grumosas, y tienen la consistencia de la pasta.

—Bien. —Aileen se asomó una vez más entre las piedras para ver cómo la capa empapada se colgaba de los hombros del inglés; este la arrojó sobre una mesa desordenada. El agua goteaba de su dobladillo sobre el suelo. Se quitó el yelmo de la cabeza y lo arrojó sobre la capa, luego se pasó los dedos por el pelo largo y húmedo—. No merecen nada mejor, los arrogantes.

Hacía poco más de una hora, mientras los hombres del rey esperaban fuera bajo la fría lluvia, los Lochlan del clan se habían dado un festín al calor de este mismo salón. Trincheras de carne habían alineado las mesas, junto con cuencos de guisantes y nabos. Panes morenos y quesos habían pasado de mano en mano, al igual que frutos secos. El vino y la cerveza habían fluido libremente, pero no se bebió demasiado.

Después de que todos hubieron comido, se recogió la sala, se quitaron las mantas de damasco de las mesas y se fregaron; se cambiaron los viejos bancos por otros nuevos. No quedaba ni rastro de las finas decoraciones ni de la suntuosa comida, excepto quizás un leve y persistente olor a carne asada.

—Diga a las mujeres que traigan las teteras y los pasteles. Es hora de que sirvamos a nuestros invitados.

—¿Nosotros? —inquirió Hammish—. Seguro que no tienes la intención de servir tu misma a los *Sassenach*, ¿verdad?

—Así es.

—Asegúrate, Aileen, que al hacerlo no te estás poniendo en peligro.

—Puesto que él no sabe quién soy, no preveo ningún peligro. Él y sus hombres están cansados y hambrientos, por lo que podrían ser menos cautelosos con sus lenguas. Quizá pueda descubrir por qué está aquí. —Miró hacia el extremo opuesto de la cortina, donde su tío permanecía en las sombras, con cuatro docenas de hombres vigilando los estrechos pasillos tras él—. Además, Malcom le mira como un halcón a un conejo. El inglés no es tonto. Sabe que le vigilan.

—Él no será un problema, no ahora.

Hammish estudió a su prima durante un largo momento. El inglés, se había dado cuenta, había mostrado un interés masculino por ella. Obviamente, el hombre la creía una vulgar moza que, con un poco de persuasión, podía utilizar para su propio placer. Si Malcom se daba cuenta de ello, el pícaro inglés pronto acabaría castrado.

—Una advertencia, prima —le dijo cerca del oído—. El *Sassenach* te mira con lujuria, así que cuando estés cerca de él, asegúrate de que no te toque. Tu tío no tolerará tal intimidad. Ten cuidado, o la sala será un baño de sangre como ningún Lochlan ha visto jamás.

¿Lujuria? La palabra rebotó en la mente de Aileen. Mirando fijamente a Hammish mientras se dirigía a las cocinas para ordenar a las mujeres que trajeran las calderas y los pasteles, consideró la afirmación de su primo.

Ciertamente había notado la chispa de interés masculino en los ojos del inglés cuando se habían conocido, pero había pensado que no era más que una reacción de su propia vanidad masculina. Sus palabras sobre renovar su amistad habían sido dichas de forma seductora, la insinuación no se le escapaba a nadie, pero ella estaba segura de que habían sido para entretener a sus hombres, llamando así la atención sobre sí mismo.

La mirada de Aileen se centró de nuevo en el *Sassenach*; lo estudió detenidamente. Era apuesto. Pomposo, también. «En verdad», pensó ella, «se parecía mucho al gallo que se pavoneaba en el patio más allá de las puertas de la sala». Pavoneándose, el arrogante ave cantaba con fuerza. A esa señal, las más sabias de las gallinas se escabullían hacia los extremos opuestos del patio, pues instintivamente sabían lo que se avecinaba, mientras que las más tontas de la prole sufrían las consecuencias. Aileen sabía lo suficiente como para mantenerse lejos del inglés, era un gallo fanfarrón. Hammish no tenía nada que temer.

Cuando las mujeres se hubieron reunido a su lado, Aileen dio cuidadosas instrucciones de que debían permanecer atentas a todo lo que se dijera.

—Informadme de todo lo que oigáis —dijo—. Recordad que serviré al alto de pelo negro y ojos azules. —Cogiendo una tetera y un cucharón, salió de detrás de la cortina de piedra, las otras mujeres la siguieron.

Jonathan levantó la vista para ver la fila de mujeres que se dirigía hacia él, con la belleza que lo había sorprendido.

—Por fin —dijo a sir John, observando atentamente a la muchacha que había vuelto a captar su interés. Viendo el rojo fuego de su cabello, se preguntó si su pasión era tan fogosa. Examinó sus rasgos perfectos; sus labios mohínos parecían tentadoramente deliciosos, y contempló cómo sabrían si se abrieran paso bajo los suyos. Su atención se centró en su torneado cuerpo, y observó que se movía con una gracia natural incomparable a la de cualquier inglesa que él conociera. Salvaje e indómita, se parecía mucho al país donde había nacido, y Jonathan decidió que disfrutaría mucho dominándola. Pero no cabía duda de que la muchacha estaba prometida, y no se arriesgaría a provocar la ira de esos paganos escoceses, pues significaba una muerte segura, no solo para él sino también para sus hombres.

Por el rabillo del ojo, vio a sir John avanzar hacia la mesa; Jonathan le siguió. Sentado, de espaldas a la pared, esperó su tarifa. Un momento después, para su sorpresa y deleite, la muchacha pelirroja se colocó detrás de él. Con sus ojos de gruesas pestañas arrugados en las

comisuras, Jonathan le dedicó una sonrisa, una que sabía que hacía que la mayoría de las mujeres se desmayaran de inmediato. Increíblemente, ella parecía inmune. Ella le miró fijamente sin responder; lentamente su sonrisa se desvaneció. Su cucharón se sumergió en la caldera y luego se retiró. Un gran grumo de gachas frías cayó en su cuenco. Al ver el apetitoso engullido, Jonathan hizo una mueca.

—¿Qué es esto?

—Avena —dijo mientras otra mujer ponía una fuente en la mesa, justo delante de él—. Y eso son *bannocks*, o tortas de avena.

Jonathan no pudo evitar preguntarse si el grano era la única subsistencia de la que vivían los Lochlan. Lo dudaba, pues el aroma de la carne asada todavía flotaba en el aire del interior de la voluminosa sala, y sospechaba que la avena, en sus formas adaptadas, había sido preparada especialmente para los huéspedes no invitados del clan Lochlan. Su mirada viajó al gran plato que tenía delante, cuyo contenido se parecía mucho a rocas redondas y luego volvió a su cuenco. Tras un momento, se volvió hacia sir John, que acababa de recibir su propia ración.

El caballero se encogió de hombros, cogió la cuchara de madera que había junto a su cuenco y hurgó en el montón de avena cocida. Fastidiosamente, trató de arrancar una pequeña sección del todo gomoso, pero no cedía. Perdiendo la paciencia, pinchó la masa mientras retorció la cuchara. Un trozo se soltó para volar sobre los hombros de sir John y Jonathan. Volviéndose, observaron el glóbulo pastoso que se había pegado a las piedras.

—Si se adhiere así a la pared, me estremezco al pensar lo que le hará a uno en el estómago y los intestinos —dijo sir John, con el ceño fruncido.

—Creo que renunciaré a descubrir los efectos en cualquier caso.—Las sospechas de Jonathan aumentaron y un ceño se frunció en su propia frente—. Es solo una observación (y ciertamente uno no lo creería posible), pero la comida parece coincidir con el color del mortero, ¿no es así?

Sir John gruñó en señal de acuerdo; ambos hombres apartaron sus cuencos y luego evaluaron los pasteles.

—¿Intentamos comernos uno? —preguntó el caballero—. ¿O cree que esto también forma parte del entramado del castillo?

Jonathan cogió un *bannock* de la bandeja. Se desmenuzó en su mano.

—Aparte de ser tan antiguo como el propio lugar, creo que este podría ser el más seguro de los dos.

Detrás de él, Aileen se mordió el labio para no reírse en voz alta. Observó cómo el *Sassenach* observaba el pastel y luego le dio un mordisco. Masticó durante un largo rato el manjar demasiado cocido (así lo había ordenado Aileen).

—¡Vino! —le oyó graznar después de haber intentado tragar dos veces.

Se acercó a la mesa.

—Agua es todo lo que tenemos, milord. —El líquido claro se vertió en la copa agachada junto a su mano—. Espero que sea aceptable.

Jonathan miró fijamente el recipiente de dos orejas. «¡Maldita sea!» pensó, limpiándose

con la lengua el insípido alimento, cuya consistencia se parecía mucho a la de la harina cruda. ¿Acaso no había ninguna comodidad en este lugar?

—¿Se espera que beba de un cuenco como lo haría un gato? —Cuestionó Jonathan, cada vez más molesto—. ¿No tienen una taza decente en el lugar?

—Es una taza. Una taza escocesa. Se llama *quaich*. Si no fuera tan ignorante y poco viajado, lo sabría.

—¿Ignorante? ¿Ignorante? —repitió, con la voz baja, pero su temperamento ardiendo—. No soy ignorante. Si acaso torpe, pero solo porque no tuve el buen juicio de seguir mi propio criterio. En contra de mi buen juicio, acepté venir a esta tierra miserable y he sufrido por ello desde entonces. En cuanto a no haber viajado, puedo asegurarle que nadie en su sano juicio pondría un pie en este lúgubre clima, a menos que se lo ordenara su rey.

—¿Por qué le envió James? —preguntó Aileen, esperando que su creciente ira le hiciera soltar la razón.

—Eso debe saberlo lady McNamara, si es que alguna vez da la cara.

—Está ocupada con asuntos que conciernen al clan.

—Eso me han dicho. Pero me parece que cuando llega el emisario del rey, portador de un mensaje del soberano para lady McNamara que debe serle entregado inmediatamente, todo lo demás pierde importancia. Aparentemente, ustedes los escoceses piensan diferente. Pero no es de extrañar, pues es obvio que los Lochlan carecen de la crianza adecuada. Ninguno de ustedes sabe lo que significa la palabra decoro.

Un tono rojizo ascendió por la piel de marfil de Aileen hasta posarse en sus pómulos esculpidos, chispas de ira bramando por salir de su interior.

—¿Crianza adecuada? —espetó, intentando desesperadamente calmar su furia. Si perdía el control, sabía que su tío y los demás estarían sobre el inglés en un suspiro—. ¿Por el criterio de quién asegura que los Lochlan carecemos de lo que usted llama crianza adecuada?

—Según el mío —respondió Jonathan escuetamente—. Los miembros de tu clan han mostrado unos modales extremadamente pobres, no solo conmigo y mis hombres, sino también con nuestro rey. Al tratarnos desfavorablemente, han hecho lo mismo con James. Sospecho, sin embargo, que este comportamiento chapucero es un rasgo endogámico que se ha perpetuado a lo largo de los siglos. —Jonathan oyó que la joven belleza balbuceaba de nuevo; le hizo un gesto con la mano para que se fuera—. Es ampliamente conocido que los diferentes clanes ni siquiera pueden mostrar civismo con sus propios vecinos. Las disputas entre ellos son constantes. La única vez que se unen es cuando un invasor extranjero invade las Tierras Altas. Cuando el intruso es derrotado, los clanes vuelven inmediatamente a batallar entre ellos como si no tuvieran nada mejor que hacer.

—Supongo que, cuando utiliza los términos invasor extranjero e intruso, se refiere naturalmente a los ingleses —interrumpió Aileen.

Su afirmación era exacta, pero no disuadió a Jonathan. Estaba demasiado indignado.

—Puede ser, pero el hecho permanece: Tal conducta es incivilizada, bárbara. Sus compatriotas son tan salvajes como la tierra salvaje en la que viven. No se puede esperar ni una pizca de cortesía de ninguno de vosotros. Dime, muchacha, ¿no estarías de acuerdo en que los

malos tratos que nos afligen este día no son sino el resultado de un comportamiento chapucero?

Aileen discrepó en varios puntos, pero no pudo negar gran parte de lo que el hombre había dicho. Hasta hacía poco, los clanes, la mayoría de las veces, habían guerreado entre sí. Algunos aún lo hacían. Pero el clan Lochlan, bajo la dirección de su padre, había estado en paz con sus vecinos durante casi una década. Fueron los ingleses quienes agitaron la sangre de los Lochlan, rejuvenecieron su odio (especialmente el de su tío), pues los miembros del clan resentían el deseo de control de su vecino del sur.

A lo largo de los siglos, mucha violencia había pasado entre las dos naciones, las historias de aquellos sucesos vivían incluso hasta el día de hoy. Los escoceses no olvidarían pronto cómo los ingleses habían invadido sus tierras, matado a sus reyes, decapitado a su reina desechada. Era de justicia que un rey escocés gobernara ahora tanto en el norte como en el sur, pero James no carecía de defecto, pues se había congraciado con los ingleses con la esperanza de hacerse con la corona a la muerte de Isabel. Había protestado poco cuando su madre iba a morir bajo el hacha. La mayoría estaría de acuerdo en que María había dictado su propio destino, sus traicioneras acciones (por una de las cuales fue tachada de puta y traidora) culminaron en su inevitable muerte; pero en las Tierras Altas, donde la lealtad familiar lo significaba todo, el tipo de comportamiento de James se consideraba desleal. Debido a esto (junto con el hecho de que deseaba unir Escocia e Inglaterra) James no era venerado. De ahí el maltrato a su emisario.

Del mismo modo, este altivo *Sassenach* se había buscado muchos de sus males. Hablaba de mal comportamiento, acusando de ello al clan Lochlan, cuando en realidad él había exhibido exactamente lo mismo. ¿No había difamado su patria, la había llamado simplona y había insinuado que quería acostarse con ella, provocando las risitas cómplices de sus hombres, prácticamente todo en un solo aliento? Si alguien había mostrado una falta de educación adecuada, había sido él, en primer lugar. Lo que había seguido no era más que un pago en especie.

—Supongo que no le gusta mi tierra —dijo al fin, aplacando de nuevo su ira.

—Aprecio su... —se interrumpió Jonathan—. Le diré esto, y sepa que es verdad. Detesto este lugar y uno no me culpará cuando considere por qué. Me han hecho sentarme bajo una lluvia fría durante horas y luego, cuando me han dado la bienvenida, me han dado de comer una papilla pastosa y pasteles demasiado cocidos que ni siquiera los cerdos podrían digerir. Mis ojos no han visto más que marrones bravíos y grises sombríos desde que llegué al norte de Escocia, al castillo de McNamara, en particular. Daría lo que fuera por que me sirvieran una comida decente, por remojarme en un baño caliente y por que me rodearan de nuevo los exuberantes verdes de Inglaterra, ya que es el único lugar donde jamás encontraré tales comodidades.

Apretando los dientes, Aileen estudió al pomposo inglés. Así que deseaba los «exuberantes verdes» de su amada Inglaterra, ¿verdad? Si los deseos fueran realidad, ella le despacharía allí con gusto en un abrir y cerrar de ojos. Una idea la asaltó.

—Estar rodeado del verde inglés, ¿eso es lo que desea? —inquirió Aileen.

—Sí —espetó Jonathan—. ¡Es lo que deseo!

—Tal vez, milord, pronto reciba su deseo.

Aileen empezó a darse la vuelta, pero una mano cálida le agarró la muñeca, unos largos dedos la rodearon por completo. Un repentino estruendo sonó al fondo de la sala; su atención se

dirigió hacia la cortina de piedra, donde su tío estaba ahora de pie a plena vista, con la mano en la espada, y varios hombres presionando cerca detrás de él. Ella captó la mirada de Malcom y sacudió rápidamente la cabeza. Desde el otro lado de la distancia, la dura mirada de Malcom se clavó en ella. Con la mandíbula desencajada, Aileen le devolvió la mirada desafiante. Las fuertes voluntades chocaron momentáneamente, negándose sus dueños a dar marcha atrás. Los ojos de Malcom bajaron y se retiró detrás del muro.

Con un suspiro inaudible, Aileen se volvió hacia el inglés. Parecía no haberse dado cuenta de la conmoción. Lo supiera o no, la buena fortuna había brillado sobre él. Pero quizá no volviera a hacerlo.

Jonathan no se había perdido el alboroto, aunque fingiera lo contrario. Tal como había sospechado, la sala estaba flanqueada de hombres bien armados, ocultos en las sombras. Cuando había capturado la esbelta muñeca de la joven belleza, el conjunto se había precipitado casi a plena vista. Por suerte, se habían retirado, pero no antes de que reconociera a su líder como el hombre que había intentado provocar a Jonathan y a sus hombres para que se comprometieran contra el clan. Era bastante probable que fuera un pariente cercano suyo; de ahí que, al percibir el toque demasiado familiar de Jonathan, el rápido temperamento del hombre hubiera estallado. Comprensible, pues era evidente que odiaba a los ingleses. Pero, ¿por qué habían cargado los demás, y con tanta prisa?

Las preguntas inquietaban a Jonathan. Pero tras pensarlo un momento, decidió que también serían parientes cercanos, sin duda resultado de la endogamia entre el grupo tan unido. Esto explicaría sin duda su urgencia.

Al comprobar que ella le hacía caso, Jonathan le soltó el brazo.

—Mi mayor deseo, muchacha, es reunirme con lady McNamara. ¿Podrías ver si eso podría arreglarse con tu jefa?

—Me informaré, pero no puedo prometerle que ella lo reciba esta noche. Sin embargo, estoy segura de que ella ordenará alojamiento limpio y un baño caliente para milord cuando se entere de sus deseos. La comida, por desgracia, es todo lo que podíamos ofrecer.

Una tentadora sonrisa se dibujó en los extraordinarios rasgos del inglés, mientras sus ojos azul cielo brillaban con un brillo seductor; a Aileen se le cortó la respiración en la garganta.

—En ese caso, muchacha —dijo Jonathan, observando su reacción—, si vas a ocuparte de atender a todas mis necesidades, podrías servirme bien.

Las palabras estaban cargadas de insinuaciones. O eso pensó Aileen. «¡Imbécil arrogante!», echó humo. Antes moriría que hacer de yegua mientras él hacía el papel de semental en celo. Si no tenía cuidado, pronto se encontraría castrado. Disimulando su enfado, Aileen le ofreció su propia sonrisa cautivadora y luego se dio cuenta de que los ojos del inglés se habían vuelto de un azul más intenso.

—Un placer, milord —susurró con la garganta, con las palabras casi ahogándola.

Sin darse cuenta, Aileen apoyó la mano en el pequeño cuchillo que llevaba amarrado a la cintura, pero el movimiento no pasó desapercibido para Jonathan. Apenas sus propias palabras habían salido de su boca, su doble significado le había golpeado. Intuitivamente, él sabía lo que ella estaba pensando.

—Puedes soltar tu arma, muchacha. No quise decir lo que imaginabas. —¡Mentiroso! La

palabra se disparó en su cabeza, porque en realidad no se opondría en absoluto a acostarse con ella—. Le pido disculpas por mi elección de palabras. Le ruego que me perdone.

—Todo está perdonado —mintió ella, con otra sonrisa cruzando sus labios. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la cortina. Mientras Aileen recorría la longitud del vestíbulo, sintió la mirada del inglés clavada en ella. Extrañamente, su corazón dio un pequeño vuelco y le ordenó que se comportara. Al doblar la esquina, hizo un gesto a Hammish—. Necesito tu ayuda. El *Sassenach* quiere un baño caliente. Creo que le complaceremos.

En media hora, una gran bañera de madera, con vapor elevándose por encima de su borde, estaba en medio de una habitación escasamente amueblada situada en el nivel superior del castillo de McNamara.

Observando a su prima mientras deslizaba el tapón de una gran botella, Hammish sonrió.

—Aileen, eres realmente malvada —dijo, con una risita retumbando en el interior de su delgado pecho.

—Uf, Hammish. El *Sassenach* dijo que deseaba rodearse del color que más le recordara a su amada Inglaterra. Solo intento cumplir parte de su deseo.

Aileen inclinó la botella; el tinte verde, utilizado para teñir el hilo de lana para el *plaid* de Lochlan, se derramó generosamente en el fondo de la bañera. Con sus alegres carcajadas elevándose en el aire, los dos primos abandonaron la habitación.

## Capítulo 3



Jonathan se estiró completamente en la humeante bañera de agua; un suspiro satisfecho escapó de sus labios mientras el frío abandonaba lentamente sus huesos. Tras haber pedido a sir John que se ocupara de la comodidad de los hombres antes de reunirse con Jonathan para una muy necesaria discusión sobre el callejón sin salida en el que se encontraban, el hombrecillo achaparrado que antes le había escoltado hasta el castillo le había mostrado sus aposentos. Al abrirse la puerta de su habitación de aspecto austero, fue recibido por la visión de su baño. El placer le invadió y agradeció en silencio a la muchacha de pelo como el fuego que hubiera intercedido por él ante su jefa. Quizás el clan Lochlan no era tan incivilizado como él los había considerado en un principio.

Agarrando una tosca pastilla de jabón colocada sobre un trozo de toalla, que descansaba junto al medallón en un taburete bajo junto a la bañera, Jonathan se enjabonó de pies a cabeza. Se sumergió en el agua, enjuagándose la espuma del pelo. Saliendo de las profundidades de la bañera, agarró una jarra de agua tibia y clara y se la echó por la cabeza, enjuagándose de nuevo. Se recostó y se relajó. Cuando el agua se hubo vuelto tibia, salió del baño y empezó a secarse. Un firme golpe sonó en la puerta, luego oyó la voz de sir John. Recuperando el medallón, Jonathan se colgó la cadena al cuello.

—Entre —dijo, envolviendo la larga sábana de lana alrededor de sus delgadas caderas.

Sir John entró en la habitación y cerró la puerta. Al ver a Jonathan a la tenue luz de las velas, el caballero frunció el ceño.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

Jonathan miró fijamente al hombre.

—Me siento bien, ¿por qué lo pregunta?

—Parece un poco verde. Pensé que esos pasteles le habrían revuelto el estómago.

Frunciendo el ceño, Jonathan se acercó a la vela que había en una mesa baja junto a la cama. Giró los brazos y las manos bajo la luz; luego, apartando la toalla, levantó la pierna. En ella había un claro tinte verde en su piel. Una maldición rodó sobre su lengua mientras se dirigía a la bañera. La jarra se sumergió en el agua, luego Jonathan vertió su contenido de nuevo en la bañera: verde.

—Es el color de la hierba —dijo.

—Más bien un verde inglés, ¿no le parece? —comentó sir John.

Los dos hombres se miraron fijamente, luego Jonathan maldijo de nuevo.

—Vaya, la pequeña zorra... Debería haberme dado cuenta de que parecía demasiado ansiosa por conceder mis deseos. En lugar de eso, como un adolescente diletante, me encontré

hechizado por su belleza. La descarada pagará un alto precio por esto. Ninguna mujer se burla de mí.

—No tiene pruebas de que la muchacha le hiciera esto —dijo sir John en defensa de la muchacha.

—¿Quién más escuchó mis palabras? Nadie excepto nosotros tres. No pudo ser nadie más que ella.

—Ella iba a hablar con lady McNamara, ¿no es así? Si ella le reveló sus comentarios poco halagüeños sobre el clan Lochlan, junto con su declarada aversión a este clima, lady McNamara podría haber ordenado poner el tinte en su baño. Puede que haya sido otra persona. —Jonathan lanzó al caballero una mirada de desacuerdo, y sir John negó con la cabeza—. Recuerde, Montbourne, que está aquí por asuntos del rey. No estaría bien avergonzar a James. Tampoco sería prudente hacerse matar. Deje que se enfríe su temperamento. El tinte se desgastará pronto. La muerte, sin embargo, es eterna.

—Tiene razón —dijo Jonathan al cabo de un rato, pensando que cuando volviera a encontrarse con la chica, pronto desearía haberse mordido la lengua. Evaluándose a sí mismo, decidió que se parecía a un pepino empapado en salmuera. La carne verde, sin embargo, era mucho mejor que la carne podrida, un resultado innegable de la tumba—. Después de haber descansado bien esta noche, estoy seguro de que le veré la gracia.

Viendo ahora la gracia del asunto, sir John se rió a carcajadas.

—Incluso si fue la muchacha quien le hizo esto —dijo cuando se hubo calmado—, debe admitir que se lo merecía. No fue muy cortés con ella. Causó muchas ofensas difamando su lugar de nacimiento, calumniando a su clan, y luego, lo peor de todo, usando la palabra «servicio». ¿Qué esperaba? ¿Pétalos de rosa en su baño?

—No quise decirlo como se interpretó —insistió Jonathan—. El término se escapó de mis labios antes de darme cuenta de cómo había sonado. Me disculpe, ¿no?

—Sí, pero la expresión de sus ojos decía algo totalmente distinto. Un consejo de amigo, Montbourne: hasta que usted mismo haya aprendido a mostrar modales más favorables, será mejor que esté muy atento. De lo contrario, imagino que volverá a quedar en ridículo.

—Quizá una vez, sir John, pero nunca dos —prometió Jonathan, arrogantemente seguro de que no le volverían a engañar—. Estaré en guardia en todo momento. —Envolvió de nuevo la larga sábana de lana cómodamente alrededor de sus caderas, metiendo el extremo suelto en su esbelta cintura—. Antes de retirarnos a dormir, debemos discutir esta situación. Pienso redactar una carta para James, diciéndole que hemos llegado pero que lady McNamara se ha negado a recibirnos. También voy a solicitar que se envíen más hombres al norte. Me siento muy incómodo con la exigua fuerza que tenemos actualmente.

—Estoy de acuerdo, pero si James envía más soldados al territorio de Lochlan, podría crear más animosidad. ¿Cree que sería prudente arriesgarse a hacerlo?

—Creo que no sería prudente arriesgarse a no tenerlos aquí. Tengo un mal presentimiento sobre este lugar. El odio del clan hacia los ingleses parece brotar de los mismos muros que nos rodean. No tengo ni idea de lo que lady McNamara piensa de nosotros, pero sé que su padre había jurado lealtad a James antes de su muerte. Puede que ella nos favorezca, pero no confío en los demás, especialmente en el que estaba en la almena. Si esas flechas hubieran volado, me

estremezco al pensar en las bajas. En verdad, me sorprende que no estemos ya descansando en nuestras tumbas. Algo o alguien debió detenerlo, pues estaba empeñado en matarnos a todos. No, sir John, sería mucho más seguro que James nos enviara otro contingente de hombres. En cuanto a crear más animosidad, pueden permanecer lejos del castillo y escondidos en el bosque.

—¿Cree que nadie los verá e informará de que están allí?

—Estoy seguro de que no pasarán desapercibidos, pero del mismo modo, con los Lochlan alertados de que otra tropa de hombres de James se encuentra más allá de la ladera, las partes más antagónicas del clan podrían pensárselo dos veces antes de hacernos daño a cualquiera de nosotros. Saber que existe tal seguridad me permitirá descansar más tranquilo.

—Sin duda tiene razón —dijo el caballero—. Enviaré un mensajero, junto con varios guardias, a Londres mañana. Dentro de quince días nuestros refuerzos deberían estar acampados a poca distancia.

Un puño golpeó la puerta; ambos hombres miraron hacia el panel.

—Entre —llamó Jonathan; la mano de sir John se posó en la empuñadura de su espada. Cuando la puerta se abrió, Jonathan reconoció al joven que estaba de pie en el arco como el mismo que había conocido en el camino que conducía al castillo. Otros dos hombres le seguían de cerca.

—¿Milord, ha terminado de bañarse? —preguntó Hammish, intentando mantener una cara seria, con los ojos bailándole de alegría—. Si es así, hemos venido a vaciar el agua y guardar la bañera.

A Jonathan no se le escapó el brillo alegre en los ojos marrones del hombre más joven. Le confirmó lo que ya sabía: La muchacha de cabello llameante era la embaucadora que había contaminado su baño.

—Sí, he acabado —dijo, haciendo señas a los tres hombres a través de la puerta. Observó cómo el trío, con los hombros temblorosos por la risa reprimida, acarreaba cubo tras cubo hasta la ventana abierta, vertiendo el agua verde por su alféizar. Cuando terminaron con la tarea volcaron la bañera de lado y la hicieron rodar a través de la puerta—. Por cierto —dijo Jonathan, captando la atención del joven—, por favor, dígle a la atractiva muchacha pelirroja, Lochlan Lochlan, creo que se llamaba, que le estoy agradecido por haber atendido mis necesidades. Algún día espero pagarle con la misma moneda.

La luz pícara se desvaneció rápidamente de los ojos de Hammish.

—Puede estar seguro, que se lo diré, milord. —Con la intención de advertir a Aileen, cerró la puerta tras de sí.

—Tiene razón, Montbourne —dijo sir John, habiendo reconocido también a Hammish—. Sin duda es la muchacha la que ha teñido tu piel. Cuando finalmente se encuentre con lady McNamara, sus deliberaciones deberían ir bien, pues no habrá malos sentimientos que estropeen su primer encuentro.

—Lo dudo, sir John —respondió Jonathan—. El encuentro inicial podría ir muy bien de hecho, pero una vez que ella sepa por qué estoy aquí, estoy seguro de que me despreciará rápidamente.

—¿Por qué le despreciaría?

Aparentemente sir John no sabía nada del contenido de la misiva de James a Jonathan.

—Porque he sido nombrado tutor de lady McNamara. Debo encontrarle un marido rápidamente, uno que haya jurado lealtad a James. No puedo imaginar que una joven que es jefa de todo un clan, que no responde ante nadie más que ante sí misma, se muestre muy receptiva al descubrir que tiene un señor cuyas órdenes ahora debe obedecer. Prepárese para una rebelión, sir John, porque cuando lady McNamara y yo nos encontremos, eso es precisamente lo que ocurrirá: ¡una revuelta en toda regla!

Un pesado ceño se posó en la frente del caballero.

—Le deseo buena suerte, Montbourne. La tarea que tiene entre manos no es fácil. Tenga la seguridad de que mis hombres y yo le apoyaremos. Con suerte, la revuelta será pequeña. —Sir John se dirigió a la puerta; Jonathan le siguió—. Se hace tarde. Os veré mañana.

El caballero cerró la puerta y Jonathan aseguró su cerrojo, luego se acercó a la cama atada con cuerdas, sobre la que descansaba un colchón lleno de bultos. Apartó de un tirón las mantas, sus ojos iban buscando cuidadosamente cualquier cosa reptante que pudiera haber encontrado su camino bajo ellas. Al no encontrar nada fuera de lo normal, echó a un lado la toalla y se sentó desnudo en la cama. Su espada desenvainada estaba colocada en el suelo a su lado, al alcance de su brazo. Apagando la vela, se echó hacia atrás, con las manos ahuecadas bajo la cabeza, y miró a través de la penumbra el áspero techo de piedra.

Así pues, pensó, él sentía que debía ser escarmentado por su rudeza. No había sido caballeroso, cierto. Pero en realidad, el clan Lochlan tampoco le había mostrado ninguna generosidad. La descarada, decidió, pronto recibiría su merecido. Su castigo no sería severo, pues él se negaba a ser duro con ella. Ella le intrigaba, le excitaba, le tentaba. Confidente de que podría obtener su reparación, robándole un beso o dos por el camino, Jonathan sonrió en la oscuridad. La pequeña zorra se iba a llevar una gran sorpresa. La que despreciaba al *Sassenach* iba a hacerle la vida imposible. Exquisitamente.

Al fondo del pasillo, en una habitación muy bien decorada, Aileen yacía en su propia cama, revolcándose de risa. El sonido cristalino fluía en los oídos de Hammish, pero su primo permanecía con el rostro severo.

—Aileen, te digo que él sabe quién lo hizo. Planea pagarle con la misma moneda.

—¡Oh, bah, Hammish! —dijo ella, sentándose—. Te preocupas demasiado. —Saltó de la enorme cama con dosel—. ¿Qué podría hacerme el *Sassenach*? Antes de acercarse a dos zancadas de mí, su cabeza rodaría por el suelo.

—Tú no estás siempre a la vista de Malcom o de mí. Puede haber un momento en que estés a solas. En ese caso ¿qué harás?

—Gritaré.

—Uno de estos días, Aileen, tu confianza te meterá en problemas. Recuerda mis palabras. Será mejor que lles un puñal contigo.

—No quiero que dañen a los *Sassenach*, Hammish. James no dejaría tal cosa sin respuesta. Además, Montbourne ha pagado por sus transgresiones. Verde como está, quedará en ridículo ante sus hombres. Mañana lady McNamara servirá a sus visitantes un buen banquete. Ellos serán tratados como si fueran de la realeza. Ahora, si pudiera descubrir por qué ha venido.

Los sirvientes habían informado previamente a Aileen de que los hombres de Montbourne eran poco habladores. Eso no ayudaba.

—¿Tuvo Seamus la oportunidad de registrar sus cosas antes de que se las llevaran a su habitación?

—No tuvo ninguna oportunidad. El conde llevaba sus posesiones consigo. —Hammish observó mientras Aileen daba un pisotón de frustración con su pequeño pie—. ¿Por qué no te presentas? Con la farsa terminada, te enterarás de por qué está aquí.

Dándose la vuelta, Aileen cruzó lentamente la habitación.

—Tengo la extraña sensación de que cuando lo haga, perderé mi libertad de elección.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hammish, acercándose por detrás—. Eres Lochlan y lady McNamara. Nadie puede despojarte de tu poder, excepto nuestro rey.

—Es lo que temo —dijo ella, encarándose con él—. Montbourne fue enviado por James. Tal vez nuestro rey piense que soy incapaz de supervisar el clan... que no puedo controlar a las facciones que se oponen a la Corona.

—Aparte de Malcom, y los pocos que le siguen, no hay ninguna facción. Ninguno de nosotros está particularmente enamorado de James, pero los miembros de tu clan te veneran, Aileen, como a tu padre. Los sentimientos que tienes no es más que el efecto del tiempo lúgubre.

—Puede que tengas razón, Hammish, pero no estoy segura de que sea el tiempo. ¿Recuerdas cuando estábamos en el bosque, observando al halcón?

—Sí, y te acordaste de la antigua leyenda de Lochlan, toda esa palabrería supersticiosa sobre que es un mal presagio cuando el halcón da vueltas sobre el castillo. No son más que tonterías, Aileen.

—Puede que sean tonterías, pero casi al mismo tiempo, un fuerte presentimiento se apoderó de mí. El presentimiento del halcón tenía que significar algo, porque momentos después, cuando corrimos colina abajo, allí estaba Montbourne.

—¿Crees que él forma parte de la leyenda, «el cazador alado»? Y supongo que tú eres «la mariquita», la pequeña criatura que él se llevará en sus afiladas garras.

—No, no lo creo. Pero me temo que tiene el poder de alterar mi existencia tal y como la conozco ahora. El cambio vendrá una vez que descubra quién soy. No me revelaré ante él, no todavía. Primero, espero descubrir por qué está aquí.

—Si eso es lo que deseas, sabes que te ayudaré. —Sus manos se posaron sobre los suaves hombros de Aileen y su ligero beso cayó sobre su mejilla—. El día ha sido largo y me canso. Un buen descanso nocturno nos renovará a ambos. Quizá las cosas no te parezcan tan sombrías mañana.

Atrapada en sus propias preocupaciones, Aileen se había olvidado del debilitado estado de su primo. Miró fijamente a Hammish. Entornados en un rostro calcáreo, sus ojos marrón ciervo estaban rodeados de ojeras. Respiraciones cortas traqueteaban en sus pulmones. Se tambaleaba sobre sus pies, como un potro recién nacido.

—Te he retenido demasiado tiempo —dijo, tratando de disimular su preocupación, pues

parecía a punto de desplomarse de cansancio. Hammish seguía enfermo, pero si ella señalaba ese hecho, sabía que él intentaría persuadirla de lo contrario. Sin duda realizaría otra acrobacia, con la esperanza de convencerla de que era corpulento y fuerte, lo que con toda seguridad desembocaría en un hilo de tos que le quitaría las fuerzas. Hammish no podía afrontar semejante ataque a su ya frágil cuerpo—. Yo también estoy cansada —dijo fingiendo un bostezo. Se puso de puntillas para depositar un beso en su pálida mejilla y luego sonrió—. Como tú dices, una buena noche de descanso nos renovará a ambos.

—Sí, nos veremos mañana —respondió Hammish, dirigiéndose hacia la puerta. Aileen le siguió—. Asegúrala bien —dijo, abriendo el panel—. A pesar de su frialdad exterior, estoy seguro de que el inglés posee un temperamento ardiente. Mientras yace en la cama pensando en la ruda bienvenida que le hemos dado los Lochlan (especialmente las secuelas de su tan deseado baño) su ira podría estallar. No me extrañaría que viniera en busca del embaucador que le puso verde.

—Verde inglés —corrigió Aileen, con un brillo pícaro en los ojos. Notó la ceja levantada de Hammish—. Echaré el cerrojo y dormiré con un cuchillo afilado bajo la almohada. Lo prometo.

—Mejor que fuera una *claymore* —dijo Hammish, dándole las buenas noches.

Encerrada en su habitación, Aileen siguió paseando por el piso, con la antigua leyenda de Lochlan dándole vueltas en la cabeza: «Mariquita, mariquita, vuela, si no el cazador alado transformará tu destino. Mariquita, mariquita, vuela, surca los cielos siempre tan alto. Afiladas garras apuntan a un tierno y joven pecho; rápido, rápido, no sea que te lleve lejos, a un nido ajeno».

Los pies de Aileen se detuvieron de repente. En silencio se reprendió a sí misma por haberse puesto tan nerviosa. La leyenda no era más que un cuento tonto con poca verdad, una historia destinada a entretener a los niños, como había dicho Hammish. Sin embargo, Aileen no podía deshacerse de la extraña sensación que la había invadido en el claro.

Contemplando su amplia cama, llegó a la conclusión de que la inquietante sensación la había poseído porque estaba agotada y cansada, tanto física como mentalmente. Habían ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo: la repentina e inexplicable muerte de su padre, la perturbadora enfermedad de Hammish, las constantes interferencias de su tío para que supervisara el clan, la inoportuna llegada de los *Sassenach*. ¡Especialmente eso último! Debería descubrir la misión del inglés, y rápido. Dada la disposición de Malcom, Aileen sabía que no podía arriesgarse a tomar una decisión equivocada, de lo contrario se produciría un desastre. Sí, una buena noche de sueño debería devolverle el ingenio y la resistencia, sofocando así el misterioso presentimiento.

Intentando alejar cualquier pensamiento sobre la leyenda de su mente, Aileen se desvistió y luego se dirigió al lavabo, donde se bañó y se limpió los dientes. Ataviada con una ligera camisa de lana, se deslizó bajo las sábanas de su cama. Cuando se inclinó hacia la vela, con la intención de soplar su llama, divisó su cuchillo envainado que descansaba encima del arcón frente a su cama. Recordando su promesa a Hammish, se puso en pie de un salto para recuperar el arma y luego se acomodó de nuevo bajo las mantas.

En un suspiro rápido, la oscuridad cayó sobre su cámara asegurada. Golpeando su almohada, con el cuchillo oculto bajo su regordeta masa, Aileen miró fijamente a través de las sombras hacia la puerta, desafiando en silencio al arrogante inglés a que intentara entrar. Sería la

última vez que invadiera el territorio de una Lochlan. ¡Lo juró!



La luz del sol brillaba a través de la ventana abierta, las nubes bajas se habían dispersado. De pie bajo el cálido resplandor, Jonathan se miró las manos, girándolas una y otra vez. «Tan verdes como la hierba», pensó, su ira iba fermentando de nuevo. Cuando se había despertado, casi tan cansado como cuando había cogido su pequeña cama, había esperado que los recuerdos de la noche anterior no fueran más que un mal sueño. Desgraciadamente no lo eran. Maldiciendo, se pasó los dedos por el pelo y se preguntó si también estaría teñido de verde.

Sonó un golpe en la puerta, y Jonathan se dirigió al panel, abriéndola. Al otro lado estaba sir John. La mirada del hombre recorrió el rostro de Jonathan y luego bajó hasta sus manos, las únicas otras partes del cuerpo bien musculado de Jonathan que no ocultaban sus ropas.

—Esperaba que no fuera tan malo como pensamos al principio. —Sir John sacudió la cabeza y suspiró—. Si no brillara el sol, quizá no se notara tanto. Quizá deberíamos rezar para que vuelva la lluvia.

—¿Tiene más buenas noticias que compartir? —preguntó Jonathan descontento.

Sir John se rió entre dientes.

—Solo que el mensajero está de camino a Londres, como usted pidió, y que abajo nos espera un festín. He venido a ver si estabais deseando romper el ayuno.

—¿Un festín? —inquirió el conde. Se acercó a la mesa y cogió el paquete que James le había enviado, metiéndoselo en la cintura por debajo de la jerga. Alisando el cuero sobre el pergamino, se ciñó la espada y se dirigió a la puerta—. ¿Está seguro de que no está envenenado?

—Hasta ahora los hombres no han sentido ningún efecto nocivo —respondió sir John mientras Jonathan cerraba el panel de madera tras ellos—. Por supuesto, podríamos esperar y observar, pero creo que es una ofrenda de paz. Lady McNamara probablemente sienta algún remordimiento por el mal trato que su clan nos ha dispensado, a usted, en particular. Si es así, estoy convencido de que la comida es segura.

—Ya veremos —refunfuñó Jonathan, dirigiéndose hacia las escaleras. Mientras él y sir John descendían los escalones de piedra, el rico aroma de las carnes asadas llenó las fosas nasales de Jonathan. Su estómago retumbó, protestando por su estado de vacío; la saliva fluyó en su boca, las pequeñas glándulas en la línea de su mandíbula estaban ardiendo. Al doblar la esquina, su atención se posó en la sala, sus numerosas mesas estaban cargadas de un delicioso surtido de provisiones. Cada ofrenda parecía haber sido preparada a la perfección.

—El día que muera, si muero —dijo Jonathan, dirigiéndose a su asiento, con los ojos buscando por los rincones de la sala a la belleza que le había servido la noche anterior—, lo haré en estado de saciedad.

Sir John rió en voz alta.

—Yo también —replicó, colocándose en el banco junto a Jonathan. Ensartó una rolliza perdiz con su cuchillo, luego mordió el ave hilvanada, con la piel dorada y tierna—. Está deliciosa, Montbourne. Sacie su hambre.

Mientras los dos hombres comían con ganas la caza asada, los panes morenos calientes, los quesos curados y los frutos secos, regándolo todo con varias raciones de leche de cabra fresca, los oídos de Jonathan eran atacados periódicamente por las risas burlonas de los camareros que rellenaban las fuentes más cercanas a él. Apretando la mandíbula, ignoró las molestas risitas. Aparte de unos pocos jadeos iniciales y boquiabiertos, sus propios hombres permanecieron en silencio, sus miradas iban sabiamente dirigidas a sus platos. Cuando hubo comido hasta llenarse, Jonathan buscó de nuevo en el vestíbulo, pero la zorra de pelo llameante no estaba a la vista por ninguna parte.

—¿Por qué será, sir John? —comentó más que interrogando, habiendo reconocido a casi todo el clan Lochlan de la noche anterior—, que el culpable siempre desaparece.

—Sin duda es una cuestión de supervivencia.

—Sí —convino Jonathan, tratando de aplacar su temperamento, pues una fuerte carcajada había salido disparada de detrás de la barrera de piedra de la parte trasera de la sala—. Afortunadamente para ella, tuvo el sentido común de desaparecer. Y el tipo de aspecto débil junto con ella.

La pareja a la que se refería Jonathan permanecía de pie unos centímetros más allá de la barrera, esperando a que se calmara la alegría de Malcom. Recién llegado de sus aposentos, no había visto al *Sassenach* desde la noche anterior. Al asomarse por la divisoria de piedra, la estridente risa de Malcom había surgido, plena y ruidosa. Con los labios apretados en una línea, Aileen le miró fijamente.

—Estate quieto, tío —susurró con dureza—, no sea que le irrites hasta el punto de que rechace la petición de lady McNamara de reunirse por fin con ella.

—Pero está verde —pronunció Malcom cuando se hubo calmado.

—Sí, lo está. Pero lo que me importa ahora es que has entendido mis instrucciones.

—Las entiendo. Pero, ¿por qué, sobrina, el *Sassenach* ha de reunirse contigo ante las puertas del castillo?

—Porque es mi deseo que lo haga —respondió ella, sin haberle dicho a Malcom más que debía extender la invitación al inglés e informarle de que lady McNamara se reuniría con él a varios kilómetros de la fortaleza de los Lochlan, en un páramo desierto.

—¿Y si rechaza tu invitación? —preguntó—. Sospechando una trampa, puede que no desee abandonar la seguridad de estos muros. ¿Qué, sobrina, debo decirle entonces?

—¿Seguridad? No es estúpido, tío. Sabe que aquí también puede ser atacado. Pero si cuestiona por qué debemos reunirnos lejos del castillo, dile.... —Aileen hizo una pausa, intentando pensar en una explicación plausible que pudiera atraer al inglés desde el interior de la fortaleza—. Dile que lady McNamara está ocupada en asuntos del clan fuera del castillo. A su término, viajará al norte para asistir a la boda de una amiga íntima, y estará fuera casi un mes. Debe reunirse con ella en el páramo, pues será su única oportunidad de hacerlo, a menos que desee esperar su regreso.

—¿Por qué el engaño? —preguntó Malcom.

—Tengo mis razones —dijo ella, negándose a dar más detalles—. Haz lo que te digo. —Como si quisiera discutir el punto, Malcom vaciló, pero para alivio de Aileen, salió de detrás del

biombo, dirigiéndose hacia el *Sassenach*.

Aileen se volvió para ver a su primo inspeccionándola.

—No me reprendas, Hammish. Sé que piensas que soy tonta, pero no me presentaré como lady McNamara hasta que sepa por qué le ha enviado James.

—¿Y crees que en su ira, soltará la verdad?

—Sí.

—Aileen, ¿has considerado que tu plan podría muy bien tener el efecto contrario?

—¿Cómo va a ser eso? —preguntó ella, convencida de que no sería así—. Su percance arreglado no haría más que convertirle en el hazmerreír.

—Dijiste que temías las consecuencias si le ocurría algo a manos de Malcom. Sin embargo, tú misma estás tentando al destino. ¿Y si se rompe el cuello?

Aileen frunció el ceño. ¿Estaba tentando al destino? No, decidió, negándose a creerlo.

—Es un excelente jinete, y el suelo está blando por la lluvia. No le pasará nada —dijo, segura de que la única herida que sufriría el arrogante inglés sería en su orgullo—. Calla, Hammish. No quiero oír más. Haremos lo que he planeado. —Suspirando pesadamente, su primo parecía resignado, así que se asomó por el borde de la barrera. Malcom se dirigió al *Sassenach* desde el otro lado de la mesa. Cuando terminó sus palabras, el hombre más joven miró primero a su compañero y luego, con una orden ladrada, hizo señas a sus hombres para que se alejaran de los bancos—. Se dirigen hacia la puerta —dijo, dándose la vuelta, con su larga trenza chasqueando como un látigo—. Vamos, salgamos por detrás hacia los establos.

Mientras Jonathan y el caballero se dirigían hacia las puertas de la parte delantera de la sala, sir John susurró: «Esto no me gusta».

—A mí tampoco —coincidió Jonathan, mientras sus ojos examinaban la espalda de Malcom—. Todo apesta a engaño.

—Estoy de acuerdo, pero si vamos a librar una batalla con estos paganos, prefiero hacerlo al descubierto. Si nuestras habilidades nos fallan, al menos podemos intentar escapar. Encerrados dentro de estos muros, no tenemos adónde ir. Diga a los hombres que se mantengan alerta ante un ataque.

Rápidamente se pasó la voz a los demás mientras seguían al conde de Montbourne a la luz del sol. Sir John se había colocado junto a la puerta. Cuando el último de los hombres hubo salido del salón, el caballero buscó el lado de Jonathan.

—Saben que deben estar en guardia —le dijo.

Jonathan respondió con una inclinación de cabeza y luego observó cómo su montura ensillada era conducida por un joven de los establos. El semental parecía asustadizo, haciendo cabriolas nerviosas y tirando de las riendas. Jonathan se preguntó por su extraño comportamiento, luego decidió que el corcel había captado sin duda el olor de una yegua. Se necesitaría una mano firme para calmarlo.

Sorteando los charcos de agua, Jonathan cogió las riendas del mozo y le dio una orden tajante; el semental calmó sus movimientos nerviosos, pero sus frecuentes bufidos indicaron a Jonathan que seguía agitado. Mientras los otros caballos eran guiados desde los establos,

Jonathan evaluó a los Lochlan que iban a acompañar al grupo, con la esperanza de calibrar su estado de ánimo. Parecían tranquilos, despreocupados por el inminente viaje al páramo. Tal vez tuvieran realmente la intención de reunirse con lady McNamara, como le habían informado.

Jonathan soltó el aliento y la tensión que había tensado los músculos a lo largo de su cuello y hombros se liberó. Volviéndose para observar a sus hombres, vislumbró un mechón de pelo rojo cereza. Inmediatamente localizó a la belleza cuyos mechones trenzados habían captado su atención. Estaba de pie a media docena de metros de él, con su enfermizo compañero a su lado.

Los dos parecían estar enfrascados en una seria discusión, pues sus excepcionales rasgos estaban cargados de preocupación, un ligero ceño fruncido marcaba su frente. Mientras el joven escuchaba, con la mandíbula desencajada y una expresión de exasperación, los suaves labios de ella se movían en un rápido hablar, su voz grave se alejaba en el ligero viento que fluyó a través del patio.

Brevemente Jonathan se preguntó de nuevo cómo sabría aquella dulce boca bajo la suya. Si no estuviera a punto de ponerse en camino para encontrarse con la aún invisible lady McNamara, y si los parientes de la muchacha no estuvieran cerca (especialmente esta última), abarcaría los pocos metros que los separaban, tomaría a la belleza en sus brazos y la besaría sin sentido, satisfaciendo su curiosidad mientras lo hacía. Al igual que sus compañeros de clan, despreciaba a los ingleses. Sin embargo, una vez que sus labios reclamaran los suyos, estaba arrogantemente seguro, la repulsión de ella se convertiría rápidamente en deseo. Al descubrir que así era, ella sufriría el castigo que justamente merecía. Verde podría ser su piel, pero como amante, desde luego no lo era. Jonathan sonrió para sí, seguro de que, con la maestría de su beso, la muchacha se derretiría a sus pies.

Por desgracia, no había tiempo para llevar a cabo el tentador escenario que le daba vueltas en la cabeza, pues pronto saldría cabalgando por las puertas del castillo. Sin embargo, no había nada malo en utilizar su imaginación; decididamente estaría a salvo en sus fantasías. Así que, mientras el resto de sus hombres recibían sus monturas, pensó en varias otras formas de castigarla, cada una más perversa que la anterior. Riéndose para sí mismo, Jonathan siguió estudiando a la diablilla que le había hecho quedar en ridículo, solo para preguntarse qué estaría diciendo.

—Temo más por el caballo que por el propio hombre —dijo Aileen a Hammish—. La bestia ya sufre. El cardo no era demasiado grande, ¿verdad? ¿No le hará demasiadas heridas?

—No es un buen momento para mostrar tu preocupación, prima. Especialmente después de que la cosa ya ha sido colocada bajo la silla de montar. —Hammish vio su mirada de remordimiento—. No será peor que una picadura de abeja. Sería mejor que guardaras algo de ese miedo para ti.

Sin asimilar la última de sus palabras, Aileen se mordió el labio inferior. En silencio, se reprendió a sí misma por la crueldad que el pobre semental estaba sufriendo y aún sufriría. Estaba irritada con el inglés, no con su corcel. Maldito sea. ¿Por qué había venido aquí?

Una extraña sensación invadió a Aileen. La estaban observando. Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los de color azul cielo. La mirada evaluadora del *Sassenach* la recorrió sugestivamente; sus labios se rompieron en una sonrisa cómplice. Mientras él continuaba observándola perezosamente, Aileen sintió un extraño calor. Incluso se estremeció.

Era innegablemente atractivo, pensó ella, extremadamente masculino también. Pero era

inglés, arrogante y descarado. Solo por eso, ella deseaba su atención tanto como un ataque de peste. Sus ojos entrecerrados recorrieron su rostro. A la luz del sol, parecía una mata de musgo. Incapaz de contenerse, Aileen cayó en la risa floja.

Jonathan apretó los dientes y gritó: «Veremos quién ríe el último». Se dio la vuelta y puso el pie en el estribo, subiéndose a horcajadas en su caballo. Atrapado por su ira (¡la chica se atrevió a soltarle una risita en la cara!), Jonathan prestó poca atención al bufido nervioso del semental. Pero cuando el trasero de Jonathan golpeó la silla de montar, la bestia expulsó un relincho furioso; los cuartos traseros del semental se sacudieron y luego corcoveó violentamente. Una, dos veces, el trasero de Jonathan chocó contra el asiento de cuero, luego voló por los aires. Con un silbido, aterrizó de espaldas en el barro.

Primero se hizo el silencio, luego unas carcajadas estruendosas estallaron en sus oídos. Por encima de los bramidos de las carcajadas, que aguijoneaban su orgullo y despertaban aún más su ira, Jonathan oyó los alegres gritos de Aileen. Como una campana de cristal, tintineaban alegremente en sus oídos. Poniéndose en pie como un resorte, se deslizó por el fango hacia el estridente sonido. En poco tiempo se plantó ante la zorra que le había embaucado por segunda vez.

Mientras intentaba reprimir su regocijo, los ojos danzantes de Aileen se encontraron con los de hielo azul. Imprudentemente, ignoró la advertencia escrita en sus gélidas profundidades. Contemplando su rostro salpicado de barro, se mantuvo firme, con sus risitas aún burbujeando.

Como un cable tenso, la furia contenida de Jonathan se quebró. Sus garras se aferraron a sus brazos y la empujó contra él.

—Bruja —siseó—, estoy tentado de azotarte hasta que pidas clemencia. —Una mano se movió lentamente hacia su garganta—. Pensándolo mejor, debería romperte tu dulce cuellito y acabar con tus trucos de maltratadora.

El sonido del frío acero cortó el aire cien veces; Jonathan se tensó. Seguro de que la multitud de *claymores* apuntaban todas a su espalda, buscó los ojos de la belleza de pelo en llamas. El orgullo de Lochlan brillaba en ellos, desafiándole a que cumpliera sus amenazas. Detrás de él, todo el clan estaba dispuesto a matarlo por haber desafiado con audacia a esta mujer que no estaba muy lejos de ser una niña. Pero, ¿por qué?

El velo turbio de confusión que había nublado su cerebro se desprendió rápidamente. Un repentino amanecer ocupó su lugar.

—Usted, supongo, es la escurridiza lady McNamara.

## Capítulo 4



-P resume usted correctamente —dijo Aileen secamente—. Suélteme o no presumirá más.

Una sonrisa temeraria cruzó los labios de Jonathan.

—No lo creo, milady. Si os soltara, podría perderse de mi vista, y a eso no puedo arriesgarme. Usted y yo tenemos asuntos importantes que discutir.

—Patán arrogante —espetó ella—. ¿No tenéis suficiente sentido común para saber que, si yo diera la orden, en un abrir y cerrar de ojos estaría muerto?

—Lo tengo —afirmó él—, pero también percibo que usted tiene suficiente sentido común para saber que si yo muriera, James, junto con todo su ejército, arrasaría el castillo de McNamara. El clan Lochlan caería rápidamente en la extinción. Si eso es lo que desea, dé la orden. Si no, decid a todos que bajen sus armas y envainen sus espadas.

Durante un largo momento, sus miradas chocaron. Se produjo una guerra de voluntades. Finalmente, sabiendo que no tenía otra opción, Aileen desvió su atención hacia Malcom.

La espada del hombre se mantenía a escasos centímetros de la columna vertebral de Jonathan, lista para clavarse.

—No habrá pelea —dijo, y luego notó la vacilación de su tío—. Bajad las armas —pidió para que todos la oyeran. Se oyeron estruendos de descontento por todo el patio, pero cada espada se deslizó pronto en su vaina, incluida la de Malcom—. La paz prevalecerá este día, *Sassenach*. Pero solo porque yo lo he querido —dijo Aileen, con la mandíbula desencajada—. Ahora, quítame las manos de encima y dime por qué te ha enviado nuestro rey.

Jonathan la soltó.

—Inmediatamente —dijo—, pero primero necesito raspar algo de esta porquería de mi persona. Me reuniré con usted en el salón.

—¿Desearía milord otro baño? —preguntó ella, ladeando la cabeza con altivez.

—No. —Su escueta respuesta le llegó por encima del hombro mientras se dirigía hacia su montura. Comprobando bajo la silla de montar, tiró del cardo para observar que las púas estaban manchadas de sangre—. Ya he soportado bastante la benevolente hospitalidad de lady McNamara. —Arrojó la cosa a un lado—. Y también lo ha hecho mi corcel.

Aileen observó cómo el semental era conducido de nuevo a los establos por la propia mano del inglés, con el remordimiento brotando en su interior. El sentimiento, sin embargo, era por el caballo, no por el hombre. La bestia había dejado su prueba, pues su ardid se había deshecho como un trozo gastado de tela escocesa de Lochlan. Él conocía su identidad y ella ya no podía eludirlo. A pesar de todas sus maniobras infantiles, no había ganado nada, excepto quizá el placer de verle caer de su caballo al barro, asestando otro golpe a su orgullo señorial. Pero la

respuesta que buscaba seguía siendo un misterio para ella.

Con los hombros caídos, se dirigió hacia las puertas del gran salón. Hammish y Malcom la siguieron. Dentro, se volvió hacia su tío.

—Cuando entre el *Sassenach*, muéstrale mi antecámara. Le esperaré allí. —Agarró la mano de Hammish, tirando de él hacia las escaleras.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó su primo mientras subían los antiguos escalones.

—No hay mucho que pueda hacer, excepto esperar. Pronto sabré la verdad.

Con la cadera cubierta de cuero limpio apoyada en la esquina de una mesa, Jonathan observó cómo lady McNamara rasgaba el sello de cera y leía la misiva enviada por su rey. Sus manos empezaron a temblar, luego su mirada se dirigió a su rostro. Por la colocación de su mandíbula, Jonathan pudo darse cuenta de que apretaba los dientes.

—No fue cosa mía, sino de nuestro rey —dijo en respuesta a la acusación escrita en su rostro—. En verdad, desearía que hubiera elegido a otro.

—¿Elegido? —preguntó Malcom, alejándose de la puerta donde se había colocado.

Sir John se acercó a Jonathan.

—¿Elegido para qué?

—Sí —secundó Hammish, dando un paso más cerca de Aileen, donde por encima de su hombro intentaba leer el contenido de la carta—. ¿Qué ha hecho James?

Los ojos de Aileen permanecieron fijos en los de Jonathan mientras doblaba el pergamino por la mitad.

—James, en su sabiduría de largo alcance, ha decretado que el Conde de Montbourne (¡este *Sassenach*!) sea ahora mi tutor.

—¡Tutor! —La palabra estalló al unísono tanto de los labios de Malcom como de los de Hammish.

—Ella no necesita tutor —insistió Hammish, acercándose aún más al lado de su prima—. Ella es Lochlan de Lochlan, jefa del clan. Ella nos dirige a todos. No necesita ningún supervisor. Nadie puede dictar lo que ella puede y no puede hacer.

—Sí —intervino Malcom—, especialmente cuando no es escocés.

—Error —dijo Jonathan, poniéndose en pie y apartando la mirada de la de Aileen—. Él es quien tiene el derecho, y es escocés de nacimiento. Puesto que él ha decretado que yo sea su tutor, así es. Por su mandato, que me otorga plenos poderes, dictaré lo que ella puede y no puede hacer. Cuestionar mi autoridad significa cuestionar la autoridad de James y la autoridad de la Corona. Solo un tonto lo haría.

Los ojos de Malcom echaron chispas de fuego. Su mano buscó la empuñadura de su espada.

—Tío, cálmate —le ordenó Aileen—. No habrá derramamiento de sangre, te lo aseguro. Hasta que seas capaz de controlar tu ira, te pido que te retires a tus aposentos. —Notó cómo los labios de su tío, ya dibujados en una línea apretada, se comprimían aún más. Parecía poco dispuesto a cumplir su petición—. Ve con él, Hammish —le ordenó—. Deseo hablar con lord

Montbourne en privado.

—Pero...

—No me ocurrirá ninguna desgracia, primo. —Su mirada se desvió de nuevo hacia el *Sassenach*—. A James no le gustaría oír que mi nuevo guardián ha hecho daño a la que ha sido enviado a proteger. No es motivo de preocupación, ¿verdad, milord? —le preguntó a Jonathan.

Él sonrió.

—Ninguno, milady. Ninguno en absoluto.

La puerta de la antecámara se abrió y un Malcom y un Hammish reticentes entraron en el pasillo. Montbourne hizo un gesto con la cabeza para que sir John siguiera a la pareja. El panel se cerró con un sonoro golpe.

—No compartió el resto de la carta de James con sus compañeros de clan —dijo Jonathan. Volvió a apoyar la cadera en la esquina de la mesa, cruzando los brazos sobre su amplio pecho—. ¿Por eso quería hablar conmigo en privado?

—Así es —espetó Aileen—. Si cree que le permitiré que me elija un marido, se equivoca. Cuando llegue el momento de casarme, que no lo es, tomaré para mí a un hombre de mi propia elección. James no tendrá nada que decir al respecto, y tú tampoco.

—Oh, pero lo haré, milady.

—¡No lo hará!

Jonathan miró su boca insolente, con el labio inferior hacia delante, y el deseo de reclamarla con el suyo saltó de nuevo a través de él. La castigaría con sus besos hasta que gimiera de deseo. O hasta que ella le mordiera.

El último pensamiento hizo retumbar una profunda carcajada en el pecho de Jonathan mientras la alegría centelleaba en sus ojos, pues sabía que ella lo haría. Notó que su pupila lo miraba fijamente. Sin duda pensó que se había vuelto loco.

—Está tentando al destino —dijo, y luego sus labios se abrieron en una sonrisa devastadora; un hoyuelo marcaba cada mejilla. Lady McNamara parecía hipnotizada; un repentino rubor subió a sus mejillas—. Al contradecir a su tutor —continuó él, cada vez más confidente en su proeza masculina—, seguro que pierde cualquier indulgencia que pudiera haberle mostrado.

Una vez fascinada por su sonrisa, Aileen volvió rápidamente en sí.

—¿Indulgencia? —gritó—. Dudo que usted mostrara clemencia conmigo o con cualquier Lochlan.

—Podría, si se me concediera la cortesía que merezco y se me otorgara la consideración que me corresponde como su tutor.

—¿Cortesía? ¿Respeto? Pide mucho después de lo que ha hecho.

—¿Lo que he hecho? —respondió él, poniéndose en pie, olvidada momentáneamente su necesidad de saborear sus labios—. Puede que le haya ofendido al decir lo que pensaba sobre este clima desolado, el tiempo lúgubre, la comida poco apetitosa, que de algún modo había mejorado milagrosamente cien veces esta misma mañana, y de la panda de maleducados que habitan este viejo torreón con corrientes de aire, pero al hacerlo, simplemente expresé la verdad.

Si alguien ha sido ofendido, he sido yo.

—¿La verdad? ¡Ja! Antes de venir aquí, sus percepciones sobre nosotros ya estaban formadas.

—Tal vez, hasta cierto punto. Pero esas percepciones se basaban en lo que a otros ingleses les hacían su frir ustedes los escoceses, especialmente los *Highlanders*. Las historias son numerosas. Ahora tengo mi propia historia que contar.

Aileen sabía lo que iba a decir, pero quería saber si se atrevía a adornar la verdad.

—¿Cuál es su historia?

—Es esta: A mi llegada, declaré con todas las letras que había sido enviado por James para ver a lady McNamara. ¿Se me invita a entrar? No. En lugar de eso soy recibido por la amenaza de flechas que descienden sobre mí y mis hombres. Maravillosamente, no cayeron, pero me hacen sentar bajo la empapada lluvia hasta el anochecer, esperando la aprobación para entrar. Cuando por fin me lo ordenan, me dan de comer una pasta incomedible y pasteles secos, estos últimos regados con agua. Por supuesto, como huésped de honor, me muestran la habitación de un mendigo, donde me tiñen de verde en el baño y me obligan a pasar el reposo nocturno en una cama llena de bultos. Mi caballo fue cruelmente herido, y me hicieron revolcarme en el barro como lo haría un humilde cerdo. ¿Quién ha dado la mayor ofensa, lady McNamara? ¿Usted o yo?

Culpablemente, Aileen se miró los pies.

—No cayó porque yo lo ordené —dijo al cabo de un momento.

El ceño de Jonathan se frunció de confusión.

—¿Qué?

—Las flechas, ordené que las volvieran a colocar en sus aljabas.

—¿Un acto de cortesía? Perdóneme, tacharé la susodicha amenaza de mi lista. —Jonathan esperó, pero Aileen no dio respuesta—. Un consejo. No suelo ser un hombre muy tolerante. De hecho, ya se ha impuesto bastante mi tolerancia. No pedí que me enviaran aquí. Tampoco deseo quedarme. Tal y como yo lo veo, cuanto antes le encuentre un marido adecuado, antes podré volver a Inglaterra. Le sugiero que reúna a todos los hombres elegibles que sean leales a James para que yo pueda realizar las entrevistas necesarias y tenerle casada para fin de mes.

—¿Fin de mes? No me casaré con ningún hombre, adecuado o no —afirmó ella definitivamente—. Y menos con uno elegido por usted.

—Oh, lo harás —repitió Jonathan, con los ojos de nuevo fijos en los labios de ella—. Pero primero, tengo mucha curiosidad. —Con el fluido movimiento de un gran felino, caminó perezosamente hacia ella, Aileen se mantuvo firme, negándose a retroceder. Se detuvo a escasos centímetros de ella—. Hay algo que he querido saber desde el momento en que le vi por primera vez, Lochlan Lochlan.

—Aileen —espetó ella, sin saber por qué.

—Sí, ese es el verdadero nombre de lady McNamara, ¿verdad?

—¿Qué es lo que necesita saber? —preguntó ella, desestimando su pregunta.

—Simplemente esto. —Su mano agarró su pelo trenzado para enrollar rápidamente la

trenza alrededor de su muñeca. Ella echó la cabeza hacia atrás, sus labios se abrieron en señal de protesta, y su boca descendió, cubriendo la de ella por completo. El beso fue duro, caliente, húmedo, y terminó cuando apenas había empezado.

Le soltó la trenza y Aileen se apartó de él a trompicones; el dorso de la mano se restregó furiosamente contra su boca.

—No vuelva a tocarme.

—Cada vez que decida provocarme o desobedecer, puede esperar más de lo mismo. Un castigo justo, ¿no? Sobre todo cuando no soporta estar cerca de mí.

Ella le fulminó con la mirada.

—¡*Sassenach* arrogante!

—Eso se lo perdono, pero la próxima vez puede que no —le dijo por encima del hombro mientras se dirigía hacia la puerta—. Sepa igualmente que yo también tengo un nombre. —Se volvió y le lanzó una sonrisa malévola—. Es Jonathan. O más formalmente, soy Jonathan Eagle, con e, el sexto conde de Montbourne.

Cuando Jonathan abrió la puerta, su apellido resonó en la cabeza de Aileen. ¡Eagle! ¡Eagle! ¡EAGLE! Al oír la última reverberación, casi se derrumbó al suelo. El cazador alado del viejo refrán y este hombre, Eagle, eran uno y el mismo. ¿Estaba a punto de hacerse realidad la leyenda? «Imposible», pensó, queriendo negar desesperadamente que pudiera ser cierta. Vio cómo el panel se cerraba tras él.

—¡Cerdo! —gritó en voz alta, solo para oír su risa grave filtrarse en la habitación a través de la vetusta barrera de madera.

No mucho después de que su tutor la hubiera abandonado, Aileen paseaba por el suelo de su alcoba. Con las manos entrelazadas con fuerza frente a ella, los nudillos relucientes de blanco por la presión, intentaba frenar la ansiedad que se arremolinaba en su interior. Su apellido era una mera coincidencia, se dijo a sí misma. Un capricho del destino. Pero ese era el problema. Al igual que el cazador alado de la leyenda, este Eagle poseía el poder de cambiar su destino. Sin embargo, a diferencia de la mariquita, Aileen no tenía dónde huir. Su agitación aumentó, pues le molestaba el control que él tenía sobre ella. Con la mandíbula desencajada, continuó su monótono camino, descargando su ira mientras lo hacía.

«¡Bestia arrogante!» gritó su mente con furia. Él no dictaría lo que ella podía o no podía hacer. Ni elegiría un marido para ella. Se iría a la tumba antes de permitir que ningún hombre tuviera voz sobre ella. ¡Al diablo el edicto de James! Pero, ¿qué iba a hacer ella?



Desde la silla donde estaba sentado, Hammish había observado el paso mesurado de Aileen durante el último cuarto de hora. Su inminente matrimonio no era un secreto para nadie, pues las acaloradas palabras de la pareja habían atravesado la puerta como balas de cañón. Ninguno de los tres que esperaban en el pasillo sabía lo que había ocurrido durante el momento de silencio, pero por la reacción de Aileen, Hammish tenía sus sospechas. Finalmente no pudo aguantar más sus paseos.

—Prima, estás desgastando la alfombra... y también tus pies.

—Es mi alfombra y son mis pies —espetó ella sin pensar—. Los estropearé si quiero.

—Lo que tú digas, pero te estás agotando innecesariamente.

Aileen se detuvo.

—¿Innecesariamente? Estoy a punto de casarme con algún extraño que será elegido para mí por ese odioso *Sassenach* que se hace llamar mi tutor. No me agotaré inútilmente. Para pensar, debo caminar. No descansaré hasta encontrar una solución.

—La solución está aquí, en la carta de James. O al menos, creo que lo está.

—¿Dónde? —Caminó hacia Hammish y le quitó la carta de la mano.

Leyéndola de nuevo, frunció el ceño.

—No veo nada que sirva de solución. Dice lo mismo que antes: Voy a casarme. Y Montbourne, como mi tutor, es quien elegirá a mi marido.

—Según lo leo, hay dos requisitos establecidos por James que el futuro esposo debe satisfacer y Montbourne debe asegurarse de que se cumplen plenamente antes de concertar cualquier matrimonio. Uno es que el hombre haya jurado lealtad a nuestro rey; el otro es que sea leal a la Corona.

—Hay docenas y docenas que cumplen esos requisitos. ¿Cómo ves tú una solución en eso?

—Hay igualmente muchos, si no más, que no se adaptan a esos requisitos. Montbourne quiere que te cases antes de fin de mes, con lo que podrá hacer un rápido regreso a Inglaterra; por lo tanto, te ordenó que reunieras a todos los hombres elegibles para que él pueda organizar las entrevistas apropiadas con el fin de encontrarte un marido adecuado, ¿correcto?

—Sí, eso es lo que dijo.

—¿Y si convocaras solo a los hombres que sabes que no están totalmente de acuerdo con la forma de pensar de James? No hace tanto que nuestro astuto rey puso en práctica su sagaz engaño en Mull.

Aileen recordaba aquella época inquietante. Irritado porque sus súbditos de las Tierras Altas boicotearan el gobierno de la Corona, James había enviado un gran ejército al norte. Se convocó una conferencia en el castillo de Aros. Con la promesa de escuchar un sermón, varios jefes de clan (incluido su padre) habían sido invitados a bordo de un barco, rápidamente arrestados y luego encarcelados por toda Inglaterra, hasta que uno a uno habían jurado lealtad. La acción de James había sido muy injusta, al menos en lo que concernía a su padre. Duncan Lochlan realmente había deseado la paz y lo había demostrado permaneciendo en armonía con sus vecinos durante casi una década.

—¿Por qué mencionas a Mull?

—Aunque muchos de los líderes de los clanes han consentido, quedan decenas y decenas de montañeses que se han negado a resignarse por completo al gobierno de la Corona. Esperan en silencio, dispuestos a rebelarse. Durante siglos, los clanes han luchado por el derecho a gobernarse a sí mismos; no es que hayan conseguido mucho con sus continuas guerras, salvo debilitar su número.

—Sí —estuvo de acuerdo Aileen—. Demasiados jóvenes han perdido la vida, y para nada.

—Es la forma de ser de los *Highlander*. Escoceses testarudos todos. Cada uno cree que tiene razón e irá a la tumba tratando de demostrarlo.

—Sí —repitió ella, sabiendo que era casi tan testaruda como el resto de sus compatriotas—. Pero no veo ninguna solución aquí —dijo, con la mano libre golpeando la carta—. Mi padre juró lealtad a James, y yo no puedo romper el juramento que hizo. Nos traería la ruina a todos.

—La solución está ahí, pero solo es temporal. Simplemente retrasará lo inevitable. —Notó su mirada interrogante—. Montbourne debe entrevistar a cada hombre que pida tu mano, ¿correcto?

—Sí.

—Desea regresar a Inglaterra, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y si tu tutor, a través de todas sus entrevistas, no puede encontrar una pareja adecuada, una que sea leal a James y a la Corona?

Aileen empezaba a ver su punto.

—Imagino que se frustrará bastante. Cuanto más tiempo le hagan permanecer en Escocia, más molesto se sentirá al estar deseoso de regresar a su amada Inglaterra, y pronto abandonará su búsqueda. Dado su temperamento, debería marcharse de aquí a finales de mes, posiblemente antes. Y yo seguiré sin ataduras y sin tutor. —Su risa cristalina burbujeó—. Oh, Hammish, ¿de verdad crees que funcionará?

—Sí, si lo planeamos sabiamente. Con Montbourne fuera del camino, podrás entonces buscar un marido, uno a quien puedas amar. —Aileen le miró con el ceño fruncido—. Si no te casas —dijo—, James simplemente enviará a otro para ocupar el lugar de Montbourne. Solo estamos retrasando lo inevitable. Tendrás que casarte, y pronto.

Aileen suspiró pesadamente.

—Tienes razón, supongo. Pero me niego a pensar en eso ahora. Ven —dijo, instando a Hammish a levantarse de la silla—, tenemos que hacer una lista de los que estamos seguros que no pasarán la prueba.

Tras reunir plumas, tinta y papel, Aileen y Hammish se sentaron frente a frente en la mesa de escritura de su habitación. Casi una hora después, habían recopilado aproximadamente doscientos nombres. Los posibles esposos iban desde los que despreciaban de plano la autoridad de la Corona hasta los que vacilaban en su lealtad dependiendo de la hora del día.

—¿Crees que serán suficientes? —preguntó, escudriñando la lista una vez más.

—Eso espero —respondió Hammish, estirando sus acalambrados brazos—. Recuerda que aún debemos escribir las cartas invitándoles a todos al castillo de McNamara.

—Ojalá supiéramos el doble —dijo, con la punta de la pluma rozando el borde de su labio inferior—. Estaría bien que la cola saliera por las puertas del castillo y bajara por el camino. Ante la perspectiva de entrevistar a un número tan asombroso, Montbourne podría reconsiderar su deber y volar de vuelta a Inglaterra a toda prisa.

—Estaría bien, pero limitémonos a la lista que tenemos actualmente. Una vez que se corra la voz, probablemente habrá otros que se presenten.

—¿Pero y si son realmente leales a James?

—Yo mismo interrogaré a cada uno, mucho antes de que Montbourne ponga los ojos en alguno de ellos. Si no pasan mi prueba, serán enviados por su camino.

—Hammish, eres realmente el primo más fiel que podría tener —dijo Aileen, recogiendo su mano de la mesa para besarle los nudillos—. ¿Qué haría yo sin ti?

Él sonrió débilmente. Sus fuerzas menguaban día a día; sus ataques de tos se habían vuelto más preocupantes. Ahora aparecía sangre en sus esputos. Temía que Aileen no tardara en conocer la respuesta a su pregunta.

—Encontrarás otro campeón, prima. Uno que se preocupe por ti casi tanto como yo.

Sobresaltada por su respuesta, Aileen buscó los ángulos de su pálido rostro. Las lágrimas le punzaron los ojos al darse cuenta de lo enfermo que estaba, pero se negó a reconocer lo que significaba.

—Nunca —susurró, apretándole la mano—. No solo eres parte de mi familia, sino mi mejor y más querido amigo. Nadie podría reemplazarte jamás. Nadie. —Antes de que sus lágrimas brotaran y cayeran, cambió rápidamente de tema—. ¿Estás seguro de que los *Sassenach* no sospecharán de nuestro engaño?

—Espero que no —dijo él, soltando la mano de Aileen con una suave caricia—. Los verdaderamente subversivos son un puñado. La mayoría de los demás tienen algún tipo de agravio mezquino contra la Corona o contra el propio James. Los pocos restantes son simplemente ineptos. Les guste o no James a cualquiera de ellos, recuerda que todos son escoceses y Montbourne es inglés. Uno por uno, seguramente insultarán al hombre. Teniendo en cuenta su talante, está obligado a rechazarlos a todos. La elección, por supuesto, es suya.

—Es mi mayor temor. Tiene que trabajar.

Durante la media hora siguiente, ambos duplicaron la lista en otra hoja de pergamino y luego redactaron una carta. Ambos documentos fueron enviados al conde de Montbourne con una nota solicitando su aprobación. A los diez minutos, su respuesta escrita fue devuelta a la puerta de Aileen por el mismo mensajero. La carta había sido aprobada, pero la lista debía reducirse a la mitad. Un esposo adecuado, había decidido, podría encontrarse fácilmente entre un grupo más pequeño.

—No deberíamos haber enviado la lista —dijo, una vez leída la respuesta de su tutor.

—No hay que preocuparse. Al final se utilizarán todos los nombres. Simplemente nos da más tiempo para escribir las cartas restantes.

—Será mejor que empecemos, porque quiere que el primero de los hombres llegue la semana que viene.

Durante el día y medio siguiente, Hammish y Aileen habían escrito las casi cien cartas que invitaban a sus pretendientes al castillo de McNamara. Afortunadamente no fueron molestados ni por su tutor ni por su tío. De hecho, no vieron a ninguno de los dos hombres, lo que pudo deberse a que habían tomado sus comidas en la habitación de Aileen.

En ese momento, mientras Aileen permanecía junto a la puerta abierta, observando cómo el fiel mensajero cabalgaba por las tierras de Lochlan, con las últimas diez invitaciones bien guardadas en su bolsa de cuero, sintió que sus nervios se ponían tensos.

—¿Y ahora qué? —preguntó a Hammish, que estaba cerca de ella.

—Esperamos a ver si hay alguna respuesta. Mientras tanto, debemos atender las necesidades del muy honrado invitado de lady McNamara.

—¿Esperas que le muestre cortesía?

—No haría ningún daño. Si demostraras algo de cortesía hacia él, si le encandilaras con tu ingenio e inteligencia, cuando se enfrente a entrevistar al sombrío grupo que hemos invitado puede que se apiade de ti. El plan es que se vuelva aún más exigente en su selección de lo que pretendía ser en un principio. No solo consideraría a James y a la Corona, sino también tus deseos. Merece la pena intentarlo.

—Pero ya sabemos que no encontrará a uno leal en el grupo.

—Cierto, pero ten en cuenta que, en su afán por regresar a su preciada Inglaterra, podría elegir al que más se acerque a la marca de James. Queremos evitar que eso ocurra. Hay que hacerle ver que ninguno de estos hombres se adapta bien a la entrañable lady McNamara. Aunque desconozca sus motivos, los descartará a todos.

Lenidad. La palabra dio vueltas en su cabeza. Su tutor le había sugerido lo mismo. Por mucho que le doliera mostrarle la más mínima amabilidad, parecía que no tenía otra alternativa. Intentaría cualquier cosa, con tal de evitar que él la eligiera como compañera.

—Lo intentaré, Hammish. Pero me niego a ser demasiado amistosa. Conociendo mis sentimientos por él, lo percibiría rápidamente como lo que es: otro truco.

Una vez alcanzado el piso superior del castillo, Aileen puso rumbo a la habitación de su tutor. Sin aliento por la subida, Hammish la siguió a paso más lento.

De pie ante el portón de sus austeros aposentos, cuadró sus esbeltos hombros; su dedo se elevó y golpeó la madera. Se oyeron pasos acercándose a la puerta, luego el panel se abrió.

—Se han enviado las cartas —le dijo a Jonathan, con la barbilla alta. Su altura la intimidaba, pero ocultó cualquier señal de que así fuera—. El último mensajero salió hace solo unos minutos.

—Gracias por informarme. —Él notó que ella permanecía rígida, con las manos juntas en la cintura, los dedos manchados de tinta—. Sé que había dicho que quería que el primero de sus pretendientes llegara la semana que viene, pero no esperaba un cumplimiento tan rápido, sobre todo por parte de la que insistió en que no la obligarían a casarse. —Miró a Hammish, que pasaba detrás de Aileen. Brevemente notó que el hombre se tambaleaba sobre sus pies y que la respiración le resollaba en el pecho. Hammish se retiró de su vista y la atención de Jonathan volvió a centrarse en su pupila—. ¿Ha cambiado de opinión de repente?

—¡Nunca! —espetó ella, olvidando su necesidad de cortesía—. Usted ordenó que se hiciera, y así ha sido.

—Me alegra la noticia —dijo él, cruzando los brazos sobre su sólido pecho, con su musculoso hombro apoyado en el marco de la puerta. Hacía unos instantes, había observado desde su ventana cómo su pupila y su primo se abrían paso por el patio. Con las cabezas juntas, parecían estar ideando un plan. Estudiándola, ladeó la cabeza—. ¿Pero por qué tengo la sensación de que se ha vuelto demasiado ansiosa por llevar esto a cabo?

Aileen notó la sonrisa irónica en su rostro.

—¿Ansiosa? —preguntó ella, preguntándose si él habría descubierto de algún modo su engaño—. Se equivoca, lord Montbourne, —dijo ella después de observarle detenidamente, decidiendo que era desconfiado por naturaleza—. Si parece haber algún afán por mi parte, es porque tengo otros asuntos que me conciernen. Pertenecen a mi posición como jefa del clan. Con las cartas escritas y enviadas en camino, ahora soy libre para ocuparme de ellos. Si me disculpa, yo...

Por el rabillo del ojo, vio a su primo desplomarse contra la pared justo delante de la puerta de su habitación, al final del pasillo. Luchó por entrar en su habitación, y luego estuvo a punto de caer por la abertura cuando se abrió el panel, para desaparecer de la vista. El sonido de una tos violenta flotó en el pasillo.

—¿Hammish? —gritó, y corrió hacia su habitación.

El tono de su voz puso a Jonathan en acción; corrió tras ella. Cuando los dos llegaron a la puerta de Hammish, el silencio llegó a sus oídos. Al abrirla, Jonathan alcanzó a ver a Hammish que estaba inclinado sobre una pequeña mesa, con una palangana encima. Su rostro estaba teñido de un rojo oscuro, rayano en el púrpura; era evidente que no podía respirar.

Pasando junto a Aileen, que permanecía congelada en el umbral de la puerta, Jonathan se dirigió rápidamente hacia su primo. Su dedo golpeó la espalda del más joven: una, dos veces. Con el último golpe, la copiosa cantidad de mucosidad que había obstruido la garganta de Hammish se expulsó. Al oír el aire entrar en los pulmones del hombre más joven, Jonathan frunció el ceño. Había sangre en la palangana, y comprendió lo enfermo que estaba realmente el primo de Aileen.

—¿Hammish? —preguntó Aileen, sus pies la llevaban ahora hacia él.

—Mantenla alejada de mí —le suplicó Hammish a Jonathan con voz ronca, con el rostro vuelto del inglés—. No dejes que la vea. —Intentó empujarse de la mesa, con la intención de llegar a su cama, pero le fallaron las fuerzas.

Consciente del estado debilitado del hombre, sabiendo que su pupila estaba casi junto a ellos, Jonathan levantó a Hammish en brazos. Dándose la vuelta, se interpuso entre Aileen y la palangana, bloqueándole la vista. Señaló con la cabeza hacia la cama.

—Retira las mantas —dijo. Ella se apresuró a cumplir su orden, y Jonathan cargó con el ligero peso de Hammish por la habitación.

—Tienes mi gratitud, *Sassenach* —oyó decir Jonathan a Hammish mientras lo bajaba sobre el colchón.

Jonathan se enderezó y su mirada conectó con la de Hammish. Una aceptación de su destino estaba escrita en el fondo de los ojos del hombre más joven. Cualquier chispa de preocupación estaba destinada a Aileen. Jonathan comprendió cuánto la quería Hammish, no solo como pariente cercano, sino también como hombre.

La lástima brotó en su interior, al igual que otra emoción, aunque no pudo ponerle nombre. Observando los suaves cuidados que se le dispensaban al hombre (Aileen apoyando almohadas detrás de su cabeza, su mano acariciando suavemente su húmeda frente), Jonathan comprendió lo fuerte que era realmente su relación. Al no haber formado nunca él mismo un vínculo tan estrecho con nadie, al menos, no desde la infancia, Jonathan pensó que lo que sentía era una punzada de envidia, pero sin el rencor ni la malicia habituales. De nuevo, la extraña sensación

podría haber sido causada por el conocimiento de que Hammish pronto sucumbiría. La muerte, decidió, era un desperdicio.

Mientras contemplaba el perfil perfecto de su pupila, su flamante cabello suelto y cayendo alrededor de sus delgados hombros, acariciando la longitud de su espalda, supo que su pena sería grande, y le dolió el corazón. Una necesidad vital de protegerla surgió en él; la fuerza de la emoción le aturdió. Dándose la vuelta, se dirigió hacia la mesita, con el ceño fruncido por el desconcierto. Al no encontrar un lugar donde deshacerse de los mocos sanguinolentos, que atestiguaban la gravedad de la enfermedad de Hammish, tendió un paño sobre la palangana.

Jonathan retrocedió para observar de nuevo a Aileen. No era tonta, pensó, preguntándose por qué había tomado tales medidas para ocultar las pruebas. Por la forma en que había corrido hacia la habitación de su primo, por la expresión de su rostro cuando habían entrado, por la forma en que lo adulaba ahora, Jonathan sabía que era consciente de que era mucho peor de lo que su primo había dejado entrever. Simpatizaba con ella, pero nada de esto le preocupaba realmente. A finales de mes, se habría ido, su pupila casada, su deber cumplido. Entonces, ¿por qué se sintió de repente como si estuviera a punto de sufrir una pesada pérdida propia?

Enfadado por la mezcla de emociones que bullían en su interior, Jonathan se dirigió a los pies de la cama.

—¿Debo llamar a alguien para que te asista? —Sus ojos se encontraron con los de él, y Jonathan se quedó momentáneamente embelesado—. Si no —dijo, obligándose a apartar la mirada—, regresaré a mis aposentos.

—Yo cuidaré de él, sola. —Asintió y se dirigió hacia la puerta; Aileen le siguió, deteniéndole cuando salía al pasillo—. Gracias por actuar con tanta rapidez. Le ha salvado la vida —dijo, mirándole con una nueva expresión en los ojos—. Estaré siempre en deuda con usted.

Los nervios de Jonathan se habían puesto tensos. Algo le estaba ocurriendo, algo que no comprendía. Tampoco deseaba que continuara.

—No lo esté —gruñó, sacudiendo la sensibilidad de Aileen. Miró la delgada mano que descansaba sobre su brazo; se apartó rápidamente—. Debería tener a otro que cuide de él. Es la razón por la que tiene sirvientes.

Aileen se erizó.

—No considero a los miembros de mi clan como sirvientes. Son mi familia. Como tales, nos cuidamos mutuamente.

—Es su elección —dijo él, y luego se dirigió a su habitación.

Aileen se quedó mirando tras él. Hacía un momento le había parecido ver algo en sus ojos que denotaba cierta ternura, preocupación y cariño. Obviamente se había equivocado. El *Sassenach* cerró la puerta con un golpe seco y ella giró sobre sus talones, marchando hacia la mesa y la jarra de agua que había junto a la palangana.

—Aileen, no te molestes.

Oyó la débil voz de Hammish justo cuando echaba a un lado la cubierta que ocultaba la palangana, con la intención de verter agua sobre un paño facial que había cogido. La vista que se encontró con ella la sobresaltó y asustó. Se volvió hacia la cama.

—Intentó ocultarme esto, ¿por qué?

—Lo hizo a petición mía.

—Oh, Hammish, ¿por qué no confías en mí?

—No deseaba preocuparte. Es malo, Aileen —ronroneó—. No sé lo que es. Siempre temo tenerte cerca de mí. Si es contagioso, tú también podrías sufrirlo. En adelante, debes mantenerte alejada de mí. —Su cabeza rodó sobre la almohada y se puso de cara a la pared—. Vete, déjame ahora, debo descansar.

—Descansarás, pero no te dejaré.

Mojando el paño en la jarra, se dirigió hacia la cama, donde le bañó suavemente la cara y luego le tapó con las sábanas. Después, se sentó en una silla no muy lejos. Su respiración agitada se había calmado un poco.

—Recuerda, Aileen, trata al *Sassenach* con cortesía —dijo Hammish, una débil sonrisa cruzó su rostro—. A pesar de su humor hosco, sospecho que no es tan desagradable como crees.

—Más bien lo es.

—Hemos formado una estrategia. Síguela a rajatabla. Es por tu propio bien.

Hammish se quedó en silencio; pronto se durmió. Mientras Aileen lo vigilaba, repasó las palabras de su primo. La pareja había formado una estrategia. Para que funcionara, ella tenía que hacer de perfecta anfitriona. El pensar en tratarle con la más mínima urbanidad la ponía enferma, pues era algo que obviamente él no podía corresponder fácilmente, pero sabía que no tenía elección. Haría cualquier cosa para disuadir al arrogante pícaro de cumplir con su deber, incluso si eso significaba matarlo con amabilidad.



—Parece, Montbourne, que has ganado en estatus —dijo sir John, echando un vistazo a los nuevos aposentos de Jonathan. Cuando finalizaron su cena, los dos hombres habían buscado la pequeña y sombría habitación del conde para una breve discusión, pero fueron recibidos por el patizambo Seamus, que los condujo por el pasillo—. Tal vez las cosas mejoren para usted por completo, ya que el clan Lochlan parece más receptivo a su presencia aquí.

Jonathan estaba de mal humor. Sus ojos trazaron el mismo camino que los del caballero. La cámara era mucho más grande que aquella en la que se había instalado originalmente, sus comodidades más aceptables, pero no era ni de lejos tan grande como su propia habitación en Montbourne ni contenía las comodidades a las que estaba acostumbrado.

—Servirá, pero no es mi casa. Al menos la cama es más grande y más blanda. No tendré que aferrarme a ella como hice las últimas noches, temiendo encontrarme con el suelo. —Se quitó la espada, colocándola sobre la mesa, y luego vio que sus pertenencias también habían sido trasladadas—. En cuanto a los Lochlan, no me desean aquí más ahora que antes. Es su jefa quien les ha ordenado ser más civilizados, y creo saber por qué. —Notó la ceja levantada del caballero y agitó la mano en un amplio arco—. Todo esto es un soborno (la habitación, la suntuosa comida y el buen vino de los que acabamos de participar, el amable servicio que nos han dispensado). Espera clemencia cuando le elija un marido. Probablemente espera que no elija ninguno. Sin

embargo, se equivoca. Tome nota, amigo, cuando se hayan pronunciado los votos matrimoniales, sin duda estaremos huyendo de aquí con flechas lloviendo sobre nuestras cabezas, si no antes.

—¿Cree que su motivo es la preocupación por su propio bienestar y no porque se sienta culpable por cómo le ha tratado, o posiblemente que le esté compensando por salvar a su primo?

—Sir John captó la mirada sorprendida de Jonathan—. Oí por casualidad a uno de los miembros de su clan hablar a varios otros de su acto heroico.

—¿Heroico? Fue más bien una respuesta reflexiva. No hice nada fuera de lo común. ¿Compensación? Lo dudo. ¿Culpa? Poco probable. Ella es escocesa y yo inglés; iría contra su naturaleza sentir remordimientos por lo que ha hecho.

—¿Y su primo?

—Podría haberlo salvado ella misma. Simplemente llegué a él primero. No, estoy seguro de que es el pensamiento de su propio bienestar lo que la motiva. Si no hubiera mencionado que la cortesía y la consideración podrían granjearle mi indulgencia, podría haberlo tomado por auténtico remordimiento. Incluso una compensación, como usted ha sugerido. Pero sí mencioné tal cosa; de ahí los marcados cambios. No la culpo, considerando su cambio, pero de poco le servirá, pues mi lealtad pertenece a James. —«Sus ardides no funcionarían » , juró Jonathan en silencio, con un humor cada vez más hosco—. Se casará —continuó con firme determinación. A propósito, mantuvo el recuerdo del hermoso rostro de su pupila lejos de sus pensamientos, sabiendo que si lo visualizaba, seguramente cedería—. Que su marido sea joven o viejo, gordo o delgado, alto o bajo, no me importa, con tal de que cumpla los criterios que se han establecido.

—Espero que no le diga eso, o podríamos estar comiendo pasteles secos y bebiendo nada más que agua otra vez.

Jonathan soltó una risita malvada.

—No soy tan tonto. No, pretendo disfrutar de todas las atenciones que se me dispensen, al igual que usted y sus hombres, sir John. Sin embargo, por grandes que sean los placeres que se nos brinden, ninguno de nosotros debe volverse demasiado pasivo. No confío en estos Lochlan, especialmente en el tío de la muchacha. Está demasiado ansioso por una pelea.

—Sí, lo está.

—Mientras entretengo a lady McNamara, le pido que vigile de cerca a este tal Malcom. No deseo que me maten en mi cama.

—Yo tampoco —dijo el caballero, observando cómo Jonathan sacaba un papel doblado del interior de su jerga—. Será vigilado. Cuente con ello.

—Bien.

—En la nota que le envió —sir John señaló con la cabeza el papel—, ¿le explicó su pupila su cambio de cuartel?

Jonathan volvió a echar un vistazo a la habitación. Le atraía más que antes, pero seguía sin ser su hogar. Inglaterra. ¿Por qué la había abandonado?

—No, pero supongo que lo hizo como una sorpresa. —Sus ojos volvieron a sir John—. Solo dijo que seguía asistiendo a su primo. Me pidió perdón por no acompañarnos en la cena, pero dijo que no podía, en conciencia, dejarlo. Mañana, si se recupera, me ha pedido que cabalgue con ella para ver la extensión de las tierras de Lochlan.

—¿Irá usted?

—Me arriesgo demasiado si no voy —respondió Jonathan—. ¿De qué servirá encontrar un novio si ya no hay novia? Como he dicho, pienso mantener entretenida a lady McNamara.

—Si cree que ella no siente remordimientos, haga su entretenimiento bien armado. Puede que sea pequeña, pero tengo la sensación de que es rápida. Encontrará poco placer con un cuchillo en el gaznate.

—Lo tendré en cuenta.

Sir John se marchó pronto y Jonathan se fue a la cama, con el ánimo más sombrío que antes.

Creyó haber desechado las extrañas emociones que le habían sacudido a primera hora del día, mientras observaba cómo su pupila atendía a su primo. La fuerza le sorprendió y confundió a la vez. Evidentemente quiso negar su verdadera importancia: sentía algo por ella, y no se basaba en la mera lujuria. Qué cómodo sería atribuir todo el episodio a que había ingerido algo que le había sentado mal, con lo que la inexplicable presión cerca de su corazón dejaría de ser un misterio. Pero no podía hacer eso.

«¡Maldición! La chica no significa nada para mí».

Las insistentes palabras se dispararon en su cabeza mientras se revolvía en su nueva cama intentando encontrar algo de consuelo. Instalándose finalmente, se quedó tumbado, mirando al techo. Con gran esfuerzo, consiguió por fin el control que deseaba, convencándose a sí mismo de que solo sentía por ella un interés pasajero.

Poco después, sus pensamientos volvieron a las palabras de advertencia de sir John. Para Jonathan, que había visto las cabezas de la pareja juntas, era evidente que lady McNamara y su primo conspiraban contra él. Después de la forma en que la había tratado, no podía culparla por buscar un plan, con la esperanza de frustrarlo y, al mismo tiempo, hacerlo quedar en ridículo una vez más. En su mente, él no merecía menos.

Al recordar los últimos momentos de su acalorada discusión en su antecámara, Jonathan se encogió. Ella le había considerado arrogante, y así había sido. Su curiosidad masculina picada, se había aprovechado indebidamente de ella, excusando sus actos diciéndose a sí mismo que ella había merecido tal castigo. En realidad, había tenido el efecto contrario. Brevemente revivió su respuesta al beso, pero con la misma rapidez encerró todo recuerdo del mismo.

Dirigiendo sus pensamientos al presente, reconoció que se había equivocado al tratarla. No era una campesina a la que pudiera tomar el pelo e intentar acostarse con ella; era su pupila. Él era responsable de ella. Es cierto que su belleza aún le tentaba, pero sabía que tenía que refrenar sus impulsos masculinos. De lo contrario, provocaría la ira de James.

A Jonathan no le gustaba que le separaran la cabeza del cuerpo. Tampoco deseaba que le clavarán un cuchillo en el gaznate, una seria posibilidad. De nuevo escuchó las palabras de advertencia de sir John. A pesar del cambio en sus circunstancias, de la cortesía que ahora se le mostraba, en realidad nada había cambiado entre lady McNamara y él. Ella seguía despreciándole. Entretenerla, lo haría. Pero lo haría con mucha cautela.



Aileen cerró en silencio la puerta de la habitación de Hammish, aliviada de que siguiera durmiendo plácidamente. Mientras se dirigía a su propia alcoba, los recuerdos de las últimas horas se apoderaron de ella y empezó a temblar. Al entrar en su habitación, sus pies se habían quedado clavados en el suelo, con la mente en blanco sobre cómo ayudar a Hammish. Si su guardián no hubiera reaccionado como lo hizo (pasando por encima de ella para golpear la espalda de Hammish), este seguramente habría muerto. Su estado era mucho peor de lo que ella había pensado en un principio. ¿O era simplemente que se había negado a ver la verdad? No podía perder a Hammish. No debía morir.

La puerta de su habitación se abrió, y ella casi se cayó dentro. Lágrimas irreprimibles corrieron por sus mejillas mientras avanzaba a trompicones hacia su cama. Habían ocurrido demasiadas cosas últimamente, demasiadas por las que preocuparse. La repentina muerte de su padre, por la que había tenido poco tiempo para llorar; sus deberes como jefa del clan y todo lo que ello conllevaba; la enfermedad de Hammish y la posibilidad de que él también muriera; el peso de todo ello era más de lo que podía soportar.

¡Y además estaba el *Sassenach*!

«Mariquita, mariquita, vuela, o el cazador alado transformará tu destino». El antiguo estribillo rodó por su mente sin proponérselo. «¡No! La leyenda era falsa», insistió en silencio. ¿O no lo era?

Abrumada por la tensión de sus emociones, Aileen no deseaba otra cosa que arremeter contra alguien.

—¡Maldito sea! —gritó a las paredes, maldiciendo a Jonathan, maldiciendo el hecho de que hubiera invadido su hogar. Pero, en el fondo, estaba agradecida de que lo hubiera hecho, pues Hammish aún vivía. Sin embargo, le molestaba deberle tal gratitud, siendo él la fuente de su última preocupación; denunció con vehemencia—: ¡Maldito sea!

Dada la disposición de Malcom, ese podría muy bien ser el próximo destino del *Sassenach*.

## Capítulo 5



Con los nervios tensos como las cuerdas de un arpa, Aileen esperó en el patio a que sacaran de los establos a su yegua ensillada y a su lado al semental de Montbourne. Sus dientes castigaban su labio inferior mientras se recordaba una y otra vez que debía ser cortés con su guardián, pues de lo contrario su plan se iría al traste. Segura de que su salida acabaría en fracaso, rezó para que le enviara su arrepentimiento. Luchar contra un jabalí podría resultar una tarea mucho más fácil que adoptar una actitud civilizada con aquel hombre. Tratarle con algo que no fuera desprecio cuando ella le despreciaba tanto era una hipocresía.

—Eres una tonta, sobrina, por cabalgar sola con el *Sassenach* —dijo Malcom, a su lado una vez más para argumentar su punto de vista—. No se puede confiar en él, te lo aseguro. ¿Cómo sabes que la carta de James no es una falsificación o que ese Montbourne es quien dice ser? Podría ser un mercenario inglés, empeñado en secuestrarte para pedir rescate. Al ignorar mis advertencias, le estás dando licencia para hacer precisamente eso.

Cansada de las constantes arengas de su tío, cuyas palabras agoreras habían atacado sus oídos una y otra vez durante el último cuarto de hora, Aileen se volvió contra él.

—Te digo que no ocurrirá nada. Cabalgaremos solos. Si tuviera la intención de secuestrarme, como tú insinúas, ¿crees que dejaría a sus hombres dentro de estas murallas? ¿Cuál sería su propósito?

—Los dejaría atrás para que pudieran abatirnos.

Aileen rió abiertamente.

—Ridículo, tío. Nos supera en número varias veces. No podría ganar si tuvieran que pelear. Además, no tenemos riquezas de las que hablar. ¿Qué esperaría ganar? —La boca de Malcom se quedó abierta, pero Aileen continuó—. No, tío, lo que sugieres es ridículo. Estás inventando problemas donde no los hay. La carta de James es auténtica. Su insignia estaba cerrada con un sello de cera, que permaneció intacto hasta que yo la abrí. Soy yo quien ha invitado al *Sassenach* a cabalgar conmigo, no al revés. Si decide aceptar, puedes estar seguro de que conoce las consecuencias si me hiciera daño. Nuestro rey no aprobaría tal acto.

—Igualmente, no confío en él.

Aileen estaba de acuerdo con la afirmación de su tío, pero decirlo en voz alta solo daría lugar a otra ronda de disputas, algo que prefería evitar. Su decisión ya estaba tomada, y aunque hubiera preferido tener a varios de sus compañeros de clan a su lado por seguridad, sabía que Montbourne no tendría nada de eso, no a menos que se permitiera que un número igual de sus propios hombres se uniera a ellos. No quería esa mezcla de hombres, pues su concentración se centraría en el grupo que les rodeaba. Absorta en mantener la paz, lograría poco. Le gustara o no, necesitaba estar a solas con el hombre. De alguna manera, tenía que ganarse su simpatía. Dada su arrogancia, se preguntó tardíamente si poseía tal emoción.

Por el rabillo del ojo, vio al hombre de sus pensamientos salir de la sala, con el caballero a su lado.

—No discutas más conmigo, tío, pues está decidido. Cabalgaremos solos. Pero si te tranquiliza, que sepas que dentro de mi bota llevo un puñal. Si los *Sassenach* se acercan demasiado, no dudaré en usarlo.

Con la mirada fija en Aileen y su tío, Jonathan observó la expresión adusta en el rostro de Malcom.

—Parece que hay un desacuerdo entre ellos —comentó a sir John—. Algo me dice que la disputa tiene su origen en el hecho de que su sobrina y yo debemos cabalgar sin vigilancia.

El caballero rió entre dientes.

—Dada su notoriedad con el sexo opuesto, no puedo decir que cuestione del todo las dudas del hombre a la hora de permitirle tal libertad. ¿Puedo preguntar si la chica corre algún riesgo?

Jonathan se detuvo bruscamente, al igual que el caballero, con lo que el conde lanzó una dura mirada a su compañero. Por alguna razón, se había sentido ofendido ante la pregunta del hombre. Su reputación era bien conocida: un monje, Jonathan definitivamente no lo era. Pero tampoco era un conocedor de jóvenes inocentes.

—No estamos en la corte, sir John, donde machos y mujeres retozan abiertamente, con un comportamiento lascivo sin control. Estamos en el castillo de McNamara —dijo, con tono molesto—. Sé que mis amantes tienen fama de ascender a más de varias veintenas, una exageración alimentada por las malas lenguas. Debido a ello, se me ha calificado de «mujeriego». Pero sepa esto: sumadas, mis amantes no han sido más de una docena, y eso incluye a la que me llevó a la madurez cuando tenía quince años. Soy de lo más selectivo, sir John, y puedo asegurarle que mis intereses no se prestan a vírgenes inexpertas. —¡No después de lo que había sufrido de su difunta esposa!— Lady McNamara está muy segura conmigo. ¡Maldita sea, hombre, ella es mi pupila, no mi amante!

—Le pido perdón, señor —declaró sir John—. No era mi intención ofenderle. Mis palabras, aunque dichas descuidadamente, saltaron a la mente simplemente porque, por la expresión de su tío, diría que no confía en usted.

Jonathan miró de nuevo a Malcom.

—Sí —estuvo de acuerdo—, al hombre no le agrada en absoluto el acuerdo. Asegúrate de que cuando lady McNamara y yo hayamos abandonado el castillo no nos siga.

—Tenga la seguridad de que no lo hará —prometió sir John.

Al comprobar que el caballero parecía repentinamente retraído, Jonathan se sintió contrito por la ferocidad de su ataque. Normalmente aceptaba cualquier burla que le llegara de buen tono, riéndose de sí mismo tan ruidosamente como lo hacían los demás, especialmente cuando la broma tenía que ver con su destreza masculina. Pero por alguna extraña razón, no toleraba ningún desafío sobre sus intenciones hacia lady McNamara. Cualquiera que fuera su causa, no podía negarse: Jonathan se había vuelto muy protector con su pupila.

Cuando los dos hombres se acercaron a ellos, Aileen oyó decir a Malcom: «Conspiran, te lo aseguro».

Cerró los ojos y respiró limpiamente. Al soltar el aire, parte de su creciente ira brotó de

ella.

—No es más que tu imaginación. Ahora, ponte a trabajar y ocúpate de las monturas. —Con una mirada penetrante, su tío se dirigió hacia las puertas del establo.

—Buenos días, milady —la saludó Jonathan, acercándose por detrás de Aileen—. ¿Está lista para nuestro paseo?

Sobresaltada, pues su atención estaba clavada en su tío, Aileen giró en redondo. Atrapada por sus llamativos ojos azules, no pudo hacer otra cosa que mirarlos fijamente. Eran irresistibles, y mientras lo miraba, pensó que podría hacer cualquier cosa que él le pidiera... cualquier cosa. Con la mente distraída por los desvaríos de Malcom, había tenido poco tiempo para fortalecer sus sentidos, de ahí que su interés femenino fuera en aumento. Una amplia sonrisa se extendió por su rostro bronceado, su piel inmaculada ahora irradiaba un tono rosado en lugar del verde enfermizo al que se había acostumbrado.

Parpadeando, Aileen supo que debía responder.

—Será solo un momento —dijo, su voz sonaba extrañamente sin aliento—. Tan pronto como las monturas estén listas, nos pondremos en camino.

—Excelente —respondió Jonathan, pareciendo no darse cuenta de su reacción—. Estoy ansioso por ver lo que nos espera. Tal vez nuestra salida me convenza de que hay algo que vale la pena encontrar en este páramo que de otro modo sería estéril. Basándome en lo que he visto hasta ahora, no entiendo por qué los escoceses lo protegéis tan férreamente.

Aileen recuperó rápidamente la cordura. El hombre lucía su superioridad como un indigente lo haría con un manto de hilos de oro: ¡el pavo real pavoneándose! Se preguntó si alguien le habría instruido en los modales más rudimentarios. Observándole con detenimiento, decidió que sin duda alguien lo había intentado, pero teniendo en cuenta el alumno, el desventurado maestro estaba destinado al fracaso. Miserablemente, además. Calificándole silenciosamente de bufón, pero sin olvidar por qué le había pedido que cabalgara con ella, sonrió muy civilizadamente.

—Puesto que ustedes, los ingleses, piensan que no hay nada de valor en las Tierras Altas, yo también me pregunto por qué invaden continuamente el lugar. Aparentemente hay algo de valor aquí, de lo contrario se quedarían para siempre en su lado de la frontera.

Jonathan la estudió momentáneamente, solo para fingir que era incapaz de fallar a su lógica. Su profunda risa retumbó.

—Una tregua, milady. El día es demasiado encantador para arruinarlo hablando de las intrigas políticas de reyes muertos hace mucho tiempo. No resolveremos nada si lo intentamos. Aunque nuestros dos países han guerreado continuamente, que al menos haya paz entre nosotros.

—Sí, el día es demasiado hermoso. —Su sonrisa se ensanchó, pues sabía que le había superado—. Puesto que ambos reconocemos su valor y deseamos disfrutarlo, aceptaré la tregua.

—Una tregua, entonces. —Miró a su alrededor—. Su primo, ¿se ha recuperado?

—Se encuentra mucho mejor, pero le he ordenado que descanse —dijo ella, sintiendo la certeza de que Hammish la observaba desde su ventana—. De nuevo, le agradezco su oportuna intervención.

—Me alegró serle útil. Y yo le agradezco su propia intervención —dijo él.

Su mirada recorrió su pelo húmedo. El color del ala de un cuervo, los gruesos mechones brillaban como ébano pulido a la luz del sol.

—¿El baño de milord fue satisfactorio?

—Fue mucho más agradable que el primero —dijo, repasando la experiencia.

*Un instante después, sonó un golpe en su puerta, y Jonathan la abrió para ver a Seamus de pie al otro lado. Cuando el hombre entró deambulando en la habitación, con dos vasijas metidas bajo sus carnosos brazos, tres de sus compañeros de clan hicieron rodar la gran bañera a través de la puerta. Al ver el ceño fruncido de Jonathan, el hombre achaparrado declaró:*

*—Mi jefa me ha ordenado que os traiga esta cosa. —Empujó las tinas hacia los brazos de Jonathan—. Esta de aquí (señalando la que estaba bajo el brazo derecho de Jonathan) debe usarla primero. Frótelo todo, incluso el pelo. Quemará, pero no os dejará cicatrices. Cuando os hayáis bañado, poneos esta otra pasta. —Clavó la vasija bajo el brazo izquierdo de Jonathan—. La sarga detendrá la picazón. No olvides lo segundo, o te picará todo el cuerpo.*

*—¿Qué clase de travesura trama ahora tu jefa? —había preguntado Jonathan, aumentando sus sospechas.*

*—No es ninguna travesura —había espetado el hombre, frunciendo el ceño—. Se supone que le devolverá a su color natural. Pero si disfruta pareciendo un montón de musgo, simplemente le diré que rechazó su oferta caritativa. Si fuera yo, os habría dejado como estáis.*

*Los dos hombres se habían peleado brevemente por los cubos, Jonathan salió ganando.*

*—Ayúdame con la espalda —le había ordenado al hombre, pero sin resultado—. ¿Por favor?*

*—Será mejor que se quite su whigmaleerie. —La ceja de Jonathan se había arqueado—. Su ornamento alrededor de su cuello —había dicho Seamus, señalando con la cabeza el medallón—. Si no, podría volverse contra usted. —La incertidumbre había parpadeado en los ojos de Jonathan. Sin embargo, había cumplido. Se había pasado la cadena por la cabeza y luego la había dejado a un lado. Un glóbulo frío de pasta aceitosa había golpeado su piel, y el hombre en cuclillas se la frotó rápidamente por la espalda—. Usted puede hacer el resto —había dicho, haciéndose a un lado.*

*Mientras Jonathan se enjabonaba una generosa porción de la sustancia pastosa por la cara, el pelo, el cuello y los brazos, y luego por el pecho hasta el vientre, todo empezó a hormiguear y luego a arder. Rápidamente se cubrió el trasero, las piernas y los pies. Al enderezarse, Jonathan se había vuelto vacilante. Mirando fijamente sus partes íntimas, había cerrado los ojos y apretado los dientes. La acción se realizó rápidamente. Para cuando el contenido del último cubo se había derramado en la bañera, su piel estaba en llamas. Casi se había zambullido en el agua.*

*Tras restregarse de pies a cabeza con jabón, se había puesto de pie, enjuagándose con varios cubos de agua fresca. Una vez seco, se había extendido el contenido de la segunda vasija por todo el cuerpo. El bálsamo había refrescado su piel inmediatamente.*

*—¿Ves? —había dicho Seamus, después de ayudar de nuevo con la espalda de Jonathan —, no era ninguna travesura. Está suave como un bebé y casi tan rosado como su culito.*

*Jonathan podría haber rebatido fácilmente la afirmación del hombre sobre que «no había ninguna travesura en ello», pero al recordarlo, el sufrimiento que había soportado bien merecía los resultados.*

—Fue muy amable al apiadarse de mí —le dijo a Aileen, sonriendo—. Gracias a su caridad, ya no me confundiré con los árboles.

La risa tintineante de Aileen flotó en el aire; el sonido de la misma dejó a Jonathan sintiéndose extrañamente a f ectado.

—Si hubiera actuado de forma caballerosa en primer lugar —dijo, deseando que se apiadara de ella de la misma manera—, no habría sufrido nada de lo que sufrió.

Contemplando el rostro respingón de su pupila, con sus extraordinarios ojos sonriéndole, Jonathan experimentó una extraña agitación en lo más profundo de su ser. «Hermosa e inocente», pensó, deseoso de ensartar sus dedos en su lustroso cabello, cuya longitud liberada colgaba hasta su cintura. Por voluntad propia, su mano se levantó. «¡Agárrate, tonta!».

Rápidamente, el impulso desviado fue frenado. Para cubrir su error, Jonathan agitó su brazo delante de él, haciendo una reverencia.

—Prometo que me comportaré lo mejor posible. —El voto se lo hizo a ella, pero iba dirigido a él. Por el rabillo del ojo, vio que su tío había salido de los establos—. Llegan nuestras monturas.

Cuando Aileen estuvo sentada en su yegua, Malcom se dirigió hacia donde estaba el semental de Jonathan.

—Asegúrese de que no le pase nada, *Sassenach* —dijo mirando a Jonathan—, o sufrirá las secuelas.

Jonathan percibió el odio en los ojos del hombre.

—Estará a salvo, se lo aseguro. —Apoyando el brazo en el pomo de la silla de montar, se inclinó hacia el hombre—. Solo asegúrese —gruñó en voz baja, para que solo Malcom pudiera oírlo—, de que no ha conspirado contra nosotros mientras cabalgamos hoy, o usted, *Highlander*, sufrirá mucho más que yo.

Enderezándose, Jonathan hizo un gesto con la cabeza a sir John, recordándole en silencio al caballero que vigilara al pendenciero escocés; luego él y su pupila salieron cabalgando por las puertas del castillo.



En lo alto de una meseta con vistas a un pequeño lago, Aileen detuvo su yegua. Ella y su tutor llevaban más de una hora recorriendo los perímetros del territorio de Lochlan. La mayor parte de ese tiempo lo habían pasado en silencio, la pareja solo hablaba cuando se detenían para que Aileen señalara un lugar de interés en particular, explicando su significado histórico. Ocasionalmente, ella dirigía la atención de Montbourne hacia la sobrecogedora belleza de la tierra salvaje y escarpada que él había dicho aborrecer, con la esperanza de hacerle cambiar de opinión. Mientras estudiaba su apuesto perfil, con su semental cabalgando hombro con hombro

con su yegua, se preguntaba si lo había conseguido.

—¿Sigues pensando que no hay nada en estos climas del norte que capte la mirada y exalte el alma? ¿No puede sentir su majestuosidad? —preguntó, con la mano extendida sobre el lago—. ¿O solo ve un vulgar charco de agua, insignificante y aburrido?

Jonathan no podía negar que la vista era impresionante. Como diamantes relucientes, los rayos de sol danzaban sobre el agua de color azul profundo. Un viento cálido barría los pinos de abajo, haciendo crujir sus ramas. El aire fresco y dulce se elevaba desde el lago para subir por la ladera y entrar en sus pulmones. Se sintió vigorizado.

—Admito —dijo, volviéndose hacia Aileen, observando que sus ojos eran tan azules como el agua—, que este lugar le produce a uno un sentimiento de reverencia. Su belleza es insuperable. —Una sonrisa iluminó el rostro de Aileen. Embelesado por su hermosura, Jonathan se corrigió: Ella era aún más magnificante que la vista. Sacudiéndose mentalmente, se obligó a examinar de nuevo el lago—. ¿Echamos un vistazo más de cerca?

—Sí —respondió su pupila, acariciando el cuello de la yegua—. Los caballos necesitan agua. Es un lugar tan bueno como cualquier otro.

Jonathan echó un vistazo a los árboles que se alzaban junto a Aileen y a él; divisó un rápido movimiento. Un muchacho de pelo alborotado, de no más de doce años, corría descalzo por el bosque, vestido solo con una camisa azafrán. Un conejo muerto colgaba de su mano.

—Tenéis un cazador furtivo —dijo, girando su semental, dispuesto a darle caza—. ¿Lo atrapo?

—No. Es Alistaire. —Ella percibió la mirada interrogante de su tutor—. Alistaire, al menos, así le llamo yo, es mudo. Vive solo en el bosque.

—¿Es un Lochlan? —preguntó Jonathan.

—No lo creo. Apareció un día, poco después de la muerte de mi padre. Rehúye a la gente y rara vez se le ve. Sea o no un Lochlan, es bienvenido aquí. He dado órdenes de que nadie le haga daño.

Aileen había intentado entablar amistad con el muchacho, poniéndose cara a cara con él en dos ocasiones. Pero él no respondía a sus insistencias para que viniera a vivir con ella al castillo. Así que, para asegurarse de que estaba bien atendido, le dejaba comida, junto con diversos suministros. Algún día Alistaire podría responder a sus propuestas de amistad; esa era su mayor esperanza.

—Es generosa hasta la exageración —comentó Jonathan—. No todo el mundo sería tan amable.

—Alistaire es especial —dijo ella—. ¿Vamos a ver el lago?

—Sí —respondió, olvidando rápidamente al niño.

Guiando el camino, Aileen dirigió su montura por la empinada pendiente. Observándola, Jonathan sintió crecer su admiración. Inteligente, alegre, ingeniosa y encantadora, en muchos aspectos era mucho mayor que sus años. Sin embargo, en su interior habitaba una niña traviesa. De eso él podía dar fe.

A diferencia de la sofisticada Lavinia, que era artera, manipuladora y explotadora, su

ingenua joven pupila, en general, se mantenía impoluta, candorosa y sin pretensiones. Sin embargo, por la naturaleza de su sexo, él sabía que ella era capaz de utilizar sus artimañas femeninas, con la esperanza de maniobrarle tan expertamente como lo hacía con su caballo, para conseguir lo que más deseaba. Al fin y al cabo, era una mujer.

La salida, dedujo, estaba destinada a fomentar su compasión y ganarse su simpatía. Una vez conseguida, cuando llegara el momento de elegir esposo, ella podría contar con que él se mostraría caritativo al hacer su elección. Hasta el momento, su plan estaba funcionando. En buena conciencia, se negaba a comprometerla con cualquiera. El hombre debía ser claramente uno de una calidad excepcional, dispuesto a anteponer los intereses de Aileen a los suyos propios. Rezaba por poder tener a un hombre así, pensó Jonathan. Y con premura. Pues a pesar de su cambio de opinión sobre la tierra de los escoceses, pues su belleza agreste era innegable, seguía añorando su amada Inglaterra y todo lo que le era familiar. Nada deseaba más que volver a casa.

Las monturas llegaron por fin a terreno llano y se les permitió rienda suelta. En un rápido galope, los caballos se dirigieron hacia la orilla, deteniéndose al borde del agua. Jonathan se deslizó de su montura, y sus botas golpearon las piedras que ensuciaban la zona. Estirando los brazos, sus largos dedos abarcaron la pequeña cintura de Aileen.

—Agárrate —le dijo.

Cuando la hizo girar, mientras sus pies vestidos de piel de ante se posaban en el suelo, se dio cuenta de que su peso era ligero. Suave pero firme, lady McNamara no se prestaba a la simple ociosidad, permitiendo que otros la atendieran como hacían las mujeres de la corte. Por todo lo que había visto u oído de su pupila en los últimos días, sabía que era una mujer que trabajaba diligentemente al lado de sus compañeros de clan. Ninguna tarea era demasiado monumental o demasiado insignificante para ella. Mirándola fijamente a la cara respingona, su mirada trazó la línea de su mandíbula; Jonathan atribuía su espíritu tenaz a una obstinación sin adulterar. Era escocesa hasta la médula.

—Veo que su mente ha conjurado pensamientos alegres —dijo, mientras sus manos se apartaron de los hombros de él donde habían descansado. Su fuerza dura y acordonada no pasaba desapercibida para ella—. ¿Soy yo la fuente de su alegría?

Mientras dejaban beber a los caballos, Jonathan y Aileen pasearon por la orilla del lago. El agua cristalina chapoteaba suavemente contra la orilla.

—Sería mejor que me negara a contestar —dijo, figurando su sonrisa.

—Se ríe de mí —acusó ella, pero sin malicia.

—De usted no, milady. Fueron los pensamientos sobre su esposo los que me hicieron sonreír.

Su humor se volvió intranquilo; lo estudió detenidamente.

—Por la expresión de su cara, diría que me ha tomado por una arpía. Sin duda se ríe porque cree que el hombre sufrirá.

Al mencionar la palabra esposo, Jonathan notó que el brillo de sus maravillosos ojos se había apagado rápidamente. La idea de verse obligada a casarse la inquietaba sobremanera.

—Ese término nunca se me pasó por la cabeza —confesó en voz baja—. Terca, sí, pero

nunca una arpía. Si me río, es porque dudo que haya un hombre en su lista que pueda domarla, y no es que deba intentarlo. De mente y de espíritu, es una mujer fuerte, Aileen Lochlan, y necesita un hombre igual de fuerte, para que enriquezca su vida. Si fuera menos, le destruiría, lenta y seguramente. ¿Cree que encontraré un hombre así para usted?

Aileen sintió que se le quitaba un peso de encima. El inglés parecía de lo más comprensivo, su preocupación por su bienestar era casi igual a la suya propia. Hammish estaría encantado de saber que al menos una parte de su plan había funcionado. En cuanto al resto, sabía que su tutor no encontraría un esposo decente en el lote.

—No puedo asegurarlo —mintió, sintiéndose un poco culpable. No sabía por qué le molestaba la mentira, sobre todo cuando era su futuro el que estaba amenazado, pero así era—. Supongo que tendremos que esperar y ver.

—Supongo que lo haremos —dijo él, con una suave sonrisa en los labios. Su paso se ralentizó hasta detenerse. También lo hizo Aileen—. Sepa esto, milady. Pienso apiadarme de usted. En lugar de elegir al fiel hombre que cumpla los criterios de James, seré muy selectivo. No puedo ignorar los requisitos de mi rey, pero le aseguro que su esposo será alguien a quien pueda soportar, tal vez incluso aprender a amar. Con suerte, será todo lo hombre que yo propuse que fuera. —Una sonrisa cautivadora iluminó todo el rostro de Aileen; a Jonathan se le cortó la respiración en el pecho. Por alguna razón, su pupila causaba estragos en sus emociones, algo que ninguna mujer había hecho antes. Enfadado por haber perdido de nuevo la compostura, trató de destruir su placer—. Veo que se alegra de que su argucia haya funcionado.

Aileen se puso seria.

—¿Argucia? —preguntó con recelo, prestando atención a su expresión irónica, preguntándose cuánto sabía él—. No sé a qué se refiere.

Jonathan notó que sus ojos se negaban a sostener los de él.

—Usted evade la verdad.

—¿Me está acusando de tratarlo con falsedad?

—Habéis maquinado, tanto usted como su primo. Habéis maquinado desde el momento de mi llegada y, sobre todo, desde que leísteis la carta de James. No soy tan tonto como para creer que vuestro repentino cambio de actitud no está alimentado por una necesidad egoísta. Si tal transformación no hubiera prometido beneficiarla, dudo que se hubiera producido. Usted seguiría pensando en formas de causarme vergüenza. Mi pregunta es: puesto que he jurado ser selectivo a la hora de elegirle marido, ¿volverá a tratarme con la misma descortesía e insolencia que antes?

Aileen se había prometido a sí misma que se mantendría cortés, pero sus palabras consiguieron avivar su ira.

—Se merecía lo que le pasó —afirmó, importándole poco si todo su plan se iba al traste—. Fue arrogante y descarado.

—Y usted fue descortés e insensible.

—Usted lo provocó —se defendió ella—. De camino al castillo, ¿no se sentó en lo alto de su caballo y me miró con aire de superioridad? ¿No me menospreció y se burló de mí como si fuera una cualquiera con la que se pudiera acostar fácilmente al lanzamiento de una moneda? Tal vez penséis excusaros porque entonces no conocíais mi identidad, pero ninguna mujer, ya sea

campesina o reina, debería ser tratada de forma tan condescendiente por ningún hombre. Milord, es la razón por la que le hicieron sentarse bajo la lluvia.

Atrapado por su mirada acusadora, Jonathan apreció la verdad de sus palabras. Habiendo pasado últimamente la mayor parte de su tiempo en la corte, se había vuelto casi tan sático como sus compañeros. Sus modales y su moral eran deficientes, lo sabía. Se había propuesto dar marcha atrás, descontento con lo que había llegado a ser. Por eso había vuelto a Montbourne y al norte de Inglaterra. Quizá había llegado el momento de promulgar ese cambio.

Su rostro reflejaba su culpabilidad. Le tocó a él apartar la mirada.

—Le ruego que me perdone por mi repulsivo comportamiento —dijo, inspeccionando la puntera de sus botas. Un momento después volvió a captar su mirada—. Mis acciones hacia usted fueron viles, bajas. Como usted ha dicho, ninguna mujer merece ser tratada de forma tan lasciva, sean cuales sean sus circunstancias.

—No ha tratado mucho mejor al resto de los míos.

—No, no lo he hecho —admitió—. Debo confesar que, por las historias que había oído sobre los montañeses, había anticipado que el clan Lochlan era un grupo salvaje, mal educado y con poca moral. —Calló, sabiendo que en ese punto él debía ser el último en juzgar a los demás—. Incluso me imaginé a todos ustedes corriendo desnudos por estas colinas —continuó—. Fue mal concebido por mi parte sacar tales conclusiones basándome únicamente en los cuentos difundidos por mis compatriotas. No excusa en modo alguno mis acciones, pero quiero que lo sepa: no tenía ningún deseo de venir aquí. Me lo habían ordenado y, debido a ello, mi estado de ánimo se había vuelto excesivamente feo. Mientras cabalgaba hacia el norte, mi beligerancia aumentaba con cada kilómetro que pasaba. De ahí mi conducta reprochable por todas partes. El arrogante y descarado patán al que conocí por primera vez no es en realidad mi verdadero yo.

—¿Quién es usted, entonces? —preguntó ella, siguiendo de nuevo la orilla del agua.

Jonathan paseó junto a ella.

—Un inglés de noble cuna que suele ser bastante amigable, pero que desearía no haber sido llamado a filas por su rey.

—Se siente muy orgulloso de su herencia. Supongo que, por ello, se cree un hombre sin defecto.

Jonathan se rió entre dientes.

—Ser inglés no me hace perfecto. Ya ha sido testigo de algunos de mis rasgos más desagradables.

—¿Hay otros? —preguntó incrédula, deteniéndose en seco.

Su mirada desorbitada atrajo una rápida sonrisa de Jonathan, que se detuvo a su lado.

—Sí, hay otro. Mi temperamento, cuando se excita, es altamente volátil. Su empuje es algo que nadie desearía soportar.

—Muy parecido a una tempestad —comentó ella.

—Mucho peor —concedió él.

—Tendré en cuenta su advertencia —dijo ella, y luego pensó en la lista. Rogó implorando en silencio, si alguna vez él se enteraba de lo que ella y Hammish habían ideado, que le viera la

gracia. De ninguna manera deseaba sentir la fuerza de su furia. Incluso si descubriera su engaño y la verdad provocara su ira, estaba segura de que no sufriría ningún daño. Como un capullo que se hila firmemente alrededor de una mariposa recién formada, sus compañeros de clan se reunirían cerca de ella, ofreciendo su protección. Sabiendo que no tenía nada que temer, Aileen se relajó; brevemente miró hacia el agua.

—Sus conceptos sobre nosotros no eran del todo erróneos —dijo, con la esperanza de aliviar la tensión entre ellos y formar una nueva relación—. En la batalla, a veces los hombres se despojan de sus *plaids* y *léines*. —La palabra pareció confundirle—. Las camisas azafrán, como usted las llama —explicó ella—. Menos cargados, pueden pelear más libremente. Así que, como ve, no estaba del todo equivocado. Los montañeses corren desnudos por estas colinas. Es un espectáculo digno de contemplar.

Al imaginar a sus compatriotas enfrentándose a semejante espectáculo, y la expresión de sus desconcertados rostros convirtiéndose rápidamente en una de alarma, Jonathan no pudo evitar reírse en voz alta. Al ver que su pupila fruncía rápidamente el ceño, le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Sus guerreros de las *Highlands* no son de quienes me río, sino de mis hermanos ingleses. Ahora sé por qué han difamado a los escoceses como lo han hecho.

—¿Por qué?

—Los ingleses pelean según reglas estrictas, enfrentándose a sus oponentes de frente, de manera caballerosa, por así decirlo. En cuanto a por qué alguien lo llamaría así, no tengo ni idea. La guerra es una matanza despiadada, incivil, aborrecible y repugnante. No tiene nada de suave.

—Estoy de acuerdo —dijo Aileen—. ¿Pero qué tiene eso que ver con difamar a los escoceses de las *Highlands*?

—¿No se imagina la reacción de estos supuestos caballeros ingleses, que se confiesan conformes a un alto estándar de corrección sin importar las circunstancias, al enfrentarse a sus parientes desnudos en el fragor de la batalla?

—Supongo que muchos huyeron del campo.

—Precisamente. De ahí que, avergonzados por no haber permanecido en sus puestos, hayan calificado a su pueblo de salvaje, de bárbaro. Admito que yo he dicho lo mismo. Sin embargo, mis palabras no provenían de una experiencia personal, sino de oídas. Fue un error por mi parte repetir las sin confirmar primero la verdad.

—Sí, lo fue. Supongo que en algunos casos somos muy parecidos. Nunca había conocido a un *Sassenach* inglés —corrigió ella—, pero yo también he difamado a sus parientes, simplemente en virtud de lo que me han contado.

La ceja de Jonathan se alzó interrogante.

—¿Le importaría compartir alguno de sus epítetos?

—Creo que no —dijo ella, observando sus pies mientras seguía caminando—. Soy una dama de la nobleza y jefa de mi clan. No sería apropiado repetir en voz alta palabras tan poco elegantes.

La profunda risa de su tutor surcó el aire.

—Pero supongo que aún pretende usarlas en voz baja, ¿verdad?

—Tal vez —dijo ella, mirándole—. Pero solo cuando me provocan. —La risa de Jonathan se apaciguó y caminaron en silencio durante un momento—. Debería saber que los escoceses suelen ser generosos, amistosos y cariñosos —dijo ella—. Pero teniendo en cuenta la historia entre nuestras dos naciones, somos naturalmente desconfiados. —Se detuvo y le miró, Jonathan se acercó a su lado—. Deseo mantener la paz entre nosotros. Como jefa, mi clan seguirá mis directrices. Pero debe saber que hay quienes no están de acuerdo conmigo.

—Su tío —afirmó, y la vio asentir—. Su odio hacia los ingleses es evidente. Dudo que le haga cambiar de opinión.

—Es de la vieja opinión de que se debe permitir a los clanes de las *Highlands* practicar el autogobierno. Se eriza ante la menor mención de James o de la Corona. Es la razón por la que ha reaccionado de la forma en que lo ha hecho a su presencia aquí; por eso y porque es inglés.

—¿Cuál era la postura de su padre al respecto? —preguntó con verdadero interés. Conocedor ya de parte de la historia del clan Lochlan por la carta de James, Jonathan deseaba escuchar el relato de voz de la propia pupila. Con suerte, podría darle alguna idea de a qué se enfrentaba, tanto por parte de ella como del militante Malcom—. ¿Pensaba lo mismo que su tío?

—Hace mucho tiempo, cuando era más joven, pensaba casi lo mismo. Pero sus pensamientos cambiaron lentamente con los años. Se cansó de la guerra, de la destrucción, pero sobre todo de la pérdida de vidas humanas. Como usted sabe, si los montañeses no estaban luchando contra los ingleses, estaban luchando contra su rey, y cuando se cansaban de eso luchaban entre ellos. Mi padre se había impacientado con las continuas matanzas. Deseaba la paz. Cuando los jefes de clan fueron apresados en Mull, él estaba entre los encarcelados. Después de casi un año, también estuvo entre los primeros liberados, tras haber jurado lealtad a nuestro rey. Si James hubiera sido consciente de los sentimientos de mi padre, que no deseaba otra cosa que poner fin a los disturbios, mi padre podría haber sido liberado en el momento de su captura. A su regreso, todo pareció remediarse, la mayoría de los ancianos del clan apoyaron su postura. Apenas seis meses después, m... murió.

Jonathan oyó el resquemor en su voz, vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Aún lloraba a su padre, era muy evidente. Extrañamente, le dolía el corazón por ella. Su mano capturó el brazo de ella, y mientras sus largos dedos presionaban suavemente, dijo: «Me entristece que haya sufrido tal pérdida. Mis padres, primero uno, luego el otro, también han pasado de esta vida. Siempre les echaré de menos, pero la gran pena que sentí al principio ya no pesa tanto como antes. El tiempo acabará aliviando la pesadez de su corazón, y los buenos recuerdos ocuparán su lugar. Sepa que es así.

—¿Ya no tiene familia? —preguntó.

La mirada en los ojos de Jonathan se volvió distante; luego pareció volver al presente.

—Ninguna de la que hablar —respondió—. Fui hijo único. Estoy solo.

El viento rozaba el lago; el pelo de Aileen se agitaba sobre su cara. Alargando la mano para apartarle los mechones de los ojos, Jonathan le sonrió con ternura.

—No se inquiete, pequeña. La alegría volverá a llenar su corazón algún día. Se lo prometo. Cuando ella se acomodó los mechones errantes detrás del hombro una vez más, la mano de

él se retiró. Se miraron durante un tiempo indefinido, y Aileen no pudo evitar sentir una camaradería irrefutable con este hombre. Su afectuosa actitud la sorprendió al principio; luego, al darse cuenta de que su preocupación era genuina, se sintió reconfortada. Por sangre, estaban destinados a oponerse el uno al otro, pero en virtud de su pérdida mutua, ahora estaban estrechamente vinculados. Pocos podían comprender semejante vínculo, no a menos que fueran almas similares, como sin duda lo eran Aileen y Jonathan.

—Por experiencia, sé que lo que dice es cierto. Sin embargo, esta vez parece mucho peor que la primera.

—¿Su madre también ha fallecido? —preguntó, seguro de ello, pues seguramente habría conocido a la mujer si viviera.

—Sí —susurró Aileen—. Murió cuando yo tenía cuatro años. No la recuerdo muy bien, salvo que tenía una voz suave y que su pelo era igual al mío. Su risa es lo que más recuerdo, siempre ligera y alegre. Mi padre decía que yo era la imagen exacta de ella. Fue hace tanto tiempo que no recuerdo su rostro. Murió al dar a luz; mi hermano nació muerto.

—Naturalmente, usted se hizo muy amiga de su padre —afirmó.

—Sí. Bastante cercano.

—Su muerte... ¿tenía mala salud? —preguntó él, pensando que si ella hablaba de su padre, podría aliviar parte de su pena.

—No. Era muy robusto y corpulento. Es por lo que no puedo aceptar que se haya ido. No estuvo enfermo ni un solo día de su vida. No hasta el último. —Se quedó mirando el lago, recordando el día como si fuera ayer—. Había terminado su comida del mediodía y los dos subimos los escalones que conducían a su cámara. Cerca de la cima, se mareó y se agarró a la pared por miedo a caerse. Varios miembros del clan me ayudaron a llevarlo a su cama, donde se quejaba de boca seca y ardor de estómago. Su sed era intensa. No se calmaba. Él enfermó violentamente y maldijo la carne que había comido. No pasó mucho tiempo hasta que su charla empezó a divagar. Él sufría delirios, insistiendo en que mi madre estaba en la habitación, diciéndole que pronto se reuniría con ella. En su último momento de lucidez, llamó a los ancianos y me nombró su sucesora. Una hora más tarde, cayó en un profundo sueño. A medianoche, ya se había ido.

Un ceño fruncido arrugó la frente de Jonathan.

—¿Alguien más enfermó?

La atención de Aileen giró hacia Jonathan.

—Varios, pero ni de lejos tan enfermos como mi padre. Todos sobrevivieron.

—¿Estaba su tío entre ellos?

—Sí, pero el envenenamiento no le afectó tanto como al resto. ¿Por qué lo pregunta?

El envenenamiento era cierto, pensó Jonathan, pero no procedía de un trozo de carne contaminado que hubiera estado colgado demasiado tiempo. «Belladona», decidió, conociendo los síntomas. En Inglaterra, la belladona mortal, como se la llamaba, crecía en bosques, prados y páramos, después de haber sido cultivada en jardines. Los niños habían muerto por comer tan solo tres bayas; hombres y mujeres se habían envenenado al ingerir conejos o pájaros que se habían alimentado de la misma. Era posible que la caza se hubiera contaminado con ellas, pero

¿por qué había muerto el padre de Aileen cuando todos los demás se habían recuperado?

—Solo era curiosidad —dijo, guardándose sus sospechas—. ¿Esperaba ser nombrada su sucesora? ¿No suele recaer el título en un varón?

—Nuestras leyes de selección se basan en el tanismo<sup>[2]</sup>. No había herederos varones. — Ella vio que estaba confuso—. Si está pensando en Hammish o Malcom, debo explicárselo. No todos estamos estrechamente emparentados y simplemente utilizamos el apellido Lochlan para evitar confusiones. Hammish es mi primo tercero, y mi tío es hermano de mi padre solo por la mitad. No compartieron ni el mismo bisabuelo, ni el mismo abuelo, ni el mismo padre. Poco después de la muerte de mi abuelo, mi abuela se volvió a casar. Malcom es producto de ese matrimonio (había casi veinte años de diferencia entre Malcom y mi padre) y no tiene derecho al título porque no está en la línea de descendencia masculina directa. Cada uno de mis antepasados, desde mi tatarabuelo hasta mi padre, tuvo un heredero. Todos eran hijos varones, excepto yo. Cualquier varón que tenga la fuerza, la edad y el carácter, y que comparta el mismo bisabuelo que fue jefe en una época, podría optar al título. En este caso, nadie puede reclamar tal derecho, excepto yo.

Jonathan se rió entre dientes.

—Pero es evidente que usted no es varón.

Bajo su apreciación masculina, Aileen sintió que el calor subía a sus mejillas. Nerviosa, apartó la mirada.

—No, no lo soy. Si mi hermano hubiera vivido, habría tenido el único derecho verdadero, pero por edad habría sido demasiado joven. Además, nada de eso importa. Por derecho, el jefe puede designar a su propio sucesor, que es lo que hizo mi padre. Los ancianos del clan me aceptaron como jefa, al igual que James. —Su mirada recuperó la de él—. Pero nuestro rey, al parecer, se lo está pensando mejor. Ahora desea asignarme un marido. ¿Cree que soy demasiado débil para mantener la promesa que hizo mi padre?

—¿Apoyaron todos los miembros de su clan su nombramiento como jefa?

—Hubo alguna discusión sobre si una mujer podía o no hacer la tarea de un hombre, pero las protestas fueron pocas.

—Pero esas pocas podrían causar los mayores problemas —contraatacó Jonathan—. Quizá nuestro rey crea, y sabiamente, debo añadir, que si Lochlan de Lochlan tiene a su lado a un hombre fuerte y leal, nadie intentará usurpar su autoridad. Por lo tanto, es seguro que se cumplirá la promesa de su padre.

La ira de Aileen aumentó.

—Es la vanidad masculina la que habla aquí. Los hombres sois todos iguales. Os imagináis que una mujer no es más que una tonta de mente simple, que no puede hacer otra cosa que coser sus bordados, cuidar su jardín y preocuparse por su pelo y su ropa. Tratáis de protegernos, creyendo que somos débiles que nos desmayamos ante la menor cosa. Es una farsa, puedo afirmar.

—Por lo que he visto en la corte, debo discrepar. —«En algo», pensó, teniendo en cuenta que muchas de las intrigas que allí se desarrollaban eran perpetradas por mujeres. No eran todas tan frágiles como al género masculino le gustaría creer—. Además —finiquitó, con la necesidad

de convencerla de que necesitaba un marido—, es un hecho evidente: el sexo más suave no puede competir en modo alguno con un hombre.

—Quizá, solo por la fuerza bruta, no pueda. Pero la inteligencia de una mujer es igual a la de un hombre, si no muy superior.

—Admito que hay muchas mujeres inteligentes, pero son sus emociones las que las hacen débiles. Solo por su naturaleza, son incapaces de hacer el trabajo que está destinado a un hombre.

—¿Tan fácilmente ha olvidado a su reina virgen? —preguntó Aileen, sintiendo cómo aumentaba su ira—. Gracias al gobierno de Isabel, Inglaterra se ha convertido en una potencia en sí misma. Nunca, en la suma de su historia, su país ha tenido tanto respeto. Y todo gracias a una mujer. Y apuesto a que Inglaterra no volverá a ver tal reverencia; al menos, no hasta que gobierne otra mujer.

Jonathan consideró si debía o no poner al corriente a su pupila del hecho de que, a lo largo de los años, Isabel siempre había buscado el consejo de un hombre. No deseando continuar su discusión, retuvo la información. Le permitiría pensar lo que quisiera. Sin embargo, había una cosa que quería saber.

—¿Por qué, pequeña, su ira se ha abatido de repente sobre mí? Le he dicho que no siento ningún placer en ser su guardián. El papel me fue encomendado. Se me dio poca elección.

—¿Se te dio alguna opción? —preguntó ella.

—Era esto o la Torre.

—¿Y cuál es su recompensa?

—Un ducado, si tengo éxito.

Los ojos de Aileen echaron chispas azules.

—Así que —acusó—, a pesar de lo que ha dicho, tenía elección después de todo.

—Yo no llamaría opción a ir a la Torre.

—Pero usted recibe una recompensa, ¿correcto?

—Se dijo que lo haría. —Alzó las manos, y Aileen corrió a zancadas hacia los caballos.

Atónito, Jonathan miró tras ella, y luego caminó rápidamente en su dirección.

—¿Qué pretende? —le preguntó, cogiéndola del brazo.

Ella giró hacia él.

—Lo que quiero decir es que no se me ha dado ninguna opción. No me espera ninguna recompensa. Independientemente de su título, independientemente de su circunstancia, a menos que sea reina, una mujer siempre está a merced de un hombre. Se la trata como si fuera un bien mueble, una posesión, una esclava. Se le dice lo que tiene que hacer y cuándo tiene que hacerlo. Sus propios deseos no le importan. Simplemente porque James piense que soy débil, me obligará a casarme. Él mismo no ha venido aquí para ver si sus temores son fundados. No, es porque soy una mujer por lo que asume que es así: que el clan Lochlan está revuelto.

—Los temores de nuestro rey son fundados —insistió Jonathan, pensando en Malcom y en los que le seguían—. De lo contrario no me habría enviado. Todo lo que tiene que hacer es mirar a su alrededor para ver la malicia que se está gestando en el seno del clan. Sola, no será capaz de

sofocar su crecimiento. Ya sea por astucia o por la fuerza, solo un hombre tiene el poder de detenerla.

Indignada porque la consideraba impotente, porque creía que sus compañeros de clan se volverían contra ella como lo haría un sabueso rabioso, Aileen intentó zafarse de su agarre.

—Suélteme —siseó cuando su agarre permaneció firme.

—Primero, escúcheme. —Sus afiladas uñas se clavaron en su carne; apretando la mandíbula, Jonathan sintió que su propia ira estallaba. La impulsó hacia los caballos. «¡Moza testaruda!» pronunció en silencio, pues ella se negaba a creer nada de lo que él decía. Más que nunca, no deseaba verse envuelto en las intrigas del clan Lochlan. Su marido podía desenmascarar la traición y frenar la revuelta. Volvía a Inglaterra—. Permítame repetirlo: los temores de nuestro rey son fundados. Pero eso tiene poca importancia. Cuando James ha dado una orden, ya sea a un hombre o a una mujer, más vale cumplirla o arriesgarse a quedarse sin cabeza. No estoy en absoluto ansioso por ir a la guillotina, y espero que usted tampoco.

Alcanzaron sus monturas, y Jonathan lanzó las riendas de la yegua a su pupila. La ira bullía en el interior de Aileen, pero sabiamente guardó silencio. Había sabido que este día acabaría en desastre, y así fue. Cuando estuvieron a horcajadas sobre los caballos, su guardián la estudió detenidamente.

—Por orden de nuestro rey, tengo una función que cumplir —dijo—, y usted también. He prometido encontrarle un buen marido, y eso haré. Tenga por seguro, Aileen Lochlan, que a finales de mes estará casada. No escapará a su destino. ¿Entendido?

Su mandíbula se apretó con fuerza, su mirada recorrió su rostro. Con una rebelde sacudida de cabeza, espoleó a la yegua al galope, dirigiéndose hacia la base de la colina y el estrecho sendero que conducía a ella. Los cascos batieron un rápido tatuaje mientras el estribillo de la vieja leyenda giraba en su mente:

«Mariquita, mariquita, vuela, o el cazador alado transformará tu destino. Mariquita, mariquita, vuela, surca los cielos siempre tan alto...».

Si fuera simplemente un pájaro, pensó, con lágrimas indignadas cegándole los ojos, se marcharía lejos, muy lejos, donde estuviera a salvo.

Parpadeando con fuerza, Aileen guió a la yegua hacia la cima de la meseta, luego empujó de nuevo a su montura al galope, dirigiéndola hacia su casa. Poco le importaba si el *Sassenach* se quedaba muy atrás o se perdía del todo. El hombre no entendía nada de ella ni de lo que necesitaba, ¡que le jodiera su compasión! Con la vista puesta en el lejano castillo, oyó el poderoso pisar del semental de su guardián acercándose tras ella. Caballo y jinete se acercaban cada vez más, y ella instó a su yegua a ir más deprisa, deseando únicamente librarse de él.

De repente, su mirada se disparó hacia el cielo. Muy por encima de la fortaleza de los Lochlan, se elevaba el halcón. Daba vueltas y vueltas, buscando sin descanso.

No escapará a su destino.

## Capítulo 6



Desde donde estaba sentado en la mesa principal del gran salón, Jonathan contemplaba la multitud de invitados masculinos que habían empezado a invadir el castillo de McNamara hacía casi una semana. El número se había ampliado al menos a tres docenas más de los que figuraban en la lista de su pupila, que, gracias a Dios, había reducido a la mitad. Mientras miraba fijamente al grupo, Jonathan se preguntaba si habría siquiera uno entre ellos que satisficiera los requisitos de James. Hasta el momento, de los casi cinco entrevistados, todos habían suspendido.

Suspirando, supo que debía seguir con su tarea, pero tras cada interrogatorio le costaba más y más esfuerzo. Al final del primer día, ya se había cansado de escuchar a esos gallos de las *Highlands* cacarear sobre sus supuestos méritos, ninguno de los cuales se podía demostrar, en opinión de Jonathan. Sin embargo, cada uno había insistido en que era el mejor hombre posible y que debía ser elegido como compañero de por vida de lady McNamara. Ninguno parecía digno de su pupila, por ser demasiado débil o demasiado dominante, demasiado tacaño o demasiado derrochador, demasiado bruto en modales o demasiado pomposo. Para Jonathan, de un modo u otro, todos eran defectuosos. Y ninguno, pronto se había hecho evidente, era leal a James. Multiplicando la fila continua de aspirantes por seis largos y tediosos días, Jonathan comprendió por qué estaba de un humor tan hosco.

Se había elaborado una lista con los nombres de los recién llegados al castillo de McNamara. Al estudiarla, Jonathan vio que había llegado al número cien de los ciento cuarenta que pujaban por la mano de Aileen en matrimonio. Otro día entero así y estaba seguro de volverse loco.

—Sir John, por favor acompañe al siguiente hombre.

Mientras esperaba, los dedos de Jonathan tamborileaban sin darse cuenta sobre la mesa. Observó cómo el caballero se acercaba a un hombre corpulento de pelo rojizo. Separándose de la multitud que se arremolinaba, el hombre siguió a sir John hasta la parte delantera de la sala; Jonathan lo escrutó con atención. De debajo de su cinturón escocés sobresalían unas piernas gruesas cubiertas por pieles rojas. Al examinarlo más de cerca, Jonathan discernió que era el propio pelo del hombre. La cosa gruesa y enjuta brotaba incluso de sus rodillas.

A lo lejos, imaginó los torneados miembros de su pupila entrelazados con los que marchaban hacia él, y la pluma que tenía en la mano marcó inmediatamente una X junto al nombre del hombre. Al darse cuenta de lo que había hecho, Jonathan la tachó, recordándose a sí mismo que debía ser objetivo. El hombre estaba frente a él.

—Farlan McTavish del clan McTavish —se presentó el hombre, sentándose en la silla frente a Jonathan. El recién llegado se inclinó hacia delante, apoyando el brazo en la mesa—. Sería mejor para ambos que nos pusiéramos manos a la obra. Esperar casi me ha vuelto loco.

Jonathan abrió la boca, con la intención de presentarse y comenzar el interrogatorio, pero

el hombre divagó. Se le desencajó la mandíbula y se quedó mirando las facciones de McTavish, especialmente la gran verruga que le crecía en la comisura de la nariz. El antiestético crecimiento molestó a Jonathan; su mano se aferró a la pluma, casi partiéndola en dos, mientras la apartaba del pergamino, para no marcar la cruz de nuevo.

—Conocí a su padre —le oyó decir Jonathan—. Era un buen hombre, pero al final se debilitó. La niña necesita una mano fuerte que la guíe tanto a ella como al clan Lochlan. Esta mano —empujó su carnoso dedo ante la cara de Jonathan— es la que lo hará. Empuña una espada con la fuerza de diez hombres. Nadie invadirá este lugar y vivirá. Conmigo como protector, verá cómo el poder de su clan vuelve a ser lo que fue.

—Hablas de poder y protección, McTavish —dijo Jonathan—. ¿Planeas usar tu espada únicamente en nombre de nuestro rey?

Las cejas de McTavish se alzaron.

—¿James? ¡Bah! Codiciaba el trono inglés y, para conseguirlo, jugó un juego astuto, esclavizando a esos bastardos del sur. Abandonó a su país y a su pueblo. Es un enclenque al que le gustan los jóvenes guapos. Peculiar, no es ningún hombre. No le debo nada. Ningún verdadero *Highlander* lo hace.

A diferencia de muchos de los otros, este hombre no se andaba con rodeos. Le importaba poco si lo que decía resultaba insultante. El hombre había fallado la prueba en pocas frases, pero Jonathan se encontró bastante interesado en sus opiniones.

—Es usted franco en sus opiniones, señor. Muy franco, de hecho. Dígame, ¿siempre ha pensado así de James?

—Es bien sabido que sí. Sus leyes y las de la Corona son inútiles para nosotros los montañeses. Las maneras de los clanes son tan antiguas como el tiempo mismo. Para sobrevivir, debemos vivir según nuestra propia ley. Lucharemos hasta la muerte para conservar lo que es nuestro.

«Un insurrecto decidido», pensó Jonathan, que lo observó durante un largo momento.

—¿Hay muchos que crean lo mismo que usted?

—Sí, en un grado u otro, casi todos los que están en esta sala. Son pocos los que quedan que se inclinan con el viento, como un árbol joven, primero hacia aquí, luego hacia allá. No tienen estómago para adoptar una postura. —Se reclinó en su silla—. Sí, conmigo como esposo, lady McNamara mantendrá sus tierras a salvo. Tal vez incluso reclame más.

En un grado u otro, repitió Jonathan en silencio, sus sospechas aumentaban. Su atención se volvió hacia la mujer que acababa de entrar en la habitación. Su largo cabello rojo fuego caía por su espalda, balanceándose suavemente contra la curva de sus esbeltas caderas. Un tejido de los Lochlan de cuadros escoceses caía sobre un hombro cubierto de lino y se ceñía a su diminuta cintura con un cinturón, cuyas colas se pegaban a su suave falda de lana azul. Unas botas de piel de becerro cubrían sus pequeños pies.

—Y lady McNamara, ¿qué tiene planeado para ella? —preguntó Jonathan, todavía mirando fijamente a Aileen.

—Pues la mantendría encinta, naturalmente. Tendremos muchos hijos, guerreros todos, para continuar la lucha. Un día, el mayor será nombrado jefe. —McTavish volvió a inclinarse

hacia delante—. La niña es bastante bonita. Una cosita tentadora. Sería muy agradable yacer con ella en las largas y heladas noches del invierno que se avecina. Una vez casados, me acostaré con ella en una hora. —Se rió entre dientes—. No tiene sentido retrasar mi placer. ¿Quién sabe? Mi semilla podría dar en el blanco. Un hijo podría resultar de nuestra firme unión.

Bajo la presión de la mano de Jonathan, la pluma se desintegró de repente en varios pedazos. Con la cosa aún aferrada firmemente a su agarre, se encontró con los ojos de McTavish.

—Me ha ilustrado sobre muchas cosas, señor. Por ello, le doy las gracias. Puede retirarse. Cuando haya tomado una decisión, todos ustedes serán informados.

Con una rápida inclinación de cabeza, el montañés se levantó y se dirigió hacia el grupo que ahora rodeaba a lady McNamara. Saludó a sus pretendientes, pues era la primera vez que los veía en el día, sonrió alegremente, dándoles la mano a cada uno. Jonathan la estudió atentamente.

—No va bien, ¿verdad? —dijo sir John cerca del oído del conde.

—No, no va bien. —Agarrando lo que quedaba de la pluma, hundió la punta rechoncha en la tinta y luego borró por completo el nombre de McTavish del pergamino. La risa de Aileen estalló en el aire, los ojos de Jonathan se clavaron de nuevo en ella.

—Para alguien que insiste en que no la obligarán a casarse, su ánimo parece extremadamente alegre. Especialmente cuando está en medio de los que han ofrecido por ella. —La estudió más de cerca—. Sir John, dígame a lady McNamara que deseo hablar con ella en privado. La esperaré en su antecámara.

Con eso, Jonathan se levantó de la mesa. Se dirigió hacia las escaleras, sus duras zancadas aplastaban las hierbas que esparcían por el suelo de piedra, una dulce fragancia flotaba en el aire. Sus fosas nasales se agrandaron, pero el conde de Montbourne no se percató del aroma, normalmente calmante. Estaba demasiado ocupado intentando controlar su temperamento.

—¿Qué crees que quiere? —preguntó Hammish, siguiendo a Aileen escaleras arriba.

—Quizá se ha cansado de sus entrevistas y desea informarme de que se marcha a Inglaterra mientras aún es de día.

—¿De verdad lo crees?

—Solo puedo rezar para que así sea. —Había llegado a la puerta de su antecámara, y Aileen se volvió hacia su primo. «Un espíritu tan gentil», pensó, mirando sus ojos castaños de ciervo. Sin saber por qué, se puso de puntillas y le besó la mejilla; luego su mano acarició la zona donde se habían posado sus labios—. Espérame aquí —susurró—. Me ha ordenado que venga sola.

Hammish le cogió la mano cuando empezaba a caer de su mejilla. Le besó ligeramente la palma.

—Espero, Aileen, que tu señor de leyenda sea siempre amable contigo —dijo, y luego sonrió suavemente.

Un pequeño ceño se frunció en su frente. Señor de leyenda. Nunca había pensado en él como tal, pero supuso que el término era correcto.

—¿Por qué dices «siempre»?

—Como en el viejo mito, pareces creer que él tiene el poder de cambiar el curso de tu

destino. Si es así, tu futuro está en sus manos. Espero que pase lo que pase, todos tus mañanas sean felices. —Con suavidad, le apretó la mano—. Ahora, vete. No temas a este cazador alado. A pesar de toda su ferocidad, en realidad podría ser una paloma.

Aileen sonrió a Hammish, luego se volvió y miró hacia la puerta. Pasándose la mano sobre el largo de la tela escocesa de Lochlan que descansaba sobre su falda, alisándola, cuadró los hombros. Con un giro de muñeca, soltó el pestillo; entró en la habitación.

—Ciérrela —dijo Jonathan con frialdad, señalando la puerta con la cabeza. Sobresaltada por su tono, su protegida se limitó a mirarle fijamente—. He dicho que la cierre.

Mientras el pesado panel giraba y el pestillo encajaba en su sitio, Aileen evaluó a su guardián. Su tenso trasero se apoyaba en la robusta mesa de roble. Sus musculosas piernas estaban extendidas, con los pies cruzados por los tobillos. Con los brazos cruzados sobre el pecho cubierto por la jerga, no se movió. Sabiendo que su estado de ánimo era sombrío, mantuvo su posición junto a la puerta.

—¿Pidió verme?

—Venga aquí —le ordenó.

Su voz era muy parecida a la espesa escarcha que cubría los páramos de las *Highlands* en invierno; Aileen dudó. Se avecinaban problemas, estaba segura. Mientras le miraba, una determinación surgió en su interior. No mostraría miedo a este hombre. Lentamente caminó hacia él.

—Más cerca —le ordenó Jonathan cuando ella se detuvo a varios metros—. Póngase a mis pies.

Definidamente ella inclinó la barbilla.

—Estoy lo suficientemente cerca. Diga lo que tenga que decir.

—Acérquese, he dicho. ¿O es que lady McNamara se ha vuelto cobarde de repente?

—La seguridad dicta que me quede aquí —dijo ella, notando el pequeño tic que palpitaba a lo largo de su mandíbula aprisionada.

Unos ojos duros se clavaron en ella.

—La seguridad dicta que me obedezca. Haga lo que le he ordenado.

Aileen se negó a moverse.

—Sería mejor para ambos que no lo hiciera.

Una fría sonrisa cruzó sus labios.

—Supongo que me teme. ¿Hay alguna razón para que lo haga?

—N... no —mintió ella, repentinamente segura de que él había descubierto la verdad sobre la lista.

—Obedézcame y venga aquí.

Una miríada de pensamientos recorrió la mente de Aileen. Estaba mucho más cerca de él que de la puerta. En dos zancadas podría estar sobre ella. Hammish estaba fuera, en el pasillo. Alertado por su grito, lo más probable era que su primo corriera en su ayuda. Pero no era rival para el *Sassenach*, especialmente en su debilitado estado. Hammish también lo sabía. Si hacía

sonar la alarma, llamando a Malcom, seguramente se produciría un baño de sangre. Ni ella ni los *Sassenach* podían arriesgarse a tal acontecimiento, a que la ira de su rey cayera sobre ambos, en caso de que sobrevivieran. Sin embargo, al final, el clan Lochlan estaba destinado a sufrir lo peor. Porque por propia mano de James, el *Sassenach* había sido nombrado su tutor, y se esperaba que ella le obedeciera. No había forma de evitarlo. Ella debía obedecer.

Lentamente, Aileen se dirigió al lugar que él le había indicado. Una chispa de desafío apareció en sus ojos.

—Le obedezco solo para evitar problemas.

Su mirada era gélida.

—Me temo que es demasiado tarde para eso. —Él esperó una reacción; la barbilla de ella se inclinó hacia arriba, nada más. Terca, lo era. Y tonta, decidió Jonathan. Porque a pesar de su apariencia tranquila, su temperamento estaba hirviendo a fuego lento—. Sabe por qué le he mandado llamar, ¿verdad?

Aileen sintió que le temblaban las rodillas. ¿Por qué no confesaba la verdad y aceptaba su castigo, fuera cual fuera?

—No tengo la capacidad de saber lo que hay en su mente —dijo uniformemente, evadiendo su pregunta lo mejor que pudo.

—Oh, pues yo creo que sí.

La idea de que su ira descendiera sobre ella la asustó. Pero en el fondo, algo la asustaba aún más. Algo en lo que se había negado a pensar desde el momento en que había ocurrido. Los recuerdos de esta misma habitación daban vueltas en su cabeza. También entonces había estado a solas con él. «Ruega que no vuelva a ocurrir», suplicó en silencio, deseando estar en cualquier sitio menos aquí.

—Habla con acertijos —dijo, sorprendida por la firmeza de su voz. Se volvió hacia un lado, necesitando alejarse de él—. No tengo tiempo para juegos tan tontos.

Los pies de Jonathan golpearon el suelo, y cogiéndola por los hombros, la hizo girar. Atónita, le miró a la cara y luego a los labios. Una curiosa emoción la estremeció. Distantemente reconoció que el sentimiento se encontraba en algún lugar entre el asombro y el pavor.

—No es un juego al que yo juegue, Aileen. Es usted quien constituye el enigma. Después de prometerle que tendría en cuenta sus necesidades, me sorprende que vuelva a me engañarme. Pero ya no más, milady. No volveré a hacerme el tonto. Dígame, ¿qué castigo le impongo? —Su cabeza tembló ligeramente. A Jonathan le pareció como si ella estuviera negando cualquier fechoría. Una sonrisa sardónica rozó sus labios—. Tal vez debería entregarle al que se rasca constantemente la cabeza como si un nido de alimañas se hubiera instalado en su pelo: Morrison, ¿no es así? O tal vez le guste más ese descontento de McTavish, el de las piernas peludas y la verruga junto a la nariz. Es muy franco. Me iluminó mucho con lo que tenía que decir. ¿Sabía que tiene la intención de mantenerle encinta, como si fuera una yegua de cría? También se propone acostarse con usted una hora después de vuestras nupcias. Dijo que no quería retrasar su placer. Quizá me quede el tiempo suficiente para ver si lo hace.

Al pensar en las caricias de McTavish, Aileen sintió náuseas. Nunca podría tolerar a aquel hombre; ni ahora, ni en el pasado. Desde luego, ¡no en el futuro! Ordenando a su estómago que se comportara, reunió fuerzas y fulminó con la mirada a su tutor.

—James no permitirá tal matrimonio. Ni con McTavish, ni con ninguno de ellos. Ninguno de ellos da la talla...

—¿La talla? Por eso los invitaste al castillo de McNamara, ¿no? Sabías que no pasarían la prueba. —Aileen intentó liberarse de su agarre, pero Jonathan se negó a soltarla. Impulsada por el miedo, le dirigió una patada a la espinilla. Maldiciendo, la empujó completamente contra él. El contacto de su cuerpo hizo que una energía lasciva chisporroteara en su interior; luchó a través de él mientras ella seguía forcejeando—. Al luchar contra mí, no hace más que avivar mi ira —gruñó, sabiendo que ella también avivaba su pasión. Desesperadamente trató de sofocar su acalorada lujuria—. Estese quieta o quedará atrapada en su tempestad —le ordenó, preguntándose a qué emoción se refería en realidad.

La extraña energía había chispeado también en el interior de Aileen. Insegura de su significado o de lo que podría resultar, se calló.

—Libéreme... por favor.

Mientras sus desoladas palabras resonaban en sus oídos, su mirada permanecía fija en la flexible boca de ella. Su carnoso labio inferior le provocaba, se burlaba de él. Cerró los ojos, respiró lo que creyó que era un suspiro tranquilizador, luego relajó el agarre y volvió a abrirlos. «Tan tentador», pensó, contemplando de nuevo sus labios. Reflexivamente sus dedos aplastaron los hombros de ella.

—Lamento el día en que le conocí, Lochlan Lochlan. Juro que no es más que una brujita atormentadora.

Aileen se sintió más atraída hacia él. Sus manos se apretaron contra su firme y plano estómago, intentando frenéticamente alejarlo. El calor de su duro cuerpo irradiaba por sus brazos. Su cabeza descendió lentamente, los labios flexibles entreabiertos y húmedos. «Otra vez no», pensó ella, con el corazón martilleándole salvajemente.

—¡No! —gritó ella, retorciéndose contra su agarre. Él pareció no oírla—. James le castigará por esto.

—¿Castigarme? —susurró Jonathan justo por encima de su tentadora boca—. Es usted quien se ha burlado no solo de mí, sino de nuestro rey. James no me lo reprochará. Porque soy inglés, desprecia mi tacto. Si fuera escocés, ¿seguiría siendo lo mismo? ¿De quién preferiría los besos, mi dulce hechicera? ¿Los de McTavish o los míos?

—Ninguno —soltó ella, sabiendo de lejos que serían los de su tutor.

Pero moriría antes que admitirlo.

Una mano se movió de su hombro para sujetar su mandíbula.

—Habla en falso, pequeña —la acusó él, con su aliento caliente y limpio abanicándole la cara—, como hace siempre. Si fuera una niña, le espolvorearía hierbas amargas en la lengua. Pero es una mujer, y hay otra forma de acallar sus mentiras. —Su pulgar acarició ligeramente la curva de sus labios—. Créame, es mucho más dulce.

—¡No! —Aileen volvió a gritar. La palabra no era más que un gemido agónico—. No haga esto.

—Mucho más dulce —insistió Jonathan, antes de que sus labios atraparan los de ella. Aileen se quedó congelada, con la boca mantenida en una línea rígida, pero Jonathan no se

amilanó. Caliente y húmeda, la punta de su lengua jugó a lo largo de la suavidad de su labio inferior, mientras su pulgar presionaba ligeramente su barbilla—. Ábrete a mí —ronroneó; luego se apartó ligeramente para mirarla a los ojos. El motín se manifestó en su mirada—. Maldito sea tu obstinado orgullo de las Tierras Altas. —La agarró del pelo y, con un rápido tirón, su cabeza cayó hacia atrás. Tiró más fuerte, y los labios de ella se separaron en un jadeo; Jonathan vio su oportunidad. «Una locura», pensó, justo cuando su boca ansiosa se abalanzó, cubriendo la de ella por completo.

La tempestad estaba sobre ella, y mientras sus experimentados labios forzaban los suyos (primero duros y furiosos, luego suaves y burlones), Aileen se sintió sorprendida por la fuerza de su masculinidad. Todo su cuerpo tembló bajo el dominio de él, tan experto como era. Su lengua rompió la barrera de sus labios, empujando y retirándose ligeramente, y ella sintió que la cabeza le daba vueltas locamente. Los dedos se enroscaron en el suave cuero que cubría su tenso vientre, se aferró a él, temiendo ser arrastrada. Pero, ¿hacia dónde?, se preguntó distante.

Asustada por la oleada de emociones que la invadían, todas ellas nuevas, luchó por recuperar la cordura. Su intimidad no era un acto de ternura o amor, sino que pretendía ser un castigo por su desobediencia. A través de su beso, la castigó por engañarle de nuevo. Estaba caliente por dentro y por fuera. Ardía como si le hubieran prendido fuego. Él la había llamado bruja atormentadora, y ella se imaginó una estaca, una mujer joven amarrada a ella, llamas lamiéndose a su alrededor. De repente, Aileen tuvo la certeza de que él tenía el poder de destruirla. Un pequeño gemido escapó de su garganta, fluyendo en la boca de él.

El pequeño sonido se registró en algún lugar del cerebro de Jonathan. Sus labios se deslizaron por la suave curva de su mejilla, deteniéndose para jugar con su oreja, mientras su mano se deslizaba a lo largo de su columna.

—Usted no sufrirá más que yo — susurró, mientras su mano encontraba la tentadora redondez de su firme trasero. Separando los dedos, la instó a que se acercara a él—. Es mi agonía, pequeña. Y solo hay una forma de aliviar el dolor. Lástima que no pueda tener un amante antes de casarse. Estaría bien que disfrutara de lo que se comparte entre un hombre y una mujer, al menos una vez. Podría mostrarle lo que es realmente el éxtasis, y usted podría darme el remedio que busco.

Aturdida por sus palabras, e inmediatamente enfurecida, Aileen le espetó: «Tú...tú...».

Jonathan sonrió. Un dedo cayó sobre sus labios, silenciándola.

—Aunque será un desperdicio para McTavish, debe ir virgen a ver a su marido —le dijo, y luego vio cómo sus ojos se abrían de par en par—. Por supuesto, hay otras formas de obtener nuestros placeres, y el hombre no se dará cuenta. —Su mano se movió. Las yemas de los dedos acariciaron la nuca de ella, su pulgar rozó la línea de su mandíbula—. ¿Qué dice, pequeña? ¿Buscamos lo prohibido?

Mirándole fijamente, Aileen se dio cuenta de que se burlaba de ella, la provocaba, mientras se reía de ella en silencio.

—Inglés bastardo —dijo entre dientes—. Habla con lengua de serpiente. Que sea mujer no significa que sea tan ingenua como lo fue Eva.

Jonathan arqueó una ceja.

—Primero son mentiras, ahora son blasfemias —dijo—. Veo que aún no ha aprendido la

lección. Ay, otro beso será.

—¡No! —chilló Aileen. La palabra apenas había salido de su boca cuando la puerta se estrelló contra la pared; la atención de Jonathan se dirigió hacia el sonido y se tensó.

En la abertura estaban Hammish y Malcom, con una docena de hombres a sus espaldas.

—Bastardo de las tierras bajas —denunció Malcom, sus ojos estaban fríos como el pedernal—. ¿Pretendes arruinarla antes de que se case?

Jonathan sabía que la situación no presagiaba nada bueno. Con una mano le sujetaba la cara, con la otra la apretaba contra la curva de sus caderas de mujer, mientras el cuerpo virginal de su pupila le tocaba de lleno. «Una locura», pensó de nuevo, sabiendo que la verdadera locura estaba a punto de comenzar. Y él mismo se la había buscado.

—Ella sigue siendo pura —dijo, con la esperanza de apaciguar el temperamento de Malcom—. Aquí no ha ocurrido nada de gran importancia. Es la verdad.

Una vehemente maldición salió de los labios del hombre mientras el sonido del acero rasgándose contra el acero atravesaba el aire. Con su *claymore* desenvainada, Malcom gruñó: «Prepárate para morir, *Sassenach*».

Agarrando el brazo de Aileen, Jonathan la hizo girar mientras se liberaba de la mesa, y luego la empujó detrás de él.

—Atrás —ordenó mientras liberaba su propia espada de la vaina, con la punta apuntando a la punta de la *claymore*, listo para desviar su carga—. Apártate —Le dijo a su tío—. Luchas innecesariamente, *Highlander*. Tu sobrina está intacta.

—No por lo que vi, *Sassenach*.

—Basta —ordenó Aileen, precipitándose hacia delante, con la intención de interponerse entre la pareja. En el mismo momento, Hammish saltó entre las espadas que ya se movían, temiendo por la vida de Aileen. Como si el tiempo apenas se moviera, contempló horrorizada cómo la espada de su guardián empalaba a su primo—. ¡Hammish! —gritó, mientras la vida parecía drenarse de su propio cuerpo.

Su nombre resonó en la pequeña habitación, y Hammish tendió la mano a Aileen.

—¿Prima? —Se tambaleó, con una expresión de incredulidad en el rostro. Rápidamente cambió a una de pena, luego a una de resignación—. No te preocupes, Aileen. Es más fácil así —afirmó, mientras su mano iba tanteando la de ella.

Aileen apenas la atrapó cuando sus ojos se pusieron en blanco. Hammish se apartó de la hoja y se desplomó sobre el suelo.

—¡Madre de Dios, no! —gritó ella, cayendo de rodillas junto a él. Sus temblorosos dedos le acariciaron el costado de la cara. Tan querúbico, pensó, notando cómo las líneas de tensión causadas por su enfermedad se desvanecían lentamente. En un abrir y cerrar de ojos, recordó cada momento que habían compartido juntos, cada tierna sonrisa que él le había concedido, cada suave roce de su mano, incluido el último—. ¿Por qué, Hammish? ¿Por qué? —preguntó entre sollozos.

Jonathan se quedó helado. Intentando desviar la hoja que se acercaba, había reaccionado por instinto, para salvar su propia vida. Pero el primo de Aileen se había interpuesto en el camino

de su espada, y él no pudo detener la estocada de la hoja. Al ver a su protegida arrodillada a un metro de sus pies, mirando la túnica empapada en sangre de su primo, Jonathan miró a Malcom. Su propia muerte era inminente, Jonathan lo sabía. También lo era la de sus hombres. En un santiamén, agarró a Aileen, levantándola de un tirón frente a él. El filo de su espada presionaba justo debajo de sus pechos mientras la sujetaba contra su cuerpo.

—Retrocede —ordenó—, o tu jefa sufrirá un destino similar. —Jonathan vio que Malcom se mantenía firme, y la presión de la espada aumentó. El frío acero cortó la túnica de Aileen. Jonathan la oyó jadear—. Atrás —repitió, con voz glacial—. Déjenos pasar.

—Quiere matarla —dijo Seamus desde detrás de Malcom, habiendo oído las palabras de Jonathan—. Despejen el pasillo. Dejen pasar al *Sassenach*. Una mano se aferró al hombro de Malcom—. ¿Quiere a su sobrina muerta? —Malcom no respondió—. Si seguís obstinados, sabed que no viviréis para verla enterrada —advirtió el hombre—. Apartaos y dejadles pasar.

Jonathan observó cómo el tío de Aileen retrocedía hacia el pasillo.

—No me causes problemas, pequeña —dijo cerca del oído de Aileen—. No te pasará nada si haces lo que te digo. Ahora, camina adelante.

Aún en estado de shock, Aileen no había apartado los ojos de la forma sin vida de su primo. Su garganta estaba paralizada, al igual que sus extremidades. Aparte del jadeo que había fluido de sus labios, permanecía aturdida. «¡Hammish no!» gritaba su mente una y otra vez. El brazo aferrado a su cintura la levantó y la impulsó hacia delante. Con los ojos muy abiertos, miró fijamente a su primo. Jonathan y ella irrumpieron en el pasillo; parpadeó.

—Suélteme —ordenó ella, forcejeando contra su agarre, pero su fuerza la superaba—. Suélteme. No le dejaré.

—No me haga pelear, Aileen —Jonathan ordenó, su espada todavía estaba cerca debajo de sus pechos—. Mis hombres y yo abandonamos el castillo de McNamara, y usted será nuestra protección, pues es nuestro único medio de escape. —Ella se negó a moverse, así que Jonathan la izó completamente con un brazo—. ¡Salgan del vestíbulo! —gritó a los hombres que le bloqueaban el paso—. Bajen esos escalones o su señora morirá.

El contingente huyó hacia las escaleras, todos menos Malcom. A una docena de metros, retrocedió lentamente hacia los escalones, esperando una oportunidad para ensartar a Jonathan.

—Pagarás por tu traición, *Sassenach* —dijo, agitando la *claymore* delante de él.

Impertérrito, Jonathan siguió adelante, con Aileen fuertemente sujeta contra él.

—Y tú, *Highlander*, su fri rás por los tuyos. El clan Lochlan no te perdonará si su líder sufre algún daño. Continúa desobedeciéndome y pronto los carroñeros estarán hurgando en tus huesos.

El pie de Malcom se topó con los escalones; lentamente retrocedió por ellos.

—Firme sobre tus pies, *Sassenach* —le espetó cuando Jonathan llegó a la escalera—. Un resbalón y serán tus huesos los que queden limpios.

Jonathan apoyó la espalda en las piedras para apoyarse mientras empezaba a bajar los escalones. Las palabras de su tío debieron de quedar registradas en algún lugar de la mente nublada de Aileen, porque intentó zafarse de su agarre. Su hombro mordió la pared, intentando evitar que cayeran. Los talones de ella le patearon las espinillas y, con una maldición, Jonathan

tiró más fuerte de ella contra él. A la velocidad del rayo, la espada se acercó a escasos centímetros de su cuello.

—No me haga herir esa garganta tan blanca como la azucena que tiene —apretó entre dientes—. Sería una pena estropearla.

Aileen se quedó mirando la brillante hoja, con la sangre de Hammish embadurnándola. Abrumada por la visión, se quedó sin fuerzas. Para Jonathan, era mucho más fácil cargarla cuando se mantenía rígida. Desplazando el peso de ella contra su cadera, giró la punta de su espada hacia Malcom.

—Baja esos escalones... ahora.

La docena de hombres que habían precedido a Malcom por los escalones retrocedieron por la esquina, quedando a la vista de todos los que estaban abajo en el vestíbulo; se oyó un grito. Jonathan reconoció la voz como la de sir John. Las espadas sonaron al salir de sus vainas; luego llegó el ruido de pies que corrían, y cuando Jonathan dobló él mismo la esquina, todavía amenazando a Malcom con la punta de la espada, vio al caballero y a sus hombres agrupados al pie de la escalera. Algunos miraban hacia él, otros hacia otro lado, preparados y listos para un ataque por todos lados.

Sir John agitó su espada.

—Muevan sus pieles escocesas a esos escalones —ordenó a la docena de hombres que ahora le hacían frente. Se apeó de las escaleras—. Pongan sus armas sobre esa mesa. —Utilizando su espada, señaló a la que se refería. El metal tintineó con fuerza en la sala cuando la docena de armas de arcilla cayeron sobre la madera—. Tú también, *Highlander* —le dijo a Malcom, luego sonrió cuando el hosco Malcom bajó los últimos cuatro escalones y marchó hacia la mesa, dejando caer su *claymore* sobre las otras—. Parece que tenemos un pequeño problema —comentó el caballero a Jonathan, que volvía a desplazar la carga en su brazo.

—Sí —dijo Jonathan, cuando sus pies finalmente se encontraron con el suelo nivelado y cubierto de hierba. La gratitud apareció en sus ojos, pues el caballero había evaluado la situación y actuado con rapidez—. Nos dirigimos a Inglaterra, sir John. Lleva a todos afuera para que preparen nuestras monturas.

Así que planeaba huir, pensó Aileen, escuchando la conversación, con el cuerpo rígido una vez más. Era inútil pelear, y ella se negó a perder a otro de su clan. James se encargaría de ese bastardo, y ella rezaba para que su cabeza rodara.

—Ya puede soltarme —dijo ella, con sus manos empujando contra su brazo.

—Todavía no, pequeña. No hasta que estemos libres de las puertas.

Temiendo que su jefa resultara herida o muerta, todos los Lochlan que estaban en la sala renunciaron a sus armas como se les había ordenado. Sus pretendientes hicieron lo mismo.

Todos desfilaron por las puertas hacia los establos. Bajo guardia, las monturas fueron ensilladas, las escasas provisiones para cada hombre colocadas sobre los pomos en bolsas de cuero. Cuando sacaron el corcel de Jonathan y lo condujeron a su lado, su agarre se estrechó en torno a la cintura de Aileen. Con la espada aún desenvainada, se subió al estribo. Los músculos de su pierna se anudaron, luego se estiraron mientras soportaban tanto su peso como el de Aileen, elevándolos en la silla de montar. El trasero de Aileen golpeó el cuero, donde quedó sujeta frente a él. Agarrando las riendas, volvió a presionar el filo de la espada contra el centro de

ella.

—Por seguridad —murmuró. Una vez que todos sus hombres estuvieron a horcajadas sobre sus monturas, gritó—: Abran las puertas.

Lentamente, el rastrillo del patio inferior se levantó, al igual que el del patio superior. Al pasar por la primera puerta, Jonathan observó las murallas mientras conducía a sus hombres desde el corazón del castillo. Un grupo de Lochlan vigilaba, pero nadie se movió. Todos, al parecer, estaban desarmados. El grupo había atravesado la segunda puerta, y las monturas fueron impulsadas a todo galope, en dirección sur hacia Inglaterra.

A mitad de camino, oyeron un grito de guerra de las *Highlands* por encima de ellos. Ante el inquietante sonido, Jonathan detuvo su corcel y miró hacia atrás. El clan Lochlan atravesaba las puertas del castillo, dando caza. Como un río caudaloso, se precipitaron colina abajo, algunos con las armas en la mano.

—Maldita sea —dijo Jonathan, mirando al caballero—. Ha sido demasiado fácil, ¿verdad?

—Sí —dijo sir John, con el ceño fruncido por la preocupación—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

La risa salvaje de Aileen retumbó en el aire, y Jonathan se preguntó si se habría vuelto loca. Tirando de ella con fuerza contra él, espoleó al semental a todo galope. Cabalgaron hasta el pie de la colina, luego subieron otra, con el clan Lochlan tras ellos. Las flechas volaron por el grupo huyendo, afortunadamente fallando sus marcas, y Jonathan pensó que la banda perseguidora nunca se cansaría. Con la vista centrada en el escarpado terreno, se negó a darse la vuelta para ver si alguno de ellos corría desnudo.

Los gritos continuaron bajando por la segunda colina y subiendo por la siguiente. Cuando Jonathan y su tropa coronaron su cima, su mirada saltó a la meseta de enfrente; la tensión se drenó de su cuerpo. Cien de los mejores soldados de James cabalgaban hacia él. El choque de los cascos cortó el suelo musgoso cuando el grupo más pequeño se dirigió hacia el más grande. Abajo, luego arriba otra vez, y las monturas sin aliento finalmente rompieron la línea amiga.

Tirando del semental hasta un rápido alto, Jonathan se volvió para mirar hacia atrás por donde habían venido. En la ladera opuesta, el clan Lochlan estaba de pie, con sus gritos de guerra estallando en el aire. El sonido le produjo un escalofrío. Estaban a salvo, se tranquilizó en silencio. La locura había terminado.

—Libéreme —dijo Aileen, intentando zafarse de la montura—. Ha escapado.

Los ojos azules de Jonathan se posaron en ella.

—Creo que no, milady. Aún no nos hemos alejado de Escocia. Me temo que irá a Inglaterra con nosotros.

«Afiladas garras apuntando a un tierno y joven pecho, rápido, rápido, no sea que te lleve lejos, a un nido ajeno».

¡La leyenda! Se había hecho realidad. Todo. En un gemido derrotado, su cabeza cayó hacia atrás contra el hombro de Jonathan, ella miró fijamente en la distancia.

—¿Aileen? —Cuando ella no respondió, la preocupación tejió la frente de Jonathan—. Pequeña. —Le apartó el pelo revuelto de la cara. Ella seguía sin responder. Cerró los ojos y respiró entrecortadamente—. Perdóname —susurró, pero no sabía si ella le había oído.

Acunándola cerca de él, empujó su corcel hacia delante—. Sigamos nuestro camino —dijo a sir John.

—¿Y la chica? —preguntó el caballero.

—Ella viene con nosotros.

Jonathan giró su caballo hacia el sur. El caballero y los hombres de James le siguieron.

Con paso firme, el grupo siguió adelante. El sol se hundió en el cielo y luego cayó más allá del horizonte. La noche estaba sobre ellos, pero Jonathan continuó hacia su tierra natal. Con sus pensamientos puestos en su pupila y su primo, se maldijo a sí mismo, se reprendió, se azotó mentalmente, hasta que su alma se hizo pedazos. En su ira, había intentado castigar a la dulce belleza que tenía en sus brazos. Lo había conseguido; de hecho, probablemente la había destruido. También a sí mismo.

Momentáneamente miró a Aileen. Al recordar la mirada torturada de su rostro mientras Hammish buscaba a tientas su mano, solo para caer lejos de la hoja que le había cortado, con su vida escapándosele en un suspiro de tiempo, Jonathan sintió que el ligero dolor de su pecho estallaba en un dolor insoportable.

¡Maldita sea su propia arrogancia! Tontamente había arriesgado su vida y la de sus hombres. Estúpidamente había tentado al destino, sabiendo que, si le atrapaban, el peligroso Malcom reaccionaría. Por su culpa, cayó un hombre inocente. ¿Y todo por qué? ¿Por un beso? Por muy estimulante que hubiera sido el sensual interludio, no valía la pena el horror que le había seguido. No valía la vida de Hammish, lo poco que le quedaba. Tampoco valía la censura de Aileen. Lo sabía, aún estaba por llegar. Temía el momento en que su furia contenida se desatara sobre él. Cuando lo hiciera, no intentaría escapar de ella.

Suspirando, echó un vistazo cuando el caballero se acercó a su lado.

—Tenemos que acampar. La luz se hace demasiado tenue —dijo sir John. Al ver el asentimiento de Jonathan, cabalgó de vuelta para avisar a los hombres.

Frenando a su semental, Jonathan se dejó caer entre la tropa. Pronto el grupo se detuvo junto a un afloramiento de rocas que sobresalía del páramo.

El lugar proporcionaba cobijo de los fríos vientos nocturnos que soplaban sobre el árido paisaje. Reprimiendo a su corcel, Jonathan se deslizó de la silla y puso sus manos alrededor de la cintura de Aileen. Ella cayó hacia él como una muñeca inerte. Cuando sus pies tocaron el suelo, Jonathan la estabilizó.

—Estás congelada —le dijo con las manos en los brazos. Le quitó la tela escocesa del cinturón y se la puso por encima de la cabeza, rodeándole los hombros. Sus dedos trabajaron con rapidez, masajeando sus brazos, intentando que la sangre fluyera—. Tendré un fuego pronto. Puedes calentarte con él.

Frágil como un trapo, su cuerpo se sacudía bajo la presión de sus manos ministradoras. Recorrió su espalda, sus hombros, luego sus brazos de nuevo. El calor brotaba a través de ella, y a medida que el entumecimiento se iba, el dolor regresaba. «Hammish», pensó, viendo de nuevo su rostro. Primero fue la incredulidad, luego la pena y por último la resignación. Lentamente levantó la cabeza. Unos ojos en blanco miraban fijamente al hombre que había asesinado a su primo.

—Quítame las manos de encima —dijo, con voz grave.

Las manos de Jonathan detuvieron su movimiento; la miró fijamente, sujetándole los hombros. La frialdad en los ojos de Aileen le heló el alma.

De repente, su furia se desató.

—¡Asesino! —gritó mientras el plano de su palma golpeaba su cara; Jonathan no se resistió. Su otra mano se levantó, golpeándole con el doble de fuerza. Aun así, él permaneció inmóvil—. ¡Te odio! —gritó ella, y luego sus pequeños puños golpearon su cabeza, sus hombros, su pecho, hasta que su ira se agotó—. Te odio —repitió, con lágrimas cayendo por su rostro. Abrumada por su dolor, Aileen corrió al abrigo de las rocas, donde sollozó su pena.

El campamento entero se había quedado en silencio, todos dentro de sus límites presenciando cautelosamente el incidente. Incluso ahora, solo se oían los sollozos del llanto de Aileen. Mientras Jonathan la observaba desde lejos, aún sentía el aguijón de sus manos. Su ira era merecida, y él no había intentado desviar los golpes. Liberando su aliento retenido durante tanto tiempo, se dio cuenta de que se sentía extrañamente agotado.

Sir John acudió vacilante a su lado.

—¿Debería ir alguien a por ella?

—No —dijo, sin dejar de vigilar a Aileen—. Déjenla en paz.

El caballero, Jonathan lo sabía, seguía sin saber por qué habían acudido al castillo de McNamara con tanta prisa. Los dos no habían tenido tiempo de hablar, y Jonathan esperó la pregunta que seguramente llegaría.

—La chica, dijo... —sir John se aclaró la garganta con inquietud—. ¿Qué pasó exactamente que nos hizo correr por nuestras vidas?

—Maté a su primo.

## Capítulo 7



A través de los quiebro de los árboles, las torres del castillo de Montbourne se alzaban en la distancia. Tras haber cruzado la frontera entre Escocia e Inglaterra hacía casi una hora, Jonathan se sintió aliviado al ver el familiar edificio. La oscuridad pronto se instalaría a su alrededor, y prefería con mucho la calidez de su cama a otra noche sin dormir pasada en el húmedo suelo. Estaba agradecido por estar casi en casa.

A un galope constante, el enorme corcel acortó la distancia que separaba a Jonathan de su destino. Apartándose del camino, dirigió la comitiva de hombres y caballos a través del conocido terreno, con su pupila sentado frente a él, con los dedos asidos al pomo de la silla de montar. Su joven y rígido cuerpo se mantenía alejado de él, como lo había hecho desde que la tropa había abandonado su segundo campamento al amanecer. Los dos últimos días se había mantenido aislada de todos, negándose a hablar, negándose a comer, y Jonathan estaba preocupado.

Contempló su cabeza erguida, observando cómo su largo y lustroso cabello estaba revuelto y enmarañado. La pesada sensación se renovó en su pecho. Ella le odiaba, y él no podía culparla. Se merecía su desprecio. No solo había matado a su amado Hammish, sino que la había secuestrado de su casa. La pregunta era: ¿Qué iba a hacer con ella ahora? Suspirando, impulsó a su montura al galope.

Aileen oyó el zumbido de su respiración, luego se aferró al pomo cuando el semental aceleró el paso. Sintió que Jonathan se movía, y entonces su brazo la rodeó por la cintura. Inmediatamente intentó soltarse.

Arrastrada con fuerza contra él, sus hombros se toparon con la sólida pared de su pecho.

—Quédate quieta, Aileen —le ordenó por encima de la cabeza—. Solo nos queda un kilómetro. Intenta relajarte. —En respuesta, ella se puso aún más rígida, Jonathan suspiró de nuevo. «Terca y tonta», pensó. Ella había permanecido inflexible todo el día, y seguramente se resentiría por la mañana. Estaría dolorida, y todo porque aborrecía su tacto—. Tu miseria acabará pronto, pequeña. Anímate, no tardarás en ser libre.

Aunque Jonathan quería decir algo totalmente distinto, Aileen malinterpretó sus palabras. Contempló con impaciencia la enorme fortaleza que se alzaba en lo alto de la siguiente colina, sintiendo un gran alivio. En poco tiempo estaría cabalgando de vuelta hacia la frontera, si él le prestaba un caballo. Si no, iría a pie. No importaba, con tal de que se dirigiera a casa.

Jonathan sintió cómo ella se relajaba contra él; su fuerte sujeción sobre ella se relajó. Libre fue todo lo que tuvo que decir, y la tensión pareció haber fluido de ella como un estrecho río que se adentra en mar abierto. Se le ocurrió la idea de que ella le había malinterpretado. Decidiendo que esperaría hasta que estuvieran a salvo dentro del castillo antes de explicarle lo que significaba realmente la palabra libre, mantuvo la vista en el sendero, temiendo la reacción de ella.

Un grito sonó en lo alto de la almena, haciendo eco en el exuberante valle verde que había debajo, y mientras la tropa recorría el tramo final cuesta arriba, las puertas del castillo de Montbourne se abrieron de par en par. Al pasar bajo el rastrillo, con su pupila acurrucada entre los muslos y bien sujeta entre los brazos, Jonathan contempló a los numerosos miembros de su casa que habían acudido a saludarle, su mayordomo jefe a la cabeza.

—Ha vuelto pronto, milord —dijo Warren, mirando con curiosidad a Aileen—. Es bueno tenerle en casa.

—Sí, Warren. Es bueno estar en casa. —Jonathan miró a su alrededor. Sir John y los más de cien hombres pronto llenaron el patio inferior—. Prepara algo de comida, Warren. Los hombres del rey están hambrientos. Después prepara la sala para que nuestros invitados puedan acostarse. Han tenido dos días duros de viaje y pasarán la noche aquí. —El mayordomo jefe se aclaró la garganta y movió ligeramente la cabeza hacia Aileen—. Lady McNamara se quedará indefinidamente —añadió Jonathan—. Prepare la habitación contigua a la mía. —La cabeza de Aileen se giró. La luz de acusación brilló en sus ojos—. Por libre, pequeña, me refería a esto. —Sus brazos se apartaron de ella y desmontó—. Hasta que decida qué hacer contigo, tendrás que permanecer aquí —dijo, mirándola. Él sonrió—. Bienvenida a Inglaterra y al castillo de Montbourne.

El fuego estalló en el pecho de Aileen mientras una furia ardiente recorría sus venas.

—Preferiría estar en el infierno —dijo, fulminándole con la mirada. Antes de que Jonathan pudiera reaccionar, ella agarró las riendas. Su pequeño pie le golpeó de lleno en la mandíbula; Jonathan retrocedió tambaleándose. Instando al corcel, Aileen espoleó a la bestia hacia las puertas abiertas.

Jonathan se abalanzó sobre el caballo y lo agarró. Sus dedos mordieron la silla de cuero mientras intentaba agarrarse.

—¡Maldita sea, alto! —gritó a Aileen, al semental, pero ninguno le hizo caso.

Atónitos, los soldados de James observaron el brusco choque. Todos se quedaron congelados en su sitio. Deseosa de soltarse del agarre de Jonathan, Aileen dirigió su montura directamente hacia uno de los hombres, con la intención de chocar contra su caballo. Intentando ponerse a horcajadas sobre la bestia que cargaba, Jonathan se quedó a medio camino entre la silla y el suelo, con el aspecto de un borracho atolondrado tras una larga noche de bebida. Ajeno a su aspecto o a lo que le esperaba, miró hacia delante. La inminente colisión estaba a solo unos segundos de distancia. Maldiciendo, se soltó y cayó plano en el suelo.

El alivio inundó a Aileen en el instante en que lo soltó, y de nuevo apuntó hacia la puerta. Se oyó un grito detrás de ella. A las rápidas órdenes de sir John, las filas se cerraron; una fila de hombres a caballo bloqueó su salida. Dando media vuelta, buscó frenéticamente otra vía de escape. Sus talones golpearon los flancos del corcel, y los dos se dirigieron hacia las escaleras exteriores. El semental pasó los escalones, y ella saltó de su lomo a las piedras, luego las corrió, trepando a la almena.

Para entonces Jonathan ya se había puesto en pie. A mitad del patio, cuando ella había saltado a los escalones, él ya iba tras ella. Sus zancadas con botas resonaron por las piedras detrás de ella, y el miedo crudo impulsó a Aileen hacia la cima. Llegó al paseo de la muralla y se escabulló por él, esquivando a varios guardias que habían montado guardia. A medio camino de la almena, vio a media docena de hombres que venían hacia ella desde el lado opuesto. Sir John

y los demás habían tomado un segundo tramo de escaleras e intentaban cortarle el paso.

La histeria bullía en su interior, pues Jonathan y los guardias le pisaban los talones con rapidez. Derrapando hasta detenerse, apretó la espalda contra el merlón de piedra y luego se acercó a la almena. Por el rabillo del ojo, podía ver la sombría campiña de abajo. Miró a la izquierda, luego a la derecha a sus perseguidores mientras convergían hacia ella desde ambos lados. Su pequeño puñal yacía oculto en su bota, esperando el momento oportuno para ser revelado. Aileen decidió, mirando a Jonathan mientras corría hacia ella, que era el momento.

Viendo que estaba atrapada, Jonathan aminoró sus urgentes zancadas hasta caminar. Hizo un gesto con la mano y los demás hombres se detuvieron donde estaban. Sir John estaba de pie varios metros más allá de Aileen, sus hombres cerca detrás de él.

—Se acabó, pequeña —dijo Jonathan, avanzando deliberadamente hacia ella. Al ver el espacio abierto detrás de ella, temió que pudiera arrojarle por encima del muro—. Ven —la incitó—, entremos en la sala donde nos esperan la comida y el vino. Después, se te preparará un baño caliente. Te aliviará los dolores de este largo día de cabalgata. Una buena noche de sueño en una cama cálida y mullida, y te sentirás mucho mejor. —Se acercó un poco más—. Mañana, sir John y sus hombres cabalgarán hacia el sur para informar a James. Llevará una carta mía explicando lo sucedido. Hasta que nuestro rey responda, te quedarás aquí en Montbourne como mi invitada. —Su mano se extendió y sus largos dedos la agarraron suavemente del brazo—. Vamos, dulce, no te inquietes. Nadie te hará daño. Te lo prometo.

Mientras hablaba, Aileen le estudió detenidamente. Se le estaba formando un moratón a lo largo de la mandíbula donde ella le había pateado, trozos de paja se adherían a su pelo y la suciedad manchaba su mejilla y su pecho. En la penumbra, sus ojos azul cielo brillaban con sinceridad; su pulgar le acariciaba ligeramente el brazo. Mentalmente vio el rostro de Hammish tal y como lo recordaba por última vez.

—Ven, pequeña —repitió Jonathan, instándola a alejarse de la almena.

«Hammish», pensó, fingiendo acceder a la suave orden de Jonathan. Lentamente dio un paso adelante, con la cabeza gacha; luego, a la velocidad del rayo, su mano fue a por el puñal.

Con retraso, Jonathan vio cómo la cosa se desprendía de su bota. «Es pequeña, pero rápida». Las palabras de sir John rodaron por su cabeza mientras veía la hoja a un suspiro de su corazón.

—Has asesinado a mi primo, *Sassenach*. Como pago, tú también morirás.

La rabia, la angustia y el miedo culminaron en su amplia mirada. Su mano temblaba por las emociones indómitas que giraban a través de ella. Jonathan estaba seguro de que no podría matar a nadie, ni siquiera al hombre que había asesinado a su primo.

—Si alivia tu dolor vengar a Hammish, clava tu espada en mi corazón. Pero que sepas esto. No era mi intención hacer daño a tu primo. Solo pretendía defenderme de tu tío. Tú misma viste cómo Hammish saltó entre nosotros. No hizo ninguna advertencia. Lo hizo para protegerte, Aileen. Si te hubieras mantenido al margen de la refriega como te ordené, tu primo seguiría vivo y tú aún estarías en Escocia. No soy el único que soporta el peso de la culpa. Pero yo la asumiré —se acercó a ella, asegurándose de que la punta de la espada tocaba el cuero que cubría su pecho—. Adelante. Busca tu venganza.

«No soy el único que soporta la carga de la culpa...». Sus palabras giraron por su mente

hasta marearla por su fuerza. Era cierto. Si ella no hubiera engañado a su tutor (¡no una, ni dos, sino tres veces!) su temperamento no habría estallado, y él nunca habría buscado castigarla como lo había hecho. Del mismo modo, si ella no le hubiera desobedecido lanzándose hacia delante, con la intención de arrojarle entre los dos hombres, con la esperanza de detener la lucha, Hammish no se habría lanzado a su vez hacia delante. Lo había hecho porque sentía que debía protegerla.

Consciente de que la muerte de Hammish era tan culpa suya como de su tutor, seguía intentando negarlo. Echar la culpa a Jonathan le ayudaba a tranquilizar su conciencia, y si se deshacía del hombre que había matado a su primo, todo su dolor seguramente desaparecería. ¿Verdad que sí? Su mano tembló cuando presionó el puñal contra el cuero justo encima de su corazón; su punta atravesó la piel lisa. Él no se movió. Mientras buscaba el rostro de Jonathan, sus ojos permanecían fijos en los de ella; su valor vaciló. El puñal cayó de su mano. Girándose, se lanzó contra la almena.

«Muerte, dulce muerte, ¡quita este dolor de mi corazón!». El lamento pasó por su cabeza justo cuando intentaba arrojarle por el borde, pero Jonathan la capturó antes incluso de que se encontrara con las piedras que enmarcaban la abertura.

—¡No! —gritó ella, forcejeando contra los poderosos brazos que la rodeaban—. ¡Déjame ir... déjame morir!

Jonathan la apretó contra él.

—Nunca —insistió, y luego la estrechó más contra él.

Incapaz de liberarse, sus forcejeos cesaron al fin. Un gran sollozo brotó de las profundidades del alma de Aileen; su pena parecía consumirla. Su cabeza giró enloquecida y una bienvenida negrura se la tragó.

Rápidamente, Jonathan la alzó en brazos y la llevó escaleras abajo y a través del patio. Los hombres de James observaban en silencio, habiéndose formado un amplio camino entre sus filas.

—Prepara su habitación —dijo el conde a su mayordomo.

—Está lista, señor —respondió Warren; sobre piernas delgadas, corrió hacia las puertas del gran salón y las abrió de par en par.

Jonathan atravesó la extensión, con su carga inconsciente acunada contra el pecho. Zancadas firmes le llevaron al piso superior y a los apartamentos, con su mayordomo corriendo delante de él. Justo cuando Jonathan llegaba a la puerta de la habitación contigua a la suya, otra puerta se abrió más adelante en el pasillo, y una mujer escasamente vestida salió del interior de la cámara.

«¡Maldita sea!». Se había olvidado por completo de Lavinia, y entonces tuvo la certeza de que se avecinaba un feo enfrentamiento.

—Abre la puerta —ordenó a Warren—, y mantenla fuera.

Warren miró en la dirección del asentimiento de su amo; tragó saliva.

—Lo intentaré, milord, pero no será fácil.

—Haz lo que puedas —espetó Jonathan al entrar en la habitación, y luego cerró el panel de una patada en la cara de su mayordomo. Mientras llevaba a Aileen hacia la amplia cama centrada

contra una pared, un gemido se deslizó por sus labios; sus ojos se posaron en su boca. La tentadora porción de carne había sido la causa de su caída. Sin embargo, entre saberlo o no había poca diferencia. Incluso ahora le atraía. Apartando su atención del rostro de Aileen, acomodó suavemente a su pupila en el colchón de plumas. Observando sus mejillas sonrojadas, le tocó la frente. Se sentía febril. El dorso de sus dedos recorrió su suave mejilla en una ligera caricia—. Descansa, pequeña —susurró, su mirada acarició su rostro una vez más. Volvió a la puerta y la abrió de golpe—. Warren... —empezó, y entonces vio a Lavinia de pie junto a su mayordomo. Por la expresión de su rostro, estaba perturbada; sus ojos tenían un brillo desagradable. Ignorándola, continuó—. Por favor, que la señorita Warren se presente ante mí de inmediato. Lady McNamara no se encuentra bien. —Su mayordomo se escabulló por el pasillo, abandonando a Jonathan y a la desagradable Lavinia.

—¿Ni siquiera un hola, Jonathan? —preguntó.

Parecía tranquila, pero Jonathan sabía que un volcán se agitaba en su interior, a punto de entrar en erupción.

—Me alegro de verte, Lavinia —mintió, deseando fervientemente que ella estuviera en cualquier lugar menos en su casa. Con todo lo que había pasado en los últimos días, no deseaba verse envuelto en otro brote. Sin embargo, en lugar de espadas, las armas utilizadas serían sus lenguas, y la de Lavinia estaba segura de acuchillarle a tiras—. Como puedes ver, tengo otros compromisos —dijo él, tratando de adelantarse a ella—. Hablaremos más tarde.

En el momento en que la había visto con su mayordomo, Jonathan había adoptado una postura en el umbral de la puerta, su duro cuerpo bloqueaba toda posibilidad de entrada. Su brazo se extendía a través de la abertura, con la palma apoyada contra las piedras que enmarcaban la puerta, y a Lavinia le pareció como si estuviera protegiendo algo de gran valor. En el espacio libre bajo su brazo extendido, alcanzó a ver a la joven que yacía en la cama. Dulce y encantadora, la muchacha no era la bruja de huesos grandes y desdentada que la imaginación de Jonathan había conjurado. Lentamente, Lavinia volvió la vista hacia su amante.

Viéndolo de cerca, le pareció diferente. Físicamente era el mismo (viril, guapo, sexualmente atractivo), pero más allá del exterior familiar, era un hombre cambiado. Parecía mucho menos arrogante y mucho menos absorto en sí mismo. La preocupación aparecía en su rostro, y Lavinia estaba segura de que lady McNamara era la causa de su inquietud.

—Verdaderamente, querido, estás muy ocupado —dijo, con sus ojos saltando de nuevo hacia la cama—. Cuando termines de jugar a la niñera, puedes buscarme en mi habitación. —Hizo una pausa—. O mejor aún, en la tuya.

Con retraso, Jonathan recordó sus palabras de despedida: que ella debía esperarle en su cama, desnuda y preparada. Deseó fervientemente no haberlas dicho nunca.

—Cuando haya terminado de atender a mi pupila, iré a tu habitación, Lavinia. Ya hablaremos. —Por el rabillo del ojo, vio movimiento en el pasillo. Bajita y redonda, con una gorra blanca cubriendo su pelo canoso, la esposa de su mayordomo, Maggie, como la llamaban, se dirigía hacia su habitación con su habitual andar ondulante.

—Mi Samuel me ha dicho que quería verme, señorito Jonathan —le dijo.

Su trato familiar no ofendió al conde, pues se había referido a él como «amo Jonathan» desde que era un niño pequeño.

—Sí, Maggie. Lady McNamara parece haber cogido fiebre. Necesito que la atiendas. —Su brazo cayó a su lado, permitiendo el paso a Maggie. Cuando ella hubo entrado, su mano volvió a las piedras—. Te visitaré más tarde —le dijo a Lavinia.

—Como quieras —dijo ella rígida, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia su habitación.

Jonathan observó el provocativo contoneo de sus caderas mientras ondulaban bajo su camisón y su endeble envoltorio.

—Lavinia —la llamó, molesto por la artera maniobra, pues sabía que ella intentaba seducirlo. Ella pivotó a su camino—. Asegúrese de estar completamente vestida. Aunque mi visita será breve, una dama nunca recibe a un caballero si no está vestida adecuadamente.

Lavinia giró sobre sus talones y marchó los pocos pasos que le quedaban hasta su habitación. La puerta se cerró con un golpe, el ruido resonó por el pasillo superior. Sacudiendo la cabeza, Jonathan se preguntó por qué se había liado con la volátil lady Bedford en primer lugar. Ella había actuado de forma bastante comedida, pero él sabía por la colocación de su mandíbula y la mirada calculadora de sus ojos cuando se habían centrado en su pupila que su antigua amante, una decisión que había tomado al volver a ver a Lavinia, ya había ideado varias formas de hacer caer a Aileen. Increíblemente, ni siquiera conocía a la chica. Sin embargo, Lavinia era territorial viciosamente hablando. No dejaría que Aileen sufriera la malicia de la mujer, no después de todo lo que ya había soportado.

Otra cosa molestaba a Jonathan, y lo había hecho desde el momento en que había sucedido. Estaba seguro de que, con astucia, ella había planeado atraparlo para que se casara con él quedándose embarazada. No lo hizo porque le amara, deseándole solo a él, pues Jonathan era consciente de que Lavinia solo se amaba a sí misma. No, lo hizo porque codiciaba su dinero y su título, que, Lavinia sabía, otorgaría a su esposa un gran poder. Tontamente, había estado a punto de quedar atrapado en su engañosa telaraña, como insidiosa araña que era. Sabiendo que no se podía confiar en ella nunca más, Jonathan estaba decidido a poner fin a la aventura. Tenía la intención de decírselo en breve, pero sospechaba que ella ya lo sabía.

Apartándose de la puerta, vio a Maggie preocupándose por Aileen.

—Está terriblemente débil, amo Jonathan —le dijo cuando llegó a su lado—. Pero la fiebre no es demasiado alta. —Acarició las mejillas de la niña—. Despierta, niña, y échale un vistazo a la vieja Maggie. —Los párpados de Aileen se abrieron. Brevemente miró fijamente a la mujer, luego sus ojos se cerraron—. Su mente está muy confusa —comentó Maggie—, y aparentemente está feliz de que así sea. ¿Qué le ha pasado a la pobre para estar así?

Bajo el ceño severo de Maggie, Jonathan relató muchos de los acontecimientos de los dos últimos días, pero no todos. Convenientemente se guardó para sí su vano y autoproclamado ataque a Aileen. Pero sabía que Maggie no se dejaba engañar.

—Sí, como usted diga —afirmó ella, inspeccionándole de cerca. Él volvió su mirada hacia la chica de pelo como el fuego que parecía una niña abandonada—. Pobre alma perdida, ha sufrido un shock terrible. Está agotada, mental, física y emocionalmente, no gracias a usted. Esperemos que un largo sueño sea todo lo que necesite. Salga de aquí para que pueda desvestirla y darle un lavado rápido. Si se porta bien, puede volver cuando acabe.

—Lo que usted diga, Ama Warren. —Le dedicó una sonrisa deslumbrante. Como de costumbre, ella permaneció impassible ante sus atractivos modales; Maggie era sabia para él—.

Primero debo hablar con lady Bedford, luego puede encontrarme en mi habitación. A solas —añadió, espiando la mirada censuradora de ella. Jonathan se acercó a la puerta—. Dale los mejores cuidados, Maggie, como solo tú puedes hacer. —Ella pareció no oírle, pues, como una gallina madre, ya estaba cacareando y arrullando al pequeño polluelo desaliñado que le habían dado en custodia. La puerta se cerró tras él.

Jonathan se acercó a la habitación de Lavinia. Cuando ella respondió a su ligero golpe, se sorprendió al verla apropiadamente vestida. Por alguna razón, quizá porque conocía bien su temperamento, había esperado nerviosa. Pero no pareció haber ningún nervio mientras ella le invitaba cortésmente a entrar en su habitación.

—Lo que hay que decir, Lavinia, solo llevará un momento. Puedo hacerlo aquí, en el salón, con la misma facilidad. Mañana, los hombres del rey regresarán a Londres. Usted les acompañará.

Lavinia le estudió detenidamente.

—Cuando te fuiste de aquí, parecías muy ansioso por volver a mis brazos. Algo debe haber ocurrido para que quieras librarte de mí tan rápidamente. Una explicación sería bienvenida.

—No es lo mismo que antes, Lavinia. Al menos, no para mí. Lo que pasamos juntos fue un interludio agradable. Sabes, al igual que yo, que tarde o temprano estaba destinado a terminar. Buscábamos placer el uno en el otro, y ninguno de los dos quedó decepcionado. Pero ahora, se ha acabado. Espero que podamos separarnos como amigos.

Con los ojos entrecerrados, Lavinia le estudió durante un largo momento. Todos sus planes yacían hechos añicos. Debería haber insistido en irse con él. Pero entonces, se preguntó si hacerlo habría supuesto alguna diferencia.

—La chica, ¿te imaginas enamorado de ella? —Su risa gutural llenó los oídos de Jonathan—. Si es así, querido, reza para que no se parezca en nada a Verety. Eres un hombre demasiado apasionado para sufrir otra esposa frígida. —Atrevidamente, su mano se encontró con su pecho; su palma se deslizó hacia abajo sobre el suave cuero hasta su cintura, y luego más abajo—. Demasiado apasionado con diferencia.

Jonathan atrapó la mano intrusa.

—Y demasiado sabio para caer en tus artimañas, Lavinia. Ambos sabemos por qué estás tan ansiosa por compartir mi cama. Cuando llegue el momento de que produzca un heredero, la madre del bebé será de moral elevada y poseerá una naturaleza más tierna que la tuya, querida. —Le lanzó la palabra con vigor, pues siempre había despreciado su uso. Simultáneamente, le apartó la mano de encima—. En cuanto a lady McNamara, soy responsable de su cuidado, nada más. Le sugiero que se ocupe de hacer el equipaje. El amanecer no está tan lejos. —Se apartó de su puerta—. Adiós, Lavinia. Si te tranquiliza, estoy seguro de que no estarás sola mucho tiempo.

La puerta se cerró con fuerza en su cara, y riendo por lo bajo, Jonathan se dirigió hacia su propia habitación. Mientras esperaba su baño caliente, se paseó por la habitación hasta que llegaron Warren y varios criados más. Después de darle a su amo un afeitado rápido, el mayordomo se marchó con la ropa sucia del conde de Montbourne llevándola delante de él.

Con un suspiro, Jonathan finalmente se metió en la bañera humeante donde relajó su cuerpo, pero no su mente. Durante un largo rato, reflexionó sobre qué hacer con su pupila. Cuando el agua se hubo enfriado, se secó, se vistió y se dejó caer sobre su cama para contemplar

su amplio dosel. Con el brazo doblado por encima de la cabeza, trazó distraídamente las depresiones del cabecero que delineaban el escudo de los Montbourne. ¿Debía enviarla a casa o mantenerla aquí? Y James, ¿cuál sería su reacción? Jonathan estaba seguro de que le darían la residencia permanente en la Torre. Qué confusión era todo aquello. Admitía que había metido la pata y no parecía haber forma viable de enmendarlo. «Tonto», se llamó a sí mismo, sabiendo demasiado bien dónde colocar la culpa.

Sonó un golpe en su puerta, irrumpiendo en sus pensamientos.

—Pasa. —La cabeza de Maggie asomó por la puerta—. Estoy solo —la tranquilizó, y entró en la habitación.

—Está durmiendo plácidamente —le dijo la mujer—. He conseguido que tome un poco de caldo, pero solo un poco. Para mañana, estoy segura de que estará mucho mejor.

Jonathan vio que ella le estudiaba. Aunque recién bañado, aún se sentía fatigado. Al parecer Maggie se dio cuenta de ello.

—Será mejor que te prepares algo de comer y descanses un poco antes de que acabes enfermo. La comida que pediste se está poniendo en las mesas ahora.

Jonathan se levantó de la cama. Metiendo los pies en los zapatos, miró por encima del hombro a la mujer.

—Que envíen una bandeja a la habitación de lady Lochlan. Estaré allí.

—Sí, lo haré. —Se volvió para marcharse.

—Ah, y Maggie, lady Bedford partirá con sir John al amanecer. Envía a una sirvienta para ayudarla con su equipaje. Cuando el caballero haya finalizado su comida, dile que deseo hablar con él. De nuevo...

—Estará en la habitación de lady McNamara —finiquitó ella por él—. Es una cosita bonita, fresca e inocente. Una vista mejor que la arpía deslustrada que ha estado recorriendo los pasillos por aquí últimamente. —Antes de que Jonathan pudiera responder, la puerta se cerró de golpe.

Maggie y Lavinia debían de haber tenido unas palabras mientras él no estaba, decidió, lo cual no era sorprendente, pues ambas mujeres eran testarudas. Era una razón más para que Lavinia siguiera su camino.

Jonathan cruzó la habitación hasta la puerta de comunicación que conducía a la cámara de Aileen, un apartamento destinado a la próxima condesa de Montbourne. La última mujer en ocupar la habitación había sido la madre de Jonathan, pues su propia esposa se había negado a hacerlo. Verety había insistido en tener una alcoba lejos de la suya y se había mantenido entre sus cuatro paredes hasta el día en que había muerto. Al pensar en ello, se asombró de que hubiera ordenado preparar la habitación para su pupila.

Deslizándose silenciosamente a través de la puerta, Jonathan miró a la pequeña criatura que yacía en el centro de la enorme cama. Sus largos cabellos, cepillados y brillantes como el cobre pulido, se extendían sobre la funda de lino blanco de la almohada. Su cara y sus manos, lavadas y brillantes de un suave rosa, asomaban por la voluminosa bata que ocultaba su cuerpo. Solo podía suponer que el camisón pertenecía a Maggie. Una mano estaba laxamente echada hacia arriba, no muy lejos de su cabeza, la otra descansaba sobre su estómago, donde las mantas

se juntaban con su cintura. Parecía una niña pequeña perdida en el sueño y sin ninguna preocupación en el mundo.

Se arrastró hacia la silla más cercana a la cama y se sentó. La agonía llenó su corazón mientras contemplaba a su pupila, pues cuando ella despertara también lo haría su pena.

—Ah, dulce niña, si pudiera cambiarlo lo haría —susurró. Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla. En silencio la observó. No supo cuánto tiempo permaneció así, pero finalmente sonó un ligero golpe en la puerta. Al abrirla, vio a Maggie, con la cena en la mano. Reacio a molestar a su pupila mientras comía, ordenó que le llevaran la comida a su habitación. Maggie se quedaría con Aileen hasta que él hubiera finalizado.

Como había comido poco en los dos últimos días, Jonathan pensó que estaría hambriento, pero no hizo más que picotear su comida. Empujando la bandeja a un lado del gran escritorio donde estaba sentado, cogió pluma, tinta y pergamino del cajón. Era hora de que compusiera una carta para James. ¿Qué demonios le diría a su soberano? ¿Que había metido la pata en la tarea que le habían asignado? No cabía duda de que lo había hecho. Una risa cínica brotó de sus labios mientras la carta se escribía rápidamente en su mente.

*Queridísima Majestad:*

*En el espacio de menos de tres semanas, he asaltado a lady McNamara, he matado a su primo, he secuestrado a la niña y la he utilizado como escudo mientras sus soldados de confianza y yo abandonábamos las Tierras Altas, mientras el clan Lochlan nos perseguía hasta que tuvimos la suerte de toparnos con los cien hombres que usted envió al norte para darnos más fuerza. Debo añadir que no llegaron ni un minuto demasiado pronto. Ahora estamos en el castillo de Montbourne. En el lado más positivo, logré salvar la vida de mi pupila. Tras fracasar su intento de ensartarme con su puñal, intentó arrojar a la almena, pero yo se lo impedí, sujetándola hasta que por fin se desmayó del horror que había sufrido durante los dos últimos días. Por supuesto, no hace falta decir que lady McNamara está ahora paralizada por la pena y ha cogido fiebre. Si sobrevive, estoy seguro de que solicitará un nuevo tutor. Dadas las circunstancias, no puedo culparla. Tal vez, en su benevolente sabiduría, tenga usted alguna sugerencia sobre cómo podría deshacer el embrollo en que he convertido las cosas. Espero ansiosamente su respuesta.*

*Su obediente servidor, Montbourne.*

Debería cubrirlo bastante bien, pensó Jonathan, sin haber puesto aún la pluma sobre el papel. Cuando lo hizo, su mensaje fue breve.

*Señor:*

*Lady McNamara y yo estamos ahora en el castillo de Montbourne. Sir John os proporcionará los detalles de nuestro viaje y los sucesos que precipitaron nuestra salida de Escocia.*

*Su obediente servidor, Montbourne.*

«Cobarde», se acusó a sí mismo. Un puño se topó con el panel de madera que aseguraba su habitación.

—Pasad.

Sir John entró en la cámara.

—¿Pidió verme?

—Lo hice. —Goteando cera de vela sobre el pergamino doblado, Jonathan presionó su anillo con sello contra el lacre—. Cuando parta mañana, sir John, lady Bedford le acompañará a Londres —dijo, entregando la carta al caballero—. Va para nuestro soberano. Si James tiene alguna pregunta, que estoy seguro que la tendrá, por favor, explíquele los acontecimientos que forzaron nuestra repentina partida.

El caballero dio la vuelta a la carta en su mano.

—La niña... ¿qué piensa hacer con ella?

—Como es lógico, se ha puesto enferma. Se quedará aquí hasta que se haya recuperado. En ese momento, decidiré qué hacer con ella. A menos, por supuesto, que nuestro rey tome la decisión por mí. Puede que nombre a otro como su señor, algo que me gustaría que hubiera hecho desde el principio. Todo podría haber terminado de forma diferente si lo hubiera hecho.

—Si voy a proporcionar los detalles, ¿no debería saber exactamente cómo murió el joven?

Jonathan vaciló, pero luego cedió y explicó cómo él y Malcom estaban a punto de enfrentarse, cómo Aileen había intentado detener la inminente pelea, y cómo Hammish, temiendo que su prima resultara herida, se había interpuesto entre los dos hombres.

—¿Por qué estaba el montañés tan ansioso por extraer su sangre? ¿Hay algo más que deba saber... que James deba saber?

—No importa por qué ocurrió —dijo Jonathan—. Su primo está muerto, y asesinado por mi propia mano. Fue un infortunio, un accidente, pero lady McNamara cree lo contrario. No puedo culparla. Su odio hacia mí es comprensible.

—Puede que no le alivie mucho, pero sepa que el muchacho causó su propia muerte. Si se hubiera mantenido alejado de ustedes dos, aún estaría vivo.

—Sí... tal vez. —Los dedos de Jonathan se rastrillaron el pelo—. En verdad, sir John, mi temperamento causó la muerte del hombre. Nada de lo que diga lo excusará. —Notó la mirada interrogante del caballero—. Estoy cansado de pensar en ello. Dígale a James que estaré en Montbourne hasta que tenga noticias suyas. Desearía que nuestra despedida fuera en condiciones más favorables. Me ha servido bien a mí y a nuestro soberano. Espero que nos volvamos a ver.

Sir John extendió la mano; Jonathan la tomó.

—Espero, señor, que todo acabe bien para usted —dijo el caballero—. Quizá nos veamos pronto en la corte.

—Dudo que me encuentre pronto en la corte. No a menos que James me ordene ir a Londres. No, soy feliz aquí en Montbourne y es aquí donde pienso quedarme. —Las manos se soltaron y ambos se despidieron. Justo cuando el caballero llegaba a la puerta, Jonathan llamó—: Tenga cuidado, sir John, de que lady Bedford no le haga el viaje desagradable. Está de mal humor, y conociéndola como la conozco, estoy seguro de que intentará hacer a todos sufrir por

ello.

—Gracias por la advertencia. Me mantendré lejos de ella, al igual que los demás.

El caballero se marchó, y Jonathan volvió a la habitación de Aileen. Maggie estaba sentada en la silla que él había dejado libre antes.

—Me sentaré con ella —susurró.

—A usted también le vendría bien descansar —dijo, levantándose lentamente de la silla—. Pero si insiste en quedarse con ella, no discutiré con usted. Llámeme si me necesita.

Jonathan observó a la mujer mientras salía de la habitación y luego se retrepó en la silla. Contempló sin cesar a Aileen. Salvo por la respiración susurrante de ella y la suya propia, el silencio cubría la habitación. Obligando a su mente a permanecer vacía de pensamientos, se quedó en esa única posición durante horas. Justo antes del amanecer, sus párpados cayeron; Jonathan dormitaba.



Aileen se removi6. En los 6ltimos restos de sus sue6os, el castillo de McNamara se alzaba sobre una colina lejana; un halc6n se elevaba sobre sus torres. Tras varios barridos, el gran p6jaro vol6 y se alej6. Todo se volvi6 negro.

Lentamente se despert6. Sus ojos se abrieron y un ce6o se frunci6 en su frente mientras observaba su entorno. La confusi6n se apoder6 de ella, pues no pod6a comprender d6nde estaba ni c6mo hab6a llegado hasta all6. Un suave ronquido lleg6 a sus 66dos y gir6 la cabeza para localizar su origen. En la silla situada a una docena de metros de ella estaba sentado su guardi6n. Los recuerdos brotaron y luego la invadieron, especialmente los de la noche anterior. ¿Por qu6, se pregunt6, la hab6a salvado?

Un dolor lacerante la punz6 de nuevo. Con todo su ser, hab6a querido vengar la muerte de Hammish: ojo por ojo. Matando a su asesino, esperaba disminuir su culpa, su dolor. Pero su valor le hab6a fallado. Enfrentada a su insoportable angustia, a su propia cobard6a, hab6a intentado arrojarse desde la almena, poniendo fin a su maldita existencia, pero su guardi6n le hab6a impedido encontrar el alivio que buscaba. Al hacerlo, se vio obligada de nuevo a sufrir de su pena, con el peso de esta colgando como una pesada piedra en su pecho. ¿Era por eso por lo que la vigilaba ahora? ¿Para que no intentara precipitarse de nuevo al vac6o, esta vez desde la ventana, poniendo fin a su miseria? Sin duda pens6 que era un castigo inapropiado por su desobediencia. Fue cruel al hacerla sufrir as6.

O tal vez simplemente tem6a que ella intentara otra fuga. A pesar del dolor que arrastraba, Aileen se jur6 que nunca actuar6a tan tontamente como la noche anterior. La vida era demasiado valiosa. Hammish habr6a detestado saber que ella hab6a intentado acabar con la suya. ¿Pero escapar de Montbourne?

Era una posibilidad real. ¿Si se daba la oportunidad, ella har6a precisamente eso... volar!

La cabeza de Jonathan se balance6 y empez6 a despertarse. Dando un largo suspiro, mir6 a su pupila y observ6 que a6n dorm6a. Sent6a los m6sculos acalambrados. Necesitaba estirarse, se levant6 de la silla y cruz6 en silencio hacia la ventana. Un resplandor rosa oscuro rayaba el

horizonte, anunciando el amanecer. En breve, el brumoso globo rojo asomaría por encima de las colinas distantes. Jonathan contempló brevemente el maravilloso espectáculo de la naturaleza. El sonido de voces de hombres atrajo su atención hacia el patio de abajo.

Los caballos ensillados estaban siendo conducidos desde el interior de los establos y recogidos de los corrales. Las riendas de cada uno fueron entregadas una por una, y sir John y sus hombres montaron en sus corceles. Uno de ellos ayudó a Lavinia a subir a horcajadas en su propio caballo mientras colocaban sus baúles en un carro. En pocos minutos, el conjunto cabalgó a través de las puertas y se alejó del castillo, en dirección sur hacia Londres. Jonathan se sintió aliviado al verlos partir, especialmente a su antigua amante. En un suspiro, hizo rodar la cabeza sobre sus hombros, liberando la tensión que se había instalado en su cuello. Ahora solo tenía que preocuparse por la reacción de James. Y de su pupila, por supuesto.

Desde la cama, Aileen lo miró a través de las pestañas bajas. Al parecer había pasado toda la noche en la silla. Ella esperaba que él también sufriera por ello. Dio otro largo suspiro y luego lo expulsó. Su mano se levantó para masajearse la nuca y se volvió hacia ella; Aileen fingió dormir.

La puerta que daba al pasillo crujió al abrirse, y una mujer regordeta entró en la habitación con la ropa de Aileen colgada sobre un brazo. Sus pertenencias parecían limpias, y se percató, la túnica reparada. La recién llegada se detuvo a los pies de la cama y colocó los artículos doblados sobre un arcón bajo, con la tela escocesa de Lochlan encima. Tras una breve mirada a Aileen, siguió deambulando hacia la ventana. Se intercambiaron palabras susurradas entre la mujer y Jonathan, y luego, con un movimiento de cabeza, se dirigió hacia otra puerta y desapareció por ella, cerrándose el panel tras de sí.

—Puedes dejar de fingir y abrir los ojos, querida —dijo la mujer en un tono de voz normal—. El señorito Jonathan se ha ido a descansar. Insistió en quedarse contigo toda la noche, pero la vieja Maggie te hará compañía ahora. —Aileen seguía sin responder—. Oh, tonterías, muchacha —la amonestó Maggie—, habiendo criado seis hijos propios y luego supervisado la crianza del amo Jonathan, ¿crees que no sé cuándo alguien finge dormir? Mi prole utilizaba ese truco con la esperanza de evitar las primeras tareas del día, especialmente durante el invierno. No funcionó. Por supuesto, para los que insistían en ignorarme (los granujas querían holgazanear bajo las sábanas todo el día) siempre tenía una solución rápida.

A través de las diminutas rendijas de sus pestañas, Aileen observó a Maggie cruzar hasta la jarra del lavabo, cogerla y acercarse de nuevo a la cama. Al darse cuenta de su intención, Aileen se incorporó.

—No te atreverías... ¿verdad?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Maggie cuando la jarra cambió rápidamente de dirección.

—Es algo que nunca sabrá, pero al menos ahora soy consciente de que no es del todo lenta de ingenio. —El agua salpicó la palangana que había sobre el lavabo, luego Maggie sumergió un paño en el frío líquido y lo escurrió—. Tome, límpiese el sueño de los ojos.

El paño cayó de los dedos de la mujer; Aileen lo cogió.

—No soy ni mucho menos lerda —insistió, mirando a la mujer.

—Milady, es algo que está por ver.

## Capítulo 8



Tres días más tarde, mientras Aileen paseaba en su habitación, que por decisión propia se había convertido en su prisión, seguía dándole vueltas a las palabras de Maggie.

—Lenta de ingenio, desde luego —dijo a las cuatro paredes. En otras circunstancias, tal acción podría considerarse un poco irregular, pero secuestrada como estaba, anhelaba oír una voz humana, aunque fuera la suya propia.

Hay que admitir que la falta de contacto con los de Montbourne había sido obra suya, pues a pesar de las repetidas peticiones de su tutor para que se uniera a él en las comidas o pasease con él por el recinto del castillo, ella había rechazado todas esas invitaciones. Aparte de ver a uno o dos criados cada día cuando le llevaban la comida a la puerta o mientras le preparaban el baño, tenía que crear sus propias diversiones, que eran pocas. Los días eran largos y tediosos para una mujer acostumbrada a ser bastante activa, y pronto se cansó de su reclusión autoimpuesta.

—Lenta de ingenio, ciertamente —repitió, y luego se preguntó si realmente podría serlo.

Aileen se detuvo frente a la ventana y contempló los terrenos. Quería marcharse de aquí, pero no parecía haber ninguna vía de escape plausible. Los muros eran demasiado altos, los guardias demasiado numerosos. Nadie podría entrar o salir del castillo a menos que fuera su intención. Sabiéndolo, admitió que solo le quedaba un recurso. De alguna manera tenía que persuadir a su guardián para que la dejara libre. Para ello, necesitaba hablar con él.

Aileen temía la perspectiva de encontrarse de nuevo cara a cara con él, pues temía que su aborrecimiento hacia él brotara, si no de sus labios, sí a través de sus ojos, arruinando su oportunidad de libertad. Sin embargo, no existía otra opción.

De alguna manera tenía que conseguir controlar sus emociones; entonces, con sus palabras y acciones cuidadosamente orquestadas, defendería su caso. Si la buena fortuna la acompañaba, pronto estaría de camino a casa, a Escocia, a las Tierras Altas, a las tierras de Lochlan y a la gente que amaba y anhelaba ver. Imaginó que se preocupaban por ella y esperaban impacientes su regreso. «Todos excepto Hammish», pensó, mientras su pena brotaba de nuevo. «¡Maldito sea!» maldijo a Jonathan en silencio, deseando haber acabado con él cuando había tenido la oportunidad. «¡Maldito sea!».

Negándose a ceder a las lágrimas, Aileen luchó contra ellas. Era su última esperanza, lo sabía. Debía enfrentarse a él. Rápidamente midió el ángulo del sol. Era casi la hora de la cena, que se servía a las once. Corriendo hacia la palangana, se echó agua clara en la cara. Después de secársela a palmaditas, cogió un espejo de mano y se pellizcó ligeramente las mejillas, pues se había puesto pálida por la falta de luz solar y de aire fresco.

Utilizó un cepillo, que Maggie le había procurado antes de entre la abundancia de provisiones almacenadas en Montbourne, para pasarlo rápidamente por el pelo desatado. Se alisó la ropa y se alisó la tela escocesa de Lochlan que llevaba bajo el cinturón, luego se apresuró

hacia la puerta. Al girar el pestillo, se sobresaltó al encontrarla cerrada. Se preguntó si siempre había sido así. Un pequeño ceño frunció su frente y, tras un momento de deliberación, decidió que así había sido. Sin embargo, ella no lo había sabido, porque hasta ahora nunca había intentado aventurarse fuera de su habitación. Un largo suspiro brotó de entre los labios de Aileen, marcando su exasperación. Sin saberlo, había sido mantenida prisionera en esta vasta y finamente decorada cámara. Encarcelada en un entorno tan lujoso, apenas podía quejarse. Sin embargo, le fastidiaba que su acción rebelde, su reclusión autoimpuesta, no fuera del todo autoimpuesta. ¿Había cerrado la puerta con llave porque había previsto que ella haría otra escapada hacia la libertad, o había temido un segundo atentado contra su vida, el siguiente, con toda probabilidad, fatal? Dado que la entrada asegurada le impedía llevar a cabo cualquiera de las dos cosas, ella dudaba que él hubiera perdido mucho el sueño por lo que ella pudiera o no haber hecho.

Mirando a la puerta de enfrente, por la que había visto deslizarse a Jonathan, se dirigió hacia ella. Sorprendentemente, cuando intentó abrir la manilla, el pestillo cedió. El pesado panel de madera se abrió de golpe, y ella se quedó mirando una pequeña habitación. Una mesa larga y estrecha se erguía contra la pared a su derecha. Deslumbrantes luces multicolores moteaban toda la zona mientras el sol golpeaba contra una gran vidriera colocada en la pared opuesta, una silla solitaria estaba colocada frente a ella. Una tira de alfombra tejida con nitidez recorría el piso, conduciendo de una puerta a otra. Aileen siguió el suave camino de lana y luego soltó el pestillo de la segunda puerta.

Sobre silenciosos goznes, la puerta se abrió para revelar una cámara aún mayor que la suya. Aileen se asomó por el borde de la puerta, con los dientes recorriendo nerviosamente su labio inferior. ¿Se atrevía a entrar? Sabiendo que era el apartamento de otra persona, vaciló y observó de nuevo la zona. El mobiliario, compuesto por arcones, mesas, sillas, varios armarios colgantes y una enorme cama con dosel, era de la mejor madera, todo muy pulido. Como en su propia habitación, los tapices cubrían las paredes de piedra gris, añadiendo calidez, mientras que gruesas alfombras salpicaban el suelo.

—Es grandioso —se dijo a sí misma en un mero susurro. Una vez más, contempló la gran cama.

Centrado en el cabecero había un escudo. El adorno ornamentado lucía dos halcones, flechas empuñadas en sus poderosas patas, y la palabra Montbourne tallada en una cinta de madera que se desplazaba por debajo del conjunto. Su habitación, se dio cuenta, intentando retroceder en silencio, pero un movimiento llamó su atención, y el hombre de sus pensamientos apareció a la vista. Conteniendo la respiración, Aileen rezó para no ser descubierta.

Jonathan se detuvo junto a la cama, sin darse cuenta de que Aileen estaba de pie a solo unos metros, observándole. En dos rápidos movimientos se subió la camisa por encima de la cabeza, para revelar un llamativo medallón con incrustaciones de esmeralda. La camisa cayó al colchón, y él cruzó hasta la pila. El agua le salpicó la cara y los brazos, gotas mojaban su pecho. Con un trozo de toalla limpia en la mano, se dio la vuelta y empezó a secarse la piel a palmaditas.

El paño se desplazó desde la cara hasta el pecho, cuya anchura estaba ricamente salpicada de vello negro rizado que se deslizaba por su plano y duro vientre y desaparecía en sus ajustados calzones, y Aileen no pudo evitar admirar su superior complexión masculina. La toalla rozó sus brazos, de uno en uno, sobre unos músculos acordonados, cuya fuerza era evidente. Sus largos

dedos arrojaron la toalla a un lado, y Aileen recordó que esos brazos y esos dedos habían empuñado la espada que mató a Hammish. Puede que su guardián fuera excepcional, pero también era un asesino.

Una camisa limpia se deslizó por la cabeza de Jonathan y este empezó a meter la seda en la cintura de sus calzones. Fue cuando se dio cuenta de que la puerta de conexión estaba entreabierta.

—¿Me estás espiando, pequeña? —preguntó, apartando de la vista lo que quedaba de tela suelta. Como era de esperar, se negó a contestar—. Sé que está ahí, Aileen. Deje de comportarse como una niña y venga aquí.

Lentamente se abrió paso hasta quedar a la vista.

—No me había dado cuenta de que esta era su habitación. La otra puerta estaba cerrada, así que probé con la segunda. Me condujo hasta aquí.

—Sé adónde conduce —dijo él, estudiándola—. Creía que prefería su propia compañía. ¿Se ha cansado de estar sola?

Ella le miró larga y fijamente, sin saber si arremeter contra él, con las uñas apuntando a sus cautivadores ojos azules, o caer a sus pies, rogándole que la soltara para poder irse a casa.

—Que me hubiera cansado de estar sola o no tiene poca diferencia. Simplemente descubrí que no tenía otra forma de salir de mi habitación que por aquí —dijo, manteniendo la calma—. La pregunta es ¿por qué?

Jonathan se rió entre dientes.

—Creo que ya sabe la respuesta.

—Complázcame —dijo ella, mirándole directamente—. ¿Por qué estaba cerrada mi puerta exterior y no esta?

—Para escapar, habría tenido que escabullirse por delante de mí —contestó él, sin ganas de relatar que se había olvidado de cerrarla esa mañana. Cada noche entraba silenciosamente en su habitación para ver cómo estaba. Tras una breve estancia, regresaba a su propia habitación. Pero horas más tarde, siempre se encontraba despierto—. Hacerlo sería casi imposible.

Los dedos de Aileen pasaron por encima del respaldo de una silla. Se acercó a él.

—Arriesga mucho, milord, especialmente cuando puede que no sea escapar lo que yo deseo. —Ella vio su ceja arqueada—. Puede que aún desee obtener mi venganza. Mientras usted yace en cama, durmiendo plácidamente, podría ser despertado por un dolor rápido y agudo. Pero solo brevemente, pues pronto dormiría para siempre.

—No es probable. —Se movió hacia el extremo de la cama—. Usted ya no tiene un arma, y no encontrará una en cualquier lugar a su alcance. —Apoyó despreocupadamente el hombro en el poste tallado de la cama—. Una advertencia, pequeña. Si alguna vez se acerca a mi cama por la noche, descubrirá rápidamente que es usted quien sufrirá un dolor rápido y agudo, pero al que seguirán horas de placer. No habrá sueño, solo éxtasis continuo hasta que amanezca. Posiblemente incluso más tiempo.

Parpadeando, Aileen se preguntó si él había insinuado lo que ella pensaba. Antes de que pudiera lanzarle una respuesta adecuada, una que goteara sarcasmo, él se apartó del poste y se

acercó a ella. Rápidamente ella retrocedió un paso.

Su risa grave retumbó.

—No es de noche, Aileen, y no está demasiado cerca de mi cama. De momento, no tiene nada que temer. —Pasó junto a ella hacia la ventana abierta—. Venga. Quiero enseñarle algo.

Cautelosamente, ella se dirigió hacia la gran ventana situada en el interior de la alcoba.

Se detuvo a varios metros de él, dispuesta a verla.

—Los árboles —dijo él, señalando hacia la ladera opuesta—. ¿Ve las piedras más allá de ellos?

Aileen se acercó.

—Sí —dijo, vislumbrando las paredes que se elevaban—. Las veo.

—Es Montbourne Hall. —El orgullo resonó en su voz—. Cuando esté acabado, el castillo se cerrará y esa será mi nueva residencia. Acabo de llegar de allí, pero si quiere, le llevaré a verlo después de nuestra comida. Le ofreceré la oportunidad de disfrutar del sol y del aire fresco. ¿Hará honor a mi invitación?

«Cabalgar gratis», pensó Aileen, intentando disimular su emoción. Con suerte, mientras se dirigían del castillo a la siguiente colina, ella podría escapar de él. La frontera, ella lo sabía, estaba a menos de una hora a caballo. Oh, Escocia. Cuánto anhelaba volver a ver su tierra natal.

—Acepto su invitación —dijo, con tono sereno—. Disipará la monotonía del día.

Aunque parecía reservada, incluso algo aburrida ante la perspectiva de ver su nuevo hogar, Jonathan notó una cualidad jadeante en su voz. Insinuaba excitación y posiblemente ilusión. Observó sus expresivos ojos y le dedicó una agradable sonrisa.

—¿Le gustaría a milady cenar también en el salón de abajo? Si es así, creo que nuestra comida nos espera.

Aileen asintió con la cabeza; luego, con un gesto de su mano, le precedió hasta la puerta que conducía de su habitación al pasillo. Mientras recorrían el pasillo, ella estudió el nivel superior, buscando cualquier juego extra de escalones que pudiera descender a las cocinas o a otro pasadizo inferior. Había dos escaleras de ese tipo, y Aileen tomó nota mental de sus ubicaciones, por si acaso fracasaba en su inminente huida.

Rápidamente siguió a su guardián por la escalera principal. Al ver el gran salón por primera vez, Aileen se dio cuenta de que estaba completamente impresionada. Las mesas cubiertas de damasco estaban puestas con platos y copas de plata. Tapices forraban las paredes mientras hierbas frescas cubrían el suelo. El lugar estaba impecablemente limpio y en excelente estado.

—¿Por qué quiere abandonar el castillo? —preguntó ella, siguiéndole hasta la mesa—. ¿Especialmente cuando aún tiene muchos años de uso?

—Dado que su país y el mío están ahora en paz, y es de esperar que lo sigan estando, el lugar ha sobrevivido a sus días. Los tiempos están cambiando. Como pronto verá, mi nuevo hogar demuestra que lo están.

—¿Y si Escocia e Inglaterra deciden volver a levantarse en armas la una contra la otra? ¿Qué hará entonces?

—El castillo seguirá en pie. Nos ofrecerá la protección que siempre nos ha brindado.

Jonathan ayudó a Aileen a sentarse en la mesa principal y luego se acomodó en la silla contigua a la suya. Mirándole fijamente, ella preguntó: «¿Ha sufrido mucho Montbourne a lo largo de los años? Quiero decir, ¿ha visto muchas batallas?».

—Ha habido varias. —Se reservó el hecho de que habían sido excesivamente sangrientas—. Pero no ha ocurrido nada en los últimos años.

—¿Montbourne siempre vio la victoria?

—Todas menos una —dijo—. Hace más de un siglo, sus compatriotas consiguieron entrar en el castillo. Uno mató a mi antepasado y secuestró a su esposa y a su hijo pequeño. El lugar permaneció desatendido durante más de dos décadas.

—¿Qué pasó con el niño y su madre?

—La joven viuda se convirtió en la nueva novia de su secuestrador.

—¿Y el niño?

—Cuando alcanzó la madurez, vino al sur y reclamó su derecho de nacimiento.

La mirada de Aileen se dirigió lentamente hacia las puertas del extremo opuesto de la sala.

—Supongo que incluso después de todos esos años, Montbourne seguía atrayéndole.

—Supongo que sí. Era su hogar.

Colocaron trincheras de comida sobre la mesa y Jonathan observó cómo ella se servía. Ella añoraba su hogar, él lo sabía. Pero en conciencia, no podía dejarla libre. El peligro acechaba sobre cada colina y detrás de cada árbol. Ninguna mujer podría sobrevivir sola a un viaje tan largo. Por qué no la había liberado a poca distancia de la fortaleza de los Lochlan, Jonathan no podía decirlo. Pero algo le había obligado a retenerla con él. Algo que era incapaz de comprender. Algo que negaba fácilmente. Sin embargo, se daba cuenta de que a la primera oportunidad, ella intentaría escapar de él. Él no podía permitirselo.

Se culpaba de su dolor. Si fuera posible, se ofrecería a escoltarla, pero hacerlo significaba un gran riesgo, no solo para su vida, sino también para la de ella. La ira de Malcom estaba destinada a caer sobre él, y Aileen seguramente se vería atrapada en la refriega. «Qué conveniente sería para el hombre», pensó Jonathan. Con su sobrina muerta, atrapada accidentalmente entre los dos, al igual que Hammish, el montañés podría reclamar el título de jefe, una ambición que había tenido durante mucho tiempo. No, no se arriesgaría a que eso ocurriera, y tampoco pediría a nadie que se arriesgara a semejante viaje. Además, ahora dependía de su rey decidir qué se iba a hacer con lady McNamara. No podía hacer otra cosa que esperar noticias de James.

Jonathan se sirvió. Los dos comieron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos. Cuando terminó la comida, se levantó de su silla y ayudó a Aileen a levantarse de la suya.

—Si milady está lista, viajaremos a la próxima colina.

—Estoy más que preparada —dijo ella, su expectación iba en aumento.

—Sí —respondió Jonathan, notando la determinación en sus ojos—, estoy seguro de que lo estás.

Aileen le siguió con la mirada mientras se dirigía hacia las puertas que salían del vestíbulo. Desconfiaba de ella, decidió, siguiéndole el rastro. De alguna manera tenía que aliviar sus dudas para que bajara la guardia. Y solo entonces, sería capaz de emprender la huida.

Saliendo del tenue vestíbulo a la brillante luz del sol, cerró los ojos y disfrutó de su calidez. El aire fresco llenó sus pulmones, vigorizándola. Al abrir los ojos, vio cómo un muchacho se zafaba de la presencia de su guardián para correr hacia los establos. Mientras caminaba lentamente hacia el lado de Jonathan, ordenó a sus alterados nervios que se relajaran, no fuera a ser que él sospechara aún más.

—Hace un bonito día —comentó, con aire despreocupado.

—Sí, lo hace —asintió Jonathan, mirándola. Previendo ya su curso de acción, decidió seguirle la corriente—. Es aún más bonito fuera de estos muros. —Una sonrisa de infarto se dibujó en sus labios—. Pero nunca tan encantador como tú —terminó mientras su dedo trazaba la línea de su mejilla.

Sus ojos azul cielo la hipnotizaron y, por un momento, Aileen se sintió perdida.

El sonido de cascos la sacó de su trance. Su mirada se arrancó de la de él y vio al muchacho que regresaba de los establos. Con las riendas fuertemente sujetas en la mano, el muchacho condujo el semental de Jonathan hacia ellos. Pasando las riendas a su amo, el muchacho se escabulló hacia lo que Aileen supuso que era la puerta de la zona de la cocina. Frunció el ceño al volverse hacia Jonathan. Él ya estaba en la silla de montar.

—¿Se espera que camine? —preguntó ella.

—En absoluto, milady. —Le tendió la mano, con la palma hacia arriba—. Cabalgarás conmigo.

Seguramente estaba bromeando. Pero su mano permaneció fija. Aileen estudió su rostro.

—¿Y si me niego?

—Simplemente tendremos que posponer nuestra salida. —Su mano hizo un gesto hacia la de ella—. ¿Qué dices, pequeña? ¿Nos quedamos? ¿O nos vamos?

«Un caballo», pensó ella. Por escasa que fuera, aún había una posibilidad de escapar. Sabiendo que no tenía otra opción, deslizó sus dedos sobre la palma ligeramente callosa de él. Su cálida mano se cerró sobre la de ella, y él la instó a acercarse al costado del semental, luego se inclinó, su brazo rodeó su cintura. Con poco esfuerzo, la levantó del suelo para acomodarla frente a él en la silla de montar.

«Querido Dios, concédeme la ocasión de atarle». La súplica revoloteaba por su mente mientras su guardián, con el brazo firmemente alrededor de su cintura, espoleaba a la gran bestia hacia la puerta. En terreno abierto, el semental recibió rienda suelta. Galopó por el exuberante terreno verde y luego subió por la ladera hacia los árboles. A la orden de su amo, aminoró la marcha hasta caminar. Todo el tiempo, Aileen permaneció muy quieta, y Jonathan se preguntó si habría perdido la esperanza de escapar de él. Pronto se detuvieron junto al gran edificio de piedra que estaba en construcción.

—Abajo contigo —dijo Jonathan, empezando a balancear a Aileen sobre la silla de montar. Las manos de ella le agarraron el antebrazo, apartándolo de su cintura; su cabeza dio un giro y se quedó mirándole fijamente. Jonathan rió entre dientes—. No soy tan tonto como para permitir

que te quedes a horcajadas mientras yo desmonto. Esta vez no, milady. Un error así fue suficiente.

Antes de que pudiera protestar, Aileen aterrizó sobre sus pies. En silencio, maldijo su suerte y luego le maldijo a él. Después se maldijo a sí misma. Sabía que nunca debería haber contado con que él cometiera el mismo error dos veces. Tendría que encontrar otra forma de conseguir su libertad. Mientras se deslizaba de la silla de montar, Aileen notó que la parte inferior de su mandíbula conservaba una ligera decoloración. Esperaba que el moratón aún le doliera. Mirando a su alrededor, no vio a ningún trabajador.

—¿Dónde están todos? —inquirió.

—En el pueblo, imagino, con la familia y los amigos. —Parecía sorprendida—. Hoy es domingo. No pido a nadie que trabaje en este día en particular.

De alguna manera había perdido la noción de los días.

—No me había dado cuenta de que era el día del Señor. —Levantó la vista hacia el edificio que tenía delante y luego vislumbró el cielo. Mantenía aún la esperanza. Sin nadie que la detuviera salvo él, podría tener más posibilidades de escapar.— ¿Entramos?

—Dentro de un rato. —Condujo al semental hacia los árboles y lo ató a una rama baja y tumbada, dándole suficiente ventaja para pastar, luego volvió al lado de Aileen—. Ahora, entraremos.

Alcanzando lo que Aileen pensó que serían finalmente las puertas principales, fue arrastrada a través de la amplia abertura, bajo unos arcos, y hacia el centro de Montbourne Hall. Tras otro conjunto de arcos divisó una escalera de madera oscura y rica, bordeada por una balaustrada de paneles perforados. Subía en ángulo por una pared exterior, conduciendo a los pisos superiores. Un yeso ornamentalmente esculpido decoraba el alto techo, mientras que las paredes estaban coronadas con molduras talladas. El patrón embellecido de yeso y molduras, pronto descubrió, continuaba por toda la enorme casa. La luz fluyó a través del banco de ventanas que adornaban cada habitación exterior. Con la mano cogida de la suya, Jonathan la llevó por toda la planta baja, explicándole el uso de cada zona y lo que contendría en cuanto a mobiliario. Luminoso y aireado, el lugar era nada menos que magnificante. Para cuando habían completado el círculo, Aileen estaba sin aliento por el viaje.

—Veamos el nivel superior, ¿te parece?

Jonathan la arrastró escaleras arriba. La llevó de habitación en habitación, sus largas zancadas medían una a las dos de ella. Muchas veces le advirtió de los obstáculos que se interponían en el camino, pues le preocupaba que pudiera hacerse daño. Al salir de otra habitación, Aileen finalmente se soltó de él.

—¡Para! —gritó—. Me estás mareando.

Una sonrisa juguetona cruzó su rostro.

—Lo siento, pero en mi entusiasmo, a veces me olvido de mí mismo. Ven, hay un lugar más que quiero que veas, luego nos iremos.

Le hizo un gesto para que se adelantara y Aileen tomó aire, luego le precedió por el pasillo. No pudo evitar sonreír para sus adentros, pues él se mostraba muy parecido a un niño pequeño en su primera aventura. De hecho, no lo había creído posible, pero en realidad estaba disfrutando.

Hasta que entró en la siguiente habitación de su circuito.

A través de los grandes ventanales, divisó el castillo al otro lado. A primera vista, le recordó a su hogar. Durante un breve tiempo, sus penas se habían desvanecido, solo para volver. Y no pudo evitar preguntarse cómo lo había olvidado tan fácilmente. Él era el responsable del dolor que sentía, de la angustia de su corazón. ¿Cómo podía sentir el más mínimo placer con él? Después de todo, ella le despreciaba, ¿verdad?

—Será mi habitación —dijo Jonathan, con su hombro chocando con el marco de la puerta. Cruzando los brazos sobre el pecho, observó cómo su pupila miraba a su alrededor.

—Es magnífico —dijo ella, dirigiéndose lentamente hacia la ventana. Debajo de ella, vio el caballo. Tenía que escapar. Extrañamente, sabía que si no lo hacía, pronto estaría perdida. Vislumbró otra puerta, muy parecida a la que conducía de su habitación a la de él en el castillo. Lentamente, se dirigió hacia ella—. ¿Supongo que esto es para tu condesa? —preguntó, viendo la habitación que había más allá—. También es grandiosa.

—La habitación está destinada a la mujer con la que me case, pero cuando vuelva a hacer mis votos, insistiré en que duerma conmigo.

La cabeza de Aileen giró en su dirección.

—¿Estuviste casado?

—Sí, lo estuve. Pero solo brevemente.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué le pasó a tu esposa? —preguntó, deseando por alguna razón inexplicable saberlo.

—Mi esposa murió unos meses después de casarnos.

En su voz no se reflejaba ninguna emoción, y Aileen se preguntó por qué.

—Suenas como si no la echaras de menos.

—La verdad es que no. —Notó su mirada atónita—. El matrimonio había sido concertado. No conocía ni amaba a la bella Verety. Quizá con el tiempo podría haber aprendido a quererla, pero no fue así.

—¿Había estado enferma?

—No. —Dio un largo suspiro y lo expulsó—. Murió de miedo.

Aileen parpadeó.

—¿De miedo?

—Sí. —Su pupila parecía más que un poco confusa. Jonathan no podía culparla con razón—. Para decirlo sin rodeos, era frígida. Temía tenerme en su cama, tener que cumplir con sus deberes de esposa. Verety vino a mí virgen y me dejó virgen, y no es que yo no intentara cortejarla. Cada vez que entraba en su habitación, ella se alteraba emocionalmente. Solo puedo suponer que su pánico fue lo que la mató.

Aileen no podía imaginarse a ninguna mujer rechazándole. No a menos que hubiera asesinado al primo de su difunta esposa, igual que había hecho con el de ella.

—Espero que tu próxima esposa sea más comprensiva con tus necesidades —dijo, asomándose de nuevo a la otra cámara. Su guardián estaba al otro lado de la habitación, lo más

lejos que había estado en todo el día. Ojalá...—. Pero tanto si se queda en tu habitación como en la extra que has preparado —dijo Aileen, aventurándose despreocupadamente por la puerta—, estoy segura de que agradecerá mucho tus esfuerzos para hacerla sentir cómoda. La vista es grandiosa desde aquí —dijo, adentrándose en la habitación—. La hierba y los árboles son muy verdes.

Jonathan la oyó caminar por la habitación contigua. Al oír sus últimas palabras, sonrió.

—Es lo que se conoce como verde inglés. Creo que ya conoce el término. —Empezó a enderezarse desde el marco de la puerta, con la intención de seguirla, cuando por el rabillo del ojo vio un flash rojo que recorría el pasillo en dirección a las escaleras. Maldiciendo vivamente, se giró; luego, veloz de pies, persiguió a su huidiza pupila. Se había paseado fácilmente por una puerta, y había salido corriendo por la otra. «La zorra», pensó, apretando los dientes. Le había vuelto a engañar. «Maldita sea, mujer. Detente».

Sus rápidas zancadas se acercaban rápidamente a ella. Presa del pánico, Aileen se levantó la falda y corrió por su vida, rozando una viga que sostenía una especie de andamio. La cosa se tambaleaba, y ella se escabulló de debajo de la plataforma que se balanceaba, con contenedores de pintura y yeso cubiertos de lona puestos encima de la madera, justo cuando empezaba a derrumbarse.

No muy lejos detrás de ella, Jonathan maldijo de nuevo. No había tiempo para detenerse, así que saltó por encima del enmarañado lío que había caído al suelo. Sus pies aterrizaron al otro lado del mismo, hundiéndose uno de ellos en un cubo giratorio lleno de pintura. Maldiciendo de nuevo, saltó sobre un pie hasta que finalmente pateó la cosa. Al ver a su pupila en lo alto de los escalones, salió tras ella. Un fuego azul brillaba en sus ojos.

Aileen oyó el fuerte golpe, pero no se atrevió a mirar atrás. Sin embargo, cuando llegó a la escalera, vislumbró a su guardián, con un cubo fluyendo libre de su pie y un reguero de pintura navegando tras él. Como un toro furioso, con las fosas nasales palpitando, arremetió contra ella. Madre de Dios, pensó, pretendía matarla. Lanzando un grito, se escabulló escaleras abajo y salió por la amplia abertura, luego corrió hacia los árboles.

Cuando los pies de Jonathan tocaron el primer nivel de su nueva residencia (la que su pupila obviamente había querido arruinar) no recordaba haber tocado ni uno solo de los escalones. De hecho, casi podía jurar que había superado los sesenta de un salto de gigante. Si hubiera mirado atrás, habría notado una huella blanca y brillante en uno de cada seis peldaños, pero sus ojos seguían fijos en su pupila. Salió por la puerta a toda velocidad; entonces, a una docena de metros, vio que por fin ella había ganado el lomo del semental.

—No escaparás —le gritó mientras ella impulsaba al caballo a través de los árboles—. Ríndete, Aileen. —La persiguió a través del bosque—. No podrás escapar. —Ella se negó a escuchar, y mientras zigzagueaba entre la maleza, Jonathan cortó en línea recta colina abajo. Ella se mantenía justo delante de él, y él sabía que tenía que actuar ahora, antes de que ella saliera de entre los árboles, antes de que impulsara al galope al semental—. ¡Aileen, detente!

Ella oyó la advertencia en su voz, pero prefirió ignorarla. «A casa», pensó, saliendo del bosque. Dirigió el gran corcel hacia el norte, con la emoción llenándole el pecho. Cuando sus talones golpearon los ijares de la bestia, intentando espolearla para que pasara del trote al galope, un silbido estridente llenó el aire. El semental patinó hasta detenerse; Aileen no. Volando hacia delante, casi dio una voltereta sobre la cabeza del caballo. Si no se hubiera agarrado a su cuello,

lo habría hecho. Con un ruido sordo, aterrizó de culo. Las lágrimas le escocieron los ojos y luego los nublaron por completo. Tras la bruma, vio a su guardián galopando hacia ella.

—Te lo advertí —dijo Jonathan, aminorando la marcha.

Había ganado. Ella seguía siendo su prisionera.

—¡No! —Aileen gritó. Empujada por la ira y el miedo, se puso en pie de un salto. A toda carrera, continuó hacia el norte. Sus lágrimas la cegaron, tropezó, pero se agarró. «Mariquita, mariquita, vuela...»—. ¡No! —gritó de nuevo, sabiendo de algún modo que él la perseguía—. No me retendrá aquí. —Unos pasos retumbaron en sus oídos. ¿Eran de ella o de él?—. Quiero irme a casa. Tengo que hacerlo, debo hacerlo. Por favor, déjame ir a casa.

Jonathan se arrastró justo detrás de ella, listo para cogerla si se caía, los sollozos de Aileen le desgarraban el corazón. Su ira había fluido. Con ojos llenos de compasión, la observó. Se había puesto en pie de un salto y él pensó que la persecución había comenzado de nuevo, pero solo había recorrido unos metros cuando tropezó. Enderezándose, parecía aturdida, vagando sin rumbo. Confundido por sus acciones, sus palabras, pronto se dio cuenta de que su espíritu estaba casi destrozado. No podía aguantar más, y Jonathan se maldijo por haberle causado tanta desdicha.

—Por favor —imploró de nuevo, y entonces las rodillas de Aileen se doblaron.

Jonathan la cogió.

—Calla, pequeña —canturreó, volviéndola hacia él. La estrechó entre sus brazos—. Todo saldrá bien.

Con la cara acurrucada contra su pecho, Aileen sollozó su desesperación, sus lágrimas empaparon su camisa. Una mano suave le acarició el pelo mientras le susurraba palabras tranquilizadoras al oído. No podía decir cuáles eran las tiernas expresiones, pero sin embargo la aliviaron. Se sintió segura, cuidada y reconfortada en los brazos que la rodeaban. Por un momento, creyó de verdad que estaba en casa. Pronto se calmó y sus fuerzas se renovaron lentamente. Sus sentidos volvieron y se dio cuenta de quién la sujetaba. Respirando entrecortadamente, se separó de él. La vergüenza la invadió, pero de algún modo consiguió sostenerle la mirada.

—No puedo quedarme aquí —dijo, con sus ojos empañados suplicándole que comprendiera.

—Lo sé —respondió Jonathan, con voz profunda y ronca—. No pasará mucho tiempo, pequeña, y estarás de regreso a las Tierras Altas.

—¿Cuándo?

—Pronto. Necesito hacer los arreglos para una escolta. No partirás hasta que me garanticen que tu viaje será seguro y que estarás protegida.

—¿Mañana? —preguntó ella, con el brillo de la excitación subiendo a sus mejillas.

Al saber que ella deseaba tan desesperadamente abandonarle, Jonathan se sintió extrañamente inquieto. ¿Era realmente el final?

—Posiblemente, pero no puedo prometerlo —dijo en respuesta a su pregunta—. Puede que sea pasado mañana, o incluso después. Solo ten paciencia conmigo, y para el fin de semana

estarás en camino.

Aileen sintió ganas de dar vueltas en círculos, gritando su alegría a los cielos. Sin embargo, consiguió contenerse.

—Usted primero—dijo simplemente.

Con el corazón oprimido, Jonathan la contempló durante un largo momento.

—Aileen, sé que me culpa por haber causado la muerte de Hammish —dijo, y notó que la luz se desvanecía de sus ojos—. En cierto modo, yo también me culpo. Nunca quise que ocurriera. No fue intencionado. Si pudiera cambiarlo, lo haría. Sepa que digo la verdad.

¿Lo hacía? se preguntó Aileen, escrutando su rostro. Su expresión era abierta e inquebrantable. No tuvo oportunidad de discernir la verdad, pues un grito se elevó en la distancia. Tanto ella como Jonathan se volvieron para ver a Warren que se acercaba a ellos. El viejo caballo castrado que montaba se acercó a ellos a grandes zancadas.

—Acaba de llegar, señor —dijo el mayordomo, entregándole una carta a Jonathan.

Al darle la vuelta en la mano, Jonathan observó el sello. Se le formó un nudo en el estómago al hojearla. Desplegando la misiva, la leyó dos veces; luego, con un pesado suspiro, se la entregó a Aileen.

—Parece que nuestros planes han cambiado —dijo, y observó cómo ella misma leía la carta.

Atónita por las palabras que se cruzaron con sus ojos, Aileen le miró con el ceño fruncido.

—No puede ser. No lo entiendo.

—Es sencillo. Nuestro rey nos ha ordenado ir a Londres.

## Capítulo 9



Vestidos con sus mejores vestimentas, los cortesanos estaban reunidos en la Sala de Presencias de la residencia real para un banquete nocturno. Pacientemente, el colorido conjunto esperaba a que su soberano y su reina hicieran sus entradas. Se avecinaba una celebración, pero nadie parecía saber por qué. Algunos decían que se debía a otro de los caprichos de Ana; la mujer siempre disfrutaba de una buena ronda de placer... todo a costa del erario.

Sintiéndose excepcionalmente nerviosa, Aileen desvió su atención de la persistente multitud, que se acicalaba y pavoneaba como una bandada de gansos, y miró al hombre que tenía a su lado. Envuelto en negro, salvo por los bordados dorados y enjoyados que embellecían su vestimenta, su guardián estaba resplandeciente con un jubón de raso, medias de tronco y zapatos de cuero, y una capa que le cubría los anchos hombros. Posiblemente era el hombre más apuesto de allí. Un leopardo, decidió ella, observándole de nuevo desde su pelo de ébano hasta las puntas de sus zapatos lustrados, eso era a lo que se parecía.

Como el propio felino regio, parecía sereno, seguro de sí mismo, y Aileen se preguntó cómo era posible que permaneciera tan tranquilo en medio de toda aquella pompa. La sola idea de conocer a su rey le infundía temor. ¿Acaso Jonathan no se daba cuenta de que su soberano ostentaba el poder supremo? A sus propios ojos, James solo era superado por Dios. Al reconocerlo, Aileen tuvo la extraña sensación de que pronto se les juzgaría a ambos; de ahí su inquietud.

—Relájate, pequeña —le dijo Jonathan, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora—. Nuestra soberana es bastante amistosa. —«Hermosa», pensó, bebiendo sediento al contemplarla por al menos centésima vez. Y por enésima vez, luchó por contener su deseo—. No tienes motivos para temerle. Si alguien está sujeto a su ira, seré yo.

—Para ti es fácil decirlo —espetó ella, jugando con el cuello de encaje que le subía por los hombros y se extendía detrás de la cabeza.

Un *collet monté* era como Maggie (que, a petición de Jonathan, había venido con ellas para actuar a la vez de carabina y de doncella) había llamado al adorno mientras lo sujetaba al vestido. Aileen lo calificó de estorbo (se enganchaba constantemente al pelo recogido, la brillante masa perfectamente peinada y adornada con una pluma blanca) al igual que el resto de la ropa que llevaba, especialmente el *farthingale*<sup>[3]</sup> francés oculto bajo la falda.

La cosa se parecía a una jaula con ruedas y era igual de engorrosa. Una vez se había cubierto con el vestido de satén blanco bordado de colores (que sospechaba que había pertenecido a la difunta condesa de Montbourne, pero que había sido rápidamente alterado hacía unas breves horas para acomodarlo a las medidas de lady McNamara), Aileen había caído en la risa floja. Parecía como si se hubiera clavado en el centro de una mesa redonda cubierta de paños e, incapaz de liberarse, ahora lucía la cosa mientras paseaba por el palacio.

Y lo que era más embarazoso, su escote se hundía demasiado, dejando al descubierto las mitades superiores de sus juveniles pechos, que estaban dolorosamente comprimidos contra su pecho. Estuvo tentada de subirse más el corpiño, pero sabiamente resistió el impulso. Los pies enfundados en medias le dolían insoportablemente por los rígidos zapatos que llevaba, y pensó varias veces en liberar a patadas aquellos tortuosos objetos.

«La moda, azote de la feminidad», se reprochó en silencio, hosca, deseando haberse puesto su propia ropa en su lugar. Pero, mirando a las otras mujeres de la sala, todas vestidas tan ridículamente como ella, Aileen sabía que se habría sentido muy fuera de lugar. Además, en ese momento, deseaba desesperadamente mezclarse con el resto, pues de lo contrario su rey la señalaría fácilmente. Como lo harían todos los que estaban en la corte, decidió ella. Vestida de *Highland* sería objeto de burlas y risas, el conjunto apenas se dignaría a reconocer que ella también era una coetánea.

—Muy fácil para ti decirlo, en efecto —afirmó, refrescándose con su abanico de encaje blanco, sabiendo que era imposible que se relajara.

—¿Fácil, crees? —preguntó Jonathan, arqueando una ceja. Mientras Aileen había estado considerando su comodidad en el vestir, y su comentario se refería a tal cosa, Jonathan estaba ponderando una comodidad física de un tipo diferente. Por muy tardío que fuera su arrepentimiento, lo último que deseaba era provocar la ira del rey.

Sin embargo, por todo lo que había pasado, existía la fuerte posibilidad de que el hacha del verdugo se encontrara con su cuello.

—No es así, milady. No me agrada sentarme en la Torre con gente como Raleigh y los demás, invariablemente esperando. —Ella frunció el ceño—. Si alguien está sujeto a su ira, seré yo.

—¿Es allí donde te enviará, a la Torre? —preguntó, su mente acababa de digerir todo lo que él había dicho.

—Si no a mi muerte.

Aileen parpadeó. Una cosa era que ella deseara su fin, pero que su rey lo hiciera era algo totalmente distinto. Sobre todo cuando había sido James el causante de toda la debacle. Si él no se hubiera entrometido en las vidas de Aileen y Jonathan, nada de lo que había ocurrido después habría sucedido. Aileen culpaba ahora a James de todo lo que había ocurrido.

—Espero que solo la Torre sea tu castigo, si decide castigarte.

—Usted —dijo Jonathan, con un toque de sorna en la voz—. Y lo mismo le deseo a usted, milady.

—¿A mí? —preguntó ella incrédula, extrañada de que se burlara de ella—. ¿También corre peligro mi vida?

—Es una posibilidad —respondió él, mirándose las uñas, continuando con la broma—. Uno nunca sabe con James.

—Pensé que habías dicho que era bastante amigable.

—Lo es, por lo general. Pero últimamente se ha visto acosado por una sucesión de súbditos desobedientes. Dudo que aguante más. Una advertencia: diga lo que diga, pida lo que pida, manténgase de acuerdo con él. Es la única manera de evitar el desastre.

Desde que llegó aquí ayer, Aileen había oído habladurías sobre el último alboroto que había envuelto a la corte. La prima de Jacobo, Arabella Stuart, heredera al trono después de Jacobo y su proge, había desechado el edicto de su soberano de que no se casara sin su permiso, casándose en secreto con William Seymour, que era doce años menor que Arabella. Aileen imaginó que a los treinta y cinco la mujer se había cansado de esperar y, habiéndose enamorado, decidió que no esperaría más. Pero fueron descubiertos, y James, lívido por el desafío a su autoridad, había desterrado a la envejecida Arabella a Lambeth y al joven Seymour a la Torre.

El hecho, según la estimación de Aileen, se hizo probablemente más por miedo que por ira, ya que William también reclamaba el trono, una amenaza definitiva para James. Siempre ingeniosos, los dos amantes, con la ayuda de amigos, habían logrado escapar de sus prisiones. Disfrazada de muchacho, Arabella había accedido al estuario donde había embarcado. William, vestido de carretero, había salido por las puertas de la Torre ante las narices de los guardias. Habiendo faltado a su cita con Arabella, zarpó también hacia Francia. Pero, lamentablemente, la pareja no volvió a reunirse. William había encontrado su libertad, mientras que la pobre Arabella fue finalmente recapturada. Ahora estaba sentada en la Torre, con el corazón indudablemente roto.

Si dijera o hiciera la más mínima cosa que James considerara inaceptable, ¿se encontrarían ella y Arabella como vecinas íntimas?, se preguntó Aileen. Temiendo que así fuera, decidió rápidamente que no plantearía ni una pizca de oposición a su soberano, sin importar lo que él exigiera.

—Mantendré firme su advertencia. Es Escocia lo que deseo ver, no la Torre.

—Y yo, el norte de Inglaterra. Además, el lugar gotea —dijo de la antigua fortaleza normanda y sus muchas adiciones—. El tipo de ejercicio que más me gusta no incluye correr por una vieja habitación mohosa, cubo en mano, atrapando la lluvia mientras se cuele por las grietas del techo.

La risa estalló junto a Jonathan. Tanto él como Aileen se volvieron hacia su fuente.

—Por experiencia propia, puedo dar fe de que no es así —dijo Lavinia, acercándose un paso a la pareja. Conocedora del hombre y de sus ademanes, notó que se había puesto tenso, en guardia, pero ella no se amilanó—. Es bien sabido que lo que más le gusta suele hacerse en el interior, querido Montbourne, pero aún no le he visto hacerlo con un cubo. Una idea intrigante, ¿verdad? Tal vez algún día idee un uso para esa cosa. Después de todo, usted es sumamente creativo y extremadamente hábil.

Jonathan se giró ligeramente. El movimiento le situó entre su pupila y su antigua amante.

—Lady Bedford —saludó, con voz fría.

Sospechaba que Jonathan no había reconocido la significancia de su acción, pero a Lavinia no se le escapó su significado subyacente. Su repentina postura protectora, junto con la formalidad de su discurso, gritaban tomos. Los celos la invadieron, pero enmascaró la emoción con una sonrisa atractiva, una que sabía que atraía la atención masculina.

—Lord Montbourne —ella respondió con una majestuosa inclinación de cabeza, y luego se movió alrededor de Jonathan—. Debe de ser su joven e inexperta pupila, Lady Laylock.

—McNamara —corrigió Aileen, notando cómo la mirada indiferente de la mujer la

recorría de pies a cabeza, deteniéndose brevemente en el pecho expuesto de Aileen. Lady Bedford parecía haberla encontrado escasa.

—Sí, perdóneme. Los nombres escoceses son tan difíciles de recordar —declaró Lavinia con desdén. Su abanico de plumas le rozó la punta de la barbilla—. Es su primera vez en la corte, supongo. Si se queda mucho tiempo, se acostumbrará más a los acontecimientos de aquí. De hecho, estoy segura de que se convertirá rápidamente en una de nosotras. Mientras tanto, hay mucho que ver, aprender y hacer. —Su abanico ocultó rápidamente un lado de su rostro—. Cuando esté preparada, y si es lo bastante atrevida para escabullirse de la siempre vigilante mirada de tu guardián —dijo en voz alta—, hay varios hombres atractivos a los que estoy segura de que le encantaría conocer. —Por encima de las plumas del abanico, vislumbró a Jonathan mientras decía nombres—. Y, por supuesto, está lord Rancourt.

La mandíbula de Jonathan se apretó y sus ojos se entrecerraron, pues el hombre que ella había mencionado era un renombrado caballero. Jonathan lo conocía bien. Demasiado bien, de hecho.

Contenta de haber podido causarle cierta ansiedad, Lavinia sonrió para sí.

—Avíseme cuando se sienta aventurera. Exploraremos juntas —dijo, con el abanico cayendo de su cara—. Espero que su estancia sea muy educativa además de agradable. —Con un gesto de la mano, se adentró en la multitud, buscando a otro miembro de la corte.

Desconcertada por el episodio, Aileen se quedó mirando tras la mujer hasta que por fin fue engullida por la multitud. Con una pregunta en los labios, se volvió hacia su guardián. Sus ojos estaban cerrados por sus largas pestañas, pero pudo ver que él también miraba tras la bella lady Bedford. Al instante, la confusión de Aileen se aclaró. Eran amantes, o al menos, lo habían sido. Deseando poder negarlo, pero sabiendo que no podía, Aileen se sintió extrañamente apenada al saberlo. Hizo a un lado la enervante sensación; luego repasó las acciones de la mujer, más que sus palabras. La ruptura entre la pareja había sido reciente. Habían discutido, era evidente.

En su mente, surgió la pregunta: ¿Había sido ella, Aileen, el origen de su ruptura?

La atención de Jonathan se volvió hacia la joven que estaba a su lado, y vio que ella le estudiaba atentamente. Solo podía imaginar qué pensamientos rondaban por su cabeza. A pesar de su ingenuidad, su sentido de mujer la había alertado de la verdad. No intentaría negarlo, pero estaba decidido a mantener a su protegida alejada de la vengativa Lavinia. La mujer parecía querer destruir la inocencia de Aileen; ya tenía al hombre elegido para su ruina. El libertino moriría, juró Jonathan, al igual que cualquiera que se atreviera a tocarla. Por supuesto, la amenaza encubierta de Lavinia podría ser falsa, destinada simplemente a burlarse de él. Toda la conversación podría haber sido escenificada como represalia por haber puesto fin bruscamente a su relación, pero Jonathan no podía arriesgarse a que la amenaza se hiciera realidad. Con la intención de evitar que su pupila sufriera daños, dijo: «Te mantendrás lejos de lady Bedford mientras estemos aquí. Tampoco intentes engañarme. Porque si te veo con ella, o me entero de que habéis estado juntas, sufrirás por tu desobediencia. ¿Está claro?».

A Aileen no le gustó su tono y abrió la boca para decírselo. Pero antes de que pudiera hablar, sonó una trompeta que anunciaba la llegada de James a la Sala de Presencia. Siguiendo el ejemplo de las otras mujeres que estaban cerca, Aileen se hundió en una profunda aunque bastante torpe reverencia, mientras a su lado, Jonathan hacía una elegante reverencia. Se prometió a sí misma que practicaría más el acto de respeto, y luego miró a través de sus pestañas

hacia el trono. Habiendo salido de detrás de una cortina, su rey cruzó la zona, su andar mostraba una extraña especie de cojera. Parecía desaliñado, y Aileen se preguntó si era cierto que no se bañaba en absoluto, cambiándose de ropa solo en ocasiones especiales, como dijo Maggie.

—Levantaos, hijos míos. Levantaos —llamó después de sentarse, haciendo señas a todos para que levantaran.

—¿Hijos? —susurró Aileen a Jonathan.

—Sí. Se cree padre de todos nosotros, seamos escoceses o ingleses.

—Puesto que es rey, supongo que puede pensar lo que quiera. ¿Quién se atrevería a llevarle la contraria?

—Nadie, si es sabio.

Rubio y alto, un joven subió al trono. Cuando se hubo inclinado ante el rey, su mano fue rápidamente capturada por la de James y apretada contra la mejilla del rey. Un ceño frunció la frente de Aileen.

—¿Quién es? —inquirió, observando el espectáculo.

—Es Robert Carr.

—¿Y la joven? —preguntó, fijándose en la belleza que se adelantó para colocarse al lado de Carr cuando este se apartó de su rey.

—Ella es Frances, condesa de Essex.

Mientras Aileen los observaba, la pareja sonrió mirándose a los ojos.

—Parecen estar bastante prendados —comentó—. ¿Están prometidos?

—No.

—¿Van a estarlo?

Un pesado suspiro brotó de los labios de Jonathan.

—Lo dudo. Pero no se puede decir del todo. —Vio la mirada interrogante de Aileen—. La condesa ya está casada con el conde de Essex. A menos que Essex muera o que el matrimonio se anule de algún modo milagroso, parece haber pocas posibilidades de que los dos amantes se casen. Además, por el momento, Carr es el favorito de James.

—¿Favorito? —preguntó ella con total inocencia.

Jonathan hizo una pausa, evaluando a Aileen.

—Es mucho lo que descubrirá durante su estancia en la corte —dijo al fin—, la mayor parte de ello sorprendente para alguien que ha tenido poca experiencia en los caminos del mundo. Le advierto que observe y escuche, pero también que mantenga la lengua apretada entre los dientes, no sea que se ofendan. Lo que a usted o a mí puede parecernos antinatural, para otro es de lo más normal. No nos corresponde a nosotros entenderlo, solo aceptarlo.

—¿Entonces? —preguntó ella, sin entenderle lo más mínimo.

—Entonces, cuando yo o cualquier otra persona utiliza la palabra favorito en la corte, significa mucho más de lo que usted pueda imaginar. Carr y nuestro rey están involucrados, Aileen. También son amantes.

—Oh —dijo ella, su boca se había trabajado varias veces antes de que la palabra finalmente se le escapara—. Tendré mucho cuidado de mantener en secreto lo que has compartido. —Ella frunció el ceño. Carr y la condesa casada eran amantes, al igual que Carr y su rey. Pero, ¿y Ana?—. ¿Lo sabe su reina? —preguntó, aún confusa por todo aquello.

La risa baja de Jonathan retumbó.

—No es ningún secreto, pequeña. Ana lo sabe, como todo el mundo. Simplemente protégete y no hables de ello abiertamente. Es lo más sensato.

Aileen pensaba que todos eran en un grado u otro inmorales, su guardián incluido.

—Tendré en cuenta sus palabras —dijo, segura de que era arriesgado no hacerlo.

—Sería prudente que lo hicieras siempre, especialmente mientras estemos aquí. De hecho, te pido que lo hagas.

Él aún tenía derecho a ser su tutor, pero Aileen seguía erizándose cada vez que le daba una orden. A pesar de su indignación, sonrió dulcemente.

—Puesto que no pienso estar mucho tiempo en la corte, hacerlo no debería suponer un gran problema. En realidad, agradezco tus consejos, ya que, como tú dices, tengo muy poca experiencia en estos asuntos. Vosotros los ingleses, sin embargo, parecéis bastante cómodos con todo lo que sucede. Imagino que aprenderé mucho observándolos no solo a vosotros, sino también a sus compañeros. Por lo que he oído y visto hasta ahora, diría que todos vosotros sois maestros de la decadencia —dijo, olvidándose ya de mantener sus pensamientos en silencio.

Estudiando a Aileen, Jonathan pensó en sus palabras. En cuanto a las segundas, sus impresiones eran justas, y mientras solo se las expresara a él, no debería haber ningún problema. En cuanto a las primeras, no pudo evitar preguntarse si ella esperaba aprender mucho más de lo que él creía necesario. Ella le ponía el cebo, él lo sabía. Sin embargo, ¿hasta qué límites estaba dispuesta a llegar? ¿Y de cuál de sus compañeros buscaría sus conocimientos? De ninguno, decidió, jurando que ella seguiría siendo inocente para siempre.

—Siempre que te limites a observar y te mantengas al margen, no habrá ninguna di fi cultad, Aileen. Al menos, no entre nosotros. Sin embargo, si traspasas el límite, entonces tú y yo nos las veremos.

Con la mandíbula desencajada, Aileen le miró fijamente. Un ultimátum, ¿verdad?

—De forma parecida a como lo hicimos cuando cruzaste por primera vez sin ser invitado a las tierras de Lochlan, supongo.

—Mucho más acalorado y mucho más devastador, me temo. Siendo mayor y ciertamente más inteligente, no soy propenso a gastar bromas infantiles. Ahora te encuentras en mi territorio. Aquí juego un juego de hombres. Desoye mis órdenes, pequeña, y descubrirás rápidamente en qué consiste realmente el concurso.

—¿Supongo que lady Bedford es una de esas víctimas de su juego varonil?

—Cuando entró en el juego, conocía las reglas. Ten la seguridad de que la mujer no es ninguna novata. De ahí que sea capaz de protegerse bien. Tú, mi dulce inocente, no puedes.

—Puede que carezca de sofisticación en algunas áreas, milord, pero sepa que soy muy astuta en otras. No soy tonta.

—No me pongas a prueba. Sea lo que sea lo que planeas hacer, debes saber que en mí has encontrado a tu pareja.

Aileen no había planeado hacer nada. Sin embargo, su guardián se había agitado bastante ante la idea, aunque ella no sabía por qué. Una vez que descubriera qué era lo que le perturbaba, pensaba utilizar la información para desquiciarle aún más. Podía considerarlo un pago en especie por todo el sufrimiento que le había causado.

—Puedes pensar que puedes superarme —le dijo—, pero no adventures demasiado que es así. Además, ya no estamos en Montbourne. Es territorio de James, y ahora es su juego el que debemos jugar.

—Sí —asintió Jonathan—, pero hasta que nuestro soberano se pronuncie en otro sentido, yo soy tu guardián. Por ahora, el juego sigue siendo mío, Aileen, y así lo son las reglas.

—Intentaré cambiar esas reglas.

—¿Cómo?

—Hablaré con James.

—Cuando él esté listo, nos convocará.

—¿Y cuándo podríamos esperar eso? —preguntó ella.

—Podría ser esta noche, mañana, dentro de una semana, incluso un mes. Con James, uno nunca sabe. Él es consciente de que estamos aquí. Cuando esté preparado, nos convocará.

—¿Un mes? —estuvo a punto de gritar, y vio que él asentía—. ¿Por qué, entonces, estoy aquí de pie, metida en la ropa de tu difunta esposa, por ridículo que parezca, cuando podría estar en otra parte, disfrutando de verdad en eso?

—Porque —dijo él, recorriéndola con su mirada—, nuestro rey puede decidir llamarnos esta noche. Por la ropa, Aileen, no es de Verety. A nuestra llegada, nuestra reina preguntó si necesitabas algo. Le informé de que no tenías ropa adecuada para aparecer en la corte. Fue ella quien te envió el atuendo, evidentemente con la esperanza de que te sintieras cómoda para que disfrutaras de tu estancia.

Aileen se sintió debidamente escarmentada. Había hecho una suposición basada en muy pocos hechos. Todo lo que había sabido era que Maggie le había presentado los vestidos y otros accesorios, y luego había hecho los arreglos necesarios después de que Aileen se probara cada uno. Naturalmente había pensado que la ropa la habían traído con ellas desde Montbourne. ¿Quién sino Verety habría tenido semejante finura? Pero obviamente su suposición había sido errónea. Incluso si hubiera estado en lo cierto, su comentario rencoroso había sido improcedente.

—Hablé fuera de lugar. Fue grosero por mi parte hacerlo. Pido disculpas.

—Es Ana de Dinamarca quien debería escuchar tus disculpas, no yo. —Jonathan miró hacia la zona donde estaba sentado James—. Parece, pequeña, que se acaba de presentar la oportunidad de excusarte.

Aileen se volvió hacia el estrado justo cuando se anunciaba la llegada de la reina. Al igual que con James, profundas y elegantes reverencias marcaron la muestra de cortesía de la reunión hacia Ana. Cuando Aileen se levantó de su reverencia, sintió que la mano de Jonathan le agarraba el brazo.

—¿Qué estás haciendo? —exigió mientras él empezaba a impulsarla hacia el estrado.

—Querías una oportunidad.

Sus talones se clavaron en el suelo.

—Ella no sabe nada de mi error. Es a ti a quien pido perdón.

Jonathan se detuvo.

—¿No deseas conocer a nuestra reina?

—Todavía no.

—¿Y a James?

—Tampoco estoy preparada para enfrentarme a él.

—Esperaremos hasta que seamos convocados —dijo, relajando su sujeción—. Hasta entonces, te pido que me concedas tu confianza. Mi experiencia, Aileen, supera con creces la tuya. Si doy órdenes, lo hago simplemente para protegerte. Así que no me plantees ningún problema. ¿Por favor?

Volvió a sonar una trompeta y Aileen se ahorró la necesidad de responder.

—¿Qué está pasando? —preguntó, observando cómo James, Ana y los que estaban en su compañía cercana daban un paso al frente.

—Estamos a punto de comenzar el banquete. Después de comer, nos entretendrá una de las mascaradas de la reina.

Una vez que el séquito real hubo tomado asiento, se ordenó al resto que ocupara sus lugares. Acercándose a su propia silla, con Jonathan a su lado, Aileen intentó descender graciosamente sobre ella, pero el *farthingale* impidió tal movimiento. Cada vez que bajaba, se le levantaba la falda. Aileen también lo hacía, pues temía que la cosa volara completamente sobre su cabeza. Al oír la profunda y retumbante risa de Jonathan, le dirigió una fría mirada.

—¿Qué, milord, causa su regocijo?

Al ver la frialdad en sus ojos, él se puso sobrio.

—Nada —mintió, tratando de contener su sonrisa—. Si milady me permite ayudarla, ambos podremos unirnos al festín. —Ante el asentimiento de Aileen, le levantó la falda por detrás; su pupila casi se cae en su asiento—. Es complicado, pero pronto lograrás dominarlo.

—No pienso estar aquí tanto tiempo.

—Una noticia así seguro que me rompe el corazón —intervino una voz masculina; Jonathan levantó la vista para ver al recién llegado sentarse a la izquierda de Aileen—. Esperaba que milady se quedara un tiempo, hasta que todos vuelen de Londres, claro. Junto con el verano llega la peste —dijo, su oscura cabeza inclinada hacia ella, con una sonrisa en los labios—. O al menos el miedo a ella.

La mirada de Jonathan se entrecerró en el hombre.

—Lord Rancourt —dijo fríamente—. Creí que se había caído del caballo y se había roto el cuello.

Inclinándose hacia atrás en su silla, el vizconde Rancourt inspeccionó de cerca a Jonathan

Eagle. Habiendo calibrado correctamente al hombre y la situación, esbozó una amplia sonrisa; la alegría reprimida bailaba en sus ojos verdes. Los dos hombres eran posiblemente los solteros más codiciados de la corte, pero el vizconde quería reclamar esa distinción únicamente como suya. Para su regocijo, parecía que la competencia estaba a punto de ser derribada. Un pequeño empujón podría acelerar el asunto. Merecía la pena intentarlo.

—¿Montbourne? ¿Lo esperaba? —preguntó el vizconde, empeñado en levantar los nervios del conde—. Solo fue un pequeño derrame. Un moratón o dos, eso es todo. Tendrás que seguir esperando. —Le hizo a Aileen un guiño conspirativo—. El hombre está siempre intentando alejarme de las jóvenes bellezas que han despertado su interés, pero, por desgracia, sin mucho éxito. Supongo que por eso aún no se ha vuelto a casar. —Con audacia, miró su rostro, la curva de su grácil cuello y luego el pecho de Aileen—. Sin embargo, dudo que me deje conquistarla tan fácilmente como a las otras. Realmente es una belleza. Una de las más raras que he visto. E inocente, también, apostaré.

Con la mandíbula apretada, Jonathan miró al vizconde como si acabara de divisar alimañas. Si fuera capaz de hacerlo, aplastaría a la alimaña entre el pulgar y el antebrazo, la arrojaría a los juncos y luego le clavaría el talón, asegurándose de que la pequeña molestia no volviera a molestar a nadie.

—Y como su guardián, le digo: así permanecerá —advirtió Jonathan en lo que solo podría calificarse como un gruñido—. ¿No tiene otro sitio donde sentarse, Rancourt?

—La silla estaba vacía —dijo encogiéndose de hombros—. Ahora no lo está.

—¿Supongo que fue lady Bedford quien le indicó esta dirección?

—Hoy no la he visto, así que habría sido imposible que lo hiciera.

Jonathan retrocedió hacia su propia silla, situada a la derecha de su pupila, con la fría mirada fija en el hombre. Rancourt era dos años menor que Jonathan, pero por experiencia se conocían por igual. Jonathan no confiaba en él lo más mínimo. Le conocía demasiado bien. Jurando vigilar al vizconde mientras él y Aileen estuvieran en la corte, blandió su espada hacia fuera y se dispuso a sentarse.

—¡Ey! Cuidado con lo que hace —objetó enérgicamente la voz de un hombre.

Jonathan saltó del regazo del hombre y volvió a ponerse en pie.

—Perdón —dijo, dándose la vuelta—. Disculpe de nuevo, pero está sentado en mi silla.

El compañero frunció el ceño.

—Hay otros asientos disponibles, señor. Este está ocupado.

La mano de Jonathan se apretó alrededor de la empuñadura de su espada.

—De acuerdo, señor. Pues si se niega a desocuparlo para que su legítimo ocupante pueda reclamarlo —dijo, inclinándose cerca del oído del hombre—, descubrirá que no tendrá motivos para volver a sentarse nunca más. A menos, por supuesto, que esté enterrado en una silla. Ahora, váyase.

El hombre se puso rápidamente en pie. Con varias disculpas apresuradas, se dirigió a otra silla.

Jonathan, cuyo humor se deterioraba rápidamente, reclamó el asiento antes de que otro

podiera sentarse en él. Al vislumbrar a Aileen, vio que estaba enfrascada en una ligera conversación con Rancourt. Cuando su risa brotó con facilidad, su sonido normalmente musical empezó a crisar los nervios de Jonathan, sobre todo cuando iba seguida de la profunda risita de Rancourt. Así que la comida continuó, con su atención puesta en el hombre que tenía a su izquierda.

Por el rabillo del ojo, Aileen vio caer un capón sobre el plato de Jonathan. Utilizando su cuchillo, atacó a la cosa con saña. «Qué delicia», pensó; estaba claramente perturbado. Al presenciar el intercambio entre los dos hombres, había comprendido rápidamente que no estaban precisamente en los mejores términos. Ella había seguido el ejemplo del vizconde, pinchando a Jonathan como y cuando podía. Al final de su comida, él se había vuelto de lo más arisco. Si Aileen hubiera sido más sabia, habría sabido que su caprichoso comportamiento no quedaría impune.

La trompeta volvió a sonar.

—Vamos —dijo Jonathan, levantándose de su silla—. Busquemos un lugar en la galería para poder ver la mascarada desde arriba.

Aileen se puso en pie y luego miró al vizconde.

—Lord Rancourt, ¿le gustaría acompañarnos?

—Creo que tiene otros planes —dijo Jonathan, antes de que el vizconde pudiera responder.

Por encima de la cabeza de Aileen, las miradas de los hombres chocaron.

—En realidad —dijo finalmente el vizconde—, había planeado ver la mascarada con algunos viejos conocidos míos. Sin embargo, no veo por qué no podemos agruparnos todos en la galería.

—Maravilloso —añadió Aileen, con una sonrisa iluminando su rostro—. Nos reuniremos arriba.

Lord Rancourt no se dejó disuadir lo más mínimo por la mirada prohibitiva que le lanzó Jonathan Eagle.

—Guardadnos ocho sitios. Nos veremos pronto. —Con una leve reverencia, desapareció entre la multitud.

Inmediatamente, Aileen se sintió arrastrada. Vio que se dirigían hacia las puertas exteriores.

—¿Adónde vamos?

—A tu apartamento.

—¿Por qué?

—Es hora de que te retires esta la noche.

—Pero no hemos visto la mascarada.

—Ni la veremos —dijo él, sus zancadas decididas los acercaban a la salida.

Aileen se soltó de su agarre.

—¿Por qué te comportas de forma tan insensible? Nunca he visto una mascarada y me gustaría mucho hacerlo. No es tarde, así que dime qué hay de malo en hacerlo.

—No me gusta la compañía que te buscas —dijo él, intentando cogerla del brazo de nuevo; ella consiguió esquivar su mano—. Si es necesario, Aileen, te echaré al hombro y te sacaré de aquí. ¿Te retiras como lo haría una dama, o te vas como un saco de harina?

—¿Por qué no apruebas a lord Rancourt? —preguntó ella, alejándose de Jonathan; él la acechaba lentamente—. Parece bastante amistoso y muy amable.

—Ese es el problema, pequeña. Tiene fama de ser demasiado amistoso a veces, sobre todo con jovencitas inocentes. No tienes ni idea de lo que es capaz. Ni lo descubrirás, no mientras yo sea tu protector.

—Atacas el carácter del hombre, pero estoy segura de que no es más bribón que tú. ¿Cómo sé que estoy a salvo contigo?

—No lo sabes. —Al ver su mirada sorprendida, Jonathan se rió entre dientes—. Ven. Te entregaré al cuidado de Maggie. Estarás muy segura. —Mientras la alcanzaba de nuevo, su nombre fue pronunciado desde detrás de él. Al volverse, vio a sir John dirigiéndose hacia él. Cuando Jonathan miró hacia atrás, vio a su pupila dirigiéndose hacia las escaleras que llevaban a la galería; Rancourt corrió hacia ella—. ¡Maldita sea! —Cerró los ojos y apretó los dientes, luego salió tras ella.

—¿Problemas? —preguntó sir John, habiendo alcanzado al conde.

—En lo que a ella respecta, ¿cuándo no los hay?

—Por desgracia, prometo haber más.

Jonathan miró al caballero.

—¿James?

—Sí —respondió sir John cuando ambos llegaron a las escaleras. En la aglomeración, su avance se hizo más lento—. No estaba muy contento cuando le contaron lo que había sucedido. No tengo ni idea de lo que pretende, pero no pinta bien para usted, Montbourne. Pensé que debía saberlo.

Los dos hombres subieron las escaleras.

—Por la forma en que fui convocado aquí con tanta prisa, ya me lo esperaba, sir John —dijo Jonathan, con su mirada rastreando a Aileen y Rancourt mientras se abrían paso a través de la galería—. Agradezco su advertencia.

—He oído hablar de que tiene intención de hablar con usted esta noche, después de la mascarada.

—Como siempre, estaré a su disposición.

Al llegar a la galería, los dos hombres se separaron, sir John deseando suerte a Jonathan. Habiendo perdido de vista a su pupila mientras la multitud fluía hacia los asientos, se dirigió rápidamente a la zona donde la había visto por última vez. Escaneó al grupo, buscando el pelo rojo fuego que era exclusivamente de Aileen, y la divisó en la parte delantera de la galería. Centrada entre al menos media docena de jóvenes zagales, Rancourt a su lado, se sentó cerca de la barandilla. La excitación pintaba sus mejillas y la risa bailaba en sus ojos. Con un juramento murmurado, Jonathan se abrió paso a codazos hacia su errante pupila. No había forma de apartarla del grupo sin montar una escena, así que pretendía vigilarla... de cerca.

—Disculpe —refunfuñó, pasando rozando a una anciana duquesa. Sin que Jonathan lo supiera, se tambaleó por las escaleras, prometiendo caer por ellas, hasta que el marido de la desventurada mujer la agarró del brazo. No se produjo ningún daño real, pero un estruendo discordante recorrió la multitud cercana; todas las miradas se volvieron hacia Jonathan. Ajeno a las miradas de censura que se dirigían hacia él, el conde de Montbourne se dejó caer en su asiento, tres filas más atrás de su pupila. Desde allí la observó a ella y a sus esperanzados pretendientes, Rancourt en particular.

—No mires —dijo el vizconde, inclinándose cerca del oído de Aileen—, pero tu tutor se sienta justo encima de nosotros. Parece muy atento a todo lo que ocurre a tu alrededor. ¿Nos atrevemos a esperar problemas?

—No puedo decirlo con certeza —respondió ella, girando completamente el rostro hacia el vizconde, momento en el que divisó a Jonathan por el rabillo del ojo—. Sin embargo, lord Rancourt...

—Walter —corrigió el vizconde con una sonrisa.

—Walter —repitió ella, sonriendo también—. Su estado de ánimo es bastante sombrío. Puesto que se toma su cargo muy en serio, quizá deberíamos comportarnos lo mejor posible y renunciar a cualquier controversia. No deseo levantar la ira de nuestro rey.

—Seguro que estás bromeando, ¿no? —preguntó Walter, con un brillo malvado en los ojos.

Aileen le estudió.

—¿Por qué tengo la sensación de que preferiría disfrutar viendo a Montbourne hacer el ridículo?

—Porque lo haría —respondió—. No se merece menos.

—No puedo estar de acuerdo.

—Tú sientes algo por él, ¿correcto?

—Aparte de desprecio, no —dijo ella con seguridad.

—Dulce Aileen, te estás mintiendo a ti misma. —Al notar su ceño fruncido, seguido de su mirada de protesta, Walter se rió entre dientes—. Creo que la mascarada está a punto de comenzar —dijo, señalando el suelo de abajo—. La disfrutarás, estoy seguro.

Encima de la pareja, Jonathan los contempló detenidamente. Las cabezas juntas, conversaban con soltura, con miradas y sonrisas destinadas únicamente el uno al otro. «Qué acogedor», pensó envidiosamente. Se negó a reconocer la emoción que le desgarraba el cuerpo; los celos eran ajenos a Jonathan Eagle. Sin embargo, su mandíbula se apretó con más fuerza mientras los dos permanecían bajo su fría mirada.

—Son una pareja bastante llamativa —dijo Lavinia desde detrás de él—. ¿No estás de acuerdo, querido? Esperaba presentarlos, pero parece que lord Rancourt la encontró por su cuenta.

—Tienes suerte de que lo haya hecho, Lavinia —dijo Jonathan por encima del hombro, con los ojos aún clavados en su pupila—. Porque si hubieras sido tú la que hubiera intervenido, te habrías arrepentido. Así las cosas, si algo ocurriera, solo Rancourt sentirá la fuerza de mi ira.

Déjalo así.

Sorprendida por la fuerza de su afirmación, Lavinia se acomodó en su silla. Por fin cayó en la cuenta: ¡Jonathan estaba realmente enamorado de la muchacha! «¿Podría ser?», se preguntó, esperando que de algún modo no lo estuviera. Incapaz de rechazar lo que sabía que era cierto, Lavinia se quedó mirando la nuca de Jonathan. Su lustroso pelo negro brillaba bajo la luz de la antorcha. Sus dedos hormigueaban, deseando enhebrarse entre los familiares mechones, y Lavinia se lamentó de lo que podría haber sido si Jonathan no se hubiera aventurado a ir a Escocia.

Justo cuando empezó la mascarada, una joven bastante regordeta se colocó junto a Jonathan, se inclinó hacia él y le dio unos golpecitos en el brazo con su abanico.

—Me alegro de volver a verle, lord Montbourne —dijo con una risita—. Creía que se había escapado al campo a pasar el verano.

Jonathan reconoció a la muchacha como lady Natalia Graham; su padre y su madre, el conde y la condesa de Radferd, estaban sentados justo detrás de ella. Ensimismado en su pupila, no había visto que los tres convergían hacia él. «¿Qué más?», se preguntó, con una maldición rebotando en su mente varias veces. Detrás de él estaba sentada su antigua amante; ante él, su aberrante pupila. Ahora, a su lado, estaba la imbécil que le perseguía constantemente, con la esperanza de coincidir algún día. No le habría molestado tanto, pero sus padres estaban tan ansiosos como ella. ¡Mujeres! En ese momento, las condenó a todas de buena gana.

Seguro de que las cosas no podían empeorar, Jonathan descubrió rápidamente que se equivocaba. La risa ligera de Aileen flotó hasta sus oídos, seguida por las risitas profundas y seductoras de Rancourt. El júbilo de la pareja pronto se vio ahogado por los bufidos resoplantes de lady Natalia mientras se revolcaba contra él. «¿Terminaría alguna vez esta noche?», se preguntó gimiendo en silencio.

Finalmente, para gran alivio de Jonathan, el entretenimiento llegó a su fin. Se levantó, con la intención de interceptar a Aileen antes de que se le escapara de nuevo, pero encontró su camino bloqueado por la núbil lady Natalia, fastidiosa que era.

—Disculpe —dijo, tratando de abrirse paso para esquivarla, pero fue en vano.

—Vaya, lord Montbourne —dijo ella, soltando una risita, pues él se había agarrado sin querer al grosor de su cintura intentando maniobrar a su alrededor—, no me había dado cuenta de que le atraía.

Jonathan la miró fijamente, confundido.

—¿Qué?

—Sus caricias. —Coquetamente le hizo cosquillas en la mano con su abanico de plumas—. No tenía ni idea de que le importara.

—Por Dios, mujer —gruñó él, empujándola de nuevo a su silla—, aléjate para siempre de mi camino.

Parpadeando furiosamente para controlar sus lágrimas, Natalia observó desolada cómo él subía las escaleras a grandes zancadas y se perdía de vista.

—No se preocupe, lady Natalia —dijo Lavinia desde detrás de ella, inclinándose cerca del oído de la mujer más joven—. A mí también me rechazó. —Suspiró dramáticamente—. Pero al

menos tengo el recuerdo de haber compartido su cama. Algo que usted no tiene. —Su abanico dio unos golpecitos en el hombro de la muchacha y, con una inclinación de cabeza hacia los sorprendidos padres de Natalia, Lavinia se dirigió hacia las escaleras.

Al llegar al rellano sobre la galería, Jonathan buscó en todas direcciones y luego maldijo abiertamente. Sus impropiedades atrajeron varias miradas, pero a Jonathan no le importó. Mientras él y lady Natalia forcejeaban cerca de sus asientos, Aileen había subido los escalones y vuelto a desaparecer. Seguro de que seguía con Rancourt, se abrió paso entre la multitud hacia los escalones. A medio camino, Jonathan divisó a su pupila y a Rancourt en las puertas que daban a la Sala de Presencias. Atrapado por la presión, no pudo hacer otra cosa que esperar a que sus pies tocaran el suelo. Cuando lo hicieron, fue tras la pareja.

Bajo un cielo de junio cada vez más oscuro, Aileen y lord Rancourt paseaban por los jardines del palacio junto a al menos otras dos docenas de parejas, conversando sobre nada en particular. Llegaron a un gran roble.

—Probablemente lo plantó algún príncipe normando —comentó Walter mientras él y Aileen abandonaban el sendero para caminar bajo las enormes ramas.

—¿Usted cree? —preguntó ella, sabiendo que el árbol era antiguo—. Quinientos años es mucho tiempo. Dudo que lo plantara un normando.

—Bueno, tal vez por un descendiente, varios cientos de años después. —Apoyó las manos en la cintura y, con las piernas abiertas, contempló el árbol—. Trescientos si es un día.

—Posiblemente.

—¿Posiblemente? Mira su tronco. Su anchura daría para media docena o más.

Aileen caminó hasta su base. Girándose, intentó apoyar la espalda contra la áspera corteza, pero descubrió que no podía.

—Es difícil de decir por este vestido de aspecto tonto que llevo, pero creo que son más bien ocho.

Para cuando Aileen apartó la vista del árbol, Walter estaba justo delante de ella. Su mano le cogió la barbilla y la miró a los ojos.

—Es un tonto si te deja escapar.

—¿Quién?

—Montbourne.

La mirada de Aileen se apartó de la del vizconde.

—Es demasiado lo que se interpone entre nosotros, y todo por culpa de nuestro rey.

—¿Te importaría contármelo?

—No. Es mejor no contarlo. —Volvió a levantar la vista—. Además, pronto regresaré a Escocia y a mi hogar. A Montbourne no le gustan las Tierras Altas. Es inglés hasta el final.

—Una lástima —susurró Walter, una tierna sonrisa reclamó sus labios—. Habrías sido buena para él. Aun así, si no ha de ser así, te deseo lo mejor y buena suerte, dondequiera que te lleve tu viaje.

Las pestañas de Aileen se movieron hasta cerrarse cuando Walter se inclinó hacia ella.

Justo cuando sus labios rozaron su mejilla, ella sintió que se los apartaba de un tirón. Sus ojos se abrieron para ver a su tutor de pie sobre el vizconde, que ahora estaba sentado en la hierba.

—Maldita sea, primo —dijo Walter, poniéndose en pie y cepillándose el trasero—. No tienes que ser tan irritable con todo esto.

—¿Primo? —preguntó Aileen, avanzando.

—Sí —dijo Walter—, aunque no le gusta admitirlo. Su padre y el mío eran hermanos. Compartimos el mismo apellido. Es más o menos todo.

—¿Le importaría contármelo? —preguntó ella.

—Con sus propias palabras: Es mejor no contarlo. —Walter Eagle miró a Jonathan—. Por ahora, al menos. Puesto que ya no soy bienvenido, me despido. Lady McNamara. —Esbozó una reverencia—. Jonathan —dijo con una inclinación de cabeza—. Buenas noches a los dos.

Mientras Aileen observaba al vizconde alejarse por el sendero, una mano la agarró del brazo y la empujó por el camino detrás de él. Mirando a su guardián, notó que un pequeño tic saltaba a lo largo de su mandíbula. Con la atención puesta en el frente, permaneció reticente, prohibitivo. Como un cazador en el cielo, dando vueltas en silencio, listo para atacar. Ella deseó que hablara.

Hasta que no llegaron a los niveles superiores del ala donde estaban situados sus apartamentos, Aileen no encontró el valor para pronunciar ella misma una palabra.

—No pasó nada en los jardines. No veo por qué estás tan alterado. —No contestó. Al ver la puerta de su habitación justo delante, respiró aliviada—. ¿Adónde me llevas? —exigió cuando pasaron junto a ella. Sus talones se clavaron en el suelo—. Suéltame.

Jonathan la ignoró. En una docena de zancadas más, se plantaron frente a su habitación. Abrió la puerta, metió a su pupila dentro y luego cerró el panel de golpe. Una vela solitaria ardía en su soporte sobre una mesa junto a la cama. Con la mirada clavada en ella, observó cómo Aileen se alejaba de él.

—Te dije que juego a un juego de hombres, y que se hace según mis reglas. Hiciste caso omiso de esas reglas, Aileen, así que es hora de descubrir de qué va el concurso.

—No sé a qué te refieres —insistió ella, manteniéndose lejos de él, pero se estaba quedando rápidamente sin espacio—. Hablas con acertijos.

—¿Lo hago? —Su espada se soltó de su cintura. La arrojó contra la cama y se deslizó por las sábanas, aterrizando en el suelo con un estrépito—. Creo que no, pequeña. Estás ansiosa por experimentar todo lo que ocurre en la corte de James, tanto lo bueno como lo malo. ¿Quién mejor que yo para enseñarte?

Aileen tragó saliva cuando su capa cayó sobre una silla y él empezó a trabajar en los cierres de la parte superior de su jubón. Si su intención era asustarla, lo estaba consiguiendo.

—Aléjate de mí o gritaré.

Con la intención de asustarla, Jonathan continuó acechándola. Ella no tenía ni idea de las intrigas que se jugaban en estas guaridas, de los peligros que la acechaban detrás de cada puerta. Si se dejaba arrastrar a una sola de esas cábalas, por inocente que fuera, podría significar su muerte.

—Grita. Nadie pensará mucho en ello, asumirán que he hecho otra conquista, que mis excepcionales habilidades para hacer el amor han vuelto casi loca a las jovencitas. Risas es todo lo que obtendrás, Aileen, no ayuda. Créeme cuando te digo que es verdad. —Era mentira, pero ella no tenía forma de saberlo—. Un tutor quiere, un tutor tendrá. El mejor que hay en toda Inglaterra. Deshazte de tus ropas y prepárate para tu primera lección.

Aileen le miró fijamente. Había querido preocuparle, molestarle, devolverle lo que le correspondía, pero nunca se había esperado esto.

—Prometo no volver a desobedecerte —soltó, arrimándose a la pared.

—Ya he oído esas palabras demasiadas veces —dijo él. Jonathan se liberó de su jubón y lo lanzó contra la silla. Falló en su blanco, pero ninguno de los dos se dio cuenta—. No, pequeña, me temo que ya has jugado tu juego demasiadas veces. Ahora jugaremos al mío.

Aileen retrocedió dando tumbos contra la pared.

—Venga, vamos a librarte de esa cosa —dijo él, sacando los faldones de su camisa de seda de la cintura de su manguera de tronco.

—Está bien donde está —insistió ella, sujetándose la cosa a través del vestido.

—Creía que lo despreciabas. Lo llamaste ridículo, creo.

—¿Lo hice?

—Sí, lo hiciste. —Antes de que Aileen pudiera protestar, le apartó las manos, le levantó la falda, soltó las cintas y el *farthingale* se desplomó a sus pies. Unos largos dedos abarcaron su cintura, levantándola unos centímetros en el aire. Con un rastrillo del tacón de Jonathan, la cosa giró como una peonza por el suelo—. Ahora tu bata —dijo, poniéndola de nuevo en pie.

Aileen se apretó contra la pared.

—No —gritó, con las lágrimas escociéndole los ojos—. Por favor, no hagas esto.

Intentó liberarse, pero las manos de Jonathan chocaron contra la pared, atrapándola.

—¿Por qué? —preguntó él, inclinándose hacia ella.

Su duro cuerpo la inmovilizó contra la pared, sus caderas presionando íntimamente contra las suyas; Aileen se sintió mareada de repente. Algo se estremeció en la boca de su estómago mientras temblores subían y bajaban por su columna vertebral. Sentía calor y frío a la vez. ¿Era miedo? ¿O algo totalmente distinto? Descubrió que no podía sostenerle la mirada. Tampoco podía hablar.

—¿Por qué? —volvió a preguntar él, con su aliento abanicándole la cara. Ella permaneció muda—. ¿Es esto lo que quieres? —Sus labios le recorrieron la mejilla hasta la mandíbula, luego el lateral del cuello—. ¿O es esto?

La punta de su lengua se movió hacia arriba de nuevo; un pequeño gemido brotó de sus labios, y la cabeza de Aileen se apartó bruscamente.

—No —insistió, con el corazón latiéndole con fuerza en los oídos. Sentía como si no pudiera respirar—. No lo hagas.

—¿Por qué? —preguntó él una vez más, con sus labios jugueteando en la comisura de la boca de ella y sus caderas moviéndose sugerentemente. Ella gimió, y él supo que sentía su

excitación—. Dímelo.

—P... p... porque no estoy preparada para esto —dijo ella, su voz sonó como un mero susurro. Jonathan habría discutido esas palabras. Dados unos breves minutos, ella estaría más que preparada. Incluso ahora, él sabía que podía tenerla, y fácilmente.

Si fuera un hombre menor, se aprovecharía de ese conocimiento. Pero su inocencia se lo impedía; eso, y el hecho de que ella le importaba. Quizá demasiado, pensó, tratando desesperadamente de sofocar el duro dolor que palpitaba en su interior.

—No, no lo estás —dijo, y luego se dio cuenta de que sus palabras no eran más que un gemido. Se apartó de ella—. Puede que no estés preparada, pero parece que quieras tentar al destino. No todos los hombres te liberarán como yo, Aileen. Tu inocencia y tu belleza son seductoras. Sabes que tienes el poder de excitar a un macho. Lo has sentido por ti misma. —Dos vetas rojas pintaron sus mejillas, pero Jonathan ignoró su vergüenza—. Una virgen es una rareza en la corte. Lo sepas o no, ya estás siendo señalada.

—Si hablas de tu primo, te equivocas. Walter no me haría daño.

—Walter te tendría tan rápido como pudiera levantarte las faldas. —Los ojos se abrieron de par en par. La había sorprendido. Qué bien—. Pero no es el único caballero que se disputa el honor. Persiste en este juego, arreglado simplemente porque deseas desafiarme, y perderás. —El motín bailó en sus ojos; la mirada de Jonathan se clavó en ella—. Ten cuidado. Si alguien tiene el placer de yacer entre esas torneadas piernas tuyas, al fin y al cabo, seré yo. Considéralo como un pago por lo que me han hecho sufrir. —Ella pareció aturdida, luego horrorizada; Jonathan se rió entre dientes—. Créeme, pequeña, experimentarás tanto placer en nuestra unión como yo. El éxtasis es lo que compartiremos.

Al mismo tiempo que la boca de Aileen se abría para refutar sus palabras, también lo hacía la puerta.

—Ah, Montbourne, ahí estás.

Jonathan giró en redondo, su mirada demostró lo que sus oídos ya habían confirmado. ¡Maldición! De todos los momentos, ¿por qué James había elegido este? No quería exponer la identidad de Aileen, permaneció firmemente fijo entre su pupila y la puerta.

—Majestad —dijo, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿No interrumpo nada, verdad? —preguntó James, ladeando la cabeza—. Tú, ahí, da un paso al frente y saluda a tu rey.

Aileen casi se había disuelto contra la pared cuando había oído quién había entrado. No había forma de evitarlo. Tenía que obedecer la orden de James, lo sabía. Sobre piernas temblorosas, se movió hacia los lados, hasta que el rey pudo verla.

Estudiando a la muchacha, miró a Montbourne y luego de nuevo a la belleza que se abrazaba a la pared.

—Es la encantadora lady McNamara.

Aileen hizo un inepto intento de reverencia tardía.

—Señor.

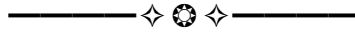
—No es necesario, niña —dijo él, haciéndole señas para que subiera. Miró a Jonathan—.

Lo que he encontrado aquí facilita mucho mi decisión —dijo en su acento escocés—. Yo estaba, en realidad, muy disgustado por todo lo que había pasado. Fue una vergüenza, por no decir otra cosa. No te culpo del todo, Montbourne, pues por lo que me contó sir John, tengo entendido que te provocaban continuamente.

—Y a usted, lady McNamara —dijo, cambiando su atención hacia ella—, me apena su pérdida. Pero creo que la muerte de su primo podría haberse evitado si hubiera aplacado la terquedad de su escocés. Es difícil de hacer, lo sé; yo mismo estoy maldito con la misma afiliación. Sin embargo, como su tutor, Montbourne tenía pleno control sobre usted. No debería haberle provocado como lo hizo.

—Del mismo modo, Montbourne —dijo, con sus ojos apuntando de nuevo a Jonathan—, no deberías haber perdido los estribos. Puesto que es usted inglés (supuestamente la moderación forma parte inherente de usted), no tiene excusa. Para robarla lejos de su hogar. Puf. Fue una tontería. —Se acercó unos pasos a la pareja, con los ojos debidamente bajos—. Al principio me preocupaba cómo podría resultar esto, pero viéndoles así, ya no tengo ningún reparo. Felizmente, la vergüenza será deshecha, la reputación de lady McNamara salvada. Miradme ahora —ordenó, y las miradas de Aileen y Jonathan lo contemplaron—. Enhorabuena, hijos míos —dijo, con una sonrisa dibujándose en su rostro—. Dentro de pocos días, estaréis casados.

## Capítulo 10



Al oír las palabras de James, Aileen estuvo a punto de derrumbarse. Al mismo tiempo, vio que Jonathan se enfurecía. «Una locura», pensó, queriendo gritar su objeción. Sin embargo, no pudo. El rey había hablado, y su edicto debía ser acatado. Desafiarle significaba el desastre. Arabella se le había adelantado, y por ello, la mujer estaba ahora sentada en la Torre.

Aturdida, Aileen escuchó cómo James exponía los preparativos. Por la mañana se celebraría una ceremonia privada de esponsales. A finales de semana, la pareja estaría casada. Una boda pequeña sería preferible, teniendo en cuenta las circunstancias. Sin embargo, una celebración estaba en orden. Naturalmente, los fondos para tal debían salir de la bolsa de Montbourne, no de la del rey. James, sin embargo, ofreció el uso de la Capilla Real y del salón de banquetes, así como del obispo que oficiaría en la boda.

—Dentro de un año, esperaré un heredero de vuestra unión. Asegurará la continuación de vuestras dos líneas, combinando dos casas en una, y uniendo también ambos países. Sé, Montbourne, que usted se opone a una Gran Bretaña unida, al igual que muchos de sus hermanos ingleses. Considera este matrimonio como el comienzo de esa nueva unión. Recuerda mis palabras: Algún día se hará realidad.

Con una reverencia cada uno, Jonathan y Aileen se despidieron de su rey.

El momento en que él y sus ayudantes habían abandonado la sala, cerrándose la puerta tras ellos, Aileen atacó a Jonathan.

—¡Es ridículo! —gritó—. Debes hacer algo. No podemos casarnos.

Lentamente, él se volvió para mirarla.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó, preguntándose si de verdad ella le consideraba tan abominable—. Nuestro rey ha hablado. No podemos desafiar su mandato. No a menos que deseemos sufrir su ira.

Aileen apenas podía creer lo que oía. ¿Cómo podía ceder tan fácilmente?

—¿No tienes intención de solicitar una audiencia privada y pedir que lo reconsidere?

—¿Qué sentido tendría? Ya le has oído. Él ya tenía la intención de que nos casáramos. Encontrarnos así simplemente confirmó su decisión. Obviamente cree que nos tenemos... eh... un cariño excepcional.

—¿Amor el uno por el otro? —Sus palabras fueron un chillido incrédulo. Con los oídos aún zumbándole, Jonathan la miró con el ceño fruncido, pero a Aileen se le escapó—. Debe de estar ciego —despotricó—. ¿Cómo es posible que piense algo así?

—La noción probablemente se le ocurrió por la forma en que nos encontramos. No estamos precisamente ataviados de la manera normal en que se recibe a las visitas.

Observó el modo de vestir extremadamente informal de Jonathan. Su propio atuendo era menos que convencional. No había pasado nada, aunque desde luego parecía que sí... o al menos que pasaría. En el piso cercano a la puerta yacía su *farthingale*. James casi lo había pisado al entrar en la habitación. ¿Qué otra cosa podía creer el hombre?

Le asaltó otro pensamiento. Se imaginó su bata y su ropa interior tendidas sobre el *farthingale*, el resto de la ropa de Jonathan descuidadamente esparcida en la misma zona general. Imaginando aún más la escena, y cómo podrían muy bien haber progresado las cosas, de repente se sintió acalorada y temblorosa. Si hubiera retrasado su llegada, su rey probablemente les habría sorprendido en la cama de su tutor. Mordiéndose un gemido, Aileen agradeció ahora que James hubiera irrumpido en la habitación cuando lo hizo.

—Todo es culpa tuya —acusó furiosa, intentando pelear de nuevo contra el calor viajando por su cuerpo—. Tú eres quien ha provocado este desastre como una manera de liberarnos de él.

Jonathan sabía que era culpable de gran parte de lo que había ocurrido, pero no estaba dispuesto a asumir toda la responsabilidad.

—Si no recuerdo mal, nuestro rey dijo que teníamos la misma culpa de todo lo ocurrido. Encontrarnos a medio vestir no tuvo nada que ver con su decisión. —Ella pareció no creerle—. Podría habernos sorprendido desnudos en la cama y haberse unido a nosotros, para el caso. Te digo que su mente ya estaba decidida. No tienes escapatoria, Aileen. Así que te sugiero que aceptes el hecho. En solo unos días estaremos casados.

—No es justo —insistió ella—. ¿Cómo puede esperar que nos casemos? Ni siquiera podemos soportarnos. ¿No sabe que somos enemigos?

—¿Enemigos?

—Tú eres inglés y yo escocesa. Es como el aceite y el agua: imposible de mezclar.

—¿Estás segura de eso? —preguntó.

—Sí, lo estoy. Nunca nos juntaremos.

—Oh, pero yo creo que lo haremos. —Ella le interrogó con la mirada—. James nos ha ordenado que produzcamos un heredero, y espera ver pruebas de ello antes de nuestro primer aniversario de boda. Es solo una forma de que tengamos un bebé, Aileen. Nos definiremos juntos.

Aileen se estremeció al pensarlo. Si le permitía dominarla, se perdería por completo. Se estaba volviendo rápidamente impotente ante la fuerza de su masculinidad. Cada vez que él estaba cerca, cada vez que la tocaba, cada vez que sus labios buscaban los suyos, tanto si el beso nacía de la ira como del deseo, ella se sentía sucumbir. Pronto se rendiría por completo. El conocimiento la asustaba. De algún modo tenía que resistirse a él y a los sentimientos que evocaba o estaría condenada. Ya no sería una entidad en sí misma.

Solo sería él, siendo ella su esclava. Disimulando sus temores con indignación, le fulminó con la mirada.

—Antes moriría que yacer contigo —afirmó, y luego giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

Como una lanza, las palabras de Aileen atravesaron la vanidad masculina de Jonathan. Verety había pronunciado casi la misma frase. Preferiría morir... Y lo había hecho. Jurando que

no le obligarían a permanecer célibe en su segundo matrimonio como en el primero, Jonathan caminó tras ella. Justo cuando se abría la puerta, su mano se topó con la madera. El panel se cerró de golpe; Aileen giró sobre sí misma y se encaró con él.

—No dudes de que nos convertiremos en marido y mujer, Aileen, en todos los sentidos. Nos han ordenado que produzcamos un heredero y un heredero tendremos. Estate segura: sea cual sea el tiempo que tarde mi semilla en firmar su marca, ese será el tiempo que compartirás mi lecho. Hasta que estemos seguros de que ha concebido, espere que sea cada noche. Puedes participar voluntariamente y obtener placer de nuestra unión, o puedes yacer con la cara oculta en las almohadas, fingiendo haberse desmayado. Decidas lo que decidas, tu cuerpo es mío para hacer con él lo que me plazca. Si llegas a aborrecer mi tacto, aunque dudo que lo hagas, reza para que nuestro primer hijo sea varón, pues en mi linaje solo se permite heredar a los varones. Recuerda, durante el tiempo que sea necesario, yacerás conmigo.

Una yegua de cría: ¿era así como él la percibía? ¿O era como una puta? Para él, ella no era más que una hembra, un receptáculo para su semilla, un objeto en el que podía saciar su deseo y obtener su placer. ¿Eran todos los hombres así de insensibles?

—Después de que haya cumplido con mi deber y te haya presentado un heredero, ¿qué pasará entonces?

—Cuando llegue ese momento, si no sientes afecto por mí, podrás regresar a Escocia y al castillo de McNamara. —Ella pareció aliviada. De nuevo su vanidad sintió el aguijón—. Pero si te vas, Aileen, nuestro hijo se quedará conmigo. —Si era pura arrogancia o simplemente que necesitaba confiar en que así sería, era incapaz de decirlo, pero estaba seguro de que para entonces, las cosas serían muy diferentes. Ella no le abandonaría. Y nunca abandonaría a su hijo—. Tienes varios días para tomar una decisión. Ven a mí de buen grado y prometo darte placer. Reacciona como lo hizo mi primera esposa intentando apartarme, y descubrirás que mi paciencia se ha agotado. De un modo u otro, serás mía. —Su mirada se suavizó, al igual que sus palabras—. No me hagas pelear en esto, pequeña. No tenemos más remedio que casarnos. Saquemos lo mejor de ello. Sobre todo porque nuestro destino ya está decidido.

Aileen buscó su rostro. Parecía sincero, casi arrepentido. Sus amenazas, se dio cuenta ella, estaban generadas por lo que él había sufrido durante su primer matrimonio. Su vanidad no le permitiría soportar de nuevo un rechazo semejante. Aileen contuvo el rubor, pues lo imaginaba como un amante amable y cariñoso, un hombre que otorgaba placer tanto como lo obtenía. De lo contrario, él mismo no encontraría placer en el acto. Pero habían pasado demasiadas cosas entre ellos, demasiadas cosas se interponían en su camino. Aceptarlo libremente como su marido era traicionar su propia existencia. Su clan nunca la perdonaría.

—Pensaré en lo que me has dicho. Pero no esperes que sienta algo por ti. Por culpa de Hammish, no estoy segura de poder hacerlo nunca.

Por fin, Jonathan estudió su rostro. Expulsando el aliento que, sin darse cuenta, había quedado suspendido en su pecho, se agachó y recuperó el *farthingale*, luego se lo pasó por el brazo. Abrió la puerta y la empujó al vestíbulo.

—Líbrate de tu culpa y de tu ira, Aileen, y puede que descubras que ya lo haces.

Ella contempló el panel mucho después de que se cerrara en su cara, con las palabras de él dándole vueltas en la cabeza. ¿Era posible que realmente guardara cierto afecto por el hombre, la emoción enmascarada por su culpa y su ira, como él había dicho? «Tonterías», decidió.

Esperaba manipular su mente, convencerla de que realmente existía un apego genuino, todo para hacerla más receptiva a compartir su cama. «Un movimiento inútil», pensó; en su interior no habitaba tal sentimiento. O eso quería creer ella.

Se dio la vuelta y, recogiendo un puñado de faldas, se dirigió hacia su propia habitación. Varias criadas que se encontraban en el pasillo la miraron con curiosidad, pero ella no se percató de su presencia ni del cómico espectáculo que presentaba. Abrió la puerta y entró.

El momento en que Maggie la vio, jadeó.

—Niña, estás muy pálida —dijo, acercándose a Aileen desde el armario colgante donde había estado colocando una bata recién arreglada—. ¿Estás enferma? —Vio el *farthingale*—. ¿Qué ha ocurrido? No te han abordado, ¿verdad? El amo Jonathan debería estar al tanto de esto.

—El amo Jonathan sabe todo lo que hay que saber. Él es quien ha hecho esto. —El *farthingale* surcó el aire. Rebotó contra el poste tallado de la cama y cayó al suelo—. Y él es el causante de toda mi miseria.

Los ojos de Maggie se abrieron de par en par, luego chispearon con un fuego inesperado.

—El bribón no te ha deshonrado, ¿verdad? —Aileen sacudió la cabeza y respiró un poco más tranquila. De forma maternal, pasó el brazo por los hombros de la muchacha—. Igualmente, supongo que el bribón esperaba aprovecharse injustamente. Aquí, niña —dijo, guiando a Aileen hacia la cama—, sentémonos y podrás contárselo todo a la vieja Maggie.

La cincha de Maggie se acomodó en el colchón a su lado, y Aileen soltó su versión de los acontecimientos de la noche. Al no haber tenido a nadie en quien confiar, especialmente una mujer mayor, en mucho tiempo, no se guardó nada. Lady Bedford, lord Rancourt, las atrevidas insinuaciones de Jonathan, la interrupción del rey, todo brotó de sus labios.

—Ha ordenado que nos casemos —gimió Aileen, con la cabeza apoyada en el amplio pecho de Maggie—. El hecho se llevará a cabo a finales de semana.

—¿De verdad te molesta tanto la idea de tener al señorito Jonathan como esposo? —le preguntó suavemente. Aileen se separó de los brazos de Maggie para mirarla—. Le conozco desde que nació —dijo la mujer mayor—. Tiene muchos defectos, siendo su mal genio el peor de ellos, pero también tiene muchas virtudes. Es amable hasta la exageración y se preocupa mucho por los menos afortunados que él. Ya que dice que ninguno de los dos tiene elección (James ha sellado sus destinos, ¿no es así?), tal vez sea hora de que busques al hombre que ha permanecido oculto para ti. Puede que descubras que es muy de tu agrado.

El ceño de Aileen se frunció.

—¿Estás diciendo que debería aceptar lo que está por venir? ¿Debería ceder a los deseos del rey y a los de mi futuro marido?

—¿Cuáles son sus deseos?

—Me han ordenado que produzca un heredero o al menos que quede embarazada antes de que se cumpla un año completo de nuestras nupcias.

—¿Y te opones a esto?

—¿No debería?

—Como mujer y esposa, por no hablar de súbdita de la Corona, ¿qué otra opción tienes?

Aileen escrutó a Maggie.

—Ninguna —admitió finalmente.

—Precisamente —replicó Maggie—. El resultado sigue siendo el mismo. Tú y el amo Jonathan vais a casaros. Del matrimonio nacen los hijos. Es un hecho de la vida.

—Pero yo no le amo —insistió Aileen.

—¿Crees que es un requisito previo antes de conocerse? —preguntó Maggie sin rodeos, y Aileen se ruborizó—. Si así fuera, querida, la mitad de los matrimonios nunca se consumarían. Posiblemente más. No hablo simplemente de la nobleza. Sin duda, con ellos los matrimonios se hacen para combinar riqueza y poder. El amor no tiene nada que ver con la unión de la pareja. Aun así, personas de circunstancias inferiores se casan sin el beneficio del amor. Cuando mi Samuel y yo nos casamos por primera vez, solo nos habíamos conocido unas pocas semanas. Yo era la mayor de seis hijas. No corrían los mejores tiempos en mi familia. La comida escaseaba y mi madre estaba enferma. Así que cuando Samuel pidió mi mano, mi padre insistió en que me casara. Lo hice simplemente para aliviar la carga que llevaban los demás. No fue hasta que estaba esperando nuestro tercer hijo cuando me di cuenta de que Samuel Warren había llegado a gustarme. Para cuando había dado a luz al sexto y último, le tenía bastante cariño. Si ahora le ocurriera algo, no sé si sobreviviría sin él, simplemente porque le quiero mucho. Decir que no quieres al amo Jonathan ahora no significa que no lo vayas a querer en el futuro.

—Tu historia se parece mucho a un cuento de hadas —dijo Aileen—, pero tu marido no asesinó a tu primo. Había esperanza para los dos. Para nosotros, no hay ninguna.

—Utilizas la palabra asesinato con mucha libertad. ¿Acaso el amo Jonathan acechó a tu primo y lo asesinó en las sombras? —Maggie esperó, pero Aileen no respondió—. Si es así, entonces sí, lo llamaría asesinato. Sin embargo, si, como me dijeron, el amo Jonathan trató de defenderse de otro y el joven se metió inesperadamente en medio de la refriega, golpeándole la espada del amo Jonathan sin querer, yo diría que la muerte de su primo fue un infortunio, involuntario y sin designio ni malicia. El amo Jonathan sufrió por lo sucedido. Lo sé. Si pudiera cambiarlo, lo haría. Sin embargo, no pareces dispuesta a perdonarle. ¿Por qué?

Aileen no dijo nada. Incapaz de sostener la mirada de Maggie, apartó la vista.

—Quizá no sea asunto mío —dijo Maggie, levantándose de la cama—, pero en mi opinión, estás eludiendo la verdad. Te escondes convenientemente tras tu primo como si fuera un escudo. Creo que es hora de que mires en tu interior y descubras por qué te ves obligada a hacerlo.

Mucho después de que Maggie ayudara a Aileen a quitarse el vestido y se retirara a la pequeña habitación contigua, Aileen rumió lo que la mujer había dicho. ¿La verdad? Ella la había evitado, pero ya no podía. La afrontó de lleno, y Aileen se sintió aún más desgarrada que antes. Atrapada entre la lealtad y lo que algún día bien podría llamarse amor, si se le diera tiempo a florecer, se encontró en un callejón sin salida.

Era escocesa, jefa de su clan. Se esperaba de ella fuerza, lealtad, deber. Ella no podía dar menos. Como Lochlan de Lochlan, tenía que pensar primero en sus parientes y después en sí misma. Se esperaba tanto de ella, tanto recaía sobre sus hombros. Ser una mujer, imbuida de las esperanzas, sueños y deseos normales de su género, no figuraba nada. Sobre todo si, como mujer, el hombre que deseaba era inglés. Admitir cándidamente que se interesaba por Jonathan Eagle significaba que sería condenada al ostracismo. Como deseaba seguir siendo la jefa de su clan,

había mantenido sus sentimientos en secreto, incluso para sí misma, y lo había hecho desde el momento en que sus cautivadores ojos azules la miraron por primera vez. Esa era la razón por la que se había escondido tras la muerte de Hammish, por la que lo había utilizado como escudo, por la que seguiría haciéndolo. ¿Cómo de otro modo podría mantener a raya al hombre que deseaba? Después de todo, él le estaba prohibido.

Ahora que la obligaban a casarse con él, con el *Sassenach* que había invadido sus tierras, matado a uno de los suyos y secuestrado a su jefa, ¿la vería su clan como una traidora? ¿O reconocerían que había sido impotente y la disculparían por lo que no podía controlar? El rey había ordenado que se casaran, ¿no es así? Aileen contaba con la comprensión de su clan; pero para mantenerla, debía permanecer constante y fiel. Para ellos, el *Sassenach* era un enemigo; por lo tanto, también era suyo. Ojalá pudiera ser de otro modo. Pero, por desgracia, no podía.

Sabiendo que no tenía más remedio que negar para siempre lo que sentía, pues su lealtad pertenecía en primer lugar a su clan, volvió a esconder la verdad, negando que la hubiera descubierto. Sí, se casarían. Sí, se unirían como marido y mujer. Y sí, ella le daría un heredero. Pero nunca podría darle su corazón. Al menos, no abiertamente.

Con un pesado suspiro, Aileen se deslizó bajo las sábanas de su cama. El sueño llegó rápidamente, y se dejó llevar hacia el norte, al lugar de su nacimiento, donde se sentía segura, protegida. Desde la colina frente al castillo McNamara, contempló su hogar. Por encima de la fortaleza, volaba en círculos el cazador alado. Paciente y silenciosa, la gran ave planeadora buscaba a su vulnerable presa. Ni siquiera en sus sueños podía escapar de la leyenda. Siempre estaba con ella, como siempre estaría, ese halcón magistral siempre en control de su destino.



Los fríos dedos de Aileen se apoyaron en el antebrazo de Jonathan mientras este la conducía fuera de la capilla. Con la ceremonia completada, leída la misa del Libro de Oración Común, la procesión nupcial serpenteó hacia el salón de banquetes y el festín que les esperaba. Segura de que sus piernas iban a ceder, Aileen se encontró apoyada en su nuevo marido. Avergonzada por su repentina falta de vigor, intentó mantenerse en pie sola, pero sus rodillas se tambaleaban sin control. Sin su apoyo, era incapaz de dar un paso más. Se preguntó si este sería el camino de su matrimonio: ella dependiendo para siempre de su fuerza para superar los días venideros.

Habiendo dependido de sí misma durante tanto tiempo, se resistió a semejante idea. Ningún hombre se enseñorearía de ella, juró en silencio. Ella era consciente de que cuando había prometido su fidelidad a Jonathan Eagle, había renunciado a su libertad de elección. Él era su marido, y solo por esa posición conservaba la supremacía sobre ella. Tenía que obedecerle en todo. Un gemido angustiado se deslizó por sus labios, pues Aileen acababa de comprender plenamente a qué había renunciado. ¿Por qué había consentido este matrimonio? Estar confinada a la Torre probablemente habría sido menos restrictivo. Al menos habría mantenido cierto dominio sobre sí misma, su celda funcionando como su propio pequeño reino durante todos los años de su encarcelamiento.

—¿Deseando haber elegido otro camino? —preguntó Jonathan, acercándose a su oído. Bebió en la visión de ella. Vestida con un vestido de satén azul ricamente bordado con hilo de plata; su larga melena cayendo hasta la cintura, que, el día de su boda, marcaba su virginidad;

estaba nada menos que despampanante. Sin embargo, una gruesa cinta de crespón negro se enrollaba alrededor de cada esbelto brazo, restando valor a su aspecto, por lo demás impecable. Al ver los feos envoltorios, Jonathan se molestó—. ¿Es la pérdida de Hammish o la pérdida de tu libertad lo que lloras? —Ella no respondió a ninguna de las dos preguntas. Jonathan la estudió detenidamente—. Si tuviera que aventurar una conjetura, diría que es lo segundo. Además de vestir de negro, el motín brilla en tus ojos. Es obvio que estás haciendo algún tipo de declaración.

Aileen le lanzó una mirada dura.

—Pues te equivocas —mintió, aunque su muestra de luto era en realidad su forma de mostrarse rebelde.

La ceja de Jonathan se arqueó.

—¿También me equivoco cuando afirmo que ahora desearías haber elegido el confinamiento en la Torre en lugar de casarte conmigo?

—No, no te equivocas. No negaré que la Torre tiene un mayor atractivo. Si hubiera tenido la cabeza más despejada, se lo habría dicho a James.

Había atravesado los intrincados laberintos de galerías y patios para situarse a la entrada del salón donde se celebraba el banquete. Jonathan le sonrió.

—Pero, ay, nuestro soberano nunca escuchó esas palabras, y ahora es demasiado tarde. Uf. Estás casada y nada puede cambiarlo —se burló Jonathan; luego soltó una risita y guiñó un ojo—. Pronto cambiarás de opinión sobre qué prefieres, pequeña. —La mano de ella se apartó de donde descansaba sobre el brazo de él, sus propios dedos la levantaron, luego sus labios rozaron un beso en los nudillos de ella—. Sobre todo porque aún no hemos compartido cama.

Al contacto de sus labios, un fuego se disparó por el brazo de Aileen. Con sus palabras, se le cortó la respiración en el pecho. Cuando sus cautivadores ojos se encontraron con los de ella, brillando de la forma más tentadora sobre su mano sostenida a un mero susurro de su sensual boca, el vértigo se apoderó de ella. Incapaz de sostenerle la mirada y conservar aún la cordura, Aileen apartó rápidamente la mirada. Apartando la mano de su agarre, entró en el vestíbulo, con las piernas menos firmes que antes. La sensación la desconcertó. Era como si hubiera bebido demasiado vino, aunque no había tomado ni una gota. Embriagada: así la hacía sentir Jonathan Eagle. Gimiendo suavemente, deseó que él no tuviera ese efecto sobre ella. ¿Cómo podría luchar contra su avasalladora masculinidad cuando por fin estuvieran solos? Un imposible, decidió. Y era tan injusto.

Eran enemigos, no tenían nada en común, y sin embargo ahora eran marido y mujer. Después del banquete nupcial, que se había preparado para lo que ella suponía que eran unos pocos íntimos, él la llevaría a su cama. Ella no podía negar que se sentía atraída por él. Su atracción era abrumadora. Ninguna mujer parecía capaz de resistirse a él. Aunque intentaba enmascararlo tras una severidad maternal, ni siquiera Maggie era inmune a sus cautivadoras maneras. Sin embargo, a Aileen le preocupaba si podría entregarse a él sin verse continuamente atacada por sentimientos de remordimiento.

Durante toda la ceremonia había pensado en su clan. ¡Traidora! ¡Putas! ¡Ramera!

Eran las palabras que había oído, y casi había repetido una de ellas al pronunciar sus votos. Menos mal que se había atrapado antes de que se le hubiera escapado por los labios, ahorrándose mucha vergüenza. Temía lo que le esperaba una vez que terminara el banquete y se retiraran a su

habitación. Se había prometido a sí misma que se mantendría fiel a su clan, pero al final, ¿quién sostendría realmente su corazón? ¿Su familia? ¿O, como le había llamado Hammish, su señor de leyenda? Sus piernas se tambaleaban incontrolablemente, se sentía desoladamente segura de que de algún modo sería esto último. ¡Traidor!

Una mano fuerte se posó en su cintura y su dueño la guió hasta la mesa principal.

—Gracias —susurró, deslizándose en su silla.

—El placer es mío —respondió Jonathan, sentándose.

La mirada de Aileen se volvió hacia él. Vestido espléndidamente de negro y plata, su nuevo marido era, como siempre, de lo más apuesto. Se preguntó por qué parecía tan relajado. Nunca se había opuesto a que le obligaran a casarse. Era como si se alegrara de la pérdida de su libertad... si es que la había perdido.

Lady Bedford, había notado, se le había acercado en más de una ocasión durante estos últimos días. Qué palabras habían cruzado entre ellos, Aileen no podía decirlo, pues siempre había estado demasiado lejos para oírlos. Por alguna razón, la irritaba que su antigua amante, si es que era su antigua amante, como Maggie le había asegurado a Aileen, se tomara libertades tan descaradas a la vista del público. En la ceremonia de esponsales de lord Montbourne, ¡además! Observándole aún, Aileen se planteó qué papel debía desempeñar ella en su matrimonio. Además del de criadora, ¿se esperaba que sirviera de alguna manera?

Mientras Aileen le estudiaba, Jonathan a su vez la observaba a ella.

—Por tu ceño fruncido, diría que algo te preocupa. ¿Me atrevo a preguntar qué es?

El sonido de su voz sacó a Aileen de su trance.

—Nada me preocupa —dijo, y su atención se posó en sus manos, entrelazadas en su regazo.

—Mírame, Aileen —dijo Jonathan. Cuando ella continuó mirando sus manos, él capturó su rostro, con sus suaves dedos empujándola hacia él hasta que ella levantó la vista—. No me ocultes tus sentimientos. Si algo te preocupa, dímelo.

Brevemente ella buscó sus ojos. «Maravillosos», pensó. Y cautivadores. Sintióse como si se hundiera en aquellos místicos orbes azules, parpadeó.

—Solo pensaba que te has tomado todo esto (los esponsales, nuestra boda) bastante bien. Me preguntaba por qué.

Jonathan se mordió una sonrisa.

—¿Deseas que monte un berrinche? Si es así, lo intentaré, aquí y ahora.

Atónita, Aileen vio cómo empezaba a levantarse de la silla, respirando hondo como si pensara gritar hasta las vigas. Inmediatamente, la mano de ella le agarró el brazo.

—Siéntate —le ordenó en un áspero susurro, y luego miró a su alrededor—. No es el lugar para ponerte en ridículo. Ni a mí.

Se le escapó una risita mientras se dejaba caer en su asiento.

—Ya sueñas como una esposa. Das bien las órdenes.

—Solo cuando es necesario —respondió ella, y luego miró hacia el vestíbulo.

—Unos pocos íntimos —que Jonathan había dicho que estaban invitados había crecido hasta casi doscientos invitados—. ¿Son todos ellos amigos suyos? —preguntó, observando que no había suficientes sitios en las mesas para la multitud.

—La lista original era una cuarta parte de este tamaño. Ya se sabe que estas cosas tienen una forma de irse de las manos. En nuestro caso, supongo que todo el mundo está ansioso por ver a la mujer que derribó al gran Jonathan Eagle, el hombre que insistió en que no volvería a casarse.

Aileen le estudió atentamente.

—Si, como tú dices, estabas tan en contra de volver a casarte, ¿por qué no te opusiste a que nos obligaran a casarnos? No te entiendo.

—Dulce esposa, eres mucho más atractiva que la Torre. Dejémoslo así.

Las siguientes palabras de su esposa murieron en su garganta cuando varias personas se precipitaron hacia el estrado, ofreciendo sus felicitaciones. Por el momento, Jonathan se ahorró más explicaciones. Observó a Aileen conversar con una anciana condesa cuyo nombre se le había escapado a Jonathan, y se preguntó qué le diría. El hecho era que no había puesto ninguna objeción a la orden de James simplemente porque no le disgustaba tener a lady McNamara como esposa. ¿Cómo iba ella a entender semejante justificación cuando él mismo apenas la entendía? Si era para apaciguar su propia culpa, o por una abrumadora necesidad de protegerla, o algo totalmente distinto, no podía decirlo. Pero la deseaba. Era posible que la deseara porque suponía un desafío, pues sabía que ella no le deseaba. Fuera lo que fuese, ahora ella era suya. Así que se quedaría.

Cada vez más invitados, invitados o no, se acercaban. Mientras los novios aceptaban sus saludos y buenos deseos, Aileen se sintió un poco fuera de lugar. Las mujeres que se acercaban a la edad de Jonathan o eran más jóvenes inspeccionaron cuidadosamente a Aileen, aparentemente buscando todos sus defectos. Las palabras eran amistosas, pero ella sospechaba que cuando todas se hubiesen marchado, se reunirían en otro lugar para discutir lo que, en su opinión, le faltaba a la nueva condesa de Montbourne. Solo unas pocas de las mujeres bienquerientes se mostraron sinceras al ofrecer sus felicitaciones, pero Aileen observó que esas mujeres eran por lo general de edad avanzada y que a estas alturas habían perdido todo interés en el género masculino, sus propios maridos incluidos.

Mientras varias jóvenes flirteaban descaradamente con Jonathan, posiblemente intentando ver si su esposa era celosa, Aileen contemplaba el mar de rostros. Una tristeza la envolvió, pues no conocía a ninguna de aquellas personas. Nunca había pensado que compartiría con extraños el que debería ser el día más memorable de su vida. Otra vez, nunca había pensado que se vería obligada a casarse con Jonathan Eagle. El destino, concluyó, no siempre cooperaba con los propios deseos.

Mientras su mirada recorría el vestíbulo, Aileen divisó un rostro familiar. Lord Rancourt descansaba recostado contra una columna al fondo de la sala, su atención estaba aparentemente dirigida a la mesa principal. Se preguntó por la respuesta de Jonathan cuando supo que su primo estaba presente. Lady Bedford apareció a la vista. Deteniéndose junto a Walter, le habló brevemente. Pareció encogerse de hombros y se apartó de la columna. Ofr eciéndole el brazo, Walter guió a la mujer hacia delante, y Aileen comprendió que se dirigían hacia Jonathan y hacia ella.

—El bastardo es ciertamente audaz.

Al oír las palabras de Jonathan, Aileen giró la cabeza.

—Podría decir lo mismo de tu amante. ¿O formaba ella parte de tu lista original de invitados?

—Antigua amante —pronunció Jonathan, con los ojos aún clavados en la pareja—. Lady Bedford ya no tiene mis afectos. Y no, es tan intrusa como mi primo.

«Lady Bedford ya no tiene mis afectos». Pero debió de quererla alguna vez, pensó Aileen, observando a la mujer mientras se dirigía con elegancia hacia la mesa. Lady Bedford era innegablemente despampanante. Sabiendo que las dos habían compartido la relación más íntima posible, Aileen no pudo evitar sentirse algo inferior, pues carecía de la sofisticación y experiencia de su rival, así como de la gran belleza de lady Bedford. Debido a sus rasgos menos notables, junto con su ingenuidad, Aileen estaba segura de que el más bien pícaro lord Montbourne se sentiría muy decepcionado con su nueva esposa. Se preguntó quién había acabado realmente con su amante. ¿Su marido? ¿O lady Bedford?

—Primo —saludó Walter a Jonathan, llamando la atención de Aileen. Él y Lavinia se pararon frente a la mesa—. Pareces bastante cabizbajo para ser un hombre que acaba de capturar a la doncella más hermosa del país. ¿O es mi presencia la que te pone esa cara tan agria? —Subió al estrado y posó una cadera en el borde de la mesa—. No te preocupes. Pronto me retiraré, al igual que la encantadora Lavinia. Solo queríamos desearte lo mejor.

—¿Lo mejor? No puedo imaginar que exista tal cosa contigo, Rancourt —dijo Jonathan, con tono poco amistoso—. No obstante, ofrece tus felicitaciones, luego retira tu trasero del damasco. Lo estás arrugando.

Impertérrito, Walter sonrió.

—Uf, primo. Espero que tu humor se aligere, no sea que asustes a tu esposa. —Se volvió hacia Aileen—. Su mano, milady —le ordenó. Con la palma hacia arriba, movió los dedos; la mano de Aileen se apartó de su regazo y se posó en la de Walter. Con un guiño y una sonrisa, se la llevó a los labios. Mientras su beso caía sobre el dorso de sus dedos, vio a su primo tensarse—. Tengo un regalo para milady —dijo retirándose. Giró la palma de la mano de Aileen hacia arriba. De su mano libre colgaba una cadena de oro adornada con un colgante salpicado de esmeraldas, una réplica más pequeña del que llevaba Jonathan. Se lo dejó caer en la mano, apretando los dedos alrededor—. Era de nuestra abuela —dijo—, hecho especialmente para ella y regalado el día de su boda. Coincide con la reliquia familiar transmitida de generación en generación. Creo que el original cuelga del cuello de tu marido. Ahora la versión más delicada es tuya. Junto con mi regalo, te ofrezco este deseo: Que vuestras vidas juntos sean felices para siempre.

Walter saltó del estrado y Lavinia se adelantó.

—Si la felicidad os elude —dijo, con su atención centrada en Jonathan—, ya sabéis dónde encontrarme.

Fue el turno de Aileen de ponerse tensa. La mujer era ciertamente descarada. Por lo que ella y Jonathan habían compartido, al parecer lady Bedford no sentía ningún reparo en hablar con la mayor franqueza a su antiguo amante, al margen de las sensibilidades de su nueva esposa. La pareja se paseó hacia la parte trasera del salón, y Aileen oyó la suave maldición de Jonathan. A quién condenaba, no podía decirlo, pero dudaba que fuera a lady Bedford. Ignorándole, abrió la

mano.

—Es precioso —dijo, inspeccionando el colgante—. ¿Era realmente de tu abuela?

—Sí, el colgante era de ella.

—Hubiera pensado que se lo daría a su propia esposa —dijo ella, admirando las esmeraldas.

—Normalmente uno pensaría eso. Pero es difícil predecir lo que hará Walter. Que te lo diera a ti no me sorprende.

—¿Por qué sois tan antipáticos el uno con el otro? ¿Habéis discutido?

—Es un asunto familiar, Aileen. Algún día te explicaré por qué estamos enemistados, pero hoy prefiero que no me recuerdes nuestros problemas. No me presiones al respecto.

—Como quieras —dijo ella, mirando de nuevo el colgante—. ¿Te opondrías si me lo pusiera?

—Es tuyo. Puedes hacer con él lo que quieras.

El tono de Jonathan era excesivamente frío, pero aun así Aileen se pasó la cadena por la cabeza. Aparte que no podía sostenerla durante todo el banquete, no tenía dónde ponerla. El colgante se posó en la hendidura de sus pechos, que volvieron a oprimirse dolorosamente contra su pecho. Se alegraría de librarse de su vestido prestado, otro de los de segunda mano de Ana, pensó Aileen; luego cambió rápidamente de opinión. Porque cuando por fin estuviera sin ropa, estaría en la cámara nupcial, con Jonathan a su lado. A Aileen le temblaban los nervios. Temía el momento en que realmente se entregaría a él. «¡Zorra!». La palabra resonó en su cabeza, asaltándola, pues de nuevo había pensado en su clan. Como ya no estaba segura de cuál era su lealtad, Aileen sintió que su ánimo se hundía. ¿Por qué, se preguntó, hundiéndose en su miseria, le había ocurrido esto?

Una trompeta anunció la llegada de James, llamando la atención de Aileen. Después de que él se hubiera instalado en su lugar, y los cortesanos hubieran ofrecido su reverencia, Aileen y Jonathan incluidos, comenzó el jolgorio. Primero fue el banquete. Una fila de sirvientes marchó desde las cocinas traseras, cada uno llevando al hombro una gran bandeja de succulentas carnes asadas. Pronto la comida se alineó en las mesas. Siguió con salsas, una variedad de frutas y verduras, quesos y panes. El vino fluyó libremente durante toda la comida, y durante algún tiempo después. Si a Jonathan le preocupaba que no hubiera suficiente para alimentar a todos los asistentes, no tenía por qué. Todos comieron hasta saciarse y algo más.

A continuación, se representó una mascarada nupcial, seguida de músicos y malabaristas. Absorta en la variedad de diversiones, que parecían comportarse por toda la enorme sala, Aileen olvidó momentáneamente sus preocupaciones.

Jonathan notó el subido color de sus mejillas; un brillo intenso iluminaba sus ojos. Sabía que había comido poco y bebido demasiado, y se preguntó si estaría realmente borracha. Su copa se apartó de la mesa una vez más, con su borde plateado apuntando a sus labios.

—Ya basta, querida —le dijo, cogiéndole la muñeca antes de que pudiera beber otro sorbo de vino. Al ver que fruncía el ceño, Jonathan se rió entre dientes—. Subirte a tus copas no te salvará de lo que te espera. Venga. Nuestros invitados parecen ansiosos por que empecemos el baile.

Arrancándole la copa de los dedos y colocándola sobre la mesa, Jonathan la cogió de la mano y la instó a levantarse de la silla, tras lo cual la condujo hacia la multitud que se entretenía y la soltó. A su señal, la música llenó el salón.

Rápidamente los invitados se reunieron alrededor, esperando a que los novios los condujeran a los primeros escalones de la *volta*.

—Milady —dijo él, inclinándose; luego le ofreció la mano—. Me complacería que me hiciera el honor.

—No puedo —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. No conozco ninguno de sus bailes.

—Aprenderás.

Aileen no tuvo tiempo de objetar, pues Jonathan la había guiado hasta el centro del salón. Mientras ella intentaba seguir sus pasos, los invitados se unieron a ellos. Todos bailaron con pericia (todos menos Aileen). De algún modo, logró dar varias vueltas, aunque no con gracia. Sintió la presión del muslo izquierdo de Jonathan; su mano izquierda se encontró con su vientre y fue levantada en el aire. Aileen aterrizó de pie, pero su salto no podía considerarse más que poco elegante.

—Lo has hecho bien —la elogió Jonathan con una sonrisa.

—¿Según los estándares de quién? —contraatacó ella, y oyó su profunda risa reverberar en sus oídos—. No tiene gracia —le reprendió ella, intentando de nuevo seguirle la corriente—. Ríete de mí otra vez y te dejaré aquí solo.

La alegría centelleó en sus ojos mientras contenía una sonrisa.

—Estaré muy atento a permanecer sombrío. —La giró de nuevo—. La *volta* era el baile favorito de nuestra difunta reina. Como ahora, se interpretaba a menudo en la corte.

—Probablemente fue lo que finalmente la mató —le devolvió Aileen, sabiendo que el salto estaba justo delante. Cuando llegó, ejecutó su segundo salto con más gracia que el primero, pero aún se sentía torpe y desgarbada. Su vestido y su *farthingale* tampoco ayudaban. Era un misterio para ella por qué estas mujeres se dejaban enredar en tan engorrosos atuendos. La comodidad, al parecer, cedía fácilmente ante el estilo. Al menos, con las cortesanas así era. Mientras Aileen permaneciera en la corte, ella también se vería constreñida por sus prácticas de vestir. Ansiosa por alejarse de toda esta pompa y volver a vestir su túnica y su sencilla falda de lana, preguntó: «¿Cuándo podríamos irnos de aquí?».

Jonathan la estudió.

—Me sorprende que estés tan ansiosa por abandonar a nuestros invitados. Pero si eso es lo que realmente deseas, nuestra alcoba está lista y esperando. —Un ardiente rubor tocó las mejillas de Aileen.

—No es lo que estaba pidiendo.

—Pero es mi respuesta —dijo él, sonriéndole—. Esta noche, querida, no iremos más allá de nuestra habitación.

Los dos habían dejado de bailar. Aileen miró fijamente a su marido, deseando poder decir que sus palabras no tenían ningún atractivo, pero no pudo. Tal vez fuera el vino, o posiblemente el ambiente festivo de la multitud que los rodeaba, o tal vez fuera simplemente el propio

Jonathan, pero mientras él la miraba, un sentimiento de excitación la recorrió. La dejó casi sin aliento.

—¿Qué pasa, Aileen? —preguntó Jonathan, pues ella parecía haber caído en trance.

Aileen parpadeó, pero justo cuando iba a responder, un grupo de hombres salió corriendo de aparentemente ninguna parte. Con muchos empujones, rodearon a Aileen, separándola de Jonathan. Este vio cómo su esposa era arrastrada por el alegre grupo hasta el extremo opuesto del salón. Un hombre hizo una reverencia y presentó su mano, y Jonathan supuso que había solicitado que Aileen se uniera a él en el baile. Ella miró a Jonathan y pareció estar de acuerdo, pues los dos se unieron a los cortesanos que saltaban y giraban alrededor del suelo.

—Ya te ha abandonado, por lo que veo —dijo Lavinia desde detrás de él. Jonathan se volvió hacia ella, y Lavinia le ofreció una sonrisa provocativa—. Ya que has perdido a tu compañera, quizá estés deseando buscar otra.

—Mi preferencia, Lavinia, es simplemente observar. Así que, si me disculpas, me despido.

Con una inclinación de cabeza, Jonathan dejó a Lavinia con su propia compañía; luego, fincando un lugar tranquilo, asistió al movimiento de su joven esposa, listo para intervenir si los juerguistas que la habían arrebatado de su lado se volvían revoltosos.

La música concluyó, y los bailarines se arremolinaron, esperando otra melodía. Una copa fue empujada a las manos de Aileen, que bebió el dulce líquido. Jonathan apartó el hombro de la columna donde descansaba, con la intención de hacerse cargo de la situación antes de que ella se embriagara del todo. Pero los músicos tocaron otro compás, cuya alegre melodía anunciaba el *couranto*.

Jonathan se relajó cuando la copa en manos de Aileen se apartó. Con el hombro apoyado de nuevo en la columna, observó cómo el joven que esperaba ser su pareja le explicaba la introducción del baile. Los hombres condujeron a las damas que habían elegido a un extremo de la sala y luego se retiraron. A su regreso, cada uno pidió a su bella doncella que se uniera a él. Como era de esperar, ella le dio la espalda, negándose. Arrodillándose, el hombre suplicó por su mano. Por supuesto, tras mucho engatusarla, la mujer cedió, aceptando su invitación. La pareja se dirigió entonces al centro.

La esposa de Jonathan parecía ansiosa por probar este nuevo baile. Después de que el joven le mostrara a Aileen los pasos ligeros y elásticos, Aileen los aprendió rápidamente, la condujo al lugar donde en unos momentos tenía intención de recogerla. Se retiró. El color subido marcaba sus mejillas. Parecía estar disfrutando, así que Jonathan decidió no hacerse el intruso. Ya tendría tiempo de recuperar a su esposa para que pudieran compartir otro baile. De momento, le permitiría a ella su propio recreo. El suyo llegaría definitivamente más tarde.

De repente, Jonathan se puso rígido, su mirada se centró en el recién llegado que se había postrado sobre una rodilla, suplicando la mano de Aileen. «El bastardo», pensó Jonathan, mirando atentamente a su primo. Cuando Aileen hubo jugado a la damisela tímida, finalmente cediendo y aceptando la invitación de Walter a bailar, Jonathan se alejó de la columna. Mientras la pareja pasaba al piso, uniéndose a las demás parejas, él se dirigió a otro rincón del salón, donde esperó.

Aileen siguió los pasos de Walter, preguntándose si su marido les observaba. Cuando se había apartado de su lado, se había sentido muy aliviada. Atrapada bajo su mirada hipnotizadora,

con sus fabulosos ojos azules manteniéndola hechizada, no podía comprender lo que le estaba ocurriendo. Sus emociones se habían descontrolado. Todos sus sentidos estaban en sintonía con él, y cualquier cosa que él deseara, ella se la daría de buena gana.

El sentimiento la confundía y la asustaba, pues siempre había gobernado sus sentidos por completo. Nadie había tenido nunca el poder de dominarla, hasta ahora. Su dominio sobre ella la había aturdido, y Aileen agradeció la interrupción. Solo podía imaginar lo que habría ocurrido si no la hubieran llevado al extremo opuesto de la habitación. Se había lanzado a la juerga, intentando calmar sus nervios; pero ahora, con el primo de Jonathan como compañero, temía haber ido demasiado lejos.

—Veo que llevas mi regalo —dijo Walter, con la mano cogida a la suya. Se miraron de frente mientras daban los rápidos saltitos del *couranto*—. Hubiera pensado que mi primo te ordenaría que lo mantuvieras fuera de la vista.

—Dijo que era mío para hacer con él lo que quisiera —dijo ella, y luego le estudió detenidamente—. ¿Por qué sois tan hostiles el uno con el otro? Usted es, supongo, su única familia.

—Sí, lo soy.

—¿Y bien?

—Será mejor que tu marido te diga qué es lo que nos mantiene enemistados. —Él percibió su mirada decepcionada—. Un intercambio, entonces —dijo—. Mi historia por la tuya. —Ella pareció desconcertada—. En el jardín, dijiste que había demasiadas cosas entre mi primo y tú. Supongo que lo que sea tiene que ver con el motivo por el que te has vestido de luto. ¿Es cierto?

—Es verdad.

—Es mi historia por la tuya o ninguna.

—De acuerdo —dijo Aileen, y luego se dejó conducir a un rincón tranquilo.

Asegurándose de que estaban a la vista, pues estaba seguro de que su primo les observaba, Walter relató su historia y la de Jonathan.

—Nuestros padres eran gemelos, aunque no idénticos, ya que el padre de Jonathan era el primogénito. Durante toda su vida fueron de lo más competitivos, al igual que Jonathan y yo en nuestra juventud. Ninguno de nosotros se llevaba bien. Siempre era un par de Eagles contra el otro. Nunca llegué a entender del todo por qué. Cuando Jonathan y yo éramos aún muy pequeños, él ocho años, yo seis, murió nuestro abuelo. Todo en Montbourne fue entregado al padre de Jonathan. A la muerte de nuestra abuela, seis veranos más tarde, una vieja enfermera declaró que no fue el padre de Jonathan el primero en venir al mundo, sino el mío. Solo unos meses antes de aquel suceso, nos habíamos mudado al viejo castillo, pues mi padre había dilapidado todos sus fondos. Estaba muy ansioso por cumplir esas palabras, pues siempre había deseado el título y las tierras que pertenecían al heredero. Por supuesto, también estaba el dinero. Hizo una petición a la reina, presentando a su único testigo, pero Isabel denegó su petición, pues la anciana enfermera estaba evidentemente senil. El rechazo no nos sentó bien, pero permanecemos en Montbourne. Mi tío era nuestra única fuente de ingresos. Mi padre siempre disfrutó de su cerveza y su vino, pero empezó a beber. Bastante, de hecho. Una brutal noche de invierno, varios años después, consiguió atraer al padre de Jonathan a una pelea. Las espadas eran sus armas. Mi tío sufrió una herida mortal. —Walter hizo una breve pausa y se miró las

manos—. Se dice que el padre de Jonathan había derrotado con justicia al mío, dejándole solo un rasguño en el brazo. Cuando mi tío le dio la espalda, mi padre cargó. La espada atravesó al hombre. Al darse cuenta de lo que había hecho, mi padre huyó del castillo, adentrándose en la noche. Lo encontraron al día siguiente, muerto de frío.

—¿Está diciendo que Jonathan le culpa de la muerte de su padre?

Walter se encogió de hombros.

—Pecados del padre, supongo. Pero tampoco se lo puse fácil. Mi padre estaba enfermo, pero yo seguía queriéndole. Yo también había perdido a un padre y me dolía tanto como a Jonathan. Pero toda la atención se centraba en él, el nuevo conde de Montbourne. La situación llegó a un punto crítico, y nosotros también nos peleamos. Mi madre y yo abandonamos el viejo castillo. Fue mejor que lo hiciéramos, pues gané mi independencia y, aunque no soy tan rico como tu marido, ahora puedo mantenerme bien. También tengo mi propio título.

—¿Y su madre?

—Vive tranquilamente en mi finca cerca de Nottingham. —Walter ladeó la cabeza—. Ahora ya conoces mi historia. Es hora de que yo conozca la tuya.

Aileen explicó en voz baja todo lo que había sucedido entre Jonathan y ella, sin dejar apenas nada sin contar.

—Es la razón por la que llevo luto, Walter. Al igual que entre Jonathan y usted, es la muerte de un ser querido lo que nos separa. No sé si alguna vez podré perdonarle. Hammish nunca debería haber muerto.

Unos ojos amables la miraron.

—Aunque no lo parezca, mi primo es un hombre muy bondadoso, Aileen. Nunca haría daño a un alma viviente, a menos que fuera para proteger a alguien muypreciado para él. Y solo entonces, estaría dispuesto a matar. Lo que le ocurrió a su Hammish fue un accidente. Créeme cuando te digo que Jonathan sufriría por lo que ha pasado. Le conozco. Es la verdad.

—Maggie dijo casi lo mismo.

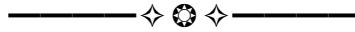
—Es hora de que creas lo que te dicen. Míralo no como un inglés, no como el hombre que accidentalmente mató a tu primo, sino como el hombre que es. Deshazte de tu odio y resentimiento, pues la felicidad te espera. Abre tu corazón, Aileen, y déjale entrar.

Depositó un beso en su mejilla, y Aileen vio cómo se fue entre la multitud. Cuando ya no pudo ver a Walter, volvió su atención a la sala en general, buscando el paradero de Jonathan. Al no ver a su marido, recorrió el perímetro de la sala. Seguía sin ver a Jonathan. Al divisar a lady Bedford, supo que no estaba con ella y respiró aliviada. Se arrimó a un rincón y luego, de puntillas, volvió a escudriñar a la multitud. Una mano la agarró del brazo. Girándose, miró fijamente a su marido.

La mirada sin emoción de Jonathan la recorrió de pies a cabeza.

—Tus diversiones de niña han terminado, dulce esposa. Es hora de que te ocupes de las de tu marido.

## Capítulo 11



La puerta de la habitación de Jonathan se cerró con un golpe seco. El sonido estalló en los oídos de Aileen; dio un respingo. La hora había llegado; pero no estaba preparada para esto.

Si los rayos podían atravesar piedras gruesas y mortero, ella rezaba para que uno la encontrara enseguida.

Desde el otro lado de la habitación, Jonathan contempló a su nueva esposa. La suave luz de las velas besaba su pálida piel. Con los ojos muy abiertos y la mirada fija, parecía a punto de desmayarse. No le sorprendería lo más mínimo que lo hiciera. Seguro de que conocía sus pensamientos, se rió entre dientes.

—Nuestro creador no intervendrá, Aileen. Fue en Su nombre que hicimos nuestros votos. Yo soy tu marido y tú eres mi mujer. Como está escrito, nos convertiremos en uno.

La mirada de Aileen cayó a sus pies. Lo que había dicho era cierto. Esta noche, la clemencia la rehuiría.

—Sé que se espera que me someta, pero...

—No es tu sumisión lo que quiero —interrumpió Jonathan—. Es mi deseo que participes.

—Pero dijiste...

—Sé lo que dije. Fue la vanidad masculina la que habló. No te forzaré, Aileen, no es mi manera. Debes venir a mí libremente. La elección tiene que ser tuya.

La sinceridad la encontró cuando le miró de nuevo.

—¿Cómo puedo acudir a ti cuando tanto se interpone entre nosotros? —preguntó ella. Sintiendo casi dominada por sus maravillosos ojos, le dio la espalda—. Han pasado demasiadas cosas.

Manteniéndose junto a la puerta, Jonathan observó su cabeza inclinada. Cuando la había visto con Walter, los celos le habían desgarrado. Impulsado por la ira, su primera respuesta había sido separar a los dos. Sin embargo, había esperado, listo para atacar. Cuando ella estuvo sola, se había abalanzado, prácticamente arrastrándola hasta aquí, donde había planeado hacerla sucumbir a su dominio. Pero al cerrarse la puerta, había pensado en otro lugar, en otro momento. Como ahora, su temperamento le había llevado a reaccionar así, y casi había supuesto su muerte.

Sabiendo que no podía hacer daño a Aileen (al menos, nunca más) había cejado en su empeño de tenerla a toda costa. La elección, como él le había dicho, seguía siendo suya. Pero no pudo evitar preguntar: «¿Estás segura de que no podemos superar esas cosas que nos separan?». Ella no respondió. «Es más que la muerte de Hammish, ¿no?».

—Sí... no. —El aire llenó sus pulmones hasta casi reventar; expulsó el aliento en un suspiro—. No puedo decirlo.

En silencio, Jonathan cruzó el espacio que los separaba. Sus manos cayeron sobre los hombros de ella; la hizo girar.

—Mírame —le dijo, su dedo le empujó la barbilla hacia arriba. Sus ojos se encontraron con los de él—. Son tus compañeros de clan, ¿verdad? Crees que te tacharán de traidora, ¿verdad?

—Sí —admitió ella, incapaz de mentirle—. Es mi mayor temor que digan que les he traicionado y me tachen de traidora, entre otras cosas.

La ira acuchilló a Jonathan al imaginar esas «otras cosas».

—No pueden castigarte por algo que no pudiste controlar. James ordenó que nos casáramos. Uno no puede negarse a su soberano sin sufrir algún tipo de castigo. Seguramente entenderán que no tuviste elección.

—Sí tuve elección —insistió ella—. Podría haber elegido la Torre. O incluso la muerte.

Él la miró a la cara durante lo que a Aileen le pareció una eternidad.

—Supongo que podrías haberlo hecho —dijo él, enloquecido al pensar que ella elegiría cualquiera de las dos cosas—. Pero no lo hiciste. ¿Por qué?

—No lo sé —titubeó ella, intentando apartar la mirada, pero él no lo permitió.

—La verdad, pequeña. ¿Por qué no me rechazaste como marido?

Mil mentiras cruzaron su mente, pero no pudo pronunciar ninguna. Sintió que se desmoronaba por dentro. Sus palabras salieron precipitadamente.

—Como jefa de mi clan, debería haberlo hecho, pero como mujer...

Aileen se tragó el resto, sabiendo que había dicho demasiado. Ahora él conservaba el control sobre ella, y ella se lo había dado. Sabía que ella sentía atracción por él. Lo vio en sus ojos, su mirada interrogante que se había vuelto perceptiva, luego confidente. ¿Por qué le había permitido tal conocimiento? Estaba condenada, pensó, segura de que sucumbiría a su atractivo masculino.

Jonathan observó el juego de emociones sobre su rostro. Ella no había querido exponer sus sentimientos de esa manera, especialmente ante él. Un pequeño gemido escapó de su garganta e intentó apartar la mirada, pero de nuevo él no lo permitió. Sus brazos la rodearon, sujetándola con fuerza.

—No es motivo para sentirse avergonzada, pequeña. Como hombre, te deseo con todo mi ser. Estamos casados. Nada puede cambiarlo. Eres mi esposa, Aileen. Por esta única noche, permítete sentir lo que es convertirse en mujer, plena y completamente. No te decepcionaré —susurró, su aliento cálido y dulce abanicaba su rostro—. Te lo prometo.

Sus palabras la atravesaron como un río de fuego. Cada centímetro de ella ardía de deseo. Si fuera un hombre deseando a una mujer, enemiga o no, podría saciar su lujuria (violentamente, si lo deseaba) y nadie en su clan cuestionaría su derecho a hacerlo. Pero como mujer, se esperaba de ella que se mantuviera pura, que rechazara lo que su familia consideraba una amenaza. Incluso si eso significaba quitarse la vida, no debía someterse. Qué injusto era que la juzgaran de forma diferente, simplemente por su género, pensó Aileen. Oyó su nombre y miró al hombre al que supuestamente debía renunciar.

—Déjate llenar, pequeña —le instó Jonathan, con sus labios a un suave soplo de los de ella —. Toma lo que quieras. Olvida todo lo demás. Por una vez, cede a tus propias necesidades y experimenta el encanto que te espera esta noche. La elección es tuya.

Hipnotizada por sus palabras, Aileen miró fijamente sus ojos seductores. Le suplicaba que se rindiera a sus propios deseos, que se entregara a él. Desde el momento en que le vio por primera vez, se había sentido intrigada por aquel hombre. Negar que sentía algo por él sería una mentira. Siempre consciente de sus necesidades, de sus deseos, había dado tanto a aquellos a quienes dirigía. Solo por esta vez, ¿por qué no podía aprovechar lo que quería? Cansada de luchar contra lo que más ansiaba, se desinhibió. Con un pequeño gemido, sus manos se alzaron; sus dedos se enroscaron en su espeso cabello de ébano.

—Bésame —imploró, sin saber que lo hacía.

Un gemido tembló en la garganta de Jonathan, luego su boca impaciente cubrió la de ella. Calientes y húmedos, sus labios obraron su magia, burlándose, jugando, devorando la dulce tentación que lo dominaba. «Como la miel», pensó, luchando contra la necesidad de tomarla rápido y con fuerza. Desde el día en que casi había cabalgado sobre ella, había querido yacer con ella, lo había hecho muchas veces en sus sueños. «Virginal», se recordó a sí mismo, sabiendo que tenía que ser delicado con ella. Ella había hecho su elección. La euforia le llenó. Pero se preguntó si el arrepentimiento la reclamaría más tarde.

El fuego en sus entrañas ardió con una potencia que casi lo consumió, y su preocupación se hizo a un lado. Él la deseaba. Ella estaba dispuesta. Era lo único que realmente importaba. El mañana podría traer lo que fuera. Su lengua ansiosa le recorrió el labio inferior y luego sus dientes mordisquearon suavemente su plenitud.

—Ábrete a mí —le incitó en un ronco susurro—. Déjame saborearte plenamente.

Al oír la urgencia en su voz, Aileen obedeció. Cuando la lengua de él se deslizó entre sus labios, explorando libremente, todo sentimiento se precipitó en lo más profundo de su vientre. La fuerza de ello la asustó, pues le dolía. Se aferró a él, con el calor irradiando a través de ella, subiendo en espiral desde su núcleo, y pensó que se estaba derritiendo. Segura de que se disolvería en una masa líquida a sus pies, sintió que su lengua se retiraba. Su boca hambrienta abandonó la de ella; Aileen gimió ante su pérdida.

Rastreó momentáneamente los delicados pliegues de su oreja; sus dientes se burlaron del lóbulo.

—Quiero sentir tu piel; sentir su tacto sedoso contra la mía —susurró, sus labios jugueteaban detrás de la oreja de ella—. Déjame desvelarte, Aileen. Permite que mis ojos contemplen tu belleza.

Sus manos ya trabajaban en los cierres de su vestido. Ella no protestó, y cada capa de ropa fue cayendo hasta dejarla al descubierto por completo. La cadena y el colgante cayeron de sus dedos, y mientras sus gruesas pestañas cerraban su ardiente mirada, él bebió en la visión de ella.

El pelo largo y rojo como el fuego le rodeaba los hombros y le llegaba hasta la cintura; la piel de marfil, ya no pálida, mantenía un sonrosado rubor. Sus pechos, llenos y altos, sus tentadores pezones tensos, suplicaban ser poseídos tanto por sus manos como por su boca. Sus ojos rozaron su pequeña cintura para posarse en los suaves rizos rojizos anidados en la unión de sus muslos satinados. Los secretos ocultos allí le llamaron, y sintió que se endurecía

dolorosamente. «Perfección», pensó Jonathan, entonces sus manos trabajaron en su propia ropa, casi arrancándosela del cuerpo.

Desnudos, se quedaron uno frente al otro. Acostumbrada a ver la desnudez de un hombre, pues los varones de su clan no eran muy dados al pudor, Aileen no sintió vergüenza alguna. Poderoso y fuerte, orgulloso y alto, el hombre que tenía delante era mucho más excepcional que cualquiera que ella hubiera visto jamás. La mano de un escultor no podría haber forjado tal perfección... no a los ojos de Aileen. Inesperadamente, se inclinó hacia él. Sus labios tocaron su amplio pecho junto al medallón con incrustaciones de esmeralda que descansaba allí.

—Hazme el amor —susurró, su aliento abanicando el crujiente cabello negro, sus labios moviéndose hacia arriba junto a la gruesa cadena de oro—. Hazme olvidar todo... todo excepto a ti.

Sus palabras atravesaron a Jonathan como una lanza flamígera. Si antes se había creído excitado, descubrió que estaba equivocado. Palpitante de fuego, su sangre fluyó a través de él como lava fundida; todo su cuerpo ardía con la intensidad de su anhelo mientras sus entrañas palpitaban insoportablemente. Mundano como era, nunca había deseado tanto a una mujer. A pesar de su petición, vaciló.

—¿Es esto lo que realmente deseas? —le preguntó.

Aileen miró sus ojos interrogantes, que se habían oscurecido hasta volverse añiles. En sus maravillosas profundidades, el anhelo se conjugaba con la duda.

—Sí... de verdad —susurró, y supo en su corazón que era así.

Sus palabras apenas habían salido de sus labios cuando Jonathan la levantó entre sus brazos nervudos.

—Que así sea —dijo, llevándola a la cama. Las sábanas frías se encontraron con la espalda de Aileen. Azotando el medallón sobre su cabeza, Jonathan lo arrojó a un lado. Repiqueteó contra el suelo de piedra; luego, de repente, estaba junto a ella. Su gran mano se posó en su cintura mientras se inclinaba sobre ella—. Lo olvidarás todo, pequeña —dijo, con voz ronca—. Todo excepto a mí.

Las pestañas de Aileen cayeron cerrándose justo cuando su boca capturó la suya. De nuevo obró su dulce magia. Cuando su lengua recorrió sus labios, ella se abrió a él de buena gana. Impaciente, atrajo la húmeda astilla hacia su interior, donde jugó abandonadamente con la suya. Deseosa de tocarlo, de sentir la tersura de su piel, levantó los brazos y sus dedos ansiosos se deslizaron por sus hombros lisos, alisando y acariciando la musculatura ondulante. Se deslizó hacia la nuca de su poderoso cuello, y luego se enhebró entre los espesos mechones negros que coronaban su cabeza. Se enroscó en sus mechones, y ella tiró de él para acercarlo, sintiendo que se mantenía demasiado lejos. Aileen gimió cuando los labios de Jonathan se apretaron con fuerza contra los suyos. Su boca buscó brevemente, luego abandonó la de ella por completo.

Jonathan contempló el enrojecimiento de la boca de Aileen y luego sus inquisitivos ojos, que se habían abierto en el instante en que él se había apartado. Tenía hambre de ella, quería devorar cada pedacito de carne que ella le ofrecía. Sin embargo, en su urgente necesidad, temía magullarla, hacerle daño. Le llegaría el momento en que el calor de su pasión dictara la fuerza de su unión. Salvaje y libre podría ser su próxima unión, pero la primera debía realizarse con cuidado.

—No tenemos por qué precipitarnos —dijo él, apartando la mano de su cintura y rozando ligeramente sus labios con el pulgar para tranquilizarlos—. Ve con calma, pequeña. Permítete sentir plenamente cada nueva emoción antes de experimentar otra. —Sus dedos recorrieron su mejilla hasta la sien, y luego se adentraron en su sedoso cabello. Extendió las lustrosas hebras sobre la almohada—. Quiero hacerte el amor, Aileen, pero quiero que el placer sea únicamente tuyo. ¿Confiarás en mí para darte el gozo que anhelas?

«Confía en mí...» las palabras se instalaron en su interior, y mientras Aileen buscaba su rostro, se preguntó si eso era posible. Su mirada abierta permanecía fija en ella. De repente se dio cuenta de que, a excepción de lo de Walter, él siempre había sido sincero con ella. Ella era la que había roto la confianza que había entre ellos. Ella era la que había sido deshonesto. Le había prometido placer, pero ¿y él?

—¿No deseas lo mismo para ti?

—Mi placer vendrá a través de ti. Al dar, yo también recibiré —dijo—. ¿Confiarás en mí? —Al verla asentir, su propia excitación creció. Ninguna mujer había aceptado concederle tal poder sobre su cuerpo como lo había hecho Aileen. Él no abusaría de ello. Ni mucho menos—. Pequeña, debes hacer todo lo que te diga. —De nuevo ella asintió—. Coloca las manos bajo la almohada, luego cierra los ojos y deja que tu mente flote libre. No pienses. Solo permítete sentir. —Sus manos encontraron el lugar que él había nombrado y Aileen buscó de nuevo su rostro. Su mirada prometía plenitud. Lentamente sus ojos se cerraron; su aliento salió de sus pulmones, y se relajó por completo—. Solo siente, Aileen —susurró él, con sus labios rozando los de ella—. Siente el placer que te doy.

Con las pestañas selladas al mundo exterior, Aileen sintió el roce de sus labios sobre los suyos, que luego recorrieron ligeramente su mejilla hasta llegar a su oreja. Los dientes mordisquearon suavemente el pequeño lóbulo. Un momento después, la boca abierta de él, húmeda y cálida, trazó la garganta de ella. Instintivamente, su cabeza se hundió más en la almohada mientras su cuello se arqueaba, dando a los labios de él más libertad para jugar. Su lengua le lamió la garganta, deteniéndose en su pulso. Momentáneamente acarició el punto, luego sus labios succionaron suavemente. Escalofríos le recorrieron la espina dorsal, la piel de gallina se le subió a los brazos y tembló de pies a cabeza.

Jonathan se echó hacia atrás para mirarla; los párpados de Aileen fluctuaron.

—No mires, cariño. Siente las sensaciones. Sostén cada una para ti y disfrútala. —Sus párpados se asentaron y volvió a relajarse—. Eso es, amor. Hazte una con el momento. —Su atención se había desplazado a los pechos de ella y observó los pezones tensos. Deseando saborearlos, pasó la mano por su cintura. Lentamente, sus dedos se deslizaron hacia arriba para captar la plenitud de uno de los pechos; su palma rozó su cresta, y su carne se hizo un hoyuelo. Se inclinó hacia el tentador pico y susurró: Experimenta el placer.

Las palabras rozaron su pecho, luego su lengua caliente chasqueó contra su pezón. Sus dientes tiraron suavemente justo antes de que su boca cubriera la corona. Mientras succionaba, un relámpago atravesó a Aileen, disparándose hacia arriba y luego hacia abajo. Ella se sacudió ante su fuerza; sus dedos se enroscaron en la parte inferior de la almohada. A lo lejos, oyó la risita de Jonathan al levantar la boca. La energía que había corrido por ella se asentó en lo más profundo de su estómago. Palpitaba, lista para renovarse, y cuando sus labios capturaron el segundo pico, volvió a cargar a través de ella; su aliento se precipitó en sus pulmones.

Al oír el siseo del aire entre sus dientes, Jonathan sonrió para sí. Sus labios abandonaron su pecho para rozar su piel satinada hasta llegar a su ombligo. Su lengua jugó ligeramente en el pequeño recoveco y luego se movió hasta el borde exterior de su cadera. Bajando por una pierna y subiendo por la otra, sus besos llovieron libremente; Aileen gimió suavemente. Cuando por fin su boca dio una vuelta completa, Jonathan la dirigió al centro de ella. Sus labios rozaron sus rizos, y todo el cuerpo de Aileen estuvo a punto de impulsarse fuera de la cama.

—¡No! —gritó mientras sus manos fluían de debajo de la almohada para cubrirse.

La mirada de ojos pesados de Jonathan se encontró con la suya.

—¿Te produce dolor?

—N... no —dijo ella, con voz inestable.

—Cierra los ojos, pequeña, y disfruta de la sensación.

Con la vista nublada por el deseo, ella le miró. Al cabo de un momento, sus pestañas se cerraron lentamente; sus manos cayeron a los costados. Él la instó a separar las piernas, y Aileen se abrió a él. Acomodándose entre sus muslos extendidos, Jonathan la devoró con la mirada. Tragándose un gemido, se inclinó hacia ella. Aileen sintió el roce de sus labios, luego el suave chasqueo de su lengua.

Mientras recorría sus pliegues de seda, tanteando con ternura, una tempestad de anhelo la recorrió, sus dedos se enroscaron en las sábanas mientras intentaba aferrarse. Azotada por los vientos de la pasión, sintió que estaba a punto de navegar hacia el olvido, para no volver jamás. Asustada, soltó: «¡Para... por favor! No puedo aguantar más».

Jonathan se echó hacia atrás, con los talones encontrándose con sus ancas nervudas, y vio que los párpados de ella se apretaban con fuerza. No se atrevía a mirarle. Sus emociones giraban salvajemente en su interior, él lo sabía. Temerosa de su fuerza, temerosa de perderse para siempre, se negaba a dejar que su deseo volara libre.

—Esto no ha hecho más que empezar —respiró él roncamente, decidido a que ella experimentara la última de todas las sensaciones. Mientras se arrodillaba entre sus piernas, sus dedos la reclamaron. Expertamente la engatusó con el ritmo de su mano hasta que volvió a estar húmeda y deseosa. Impaciente por saborearla de nuevo, sus labios la encontraron, su lengua la sondeó, y cuando sus caderas se retorcieron contra él, la abandonó para moverse por encima de ella. De nuevo estaban cara a cara—. Mírame, Aileen. —Sus ojos se abrieron—. Ha llegado la hora de mi placer también. Guíame, pequeña —dijo él, cogiéndole la mano. Sus fríos dedos lo encontraron. Ante su tacto, él palpitó intolerablemente; gotitas se filtraron de la resbaladiza corona. Luchó por controlarse, su cabeza cayó hacia atrás. Un gruñido escapó de su garganta, luego el aire llenó sus pulmones mientras se estabilizaba—. Muéstrame el camino —imploró con ronquera, y fue conducido infaliblemente al refugio que buscaba. Se introdujo en ella, encontrándose con su cabeza de doncella—. Bésame, Aileen.

Los labios se encontraron con avidez. Cuando se sintió seguro de que su boca burlona la tenía hechizada, empujó hacia arriba y luego se deslizó dentro de ella por completo. Cuando ella se acostumbró a él, él se movió, lenta y suavemente. A instancias de ella, pronto aumentó el ritmo. Ella parecía ansiosa por liberarse, y Jonathan se perdió en ella. Su placer era suyo. Solo dando podía recibir. Su mano se deslizó bajo su tentador culito, atrayéndola más cerca. La cadencia de su hacer el amor cambió a medida que sus caderas giraban contra ella. Un pequeño

grito llenó sus oídos y, mientras la miraba, el éxtasis pintó su hermoso rostro. Manteniéndose quieto, sintió los restos de su gozo. Pequeños espasmos acariciaron su virilidad, y ya no pudo contener su propio deseo. Una, dos veces, penetró en ella y, con un grito gutural, derramó su semilla en lo más profundo de su ser.

Los latidos del corazón se ralentizaron y la respiración pronto se calmó; Aileen yacía aturdida. Un dulce calor la llenaba. Nunca había experimentado tanta dicha. Y Jonathan Eagle era su fuente. Su amado señor de leyenda. Antes su enemigo, ahora era su esposo y amante. Estaba condenada si alguna vez le abandonaba. Sería suya mientras él la deseara, mientras la quisiera a su lado. Su clan simplemente tendría que aceptarlo, porque ella nunca le abandonaría. Esos nuevos sentimientos la envolvieron cómodamente, y Aileen se preguntó si aquello podría ser amor.

Con el corazón rebosante de alegría, su cuerpo aún cubriendo el de ella, Jonathan miró el rostro resplandeciente de Aileen. El éxtasis no empezaba a describir lo que había sentido, lo que aún sentía. Estaba asombrado por la experiencia, sin palabras. Tentado de volver a saborear sus labios y transmitirle su placer, bajó la cabeza.

En el mismo momento, la puerta que aseguraba su intimidad se abrió de golpe; unas sonoras carcajadas resonaron en la habitación. Con un grito, Aileen se arrebujó en la sábana mientras Jonathan rodaba lejos de ella. Ocultos bajo la manta, ambos contemplaron a los numerosos retozones que se habían reunido para la fiesta de los fardos, incluido su rey. Casi todos estaban borrachos.

—Llegamos demasiado tarde —dijo James con un pesado ceceo—. La hazaña ya está hecha.

El soberano se tambaleó hacia la cama, y Jonathan se sentó de un tirón.

—Sí, así es —afirmó, colocando su cuerpo entre su temblorosa esposa y sus huéspedes no invitados—. Afortunadamente para nosotros, usted se perdió el acontecimiento. Ya que no existe el espectáculo, tenga la amabilidad de despedirse.

—¡Bah! —replicó su rey—. No tenéis por qué ser tan antipáticos. Solo hemos venido a desearle lo mejor. —Al ver doble, James notó cómo ambos lores Montbournes lo fulminaban con la mirada. No deseando en absoluto entablar batalla con dos Jonathan Eagles, el rey se batió sabiamente en retirada—. Niños, niños —dijo, volviéndose hacia su rebaño—, no somos bienvenidos aquí, así que partamos.

Con mucho gruñido, el grupo se dio la vuelta y salió por la puerta. Solo quedaban dos, y Aileen se sintió muy incómoda. Mientras lady Bedford evaluaba fríamente a Aileen, Walter observaba a su primo, con aire indiferente.

—¿Deseas seguir a los demás, Rancourt? —preguntó Jonathan al cabo de un momento—. ¿O es necesario que me levante y te ponga de patitas en la calle?

—No es necesario, primo. Lady Bedford y yo ya nos íbamos. Ven, Lavinia. El matrimonio ha sido consumado, y por lo que puedo ver, nuestros recién casados están bastante compenetrados el uno con el otro. Démosles algo de intimidad para que continúen con lo que estaban haciendo.

La mirada gélida de Lavinia se dirigió brevemente a Jonathan, luego giró sobre sus talones y salió por la puerta. Con un gesto de la mano, Walter salió tras ella, cerrando el panel tras él.

Jonathan saltó de la cama, una vívida maldición salió de sus labios mientras empujaba una robusta silla contra la puerta. Con la sábana sujeta a su cuerpo, Aileen se incorporó.

—¿Esperas que vuelvan?

—Espero que ocurra casi cualquier cosa mientras permanezcamos en la corte. —Recuperando el medallón y deslizando la cadena sobre su cabeza, se dirigió a un cofre y sacó ropa limpia—. Levántate, pequeña —dijo mientras empezaba a vestirse—. Después de despertar a Maggie, ella te ayudará a vestirte.

Sintiéndose algo tímida, continuó ocultándose tras la sábana.

—¿Qué piensas hacer?

—Partimos inmediatamente hacia Montbourne —dijo él, con los ojos brillantes—. Podemos hacer lo que queramos, durante el tiempo que queramos, y nadie se atreverá a molestarnos. Tenemos mucho que compartir, Aileen. Todo ello más placentero que lo que ya ha pasado entre nosotros.

Al recordar el placer de su unión, Aileen sintió que la invadía un rubor ardiente. ¿Cómo podría algo superar el éxtasis que ya había sido suyo?

Jonathan pensó que ella parecía no creerle.

—Solo hemos rozado el borde del éxtasis, pequeña. Mañana, en Montbourne, buscaremos su núcleo.



Aileen estaba de pie junto a las puertas que daban al gran salón de Montbourne.

El resplandor de amor brillaba en sus ojos mientras observaba a su marido atravesar la extensión entre los establos y ella. Él acababa de regresar de su excursión diaria y había entregado el semental al muchacho que les esperaba. Un caballo era todo lo que utilizaban, pues preferían cabalgar juntos. Menudo paseo había sido, pensó Aileen, recordando su asombroso interludio. Uno no creería posible algo así. No a lomos de un semental. Pero teniendo en cuenta al hombre y su insaciable lujuria, ella había aprendido a esperar lo inesperado con Jonathan. Admirando sus apuestos rasgos, bañados por la cálida luz del sol, supo que nunca se cansaría de este hombre.

Su satisfacción residía en él. El mes pasado parecía un sueño, un sueño del que nunca quiso despertar.

—Bueno, milady —dijo Jonathan—, ¿disfrutó del paseo de este día?

—Sí, lo hice —dijo ella, con una sonrisa burlándose de sus labios—. Milord es un gran jinete. Estoy impresionada por su habilidad.

Una mirada cómplice bailó en sus ojos azules.

—La elección de mi montura tiene mucho que ver con mi destreza. Al lado de los mejores, tiendo a darlo todo. Aún me he quedado corto, amor. —Sus últimas palabras eran una afirmación, no una pregunta. El profuso rubor de Aileen le hizo soltar una risita—. Ven, mi pequeña potranca. Veamos si mis proezas son mayores dentro que fuera.

—¿Nunca te cansas de... de... ya sabes? —susurró ella, pues ahora estaban dentro del salón y temía que su voz resonara en la vasta estancia.

—¿Hacer el amor? —preguntó con descaro, con sus palabras rebotando en las paredes. Las cabezas de los sirvientes se volvieron hacia ellos, y Aileen estuvo a punto de derretirse por una rendija—. A ti, no —dijo con un guiño—. No cuando me das un placer tan insoportablemente dulce.

Él llegó a las escaleras justo cuando Maggie llegaba del vestíbulo trasero, con los brazos cargados de ropa remendada.

—Ya que va a subir, puede llevarse esto. —Miró tanto a Jonathan como a Aileen con severidad—. Rompa otra puntada mientras esté en los estertores de la pasión, y tendrá que reparar su propia ropa a partir de ahora. Tengo demasiadas cosas más que hacer.

El gran bulto se amontonó en los brazos de Jonathan.

—Tendremos mucho cuidado al desvestirnos, ama Warren. De hecho, para ahorrarle más trabajo, permaneceremos desvestidos todo el día.

—Es vuestra casa. Podéis correr desnudos por ella, si queréis. Pero no rompan ni un hilo más.

Con la boca abierta, Aileen había escuchado el intercambio. Después de que Maggie se marchara, parpadeó y miró fijamente a su marido.

—No dejes que su franqueza te sobresalte, cariño. Ella prácticamente me crió. Puede que sea poco pulida, pero es una de las mujeres más finas que conozco. —Movié el bulto entre sus brazos—. Ven. Busquemos nuestra habitación. Tenemos otras ropas de las que ocuparnos y hay que tratarlas con mucho cuidado.

Aileen quería hablar con Maggie, pero tenía que hacerlo sola. Hoy se cumplía un mes de su boda, y esperaba pasar la velada a solas con su marido, con la cena servida en su habitación.

—Subiré en un momento —le dijo, haciéndole señas para que se fuera—. Tengo que hablar con los criados. No tardaré.

Su mirada perezosa se fijó en ella.

—¿Lo prometes?

—Prometido.

Aileen se dirigió hacia el vestíbulo trasero y Jonathan subió las escaleras. A medio camino, se encontró con el descendente Samuel Warren.

—Han llegado dos cartas mientras usted estaba fuera, señor —anunció su mayordomo—. Las he colocado sobre la mesa de su habitación.

—Gracias, Warren. —Jonathan volvió a mover el fardo—. En cuanto puedas, busca el finísimo vino que poseo. Lo necesitare para esta noche.

El hombre movió la cabeza.

—Enseguida, señor.

Su mayordomo se apresuró a bajar las escaleras mientras Jonathan las subía. Dentro de su habitación, dejó la ropa a un lado y luego buscó las cartas. La primera, descubrió, era de Lavinia.

Dándole una lectura superficial, la tiró a un lado.

La segunda era de sir John. A diferencia de la de Lavinia, el contenido de la de sir John captó su atención. Un párrafo le llamó especialmente la atención.

*...Es más que un rumor, me temo. James está lívido por los ataques no provocados del clan Lochlan a sus vecinos. Los que son leales a la Corona sufren enormemente, mientras que otros que aún cuestionan tal autoridad son incitados a unirse a la causa. Nuestro rey amasa un ejército de casi quinientos para cabalgar hacia el norte. Las bajas prometen ser cuantiosas, al menos para los de McNamara. Por el bien de su esposa, pensé que debía estar al tanto de esto.*

¡Maldita sea la suerte! Si Aileen se enteraba de lo que ocurría en McNamara, se pondría en marcha hacia las Tierras Altas. De alguna manera tenía que mantenerla ignorante de estos acontecimientos, pasados, presentes y futuros. O de lo contrario su tranquilidad y la de Aileen quedarían destruidas. Sin embargo, por el bien de ella, sintió que debía intentar intervenir. Malcom fue el instigador de esta insurrección. Otros, sin duda, le seguían ciegamente. Masacrar al conjunto sería una parodia de la justicia. Debía persuadir a James para que moderara su ira contra el clan Lochlan. Mañana tenía intención de cabalgar hacia Londres.

Unos pasos suaves cayeron en el pasillo, acercándose cada vez más a su habitación. Metiendo de golpe la carta de sir John entre las páginas de un libro que yacía sobre la mesa, Jonathan borró la dura mirada de su rostro. El sonido de los pasos de su esposa le insinuaba que estaba a pocos metros de la puerta. Fingiendo aburrimiento, se miró las uñas de una mano y divisó la carta de Lavinia, que de algún modo había caído al suelo. Cogiéndola, buscó a su alrededor un lugar donde esconderla. Un cofre bajo estaba abierto a solo un metro de distancia. Arrojando la carta dentro, golpeó la tapa con el pie. Un segundo después, Aileen entró en la habitación.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó, con la voz casi chillona.

Frunciendo el ceño, miró fijamente a su marido. Él se dirigió hacia ella, una extraña sonrisa reclamando su rostro.

—No han pasado más de cinco minutos desde que te dejé —se defendió ella, manteniéndose cerca de la puerta.

—Más bien diez —rebatía él—. Incluso un segundo es demasiado tiempo para estar lejos de ti. —La puerta se cerró de golpe y Jonathan cogió a Aileen en brazos. La llevó hacia su cama—. Te he echado de menos, cariño. Tu ausencia me ha dejado vacío. Renueva la alegría en mí. Solo así volveré a estar completo.

Aileen se tumbó de lado en la cama y observó cómo su marido se despojaba de la camisa. En su precipitación, el lino se rasgó. Ella lo remendaría de buena gana, cien veces más, durante todo el tiempo que él viniera a ella, y algo más. Los calzones de cuero se deslizaron por sus piernas nervudas. Salvo por el medallón, estaba desnudo.

Las esmeraldas le guiñaron un ojo, y a ella le picó la mano para tocar el lugar donde el pesado círculo de oro descansaba contra su pecho. Su mirada tropezó más abajo, y se maravilló de su resistencia. Por cuarta vez en el día, estaba completamente excitado, duro y preparado. Tirando de su propia ropa, arrojándola al suelo, se recostó y abrió los brazos, luego las piernas.

—Ven a mí —susurró, haciéndole señas.

La rodilla de Jonathan hizo mella en el colchón de plumas cuando su peso se asentó en la cama.

—Eres una muchacha bonita, Aileen. Una mujer que conoce mi propio corazón. —Sus nudillos rozaron el mechón de rizos rojos, luego dos largos dedos se deslizaron dentro de ella, creando un juego rítmico. Su pulgar acarició el capullo, haciéndolo girar suavemente. Ella se arqueó contra su mano, gimiendo suavemente; Jonathan se rió entre dientes—. Me deseas, ¿verdad?

—Sí —respiró ella.

—Muéstrame dónde.

Su mano capturó su miembro hinchado; le instó hacia ella.

—Aquí —dijo, y su húmeda corona se encontró con su lugar secreto, el lugar que solo él había conocido.

Estaba caliente y húmeda; Jonathan se introdujo en ella hasta perderse por completo.

—Complétame, Aileen. Renueva mi gozo.

Para deleite de Jonathan, encontró el rejuvenecimiento de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, siendo Aileen su único placer. Al amanecer, le besó la frente y luego se escabulló silenciosamente de su habitación, con la carta de sir John metida en el cinturón. Cuando Aileen despertó varias horas después, descubrió que él se había ido.

## Capítulo 12



A última hora de la tarde, Aileen entró en la alcoba vacía, con la camisa reparada de Jonathan en la mano. Echó un vistazo a su cama, y la soledad la llenó. Llevaba fuera desde el amanecer, y ya le echaba muchísimo de menos. ¿Por qué no la había despertado para que pudieran despedirse como era debido? Sacando la nota de su bolsillo, la leyó de nuevo.

*Los rayos del sol rayan el horizonte mientras escribo esto, amor. Ha llegado un mensajero de Londres. Un asunto de gran importancia requiere mi atención inmediata, así que debo cabalgar hacia el sur y ocuparme de él. Mientras contemplo tu hermoso rostro, dudo en marcharme. Pero saber que estarás esperándome hace que el pensamiento de mi regreso a casa sea mucho más dulce. Espero volver a finales de semana.*

*Para siempre, Jonathan.*

Con un suspiro, Aileen se metió la nota en el bolsillo y se dirigió al arcón donde Jonathan guardaba sus camisas. Lo abrió y lo encontró lleno. Buscando por la habitación otro lugar donde guardar la prenda, divisó el arcón más cercano a la mesa. Mientras cruzaba hacia él, la cabeza de Aileen se agitó de repente. Demasiado vino, decidió. Recordó cómo durante la celebración de su primer aniversario Jonathan había vertido el dulce líquido en una fina línea por su torso desnudo. Un torrente de excitación la recorrió, instalándose en la boca de su estómago, pues aún sentía la magia de su lengua cuando había lamido el vino de su piel. «A final de semana», pensó. Era demasiado tiempo para que él se hubiera ido.

Arrodillada junto al cofre, dobló la camisa de Jonathan y luego levantó la tapa. Un trozo de pergamino llamó su atención. Abrió la carta y se fijó en la fecha; luego, al leer las frases suplicantes, su mirada se endureció. Un asunto de gran importancia, había dicho. Pues Lavinia Bedford tenía una importancia minúscula para Aileen. Si había cabalgado hasta Londres para ver a su antigua amante (¡si, de hecho, la palabra antigua era aplicable!) simplemente porque ella se lo había suplicado, a su regreso habría guerra.

Enfadada, Aileen metió la camisa limpia de Jonathan en el arcón. Arrojando la carta encima, se levantó y cerró la tapa de golpe.

—Querida —imitó el cariño de lady Bedford, y luego pateó el cofre. Cojeando hacia una silla, se dejó caer en ella, se quitó su bota de piel de ciervo y se masajeó el dedo del pie.

¡Granuja! ¿No era suficiente con una mujer? Dadas sus proezas sexuales, dudaba que pudiera ser fiel a alguna de su sexo. Ahora se lo imaginaba: un profundo surco que se extendía de Montbourne a Londres, mientras él viajaba continuamente entre esposa y amante. Pasaría más tiempo en la carretera. Pronto el incesante viaje le agotaría, por no hablar de lo que le haría a su caballo. Si esos eran sus planes, Aileen pensó en ponerles fin rápidamente. Ella no toleraría tales

payasadas. O se mantenía leal a ella o su matrimonio estaba finiquitado. Órdenes o no, volvería a McNamara, ¡malditos fueran su rey y su marido!

Poco más de dos días después de abandonar Montbourne, Jonathan recorrió el pasillo de la residencia real del rey. A su llegada, dos horas antes, había solicitado una audiencia inmediata con James. Se había bañado, afeitado y luego se había puesto ropa limpia; ahora se dirigía a la cámara privada del rey, donde ambos debían reunirse. Cansado por su largo viaje, en el que solo se había detenido para alimentar, dar de beber y descansar a su semental (y también a sí mismo), rezaba para que su ingenio fuera lo suficientemente agudo como para convencer a James de que se retractara de la postura que había adoptado respecto al clan Lochlan. Por el bien de Aileen, tenía que conseguirlo.

Al doblar una esquina, Jonathan estuvo a punto de chocar con lady Bedford. Sus manos cayeron de los brazos de ella, donde la habían agarrado espontáneamente para estabilizarla.

—Mis disculpas, Lavinia —dijo, mirándola con el ceño fruncido.

—Jonathan, estás aquí. No esperaba que llegaras tan rápido después de recibir mi carta. — Ella notó su mirada inexpresiva—. La recibiste, ¿verdad?

—Lo hice, Lavinia, pero tu petición de que vuelva a la corte no es la razón por la que estoy aquí.

Sus ojos ardieron de ira.

—¿Por qué, entonces, estás aquí?

—Es una cuestión de urgencia. En este momento, me dirijo a ver al rey. No tengo tiempo para discutirlo, ni tengo intención de hacerlo. Discúlpame, pero debo partir. James me espera.

Mirando fijamente tras su antiguo amante, Lavinia estudió su forma en retirada durante unos instantes. Con la mente en blanco, se dirigió a su apartamento para hacer los preparativos.

Casi al mismo tiempo, a varios cientos de kilómetros al norte, en Montbourne, Aileen estaba sentada en la enorme alcoba que compartía con Jonathan. La nota de él descansaba en su mano, pues acababa de leerla de nuevo. Su enfado inicial pronto se había convertido en melancolía. Seguramente no había abandonado su cama para fincarse en la de Lavinia Bedford. O eso rezaba Aileen, pues se le partía el corazón. La indecisión la reclamó; luego su ira floreció de nuevo.

—¡Maldito sea! —gruñó, poniéndose en pie de un salto. Girando hacia la puerta abierta, vio a Maggie de pie bajo su arco.

—Parece enfadada —declaró la mujer—. ¿Le ha molestado algo?

—No —espetó Aileen—. Estoy aburrida. Eso es todo.

—Como usted diga —respondió Maggie, examinando el rostro de Aileen un poco más—. Ha llegado un visitante a Montbourne. Como el señorito Jonathan no está, mi Samuel duda en dejarle entrar. Pero se niega a marcharse y dice que escalará el muro si es necesario. Tal vez, como señora de la mansión, debería informar a Samuel de lo que cree que debe hacer.

La confusión marcó el ceño de Aileen.

—¿Quién es este visitante?

—El señorito Walter. No ha estado aquí desde que era poco más que un niño. Tal vez le

haya ocurrido algo al amo Jonathan. Si es así...

Aileen pasó rozando a Maggie y corrió por el pasillo, luego bajó los escalones. Una vez fuera corrió por el patio hacia las puertas exteriores.

—Levanten el rastrillo —gritó a los guardias. Vaciló—. ¡Levántenlo, he dicho!

La pesada reja de madera gimió cuando sus extremos con pinchos se levantaron de la tierra para dejar al descubierto los profundos agujeros creados por siglos de golpes constantes. La puerta exterior se abrió de golpe, y Walter impulsó a su caballo hacia el patio.

—Bien, bella señora, supongo que tu marido no está en casa —dijo, apoyando un brazo en el pomo de la silla de montar—. Si no, probablemente seguiría sentado fuera.

—¿No le ha pasado nada? —preguntó ella, mirando fijamente al primo de Jonathan.

—No que yo sepa. Pero si así ha sido, permíteme ser el primero en ofrecer mis condolencias y pedir la mano de la joven viuda —dijo con una sonrisa y un guiño.

Aileen le envió una mirada de censura.

—Walter, realmente es usted un demonio.

—Sí, además de un canalla, un pícaro y un bribón. Me han llamado todo lo anterior, además de algunos otros, eh, cariños, que permanecerán en mi boca. —Echó un vistazo al patio—. ¿Dónde está tu marido, por cierto?

—Se ha ido a Londres por un asunto de importancia. Llegó un mensajero. Jonathan se fue hace dos días al amanecer.

Walter marcó el tono dudoso de su voz.

—No temas. Pronto regresará.

—¿Por qué ha venido? —preguntó ella, sin querer pensar en lady Bedford, ni en la posibilidad de que su marido estuviera pronto con la mujer, si no lo estaba ya—. Maggie me dijo que no había estado aquí desde que se fue hace años.

—De visita, por supuesto. —Era mentira, pues había oído rumores sobre el clan Lochlan y el ejército que James había reunido. Inmediatamente, tras detenerse brevemente en su finca cerca de Nottingham, se había dirigido aquí para informar a Jonathan del plan del rey. Al parecer, Jonathan ya se había enterado, pero dudaba que Aileen tuviera conocimiento de lo que ocurría en Londres. O en Escocia, para el caso. Pero parecía muy molesta, y Walter creía que tenía algo que ver con la marcha de su marido. No pudo evitar preguntarse si ambos se habían peleado—. ¿Debo permanecer sentado encima de este caballo el resto del día, o vas a invitarme a entrar? Me vendría bien un poco de comida y una copa de vino, si milady así lo ofrece.

Aileen se disculpó por sus malos modales. Una vez estabulado el caballo de Walter, los dos entraron en el salón. Pidiendo algo de comida y vino para su invitado, se unió a él en la mesa mientras comía.

—El lugar parece más pequeño de lo que recordaba —dijo, examinando el viejo salón—. Hacía mucho tiempo que no veía Montbourne. Cuando termine, puedes llevarme a dar una vuelta.

—Me encantaría —dijo ella—. Ya que yo no lo he visto todo, podríamos explorarlo juntos.

—Permíteme adivinar qué sala es la que conoce mejor. —Se rió ante el repentino rubor de Aileen—. Cuando finalmente me case, mi propia esposa se mantendrá tan ignorante como tú, Aileen. Pasarán años y años antes de que se familiarice con su hogar. Es un rasgo familiar, supongo.

—Es algo de lo que no debería hablar tan libremente —dijo ella, aún avergonzada—. Pero ya que lo ha hecho, cuando conozca a la joven, le advertiré a lo que se enfrenta.

Walter se rió.

—Lo harías, ¿verdad?

—Sí, de buena gana.

—Jonathan hizo bien en traerte aquí, aunque a ambos se os echa de menos en la corte.

«¿Por parte de quién?», se preguntó. Ciertamente no por nadie que ella conociera.

—No me gustaba estar allí. Todos carecían de modales.

—Incluidos los míos —dijo él—. Siento lo de la fiesta de los bultos. James siempre piensa que es una broma irrumpir en una pareja joven, esperando pillarlos desnudos, queriendo empujarlos y molestarlos. Como inglés, normalmente culparía de tales malas prácticas a su educación escocesa, pero usted es de la misma herencia, pero no de la misma calaña. Nuestro rey, me temo, simplemente tiene un sentido del humor subido de tono.

—¿Por qué se unió a ellos, Walter?

—Para molestar a Jonathan, por supuesto.

—¿Y lady Bedford?

Walter observó a Aileen.

—Está descontenta porque Jonathan ha retirado sus afectos. Se le pasará pronto. —Su nuevo primo pareció no creerle—. Si yo fuera tú, no me preocuparía por lady Bedford. Ella forma parte de su pasado. Tú eres su presente y su futuro. Créelo, Aileen, porque es verdad.

Su mirada se posó en sus manos.

—Si no hubiera encontrado su carta, en la que su nota decía que requería su atención inmediata; la que él había afirmado que era un asunto de gran importancia, podría estar de acuerdo con usted. Tal como están las cosas, no puedo.

—¿Cree que ella es la razón por la que ha ido a Londres? —La vio asentir.

—Estás equivocada... muy equivocada.

—¿Cómo puede decir que estoy equivocada, especialmente cuando yo misma vi su carta?

—Porque se sabe que James...

Aileen esperó.

—Continúe. ¿Se sabe que James qué?

Walter podría haberse mordido la lengua.

—No es importante —mintió.

—Yo digo que sí lo es. —El momento en que las palabras habían salido de la boca de

Walter, un pavor ominoso había filtrado su alma—. Tiene que ver con el clan Lochlan, ¿verdad? —Él permaneció en silencio—. Dígame, Walter. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué está planeando James?

Walter suspiró pesadamente.

—Jonathan se ocupará de ello, Aileen. No puedo decir nada más. No me corresponde decírselo. —Al notar la obstinación de su mandíbula, la estudió atentamente y luego se levantó de su asiento—. Tengo la fuerte sensación de que temía que reaccionaras de forma irracional. Debido a mi error, tendré que permanecer aquí hasta que regrese mi primo para asegurarme de que no lo hagas.

Aileen le siguió con la mirada mientras se dirigía a la puerta.

—¡Walter! —gritó ella, pero él ignoró su llamada. No hacía falta ser muy inteligente para adivinar que pretendía asegurarse de que las puertas estaban aseguradas para impedir que ella se marchara. La ira burbujeó en su interior. Su fuente no era simplemente Walter, sino Jonathan. Especialmente Jonathan. Aliviada al saber que no era a Lavinia, sino a James a quien Jonathan buscaba, seguía lívida. Había intentado mantenerla ajena al hecho de que su clan se enfrentaba a problemas. Ella era su líder. ¿Qué derecho tenía él a usurpar su autoridad en asuntos que afectaban al bienestar de su pueblo? Ninguno. Walter no necesitaba decir más de lo que había dicho. Instintivamente, había sabido que el peligro amenazaba a su familia. Podía atrancar las puertas si quería. Nada la alejaría de su clan. Incluso si tenía que cavar bajo los gruesos muros de Montbourne para conseguir su libertad, esta noche Lochlan de Lochlan encontraría su camino a casa, a las Tierras Altas, y a McNamara.



Mucho después de medianoche, Jonathan finalmente encontró su cama. Había pasado la tarde y la noche con James discutiendo sobre el clan Lochlan. Después de todo, el rey se había negado a dar marcha atrás en su orden: Los Lochlan debían ser erradicados. En su sexta copa de vino, James había vacilado un poco. En su duodécima copa, cada una de ellas llena hasta el borde, su soberano había cambiado de opinión sobre la destrucción del clan. Pero el destino de Malcom Lochlan estaba sellado. El hombre debía ser llevado a Londres y encarcelado en la Torre, donde viviría el resto de su vida natural. En eso, James se negó a ceder.

Puede que a Aileen no le gustara el edicto de su rey, pero ante la posibilidad de perder a toda su familia, sacrificar a su tío puede que no fuera tan difícil de aceptar, sobre todo porque el hombre conservaría su vida. Rogaba a Dios para que el clan no se uniera en torno a Malcom, protegiéndolo a costa de sus propias vidas. Y rogaba a Dios para que Aileen no supiera nada de esto hasta que hubiera terminado.

El rey había accedido a detener a su ejército, reteniéndolo en el sur de Inglaterra. Una vez que James y sus consejeros hubieran ideado un plan para engañar al rebelde Malcom y hacerlo capturar, un plan que prometió a Jonathan eliminaría el derramamiento de sangre, James ejecutaría la estrategia. Posiblemente en el plazo de una semana. Aliviado de que la familia de su esposa ya no estuviera bajo la amenaza de la Corona, Jonathan estaba ahora ansioso por regresar a Montbourne.

Aileen. Su nombre rodó por su cabeza, y un profundo anhelo surgió en su interior. El

asombro lo invadió, pues habían pasado menos de tres días desde que se separaron y, sin embargo, la añoraba como si hubiera pasado todo un año. Para el fin de semana, se prometió a sí mismo, ella estaría de nuevo entre sus brazos.

Cansado y ligeramente achispado, Jonathan ya no podía mantener los ojos abiertos. Mañana partiría hacia Montbourne. Bostezó y, al cabo de unos instantes, se durmió.

Cerca de las dos de la madrugada, Aileen se arrastró por las escaleras traseras de Montbourne hacia las cocinas y el alijo de comida que había escondido cerca de la puerta trasera a primera hora de la tarde. Sus suaves botas de piel de ciervo bajaron los tres últimos escalones y se detuvo a escuchar. Al no oír ningún ruido, se precipitó hacia la salida exterior, cogiendo la bolsa de cuero al llegar a ella, mientras la baja llama de la enorme antorcha de piedra iluminaba su camino.

Los vigías recorrían el alto muro, deteniéndose en ocasiones para observar el patio y luego mirar hacia la negra campiña. Esta noche no brillaba la luna, lo que beneficiaba a Aileen. Manteniéndose en las sombras del patio escasamente iluminado, se dirigió hacia los establos. Dentro no encontró a nadie, y se deslizó silenciosamente por la fila de establos hasta el que había seleccionado de antemano. Una yegua estaba dentro, y al acercarse Aileen, la briosa bestia resopló.

—Calla, hermosa princesita —la engatusó Aileen en un susurro—. Estaremos en camino en un minuto.

Aileen empacó rápidamente los cascos de la yegua con paja, cubriéndolos con cuadrados de cuero que sacó de la bolsa que llevaba, atando cada pezuña por encima del menudillo con un estrecho trozo de cuerda. Terminada su tarea, le puso las bridas a la yegua y la sacó del establo. El tiempo no tenía precio, y podría arrepentirse más tarde, pero renunció al uso de una silla de montar. Al salir de los establos, con la yegua arrastrándose silenciosamente tras ella y la bolsa colgada del hombro por sus resistentes cuerdas de cuero, agarró lo que parecía ser el mango de un hacha, cuya cabeza se había soltado. «Por si acaso», pensó, esperando no tener que utilizarla.

De nuevo se mantuvo en las sombras, avanzando sigilosamente hacia una puerta poco transitada. Al llegar a su destino, soltó las riendas de la yegua y apoyó el mango del hacha contra un viejo barril. Varios otros bloqueaban las vetustas puertas. Con gruñidos silenciosos, los apartó, creando un camino y espacio suficiente para que la puerta se abriera. Levantó la pesada barra de madera. Un golpe sordo llegó a sus oídos cuando la cosa cayó al suelo. Rezando para que nadie la hubiera oído, abrió la puerta con facilidad y corrió hacia la yegua.

—Casi lo consigues —dijo Walter; el corazón de Aileen saltó a su garganta. Salió de la oscuridad y se detuvo frente a ella—. A Jonathan no le habría gustado que corrieras hacia la noche. Si lo hubieras conseguido, estaría muy enfadado conmigo. ¡Santo Dios! —explotó, y luego se echó a reír—. Pensándolo bien, me habría matado. —Un grito sonó desde el muro, y Walter ordenó al guardia que volviera a su puesto, asegurándoles a todos que todo estaba bajo control. Mientras la atención de Walter estaba desviada, Aileen se acercó al barril—. Ven, prima —le dijo, volviéndose hacia ella, indicándole que se acercara—. He dormido poco estas últimas noches. —Se inclinó para coger las riendas de la yegua—. Vamos...

El mango del hacha golpeó a Walter entre el cuello y el hombro; cayó de bruces al suelo con un duro golpe. Temiendo haberlo matado de verdad, Aileen se agachó junto a él. Aún respiraba, pero estaba apagado como una vela consumida.

—Lo siento mucho, Walter —susurró ella, con la mano alisándole la mejilla—. Pero no se podía evitar. —Presionando sus dedos contra sus labios, ella los colocó sobre su frente—. Adiós, primo. Espero que Jonathan te trate bien.

Levantándose, buscó en la pared para comprobar que los guardias miraban hacia otro lado. Recogiendo la bolsa, que se le había caído del hombro, condujo a la yegua a través de la puerta abierta. Juntas descendieron la colina. En silencio, furtivamente, caminaron por el terreno oscuro y árido, pero una vez que llegaron a la cobertura de los árboles, ella entró en acción de un salto. Las cubiertas de cuero fueron arrancadas de las pezuñas, la paja cepillada. En un santiamén, estaba a horcajadas sobre el lomo de la yegua y se dirigían hacia el norte. No miró atrás, no hasta que llegó a la frontera.

—Dulce Escocia —dijo casi sin aliento; ¡por fin había cruzado la frontera! Dando vueltas a la yegua, contempló el paisaje sombrío de Inglaterra. Las lágrimas le escocían en los ojos al imaginar todo lo que había dejado atrás. Jonathan. Su señor de leyenda. Su marido. Un sollozo subió a su garganta, imaginó su rostro mientras se elevaba sobre ella, su mirada convincente manteniéndola hechizada. Mientras giraba la yegua hacia el norte una vez más, con el corazón doliéndole intolerablemente, se preguntó si volvería a contemplar su apuesto rostro.



Jonathan salió de sus sueños con Aileen. Un cuerpo suave y cálido yacía junto a él; una mano delgada se movía baja sobre su vientre. Sintió que se endurecía.

—Ah, pequeña —dijo en una bruma aturdida, rodando hacia la mujer que estaba a su lado—. ¿Eres realmente tú?

—Sí, cariño. Estoy aquí.

¿Cariño?

La palabra repiqueteó en la cabeza de Jonathan; la niebla se disipó de su cerebro. Él saltó de la cama para mirar fijamente la tenue figura que reposaba sobre el colchón. Sus ojos confirmaron lo que le habían dicho sus oídos.

—Perra —gruñó, cogiendo los calzones del suelo y metiéndose las piernas en ellos. Encendiendo una chispa con un yesquero, prendió la vela. La llama iluminó el cuerpo desnudo de Lavinia—. Sal de mi cama y vístete —le ordenó, con su ira apenas contenida—. Abandona mi habitación.

Sin inmutarse lo más mínimo, Lavinia permaneció donde yacía.

—No pretendía sobresaltarte, Jonathan. Simplemente quería aliviar tu tensión y darte placer. Ven a unirme a mí. Sabes que tengo el poder de satisfacer tus necesidades. Mi cuerpo es tuyo, Jonathan. Disfrutemos de un jugueteo lujurioso por los viejos tiempos, ¿hmmm?

—¡Por todos los santos, mujer! Debes estar loca para pensar que volvería a acostarme contigo. Se acabó, Lavinia. Lo ha sido desde el día en que conocí a Aileen.

La mirada de Lavinia se agudizó.

—Así que la pequeña palurda escocesa te ha robado el corazón, ¿verdad? —Su risa gutural

estalló—. No puedo imaginar, tan ingenua como es, que pueda llegar a satisfacer a un hombre como tú.

—Puede que sea ingenua, pero está ansiosa por aprender, Lavinia. Y yo estoy ansioso por enseñarle. Ella me da un placer más allá de todo lo que he experimentado. Ninguna otra mujer puede hacer tal afirmación, ni siquiera tú.

Sintiéndose como si la hubieran sumergido en el Mar del Norte, Lavinia se serenó.

—Realmente estás enamorado de ella, ¿verdad?

—Sí, lo estoy —dijo sin vacilar, dándose cuenta ahora de que era verdad. Su corazón se hinchó al saberlo—. Debido a ese amor, he jurado permanecer fiel a ella hasta el día de mi muerte. Nunca me arriesgaría a perderla... nunca. Retírate de mi habitación, y si alguna vez nos encontramos, no vuelvas a acercarte a mí. ¿Está claro?

—Sí, muy claro —respondió la mujer sometida. Se levantó y se puso su chal, luego se dirigió en silencio hacia la puerta—. Jonathan —dijo, una vez que hubo abierto el panel; él se volvió hacia ella—. Espero que tu esposa sepa lo afortunada que es.

Jonathan se quedó mirando la puerta durante un largo rato después de que se hubiera cerrado. ¡Dios! Si hubiera respondido ciegamente a la desnudez de Lavinia, con su estado de aturdimiento permitiéndole creer que se trataba de Aileen, habría roto sus votos. «Una locura», pensó, deseando estar lejos de aquí y volver a los brazos de su esposa. Mirando por la ventana, vio que estaba a punto de amanecer. Se vistió rápidamente, guardando sus escasas pertenencias en una mochila de cuero. Pronto sus botas golpearon las piedras del corredor mientras se dirigía a los establos. «A casa», pensó mientras cabalgaba hacia el norte. Hogar con su esposa. Hogar con su amante. Hogar con su chica escocesa de pelo como el fuego. Aileen.

Walter tosió y esputó mientras intentaba llevar aire a sus pulmones. Rociado con un cubo de agua, se había despertado de un tirón. Levantándose, con la mano aliviando el dolor de su cuello, se puso cara a cara con Maggie.

—¿Dónde está la condesa? —preguntó ella, mirándole fijamente.

Él parpadeó, luego miró a su alrededor para ver la puerta abierta. Una maldición salió de sus labios.

—Estoy condenado —soltó.

—Sí, lo estás —coincidió Maggie—. Pensé que la estabas vigilando.

—Yo también lo pensaba. Pero fue demasiado rápida. —Las estrellas seguían centelleando en su cabeza cada vez que se movía. Mientras recuperaba el mango del hacha, hizo una mueca de sufrimiento ante el dolor—. Debe de haber sido su arma. —La arrojó a un lado—. Que un muchacho ensille mi caballo. Iré tras ella.

—Demasiado tarde para eso —dijo Maggie—. A estas alturas, ya está muy lejos.

—Iré a Londres a decírselo a Jonathan, si es que no ha emprendido ya el regreso.

—Otro cabalgará hacia el sur —dijo ella, con las manos en las caderas—. Tú te quedarás aquí para que puedas estar cuando llegue el amo Jonathan. Al vestíbulo contigo.

Walter casi esperaba que Maggie le agarrara de la oreja y le hiciera marchar hacia la puerta. Aunque no había sido hasta años más tarde cuando él y sus padres residieron en el año

Montbourne, recordaba cómo la mujer le había reprendido durante sus visitas cuando era bastante joven. Era un diablo. No lo negaría. Pero sus torceduras y pellizcos eran suaves comparados con lo que sufrir a la vuelta de Jonathan. ¡Maldición! ¿Por qué no se había quedado en Londres?

Durante los dos días siguientes, Walter se paseó por su habitación. Cuando se oyó el grito de que lord Montbourne se acercaba al castillo, cerró los ojos, apretó los dientes y se dirigió hacia la entrada principal del vestíbulo, donde esperó. Walter notó que la mirada de Jonathan se clavaba en él enseguida. Su primo se deslizó de la silla de montar, sus pies calzados golpearon el suelo con un ruido sordo. En unos pocos y duros pasos, Jonathan estaba sobre él.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Jonathan.

—Una agradable manera de recibir a un invitado —contraatacó Walter, temiendo el momento de la revelación.

Jonathan miró fijamente a su primo durante un largo momento. La mirada no era amistosa.

—¿Dónde está Aileen? —preguntó, entrando a grandes zancadas en el vestíbulo.

Walter se tragó las ganas de tragar saliva.

—De hecho, por eso estoy aquí.

Jonathan se detuvo a medio paso y giró en redondo. Sus fríos ojos congelaron a su primo en el sitio donde se encontraba.

—¿Qué quieres decir?

Respirando hondo, Walter se dispuso a explicar.

—Vine a Montbourne hace unos cuatro días para informarte de los rumores que corrían en la corte sobre el clan Lochlan, pero te habías marchado. Me informaron de que te habías marchado por asuntos de importancia, así que supuse que ya te habías enterado.

—¿Y? —preguntó Jonathan, el pavor le recorría por dentro.

—Y en la conversación con Aileen, se me escapó que James...

—¿Hiciste qué? —Jonathan casi gritó, agarrando la camisa de Walter, tirando de él hacia él—. No me digas que ella sabe de esto, primo, o yo...

—Me he dado cuenta antes de que se dijera nada —interrumpió, zafándose del agarre de Jonathan. De ninguna manera Walter deseaba pelearse con su primo. Estaban bastante igualados, pero en conciencia, se negaba a golpear a un hombre herido. Porque cuando Jonathan supiera que Aileen había muerto, seguro que su corazón se partiría en dos. Además, Walter se culpaba a sí mismo—. Inteligente como es, Jonathan, se las arregló para adivinar la verdad. Puse guardias en cada puerta...

—¡Aileen!

La voz de Jonathan retumbó en el pasillo mientras corría hacia las escaleras. Walter corrió tras él. Cogió el brazo de Jonathan justo cuando empezaba a subir los escalones.

—Se ha ido, Jonathan. Se nos escapó hace dos días. Maggie me dijo que, aparte de algunas provisiones, solo se llevó la ropa que llevaba cuando llegó aquí por primera vez, incluida su tela escocesa. Ha vuelto a Escocia, Jonathan. Ha vuelto a McNamara y a su clan. —«Hielo azul»,

pensó Walter mientras miraba a los ojos de su primo. Su mano se apartó del brazo de Jonathan—. ¿Qué piensas hacer? —preguntó el Eagle más joven, siguiendo a su primo hasta las cocinas.

Sin preámbulos, Jonathan arrebató un gran cuadrado de tela de las manos de una sirvienta. Su acción la sobresaltó y salió corriendo de la habitación.

—Puesto que tu estupidez ha puesto a mi esposa en grave peligro —dijo, arrojando una hogaza de pan, un ladrillo de queso, frutos secos y algunas nueces en medio del paño, ahora extendido sobre una pequeña mesa—, no tengo más remedio que ir a por ella. —Walter observó cómo Jonathan envolvía la tela alrededor de la provisión y luego ataba sus extremos. Cuando Jonathan empezó a levantar el saco improvisado, Walter volvió a cogerle del brazo—. Yo pensaría que, puesto que fuiste tú quien mató a su primo y la secuestró en primer lugar, eres tú quien corre más peligro, no Aileen.

Jonathan enarboló su alijo.

—Su tío la quiere muerta, Walter, porque así se convertirá en jefe. No es consciente de lo que James está tramando para él, así que planeará y conspirará hasta que el hecho esté consumado. Ruega a Dios que aún viva, primo. Porque si está muerta, cuando yo regrese, tú también morirás.

Walter persiguió a Jonathan cuando salía de las cocinas.

—Es una tontería que vayas solo —le dijo—. Espera hasta que podamos reunir algunos hombres robustos para que cabalguen contigo.

—No es momento para eso. Ten la seguridad de que soy capaz de cuidar de mí mismo. Aileen no lo es.

—No hay forma posible de que puedas defenderte a todo el clan —contraatacó Walter—. Jonathan. Solo eres un hombre.

—Y ella es una pequeña mujer sola.

Se había acercado a las puertas que daban al patio. En su exasperación, Walter gruñó: «Maldita sea, Jonathan. ¿Es tu deseo que herede todo esto? Si es así, lo aceptaré... con mucho gusto».

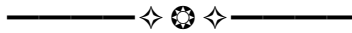
Las palabras atravesaron a Jonathan como un cuchillo. Había perdido a un ser querido por culpa del padre, no perdería a otro por culpa del hijo.

—Hijo de... —Su primera palabra se encontró con la mandíbula de Walter antes de pronunciar la última. Dando zancadas sobre su primo inconsciente, Jonathan abandonó el pasillo.

Para cuando Walter consiguió arrastrarse fuera del suelo, Jonathan ya se había ido. El Eagle más joven temió que fuera la última vez que viera a su primo con vida. Sus palabras habían sido pronunciadas con rabia, pues Jonathan se había negado a hacerle caso. Obviamente, había tocado una fibra sensible.

Tambaleándose hacia los establos, con el dolor aún atravesándole la cabeza, Walter ordenó ensillar su caballo. Mientras cabalgaba hacia el sur, en dirección a Londres, decidió que no volvería pronto a Montbourne. «Un lote poco amistoso», los apodó, su mandíbula y su cuello le causaban un sufrimiento extremo. Una vez que hubiera llevado a buen término su misión, pensaba romper todo contacto con los Montbourne. Por ahora, sin embargo, planeaba informar a James de la situación. El ejército del rey no permanecería inactivo durante mucho tiempo. De eso

Walter estaba seguro.



Bajo un cielo sin luna, varias horas antes del amanecer, Jonathan instó a su corcel a seguir adelante, manteniéndose a la sombra de los árboles. Pesadas nubes rodaban sobre los páramos; la lluvia parecía estar en el horizonte. Quedaba quizá una milla, no más de dos, hasta que divisó por fin los muros del castillo de McNamara, y se preguntó cómo podría entrar. Tal vez el consejo de advertencia de Walter tuviera más validez de lo que Jonathan había firmado en un principio. Solo, poco podía hacer. Pero con un ejército tronando tras él, perdía el elemento sorpresa. Pero la fuerza de uno podría no ser suficiente. ¡Maldición! Su precipitado viaje a las Tierras Altas había sido mal concebido, pero poco podía hacer para cambiar eso ahora. De alguna manera tenía que descubrir el paradero de su esposa. Rezar para que aún viviera, pensó. Aileen, la dulce Aileen. No podría soportar perderla para siempre.

Jonathan oyó un crujido en la copa del árbol justo encima de él. El viento, decidió... entonces deseó haberlo pensado dos veces cuando sonó un grito espeluznante y una figura desnuda cayó de las ramas. Malcom. El nombre se disparó en su mente, el reconocimiento se apoderó de él. El semental se sacudió y se encabritó; Jonathan cayó al suelo. Rodando, se puso en pie de un salto y buscó su espada. Demasiado tarde; la maza oscilante le apuntó a la cabeza, el extremo con púas le rozó la sien. Sus piernas se doblaron y la sangre manó de su herida. Desesperadamente, Jonathan luchó por conservar la consciencia. ¡Aileen! Su nombre pareció silbar entre los árboles justo cuando la negrura le ganaba la partida.

No muy lejos de donde Jonathan había sido derribado, unos ojos inquisitivos observaban a través de la oscuridad. El guerrero Lochlan arrastró la forma inerte hasta el borde de un profundo barranco. Empujando a su presa por encima del borde, el hombre profirió un sonoro grito; luego, envolviéndose el cuerpo con la tela escocesa, echó a correr dentro de la noche.

El espectador salió de detrás del árbol que le protegía. Avanzando a grandes zancadas hacia la hendidura del suelo, se asomó por su borde. El gran hombre yacía de espaldas en el fondo. Con cuidado, el observador descendió por la abrupta sima. Al llegar al jinete, se arrodilló y apretó el oído contra el pecho del hombre. Se sorprendió al descubrir que el hombre aún vivía.

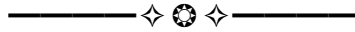
En rápido orden, vendó la herida del hombre con un trozo de lino arrancado de la camisa del jinete, cuya cola arrancó de los calzones de piel de ante. Sacó la espada del hombre de su vaina y se dispuso a talar varios árboles jóvenes. Después formó una litera, atando los palos con tiras de cuero cortadas de la jerga del jinete. A continuación, hizo rodar al herido sobre el transporte, y luego trepó una vez más por las escarpadas paredes.

Al encontrar al asustadizo semental no muy lejos de donde se había escapado, condujo al caballo por el borde del barranco. Finalmente, llegaron al punto en el que los lados afilados se suavizaban hasta convertirse en una suave pendiente. El semental resopló al ser reconducido por el suelo de la estrecha sima; una mano rápida le cubrió el hocico y lo acarició suavemente. El caballo se calmó.

Media hora más tarde, con la litera asegurada a la silla de montar, el muchacho de pelo alborotado salió de la estrecha brecha. Adentrándose en la noche, guió en silencio al semental por los senderos que tan bien conocía, con el jinete herido a remolque. Justo cuando la lluvia

empezaba a abatir la tierra, el trío llegó a la derruida cabaña escondida en lo profundo del bosque. No podía hablar, pero Alistaire llamaba a la abandonada granja su hogar.

## Capítulo 13



Unos rayos rosados de luz se extendían hacia arriba desde el horizonte, marcando el amanecer. Las lluvias de la madrugada habían terminado, las nubes se disipaban. Fresco y limpio, el aire estaba impregnado del aroma del brezo, la primera de sus flores abriéndose en los páramos. El día prometía ser excepcional, pero Aileen parecía no darse cuenta de la belleza de las Tierras Altas. De pie en lo alto de la almena del castillo de McNamara, miró hacia el sur, hacia Inglaterra. Nunca había pensado que echaría de menos los exuberantes verdes de su paisaje, pero así era. Era al hombre a quien más echaba de menos, no a su patria.

La preocupación tejió su frente mientras reexaminaba los últimos días. Había esperado que su regreso a McNamara fuera alegre, pero no fue así. A su llegada, había encontrado a sus compañeros de clan sumidos en la confusión, peleándose entre ellos. Algunos le dieron la bienvenida, mostrando la euforia en sus rostros; otros se habían limitado a mostrar su descontento. De estos últimos, Malcom parecía el más hostil, su disposición la más hosca de todos.

Cada día era una lucha mientras intentaba mantener su ingenio aguzado y su temperamento bajo control. Tras haber exigido que se pusiera fin a las incursiones contra sus vecinos, mantenía un tenue control sobre los que seguían ansiosos de sangre. Cuánto tiempo obedecerían sus órdenes, ella no lo sabía. No era el clan que ella conocía, el clan que amaba y honraba. Una malignidad había crecido en su seno, y su tío había fomentado su erupción. Pero condenar a Malcom al ostracismo significaba atizar aún más el malestar, algo que ella no podía abordar. Su única esperanza era que su miedo a James fuera mucho mayor que su odio hacia él.

—Recordad el clan Gregor —les había dicho poco después de haber comprendido plenamente por qué su rey estaba tan enfadado—, porque si persistís en esta agresión, si seguís desobedeciendo a James, el nombre de Lochlan dejará de existir. —Al oír esas palabras, la mayoría se había quedado pensativa. Las incursiones y saqueos habían cesado. Hasta ahora, la tregua autoimpuesta se mantenía. ¡Ojalá durara!

Un pie rascó contra las piedras detrás de ella, y se volvió.

—Pareces demasiado intrigada con la vista del sur —dijo Malcom—. ¿Tu corazón pertenece ahora a Inglaterra?

—No —espetó ella—. Observo las tierras de Lochlan. Nada más.

—Has cambiado, sobrina —dijo él, estudiándola de cerca—. Tienes una mirada lejana en los ojos. Anhelas algo... o a alguien. Apuesto a que es el *Sassenach*.

Cuando había regresado, Aileen había ocultado cualquier mención a su matrimonio, afirmando únicamente que había conseguido escapar, lo cual era cierto. Mientras su clan había aplaudido su astucia, eufórico por haber sido más lista que su captor, Malcom había seguido sospechando. Continuó con sus preguntas provocadoras, sus sondeos inquietantes, al parecer con

la esperanza de descubrir mucho más. Sabiamente, mantuvo su secreto oculto, ya que si la verdad de su matrimonio salía a la luz, sería inmediatamente destituida como jefa. Aileen lo sabía muy bien.

—Apueste lo que quiera, tío. Soy la misma persona que se fue de aquí —mintió—. Soy Lochlan de Lochlan, su jefa. Es mejor que lo recuerde. —Pasó junto a Malcom, alejándose de la almena, pues no confiaba en él. Un pequeño empujón, y ella estaría tendida en la base del castillo—. ¿Le ha traído aquí algo de importancia? Si no, voy a la tumba de Hammish.

—No es prudente que te aventures sola en el páramo, Aileen. Es peligroso para ti.

—¿Peligroso? ¿Cómo es eso, tío? Después de todo, estoy en tierras de Lochlan. Por derecho, ningún daño debería ocurrirme. A menos, tío, que alguien conspire contra mí. Dígame, ¿debo temer a uno de mi clan? ¿Pretende usar su espada y cortarme con sigilo? —Con ojos inexpresivos, Malcom permaneció en silencio—. Puesto que no tiene respuesta, debo suponer que estaré a salvo. Si me necesita, ya sabe dónde estaré.

Para cuando Aileen llegó a la tumba de Hammish, el sol había subido más, sus rayos calentaban el aire que corría por el páramo. Arrodillada, contempló el yermo lugar, pequeños mechones de musgo y hierba que apenas empezaban a brotar del suelo roto. La primera vez que Aileen había venido aquí, había sollozado su pena; la segunda, se había sentado en silencio. Pero este día, los recuerdos la atravesaban.

Los ojos risueños de Hammish; su amable sonrisa; sus saltos por el claro, solo para caer por la ladera del barranco; su carrera colina abajo; su brazo protector sobre sus hombros mientras el arrogante *Sassenach* la evaluaba... todo le vino a la mente. Su asiento frente a él mientras hacían la lista; su ataque de tos violenta; la intervención de Jonathan, tras lo cual había llevado a Hammish a su cama: todo eso recordaba ella.

Cuando ella y Hammish estaban fuera de su antecámara, el suave beso de él había caído sobre la palma de la mano de ella. «Él tiene el poder de cambiar el curso de tu destino... tu futuro está en sus manos. No temas a este cazador alado. A pesar de toda su ferocidad, en realidad podría ser una paloma». Las palabras de su primo daban vueltas en su cabeza; era como si las oyera por primera vez. No pudo evitar preguntarse si Hammish ya había previsto su destino. ¿Habría sido su despedida final, haciéndole saber que aprobaba al inglés, animándola a aceptar lo que estaba predestinado? «Espero, Aileen, que tu señor de leyenda sea siempre amable contigo». Una espada se mostró rápidamente en su memoria. «Es más fácil así», había dicho justo antes de caer al suelo, con la vida arrebatándosele. Al recordarlo, tuvo que darle la razón. Su final había sido rápido, no uno atormentado por el dolor mientras jadeaba por cada aliento mientras se consumía lentamente. Había culpado a Jonathan de la muerte de Hammish, pero por la misericordia de la espada de su marido, su primo no sufrió, y por eso Aileen estaba muy agradecida. Sin embargo, la forma en que Hammish había muerto siempre se interpondría entre Jonathan y ella. Su clan nunca lo aceptaría.

«No dejes que dicten el curso de tu corazón. Es el amor lo que te da la vida, Aileen. Lo has encontrado. No lo dejes escapar».

La voz de Hammish retumbó en sus oídos pronunciando palabras que nunca le había oído decir; casi se desmaya ante su fuerza. «Imposible», pensó, tomando aire rápidamente. Sintió una presencia detrás de ella. Se giró sobre sus rodillas. El páramo yacía desierto. Un escalofrío la recorrió; se puso en pie. Escudriñando los árboles a cierta distancia, vio movimiento. Alistaire.

Le hizo un gesto. La acción sorprendió a Aileen, ya que cuando era visto, normalmente corría a través del bosque, desapareciendo de su vista. Se acercó a él y se metió bajo las ramas que la protegían. Parecía pálido, angustiado.

—Alistaire —se dirigió a él por el nombre que le había otorgado—. Me alegro de verte. —Se preguntó si estaría débil por el hambre, pues hasta ahora ella no había pensado en él. Después de su secuestro, podría haber ido con poca comida, ya que su clan no había atendido sus necesidades—. ¿Tienes hambre? —Ella no esperó a que asintiera—. Iré al castillo y te traeré algo de comida. —Alistaire la cogió del brazo cuando empezaba a darse la vuelta. Estando frente a frente con él, pues eran casi de la misma altura, ella vio el movimiento negativo de su cabeza—. ¿Qué ocurre, entonces? ¿Ha ocurrido algo que te preocupa?

Él asintió, luego tiró de su mano. Aileen supuso que quería que le siguiera.

—Deseas que vaya contigo, ¿verdad?

De nuevo asintió.

—¿Está lejos?

Inclinó la cabeza.

—Tengo curiosidad, pero debo regresar al castillo. Ya he estado fuera demasiado tiempo. —No era aconsejable que dejara a Malcom mucho tiempo a solas con su clan. Incluso ahora, los disidentes entre ellos podrían haber aumentado a la mitad—. Quizá podríamos vernos más tarde.

A Alistaire casi se le salió la cabeza de los hombros. Levantó lo que parecía ser una cadena de oro de su cuello y la azotó sobre su cabeza; un medallón con incrustaciones de esmeralda saltó del interior de su deshilachada camisa de azafrán.

Aileen casi cayó al suelo cuando lo vio. Inmediatamente se lo arrebató de la mano. Efectivamente, era de Jonathan.

—¿De dónde la has sacado?

Alistaire señaló a través de los árboles. Agarrándola de la mano, la instó a seguirle.

—¿Ha sido herido? —preguntó ella, que ya sabía que lo había sido antes de ver el asentimiento de Alistaire. No había otra forma de que alguien pudiera haberle arrebatado el medallón, a menos que... ¡Dios mío, no! ¡No está muerto!

Aileen no dudó. La pesada cadena de oro se deslizó sobre su cabeza, y el medallón cayó bajo su túnica hasta quedar muy por debajo de sus pechos. Subiéndose la falda entre las piernas, se metió el dobladillo en la cintura. La sangre le latía con fuerza en los oídos mientras corría por los senderos, siguiendo los pasos firmes de Alistaire, con el corazón gritando el nombre de su marido: «¡Jonathan!».

Por fin llegaron a la pequeña casita. Casi ocultándola a la vista, una maraña de zarzas escalaba los muros de piedra, extendiéndose hasta el andrajoso tejado de paja. El lugar destartado parecía a punto de derrumbarse. Aileen se asombró al verlo, pues no sabía nada de su existencia. Sus rápidos pasos la llevaron sobre el umbral de la puerta abierta; se detuvo derrapando. Con los ojos adaptándose de la luz del sol a las sombras, vio a Jonathan tumbado en el catre improvisado, con un trozo de lino manchado de sangre atándole la cabeza. Su tez normalmente bronceada parecía excepcionalmente pálida; sintió que su corazón se detenía.

—¿Jonathan? —susurró, dejándose caer de rodillas a su lado. Él respiraba sin cesar, y Aileen ofreció una plegaria de agradecimiento. Sus temblorosos dedos tocaron ligeramente su frente. Desenvolviendo con cuidado la venda, inspeccionó el profundo tajo que se extendía desde la mitad de la sien hasta su cabello—. ¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó mirando a Alistaire.

El chico se echó hacia atrás. Sus manos formaron un gran círculo, luego sus dedos se agarraron y levantó los brazos por encima de la cabeza, girándolos en un amplio arco. De repente se detuvieron; sus dedos se separaron. Se golpeó la cabeza con la mano.

Aileen le miró fijamente.

—Una maza... ¿estás diciendo que le golpearon con una maza?

Alistaire asintió.

Miró a Jonathan. Increíblemente, había sobrevivido al golpe. «Un milagro», pensó, y luego volvió a centrar su atención en Alistaire.

—¿Viste quién lo hizo?

Agarró su tela escocesa y la señaló.

—Un Lochlan —dijo ella; de nuevo Alistaire asintió—. ¿Lo conoces?

Un ceño fruncido marcó su rostro, y Alistaire se pavoneó por el suelo, golpeándose el pecho. Se detuvo y balanceó los puños en el aire.

Aileen apretó los dientes. Un guerrero pomposo.

—Era Malcom —dijo ella, y Alistaire asintió enérgicamente—. ¿Te vio?

Ante el movimiento de cabeza de Alistaire, Aileen se sintió enormemente aliviada. A través de la mímica de Alistaire, se enteró de cómo habían empujado a Jonathan a un barranco y de cómo el muchacho había fabricado una litera para sacar a su marido. El semental de Jonathan, le dijo, había sido escondido cerca. A medida que se desarrollaba la historia, Aileen sintió que su ira crecía hasta alcanzar proporciones insuperables. Su tío pagaría por sus transgresiones. Se lo prometió.

—¿Se ha despertado? —preguntó sobre Jonathan, mientras su atención recayó de nuevo en su marido. Una vez más contempló la fea herida; le dolía el corazón y rezaba para que viviera. Una mano le tocó el brazo. Levantando la vista, observó la lenta sacudida de la cabeza de Alistaire. Sus hombros se alzaron, como si preguntara qué debía hacer—. Debo volver al castillo y buscar algunos medicamentos y vendas frescas. Quédate aquí con él. Volveré enseguida.

Aileen se inclinó hacia Jonathan. Tras depositar un suave beso en sus labios separados y no recibir respuesta, se levantó y salió a la luz del sol; Alistaire la siguió. Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que estaba irremediabilmente perdida.

—¿Por dónde está el castillo?

Alistaire señaló en su dirección general, y cuando Aileen miró hacia la ladera, sus hombros se desplomaron, pues la brecha no era más que una malla de zarzas y zarzas, lo mismo que la cabaña. Al notar su expresión desanimada, Alistaire tiró de su mano. Una vez más, quería que ella le siguiera.

—Pero alguien debe quedarse con Jonathan.

Alistaire juntó las palmas de las manos y luego ladeó la cabeza, apoyando la mejilla en las manos.

—Duerme, dices. —El muchacho asintió—. Lo hace, Alistaire. Pero rezo para que no sea para siempre. —Decidiendo que no tenía elección, hizo un gesto a Alistaire para que se adelantara. Alejándose de la cabaña, miró hacia la puerta—. No tardaré, mi amor. No me dejes, por favor.

Al cabo de un cuarto de hora, Aileen estaba de pie en el bosque, justo debajo del lugar donde siempre había dejado a Alistaire su comida. Le hizo un gesto para que se quedara allí y esperara su regreso, para poder conducirla de nuevo a la cabaña.

—Si no vuelvo en un tiempo razonable, vete sin mí. Atiende a mi marido lo mejor que puedas. Yo iré cuando sea seguro. Nadie debe encontrarlo, Alistaire. Su vida corre grave peligro. Confío en ti. Cuídalo bien. —Era una gran tarea para alguien que no había sido entrenado como guerrero, pero Aileen sentía que Alistaire poseía la habilidad de burlar a casi cualquiera que invadiera su reino—. Alistaire. Estaré siempre en deuda contigo. No lo olvidaré.

Se escabulló del bosque hacia el exterior, sin que Alistaire la perdiera de vista. Para cualquiera que la viera, Lochlan de Lochlan parecía no tener ninguna preocupación en el mundo mientras subía por la ladera hacia el castillo. Pero cuando llegó a la amplia base de la fortaleza, se escabulló a lo largo de su antigua muralla hacia la torre norte. Al llegar a un montículo de rocas rodeado de densos arbustos, desapareció de la vista. Alistaire frunció el ceño; luego, acucillado contra el pie de un árbol, esperó.

Tras ascender por la escalera que subía en espiral por el grueso muro de la torre norte hasta sus sótanos, Aileen apagó la antorcha que llevaba y salió por la puerta secreta oculta tras una hilera de estanterías. Salvo la zona donde ella se encontraba ahora, el lugar estaba poco utilizado. Encima de ella, viejos muebles ensuciaban el segundo y tercer suelo; en el substrato de abajo había una mazmorra infestada de ratas, con su trampilla centrada en el polvoriento suelo de madera del nivel del suelo.

Cerró el portal, las vajillas traquetearon en las tablas horizontales, y recordó cómo de niños ella y Hammish habían encontrado la entrada oculta. Persiguiendo los almacenes de grano, habían golpeado la estantería con tanta fuerza que el pestillo se soltó. Ansiosos, habían explorado los sinuosos escalones, descubriendo la puerta exterior. Habían hecho un pacto y habían jurado no contar nunca a nadie su descubrimiento. A lo largo de los años, el pasadizo fue utilizado con frecuencia cuando ambos se escabullían de la fortaleza para jugar en el bosque.

Ella dudaba que alguien más recordara su existencia. Al menos, esperaba que no, pues era su único vínculo con el mundo exterior por el que podía entrar y salir del castillo sin ser vista. Sus pies rozaron los rústicos suelos de tableros; luego contuvo la respiración y abrió con facilidad la puerta exterior de la torre. No parecía haber nadie en las inmediaciones, así que se escabulló rápidamente. Atravesando el pabellón interior, pasó a las cocinas.

Las mujeres estaban ocupadas preparando la comida de última hora de la mañana. Saludándolas con inclinaciones de cabeza y sonrisas, Aileen se abrió paso alrededor del grupo y entró en la despensa. Cogió un saco de lona de un gancho y lo llenó con un trozo de lino limpio, hilo y aguja, ungüento, una mezcla de hierbas, un bloque de queso, una cáscara de leche de cabra de un cazo, un surtido de frutas frescas, dos hogazas de pan moreno y panecillos envueltos en una servilleta, que guardó encima. Esperando llegar de nuevo al bosque sin ser observada, y

luego a la cabaña, se sintió decepcionada. Cuando salió de la despensa, vio que Malcom la esperaba.

—¿Qué hay dentro de ese saco, sobrina? —le preguntó, mirándola de cerca.

Aileen miró al hombre, la ira y la repugnancia rugían en su interior. Rápidamente quiso que los sentimientos se aquietaran, no fuera a estallar con la fuerza de su malicia.

—Es comida para Alistaire —dijo, permitiéndole mirar en la parte superior de la bolsa—. Mientras estaba en el páramo, vi al muchacho. Parece frágil. Aparentemente, mientras yo no estaba, nadie pensó en alimentarlo.

Su mano intentó pescar algo dentro de la servilleta, y consiguió sacar un *bannock*, luego lo mordió.

—Con su caza furtiva y sus robos, no es más que una molestia —dijo, con la boca escupiendo trozos de torta de avena—. Deberían echarle de aquí y acabar con él.

—No coge más que una liebre o dos de vez en cuando para sus propias necesidades. No es suficiente para causar preocupación. Además, no molesta a nadie. Mientras yo sea jefa, se le permitirá permanecer. No me desafíes en esto, porque he hablado.

Aileen pasó rozando a su tío y se dirigió hacia la puerta. Malcom caminó tras ella.

—¿Adónde vas? —preguntó siguiéndola de cerca.

—Al lugar cerca del bosque. Es donde siempre dejo a Alistaire su comida.

—Iré contigo.

—No es necesario.

—Pero lo es, sobrina. Fuera de estos muros no hay lugar para que estés sola.

Aileen se volvió contra él.

—Iré sola, tío. Alistaire es muy tímido. Solo confía en mí. Tú te quedarás atrás, para que no se asuste. Busca algo que mantenga tu atención. No tardaré.

Aileen marchó desde el pabellón interior hasta una puerta de postigo. Ordenando al guardia que la abriera, la atravesó y luego recorrió la ladera. Mientras se dirigía al bosque, tuvo la certeza de que Malcom la escrutaba desde la almena. Dividida entre ocuparse del cuidado de Jonathan y la definitiva posibilidad de que lo encontraran si se iba al bosque con Alistaire, supo que no tenía más remedio que esperar.

—Alistaire —llamó suavemente al borde de los árboles, luego lo vio agazapado contra un tronco—. Mantente oculto. Cuando me retire, ven a buscar esta bolsa. Me están vigilando, así que de momento no puedo regresar contigo. Cuando el castillo duerma, encontraré el camino a la cabaña. No permitas que nadie vea en qué dirección vas cuando salgas de aquí. —Ella vio el asentimiento de Alistaire, confirmando que había entendido—. Dependo de ti. Eres el único en quien puedo confiar.

Dejando la bolsa en el suelo, Aileen se dio la vuelta y regresó por donde había venido. Cuando estaba a medio camino entre el bosque y la fortaleza, Alistaire saltó de los árboles, cogió la bolsa y se fue en dirección opuesta a la cabaña. Aileen miró furtivamente hacia el castillo y vio a Malcom de pie junto a una de las almenas. El odio hacia el hombre bullía en ella. Rezaba para poder contenerlo, al menos hasta que Jonathan estuviera a salvo.

Mientras subía la colina, Aileen suspiró pesadamente. Por razones que solo él conocía, Jonathan había venido a por ella, pero tontamente lo había hecho solo. Tras la conmoción inicial que había sufrido al verle, la idea de que hubiera hecho una carrera hacia las Tierras Altas la sorprendió y la alegró. Pero ahora se preguntaba cuál era su propósito. ¿Habría sido la preocupación por su bienestar lo que le había hecho ser tan imprudente? ¿Era posible que sintiera afecto por ella, de ahí su acción irresponsable? ¿O simplemente buscaba devolverla a Inglaterra para cumplir la orden de James de que produjeran un heredero?

Aileen no estaba segura, pero existía la posibilidad de que una nueva vida se formara dentro de su cuerpo. Normalmente bastante sana, ahora sufría ataques de mareo y náuseas. Su menstruación se había retrasado dos semanas. Los signos confirmaban que estaba embarazada de él, pero estaba indecisa sobre si decírselo o no a Jonathan, en caso de que viviera. Al enterarse de que iba a ser padre, él trataría de obligarla a alejarse de McNamara, ella lo sabía, ordenándole que fuera a Montbourne, donde sin duda pensaba que debía nacer el niño, en su amada Inglaterra. Sería una orden que ella rechazaría.

Aunque desgarrada, Aileen sintió el peso de la responsabilidad que cargaba. Podría desear lo contrario, pero era la hija de su padre. No haría otra cosa que afrontar sus obligaciones con entereza. En su clan abundaba el malestar. Como su líder, debía reprimir de algún modo la inminente revuelta, disolver las facciones y devolver la paz y la unidad a McNamara. Para llevar a cabo tal tarea, debía permanecer aquí. Hasta que no lo hiciera, Jonathan no podía enterarse de su presunto embarazo. Era un secreto que debía guardar para sí misma. Se imaginó a Jonathan tumbado en el catre de la lúgubre casita, con el rostro pálido y la cabeza cubierta de sangre, y su corazón se comprimió. La preocupación por su estado aumentó en su interior. «Reza para que sobreviva», pensó, deseando poder compartir finalmente su secreto con él, deseando volver a estrecharse entre sus brazos. La revelación había tardado mucho en llegar, pero ahora sabía, plena, completamente, que le amaba (¡que amaba más que a su propia vida!) a su apuesto señor de leyenda. El deber decretaba que permaneciera leal a su clan, pero si tan solo uno de ellos intentaba dañar a su marido, ella lo derribaría rápidamente. La existencia de Malcom ya tenía poco valor. Pagaría por su ofensa, y pronto.

Entró por la puerta, jurando proteger a Jonathan. Tenazmente, incluso hasta su último aliento, lo mantendría a salvo. Esta noche, cuando todos estuvieran dormidos, escaparía del castillo y se apresuraría a ir a su lado, quedándose con él hasta el amanecer. «Debe vivir», pensó. Debe hacerlo. Porque sin él, su vida carecería de sentido.



Desde la almena, Malcom observó a su sobrina caminar hacia las puertas del gran salón. En su opinión, ella parecía haber cambiado. La mirada de sus ojos y la expresión de su rostro le habían dicho cuando había regresado de Inglaterra que ya no era una niña. Poseía una cualidad femenina, que atraía la atención de un hombre. Siempre astuto, había llegado a la conclusión de que se había acostado con el bastardo que la había secuestrado, el que ahora descansaba en el fondo del barranco. Pronto se reuniría con su amante, pero antes de que lo hiciera, Malcom pensó que podría disfrutar de los restos de la *Sassenach*.

Renegando de que fuera ya su parienta, se proponía atormentarla y abusar de ella. Tras marcarla con su propia semilla, la degollaría y la arrojaría sobre los restos hinchados del hombre

al que obviamente amaba. Traidora que era, no se merecía menos: ¡la perra inglesa! Y entonces Malcom sería el nuevo líder del clan Lochlan de Lochlan.



Mucho después de que todos estuvieran en cama, Aileen salió sigilosamente de sus aposentos, bajó las escaleras y salió al pabellón interior. Agradeció que esta noche no brillara la luna. Alcanzó la torre norte sin ser vista, abrió la vieja puerta y se abrió paso por los oscuros sótanos. Tanteó con cautela a lo largo de los estantes, sus dedos iban evitando la rebanada de astillas. Al encontrar la correcta, empujó contra ella; el panel se abrió y ella se deslizó por él hasta la escalera. Sin beneficio de la luz, descendió lentamente por las estrechas piedras. Salió por la puerta inferior, pasó los peñascos y los arbustos, bajó la colina y cruzó el claro, adentrándose en el bosque.

Al principio estaba segura de que conocía el camino, pero a medida que se adentraba en el bosque, se sentía menos segura. Los palos crujían bajo sus pies, mientras que las ramas bajas le enganchaban el pelo y le golpeaban la cara. Las criaturas nocturnas se callaron ante su ruidosa aproximación. Pronto el bosque se convirtió en una negra guarida de quietud. «Muy parecido a la tumba», pensó, el latido de su corazón era el único sonido que oía.

Al cabo de diez minutos, Aileen se dio cuenta de que estaba irremediablemente perdida. En la oscuridad sin luna, no podía ver más allá de unos metros. «Mantén la calma», se dijo a sí misma, sintiendo las primeras heces de histeria agitándose desde las profundidades de su estómago. Si le llegaban a la garganta, sabía que gritaría. Respirando hondo, recordó el pequeño arroyo que Alistaire y ella habían cruzado. Un árbol caído tendía un puente sobre el arroyo. Si lo encontraba, estaría a solo unos cientos de metros de la cabaña.

Atrapada en el inquietante silencio, los oídos de Aileen se habían vuelto muy sensibles. Como tafetán rígido, las hojas caídas crujían en el suelo del bosque; una ramita saltaba, sonando como el informe de un arma. Algo se acercaba tras ella. ¿Un jabalí? Pensó en Malcom. Dios mío. Cualquier cosa menos él.

Ordenó a sus pies que corrieran, pero estaban congelados en el camino. Una mano cayó sobre su hombro, y Aileen casi saltó de su piel. Con un grito suave, giró sobre sí misma.

—Alistaire —exhaló aliviada—, casi me matas del susto.

En la penumbra, sus dientes resplandecían blancos. Era la primera sonrisa que ella había visto en él. La cogió de la mano y la condujo a través del bosque. Esta vez, Aileen prestó mucha atención a los hitos por los que pasaban. Un peñasco saliente, un pino nudoso, el suave ardor con el tronco caído: todo la conduciría a la cabaña. Al amanecer, volvería a hacer que Alistaire le mostrara el camino, marcando cada paso que diera. Por el bien de Jonathan, no podía arriesgarse a perderse de nuevo.

Se paró en la puerta de la casa de campo.

—¿Cómo está? —preguntó, necesitando saberlo antes de entrar. Al ver el firme asentimiento de Alistaire, su corazón se aquietó y sus nervios se calmaron; lentamente se coló por la abertura. Una pequeña vela ardía sobre un taburete colocado cerca del catre. Con la cabeza vuelta hacia otro lado, Jonathan parecía no haberse movido desde la última vez que ella lo había

visto—. ¿Se ha despertado del todo? —le preguntó a Alistaire.

Él sacudió la cabeza, y sus oscuros mechones castaños, salvajes y enmarañados, se agitaron alrededor de su cabeza; sus profundos ojos azules miraban hacia abajo, fijos en sus pies descalzos. La mano de Aileen le tocó el brazo y él levantó la vista.

—Lo has hecho bien, Alistaire. Si no hubiera sido por ti, mi marido estaría ahora muerto. —El ceño de Aileen se arrugó—. Le viste conmigo aquel día sobre el lago. Es la razón por la que acudiste a mí, ¿no es así?

Alistaire asintió.

—Se alegrará de que lo recuerdes —dijo ella. Una hoguera de turba ardía a fuego lento en la vieja chimenea, y Aileen vislumbró una tetera de agua que descansaba cerca de ella. Preguntó —: ¿Ha hervido el agua? —Él afirmó que sí—. Acércala, así podré limpiar su herida. Después la suturaré.

Al acercarse al catre, Aileen se dio cuenta de que el lino había sido rasgado en tiras, que reposaban sobre una mesa desvencijada junto al ungüento, las hierbas y el hilo y la aguja. Todo parecía listo para la tarea que le esperaba. Quitándose la tela escocesa, la arrojó a los pies del catre y luego se inclinó para ver el rostro de Jonathan.

Con los labios entreabiertos, su suave aliento susurró levemente en sus oídos. Largas pestañas negras se recostaban sobre sus párpados inferiores. Seguía durmiendo.

—Amor, debo atender tu herida. Puede dolerte un poco, pero tendré cuidado de no lastimarte demasiado. —Levantándole la cabeza, ella desenvolvió la venda fresca que Alistaire le había aplicado. Para su sorpresa, el profundo tajo ya había sido limpiado. Mirando a Alistaire, que estaba detrás de ella con la tetera, sonrió agradecida—. Veo que le has atendido bien, Alistaire. De nuevo, te doy las gracias.

Con la mano libre, Alistaire imitó el movimiento de coser. Se encogió de hombros.

—Normalmente, pero no siempre, las mujeres son mejores cosiendo que los hombres. No te menosprecies por no haber sido capaz de finalizar la tarea.

Después de lavarse las manos con una tosca pastilla de jabón, que le había dado a Alistaire hacía tiempo pero que dudaba que él usara muy a menudo, se las enjuagó con un cazo de agua fría de la tetera. Volvió a limpiar la herida y luego, con su cuchillo, cuya hoja mantuvo sobre la llama de la vela y dejó enfriar, afeitó una tira de pelo de alrededor del tajo. Limpiándola de nuevo, calculó que la herida medía unos cinco centímetros. Con la aguja y el hilo de lino en la mano, la primera sostenida de nuevo sobre la llama de la vela, respiró hondo y se dispuso a coser.

Con cada pequeña puntada que daba, con la esperanza de evitar una horrible cicatriz, Aileen juraba que la aguja atravesaba su propia piel. Se mordía el labio inferior con los dientes y no dejaba de hacer muecas de dolor. A Alistaire le pareció que sufría un dolor agudo. Cuando cortó y anudó la puntada final, que eran más de cuarenta en total, Aileen respiró aliviada. Dejando la aguja a un lado, sus manos empezaron a temblar, sus nervios finalmente cedieron a la presión a la que se había enfrentado. Ordenándoles que se comportaran, aplicó el ungüento y envolvió la cabeza de Jonathan con un vendaje nuevo. Finalmente se enderezó y se estiró, luego masajeó la parte baja de su espalda, intentando aliviar el dolor que se había instalado allí.

—Lo has hecho bien, amor.

Aileen se quedó helada; su corazón pareció detenerse.

—¿Jonathan? —preguntó incrédula, con los ojos clavados en él. Parecía seguir dormido.

Sus pestañas aletearon, luego sus párpados se abrieron. Lentamente giró la cabeza.

—Sí, soy yo —dijo, con voz débil y ronca. Una débil sonrisa cruzó sus labios.

—Oh, Jonathan —gritó Aileen, cayendo de rodillas. Sus brazos le rodearon mientras su mejilla se posaba en su pecho—. Dios, has despertado.

Sintiéndose como si estuviera hecha de plomo, su mano se levantó de la cama y se encontró con el sedoso cabello de ella.

—Sí. Ha sido un largo sueño.

Ella sintió sus dedos acariciar torpemente sus mechones desatados y pensó en sus primeras palabras. «Lo has hecho bien, amor». ¿No le había dicho casi la misma frase a Alistaire, pero sin el apelativo cariñoso? Con el ceño fruncido, se apartó y le miró fijamente.

—¿Cuánto hace que despertaste?

—El tiempo se me escapa, pero aún no habías cruzado la puerta.

—Pero no dijiste nada. Ni siquiera te moviste mientras yo... mientras...

Su visión se nublaba, incluso se doblaba a veces, Jonathan notó que ella se había puesto bastante pálida.

—¿Mientras me cosías? —Ante el asentimiento de ella, se rió entre dientes, luego deseó no haberlo hecho. Sentía que la cabeza le iba a estallar—. ¿Habrías hecho un trabajo tan experto si hubieras sabido desde el principio que estaba despierto

Su mirada se apartó de la de él.

—Me dejaste creer que no sentías nada solo para hacérmelo más fácil.

—Y a mí mismo —dijo él, luego discernió su confusión—. Fue mi vanidad masculina la que me mantuvo tan inmóvil. Por tu hábil mano, la cicatriz debería ser mínima. Si hubiera acabado siendo bastante fea, mi mujer podría haberme abandonado de nuevo.

Las lágrimas agujonearon los ojos de Aileen al pensar en los problemas que ella le había creado. Si no hubiera sido por ella, ahora no estaría aquí tumbado.

—Perdóname por causarte tantos problemas —le dijo, con su mano temblorosa acariciándole la mejilla—. No deberías haber venido, Jonathan. Especialmente solo.

—Fue impetuoso, lo sé. Pero cuando Walter me informó de que te le habías escapado, no pude pensar en otra cosa que en tu seguridad. Sin ninguna preparación, vine aquí, directamente.

—Pobre Walter, temía haberle golpeado demasiado fuerte. —Al ver la ceja levantada de su marido, se explayó—: Me sorprendió justo cuando estaba a punto de colarme por la puerta. No tuve más remedio que ponerle el mango del hacha en el cuello. Fue un duro golpe el que le di. Está bien, ¿verdad?

—Aparte de una mandíbula dolorida que acompaña a su cuello dolorido, probablemente esté bien.

Una ligera risa burbujeó de su garganta.

—Sin duda nos odia a los dos.

—Estoy seguro de que se mantendrá lejos de nosotros en el futuro, lo cual me parece bien.

—No le culpes por lo que hizo su padre.

—¿Él te lo dijo?

—Sí, en nuestro banquete de bodas. Él sufrió igual que tú, porque él también perdió a su padre. Era poco más que un niño, Jonathan. Lo que ocurrió entre su padre y el tuyo no fue culpa suya. Sea lo que sea lo que haya ocurrido entre Walter y tú desde entonces, intentad arreglar vuestras diferencias. Después de todo, es tu primo.

—Lo pensaré, pero ahora mismo, es tu tío quien me preocupa. Es peligroso, Aileen. El bastardo me asaltó no lejos de McNamara. Mañana debemos marcharnos de aquí. Si nos quedamos, temo lo que pueda pasarte. —Miró a su alrededor—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Fue Alistaire. —Se dio la vuelta, pero el muchacho había desaparecido. Mirando de nuevo a Jonathan, notó su ceño fruncido—. Es el que pensaste que era un cazador furtivo aquel día en el lago.

—Sí. Te oí decir que me había salvado la vida y que había venido a por ti. Pero no recuerdo nada después de que Malcom cayera del árbol.

—Alistaire lo vio todo. Te arrastró desde el fondo del barranco donde Malcom te había arrojado y te trajo aquí.

Jonathan se había preguntado por qué le dolía todo el cuerpo. Ahora lo sabía. Vio aparecer su medallón cuando ella lo sacó del interior de su túnica.

—Vino a mí con esto —dijo.

Empezó a quitarse la cadena del cuello, pero Jonathan la detuvo.

—Por ahora, guárdalo contigo. —Observó cómo el círculo de oro se deslizaba de nuevo dentro de su túnica, y luego dijo de la cabaña—: No es el mejor de los alojamientos, ¿verdad?

—No, pero por desgracia es donde Alistaire prefiere vivir. Nos viene bien, sin embargo, porque Malcom no sabe nada de este lugar. Ni siquiera yo sabía que existía.

—Es un cuchitril, sin duda —dijo, mirando a su alrededor—. Pero esta noche es nuestro refugio. —Al moverse, su cabeza palpitó insoportablemente y la habitación pareció dar vueltas. ¡«Maldita sea!» pensó, cerrando los ojos. Rápidamente volvió a abrirlos, pues sintió que daría vueltas sobre el catre. Tenía que conseguir controlar sus sentidos, pelear su mareo y su visión borrosa, pues al día siguiente debían partir. Se concentró en el rostro de Aileen—. El muchacho debe venir con nosotros —dijo—, pues si Malcom descubre la participación del chico en mi rescate, será perseguido como un perro rabioso. Mañana volvemos a Inglaterra.

Aileen sabía que él no podría viajar, no durante varios días más. Como no quería preocuparle, cambió de tema.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a Londres a ver a James? ¿Por qué ocultaste que mi clan tenía problemas? Fue injusto por tu parte ocultármelo. Soy su jefa.

—Esperaba evitar que ocurriera exactamente lo que ha ocurrido. —Él vio la pregunta en sus ojos—. El momento en que supiste que tu clan estaba en peligro, huiste, Aileen. Si te lo hubiera dicho, en lugar de Walter, habría sido yo quien se hubiera quedado con el cuello

dolorido. Te conozco. Eres mucho más impetuosa que yo. Mi esperanza era buscar una audiencia con James y convencerle de que no reaccionara tan enérgicamente contra todos los Lochlan. Fue Malcom quien les incitó a sus actos de agresión, quien les provocó para que atacaran a sus vecinos. Debe ser él quien expíe su culpa, no todo el clan. Es lo que le dije a nuestro rey.

—¿Y?

—James estuvo de acuerdo. Su ejército está retenido en Londres. Por el momento, tu clan está a salvo. Malcom, sin embargo, pronto conocerá su destino. —«Si él no encuentra su fin primero», pensó Jonathan. Si volviera a enfrentarse al tío de Aileen, ¡mataría al bastardo!— Si el plan de James llega a buen puerto, tu tío vivirá sus días en la Torre. Nuestro rey puede parecer tonto, pero es, de hecho, muy astuto. También vengativo. Fue necesaria la diplomacia para hacerle cambiar de opinión; te das cuenta de que James había planeado destruir a los Lochlan, ¿verdad?

—Lo sospeché en cuanto descubrí lo que había estado ocurriendo aquí en McNamara. Les he recordado al clan Ramsay. Por ahora, las incursiones han cesado. —Estudió a Jonathan—. ¿No confiabas en mí para hablar en mi propio nombre?

—Con tanto en juego, las emociones no podían jugar ningún papel en la negociación con James, amor. Estabas demasiado cerca de la situación. En un momento de pasión, deseando proteger a los que tanto quieres, podrías haber perdido los estribos o haber hablado fuera de lugar. Habría sido un mal presagio para tu familia. Por eso no te lo dije, por eso fui solo.

Probablemente Jonathan tenía razón al alejarla de Londres. Su temperamento escocés podría haber chocado con el escocés más notorio de todos. Pensó en Lavinia Bedford. Estaba segura de que la única razón de su viaje al sur era ver a James, pero tenía que estar segura.

—¿Fue esa la única razón por la que fuiste a Londres: por mi clan?

Jonathan la observó.

—No existía ninguna otra razón. ¿Por qué lo preguntas? —Aileen respiró hondo; su atención se posó en sus manos—. Encontré la carta de lady Bedford. La fecha encima era solo unos días anterior a tu partida. Como tu nota no indicaba por qué te habías marchado, solo que un asunto de gran importancia requería tu atención inmediata, yo... supuse...

—Supusiste que me había ido a Londres para estar con ella —finiquitó—. Aileen, mírame. —Ella lo hizo—. Fue la carta de sir John la que me precipitó a Londres, no la de Lavinia. No negaré que una vez fue mi amante. A lo largo de los años, he tenido varias. Pero el día que te conocí, cualquier deseo que pudiera haber tenido por Lavinia, o por cualquier otra mujer, para el caso, encontró una muerte súbita. Desde el primer momento en que te vi, has captado mi atención. Es a ti a quien he deseado, y solo a ti. —Suspiró pesadamente—. Debo decirte que, mientras estaba en Londres, Lavinia se me acercó. La rechacé. Es poco probable que vuelva a molestarnos a ninguno de los dos. Créeme cuando te digo que no hay nadie más que tú.

Estudiando detenidamente sus maravillosos ojos, Aileen consideró si lo que veía en ellos podía ser cierto.

—Jonathan... ¿por qué has venido a buscarme?

Una breve carcajada brotó de él; su cabeza sufrió por ello.

—Cariño —dijo, con el dolor finalmente remitiendo—, si no sabes la respuesta a esa

pregunta a estas alturas, probablemente nunca la sabrás.

—No te burles de mí —espetó ella, desesperada por saberlo—. Arriesgaste tu vida. ¿Por qué?

Sus dedos rozaron la curva de su mejilla, luego uno cayó sobre sus labios.

—Porque, Aileen, me he enamorado de ti. Bésame y te lo demostraré.

Su suave grito de alegría llenó los oídos de Jonathan, entonces sus labios se encontraron. Hambrientos se saborearon mutuamente. Había pasado poco más de una semana desde que se besaron por última vez, su hacer el amor salvaje y dulce, pero tanto a Aileen como a Jonathan su tiempo separados les pareció una eternidad. Las lenguas jugaron momentáneamente, burlonas y tentadoras. A Jonathan le dolía desearla, a su amada Aileen. Su boca se separó de la de ella.

—Ah, querida. Te he echado tanto de menos. Ven a tumbarte a mi lado para que pueda abrazarte.

La mirada de Aileen saltó hacia la ventana de la cabaña. Entre las zarzas pudo ver que el cielo se había aclarado. No era momento para que hicieran el amor. No ahora.

—No puedo —dijo ella, separándose de él. Se puso en pie y notó que Jonathan parecía confuso—. Debo volver al castillo. Si Malcom me echa de menos, ya no estarás a salvo.

—No puedes ir. Es a ti a quien quiere ahora muerta. No permitiré que te vayas. —Agarrando la muñeca de Aileen, se levantó del catre. El dolor le estalló en la cabeza; las náuseas casi lo arrasaron. Con las manos agarrándose las sienes, cayó de espaldas sobre la cama; un fuerte gemido brotó de sus labios—. Madre de Dios, ten piedad —susurró. Poco a poco el martilleo de su cabeza se alivió.

Aileen echó hierbas en una taza limpia de agua fresca y le dio al elixir una rápida agitación. Levantó la cabeza de Jonathan.

—Bebe esto, mi amor. Disminuirá tu dolor.

Tal como se le ordenó, Jonathan engulló el brebaje de sabor penetrante. Suspiró cuando su cabeza volvió a chocar con el catre. Mirando a su esposa, vio el doble de ella.

—Aileen, por favor, no te vayas de aquí.

—Debo hacerlo, mi amor. Se acerca el amanecer. Por tu bien, no puedo quedarme.

Unos suaves dedos acariciaron su frente; luego ella se dio la vuelta. Jonathan la vio marchar, el miedo por su seguridad se hinchaba en su interior.

—¡Aileen! Por los clavos de Cristo, mujer, no me hagas levantarme de la cama e ir tras de ti. —Ella siguió caminando. Intentó levantarse del catre, solo para descubrir que no podía moverse. ¿Qué demonios le había dado? se preguntó—. ¡Aileen!

Al llegar a la puerta, miró de nuevo a Jonathan.

—Volveré esta noche cuando sea seguro. Duerme bien, mi amor. Y Jonathan, yo también te quiero.

Las palabras giraron por su cabeza, que ya daba vueltas, hasta instalarse en su corazón. ¡Aileen, no te vayas! Las palabras gritaban en su mente, pero se negaban a pasar por sus labios. Luchando contra la negrura que le había rodeado de repente, Jonathan sintió que sus párpados se

cerraban. Se durmió.

Tras dejar discretamente sola a la pareja, Alistaire se levantó de su posición de cuclillas ante la puerta de la cabaña.

—Ya es hora de que nos vayamos —le dijo Aileen, echándose por encima la tela escocesa que había cogido del extremo del catre—. Duerme, Alistaire. Cuando despierte, si intenta levantarse de la cama y venir al castillo, échale más hierbas por la garganta. Cueste lo que cueste, no debe salir de aquí. ¿Entendido? —Alistaire asintió firmemente.

La pareja serpenteó por el bosque. Aileen tomó nota de cada punto de referencia y se prometió a sí misma que nunca más olvidaría el camino a la cabaña.

—Volveré cuando el castillo duerma —dijo cuando llegaron al borde del claro—. Recuerda, Alistaire, mantenlo quieto.

Él asintió, y luego observó cómo ella salía a toda velocidad por terreno abierto, con la primera luz del amanecer sobre ella. Cuando ella alcanzó las rocas y desapareció, Alistaire volvió a través del bosque, donde por el camino, recogió algunas raíces especiales.

Mientras Alistaire había observado a Aileen avanzar por el claro, Malcom también lo había hecho. En lo alto de la almena, con sus ojos firmes en ella, la persiguió por el paseo de la muralla, asomándose por encima de las almenas, tratando de vigilar su avance. Ella desapareció. La confusión tejió su frente mientras regresaba lentamente a su puesto. Empezó a preguntarse si lo había visto. Debajo de él, la divisó cuando cruzó corriendo el pabellón interior y entró en el gran salón.

De dónde había venido, no podía decirlo. Pero una cosa era segura: Ella había estado en el bosque. La pregunta era, ¿por qué? Malcom no podía imaginar ninguna razón... a menos que...

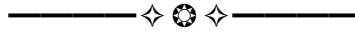
Bajó corriendo las escaleras y se dirigió a los establos. Ensilló su caballo, luego montó y atravesó rápidamente las puertas, saliendo por los páramos. Pronto estaba de pie en el borde del barranco, miró en su vientre.

—Así que el bastardo vive, ¿verdad?

Malcom sabía ahora por qué su sobrina se había adentrado en el bosque. Sin duda, ella iría a su lado cuando la noche volviera a cernirse sobre ellos. Él esperaría y la seguiría. De una vez por todas, el *Sassenach* encontraría su fin. Pero, ¿a cuál de los dos debería matar primero?

Decidiendo que tendría más diversión haciendo sufrir más al bastardo inglés, torturando a su amante ante sus propios ojos, Malcom hizo su elección.

## Capítulo 14



Bien pasada la medianoche, Aileen se escabulló del castillo hacia el bosque. Sin perder un paso, se apresuró por el sendero hacia la cabaña, con los brazos cargados de una gran túnica de piel. Si su plan llegaba a buen puerto, que era lo que ella rezaba, esta noche sería una noche de amor.

La cabaña estaba justo delante, y ella aminoró el paso. Al oírla acercarse, Alistaire miró hacia ella por el portal abierto. Ella le hizo un gesto para que se acercara y le habló brevemente. Observó cómo él se alejaba de su casa, tomando una dirección opuesta a la que ella acababa de recorrer. Una vez que él hubo desaparecido, ella se dirigió a la puerta.

La sorpresa la invadió cuando vio a Jonathan, iluminado por la luz de las velas. Con el torso desnudo, estaba sentado en el catre, con la espalda apoyada en la pared. Parecía dormir. «Las hierbas», pensó ella, y luego vio que abría los ojos.

—¿Aileen? —pronunció su nombre con reverencia.

—Sí.

—Dios. Temía que nunca vinieras. —Su ceño se frunció cuando ella se acercó a él—. ¿Qué sostienes en tus brazos?

—Es nuestra cama —dijo ella, mirándolo de cerca—. Tengo la intención de extenderlo en el suelo.

La mirada de Jonathan se oscureció.

—El muchacho... ¿es seguro?

—Se ha adentrado en el bosque —dijo ella, con la gran túnica cubriendo el suelo de tierra, con la piel hacia arriba—. No regresará hasta que yo dé la señal.

Ansioso, Jonathan la observó mientras empezaba a desvestirse.

—Te sientes aventurera, ¿verdad?

—Sí, te he echado de menos.

Observó cómo su tela escocesa caía al suelo y su túnica caía sobre su cabeza para revelar su medallón. La pesada cadena de oro se enroscaba sobre su turno donde cubría sus pechos altos y llenos. Al ver su posición, Jonathan gimió suavemente.

—Tu cabeza... ¿eres capaz de hacer el amor?

—¿Acaso un pájaro vuela? —preguntó él, acercándose al borde del catre. Se puso de pie y se bajó los calzones de piel de ante por las piernas.

—Sí, un pájaro vuela —dijo ella, pensando en la leyenda—, pero nunca lejos de ti.

Su ceja se arqueó; luego, mientras se apartaba los calzones de los pies, soltó una risita. Desnudo, se alzó orgulloso ante ella.

—Querrás decir porque me llamo Eagle.

No sabía nada de la leyenda ni de cómo le había llamado Hammish. Algún día se lo contaría, pero ahora solo lo quería cerca de ella.

—Sí, porque te llamas Eagle. —Su falda cayó al suelo, luego su camisa se levantó por encima de su cabeza. La gloria de su cuerpo se reveló ante él—. Ha recuperado su resistencia, milord —dijo ella, notando su excitación—. ¿Cómo es posible?

—Nunca la he perdido en lo que a ti respecta. Solo tienes que entrar en la habitación.

Ella sonrió.

—Quiero decir que estás despierto.

Él sonrió.

—Precisamente.

La palma de su mano golpeó el centro de su pecho justo cuando él la alcanzaba ella, haciéndole encender.

—Habla en serio, ¿quieres?

—Lo estoy haciendo. —Notando su mirada censuradora, suspiró—. Si te refieres a que actúo casi como si fuera yo mismo, fue cosa de Alistaire. Me dio de comer un puré de mal sabor que cocinó con algún tipo de raíz. Me libró del dolor de cabeza y renovó casi todo mi vigor. —Ocultó el hecho de que a menudo veía doble. Al ver a su mujer, agradeció que este no fuera uno de esos momentos—. ¿Satisfecha?

—Lo estaré pronto —dijo ella, relajando su brazo estirado. Sus dedos se deslizaron por su pecho de pelo áspero, enrollándose alrededor de su nuca—. Pero entonces tendrás que satisfacerme de nuevo.

—Con mucho gusto —dijo él, mientras su boca descendía hacia la de ella—. A cualquier hora de cualquier día: solo tienes que pedírmelo.

Los labios se encontraron, y sus cuerpos se hundieron lentamente en la piel. Ya fuera en Montbourne o en McNamara, su regreso a casa prometía ser dulce. Esta vez, Jonathan estaba seguro, sería la más dulce de todas.

Aileen tomó la iniciativa en su forma de hacer el amor, sus labios recorriendo suavemente el cuerpo de él. Su mano lo encontró, acariciándolo de la forma que a él le complacía. Cuando sus labios y su lengua le tocaron, Jonathan respiró entrecortadamente. Sus ojos se cerraron de golpe y tragó con fuerza.

—Mujer, me vuelves loco —gruñó, acercándose a ella. Levantó sus caderas para que ella quedara a horcajadas sobre él, y la empaló—. Ahora, Aileen, satisfáceme y yo te satisfaré.

—Con mucho gusto —susurró ella, inclinándose sobre él. El medallón rozaba su duro vientre mientras las puntas de sus pechos se burlaban de él. Ella se inclinó más hacia él, su largo cabello recorriéndole los brazos—. A cualquier hora de cualquier día: solo tienes que pedirlo. —Su boca buscó la de él.

Hambrientos el uno del otro como estaban, la liberación que buscaban mutuamente fue suya en poco tiempo. Yacían en el resplandor de su amor, frente a frente, cada uno maravillado con el otro.

—Te quiero, Aileen. No vuelvas a huir de mí. Prométeme que esta vez te quedarás.

—Me quedaré —dijo ella, mientras su dedo rozaba su labio inferior. «Hasta el amanecer», pensó ella, y luego se preguntó cómo podría dejarle. Con sus fuerzas recuperadas, escapar parecía imposible. Si tan solo pudiera quedarse.

—Bien —dijo él; luego, cogiéndole la muñeca, le besó la mano—. Ven aquí. —Le rodeó el cuello con el brazo—. Dame tus labios, amor. —Las bocas ansiosas se encontraron en una ardiente muestra de afecto. Al cabo de un rato, Jonathan se apartó—. Odio admitirlo, pero nuestro hacer el amor parece haberme agotado. Me ha entrado sueño.

—Cierra los ojos. Descansa, amor mío, para que te fortalezcas. —Ella se pasó el medallón por la cabeza y luego pasó la cadena por encima de la de él, ajustándosela al cuello—. Te devuelvo esto. Es donde debe estar. Duerme, yo también lo haré.

Mirándose el uno al otro, sus párpados pronto se cerraron. Largos minutos después, los de Aileen volvieron a abrirse. Jonathan dormía, ella lo sabía. Observando su apuesto rostro a la tenue luz de las velas, sintió que su corazón se dilataba. Le quería tanto, pero pronto tendría que dejarle. ¿Lo entendería él?

Durante varias horas, permaneció tumbada estudiándole; por fin, poco antes del amanecer, se escabulló de la piel y se vistió en silencio. Justo cuando se ponía el cinturón a cuadros, Alistaire irrumpió por la puerta. Su mano saltó a su boca, un dedo presionando sus labios.

—Ssh. —El sonido no fue más que un susurro.

Observó que Alistaire parecía bastante angustiado, se puso de puntillas alrededor de la piel donde aún dormía Jonathan y siguió al chico al exterior.

—¿Qué ocurre?

Alistaire señaló hacia el camino que llevaba al castillo. Se pavoneó, se golpeó el pecho y luego balanceó los brazos en el aire.

—¿Malcom? —Vio que asentía—. ¿Está en el bosque? —Alistaire volvió a asentir—. Madre de Dios, no.

Alistaire le tocó el brazo e hizo un gesto hacia Jonathan, Aileen y él mismo. Señaló hacia la ladera en dirección opuesta al camino.

—¿Quieres que vayamos contigo? —Otro asentimiento—. Aún está demasiado débil para viajar, Alistaire. Malcom lo atraparé. Dios mío, no soporto pensar lo que pasaría entonces. —Sus dedos se frotaron contra su frente—. Yo me dirigiré a Malcom. Apaga la vela y mantén a Jonathan callado. De lo contrario, ambos podríamos morir.

Aileen se puso en marcha hacia el camino, pero Alistaire la agarró del brazo. Su cabeza se agitó vigorosamente.

—Debo irme. —Ella vio su respuesta negativa a sus palabras; entonces él intentó tirar de ella hacia la puerta de la cabaña—. Suéltame. —Él se negó y Aileen apretó los dientes. Haciendo una bola con el puño, balanceó el brazo en un arco; Alistaire aterrizó en el suelo sobre su trasero

—. Lo siento, Alistaire, pero no se pudo evitar. —Con eso, ella se levantó la falda y se escabulló hacia el camino.

Malcom echaba humo mientras esperaba junto al nudoso pino. ¡Maldición! ¿No llegaría nunca el amanecer?

Ya había pasado media noche en el bosque y había perdido a Aileen justo después de que ella entrara en él. Su vigilancia sobre ella había sido un desastre desde el principio. Primero la había seguido hasta la torre norte, pero de algún modo se había desvanecido. Dónde había ido después de colarse por su puerta exterior, él no tenía ni idea (¿un pasadizo secreto, tal vez?) pero pensaba averiguarlo más tarde.

Cuando llegó a la puerta, con varios de sus fieles seguidores pisándole los talones, ella ya había cruzado la mitad del campo. En silencio la habían perseguido, pero una vez en el bosque y a cierta distancia por el sendero, Malcom y sus hombres se encontraron desorientados. Su sobrina no aparecía por ninguna parte. Buscando en varias direcciones, él y sus hombres siempre se encontraban de vuelta en el mismo árbol. Al amanecer, sin embargo, quiso iniciar su búsqueda. Su sobrina y su amante estaban en algún lugar de este bosque, y él se proponía encontrarlos.

El sonido del chapoteo del agua llamó su atención. Muy por debajo, vio una figura sombría que avanzaba hacia él.

—Ahí viene —susurró, indicando a sus hombres que se escondieran. Pronto tendría también al *Sassenach*.

Justo cuando Aileen se precipitó tontamente hacia el bosque, Alistaire se puso en pie. De nuevo irrumpió por la puerta de la cabaña. Esta vez no le pondrían resistencia.

Jonathan sintió que una mano áspera le sacudía. Sus ojos se abrieron. Descubrió que Aileen ya no estaba a su lado. Girando la cabeza, vio a Alistaire de pie sobre él. El muchacho parecía frenético.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Aileen? —Alistaire señaló la puerta.

—¿Se ha ido? —Jonathan lo vio asentir—. Maldita sea. Nunca se puede confiar en ella. —Cogió sus calzones del suelo. Metiendo las piernas en ellos, se puso en pie. La cabeza le dio vueltas y se escoró hacia la derecha. Alistaire lo atrapó. Intentando pelear contra el vértigo, Jonathan notó que había dos del mismo muchacho aferrándose a él. Los gemelos se unieron lentamente. Por fin había uno. Estaba bien, Jonathan se separó de Alistaire; sin saber cómo, se encontró sobre una rodilla. Se agarró la frente con la mano mientras apoyaba el codo en el muslo levantado. Jonathan respiró hondo hasta que se le pasó el mareo—. ¿Cuánto hace que se fue? —preguntó, poniéndose por fin en pie.

Alistaire levantó la mano para que Jonathan la viera, con el pulgar y el índice separados por un pelo.

Con los ojos fijos en Alistaire, Jonathan metió los pies en las botas.

—¿Hace un rato, dices? No deberíamos tener problemas para atraparla.

Jonathan se dirigió hacia la puerta, pero Alistaire se escabulló delante de él, bloqueándole el paso y sacudiendo enérgicamente la cabeza. Jonathan se quedó mirando al chico, pues Alistaire se había puesto a golpearse el pecho, y luego balanceó los puños en el aire. Al no

entenderle, Jonathan frunció el ceño. Los brazos del muchacho dieron vueltas por encima de su cabeza, sus dedos volaron libres, como si hubiera soltado algún objeto. Después se golpeó la cabeza con la palma de la mano. Inmediatamente Jonathan se dio cuenta.

—Malcom, ¿estás diciendo que está en el bosque? —Ante el asentimiento de Alistaire, tanto el miedo como la rabia se apoderaron del conde de Montbourne. Su miedo era por Aileen; su rabia contra Alistaire—. ¡Maldita sea! ¿Por qué la dejaste ir? —Alistaire se frotó la mandíbula y luego se encogió de hombros. Tarde, Jonathan vio la marca azulada—. No eres el único que ha sentido su aguijón. Cuando está decidida a salirse con la suya, llegará a cualquier extremo para conseguirlo. Lo sé por experiencia. —Agarró su espada donde descansaba contra la pared junto a la puerta—. Vamos a rescatarla.

Aileen dio un respingo cuando Malcom se puso delante de ella.

—Tío, me has asustado —jadeó, llevándose la mano al pecho por encima del corazón. Vislumbró a la media docena de hombres que habían salido del refugio de los árboles—. ¿Qué hacen en el bosque?

—Es una pregunta que debería hacerme yo, sobrina. Y no me diga que simplemente estaba dando un paseo. Sé que vive.

Parpadeando, Aileen preguntó: «¿Quién vive?».

Los ojos de Malcom brillaron. Aferrándose a su brazo, la estrechó contra él.

—No seas tímida. *Sassenach*... ¿dónde está?

—En Inglaterra, supongo.

—¡Perra! ¿Crees que soy tonto? Sé que lo escondes. Ahora, ¿dónde está tu amante?

—¿Eres un tonto? Por tus acciones, sé que eres un tonto. Suéltame, o como tu jefe, te desterraré del clan. Sal de este bosque y regresa al castillo. Ya casi amanece. Hay tareas que hacer.

Una breve carcajada brotó de la garganta de Malcom.

—Sí, hay tareas que hacer, agradables por cierto. Puesto que no serás jefe durante mucho tiempo, no veo la necesidad de obedecerte. Del mismo modo, como no me llevarás hasta el bastardo inglés, es seguro que él vendrá a mí, pues tú serás el cebo.

Con su mano apretando el brazo de ella, hizo girar a Aileen y la impulsó por el camino delante de él; sus hombres le siguieron.

—Estás loco, tío. Otros no tolerarán esto —dijo ella refiriéndose a sus hombres del clan.

—¿Loco? —preguntó él, con una amplia sonrisa pasando por su rostro—. No estoy loco, Aileen. Ser jefe ha sido mi esperanza desde que tuve edad suficiente para comprender el poder que supone el cargo. Tu padre se interpuso en mi camino una vez. Ahora eres tú. Pero eso se rectificará en breve. Primero, eliminaremos a tu amante.

Las palabras de Malcom giraron dentro de la cabeza de Aileen. Pensó en la agonía que su padre había sufrido antes de su muerte, y todo encajó en su sitio. Sus talones se clavaron en el suelo justo al llegar al arroyo.

—Bastardo, ¡fuiste tú quien le mató! Le envenenaste, ¿verdad?

—Una desgracia, ciertamente, pero también una necesidad. Tengo diferentes planes para ti, pero ten por seguro que tu muerte no será menos dolorosa. Has traicionado a nuestro clan al convertirte en la puta de ese inglés bastardo. Por eso pagarás.

—¡Yo no soy su puta!

—¿No lo eres? Puedo oler su sudor en ti ahora. Te has acostado con él, y recientemente. Saborea el placer de ese momento, Aileen, porque habrá sido el último.

Agarrándola del pelo desatado, enroscó sus finos mechones alrededor de su mano, y luego la empujó al arroyo. Ella tropezó, sus pies chapotearon ruidosamente en el agua. Malcom le tiró del pelo, manteniéndola erguida. Las lágrimas le escocían los ojos mientras el dolor le punzaba el cuero cabelludo, pero Aileen estaba decidida a no llorar. Mientras subía a trompicones por la orilla, a lo lejos, divisó la tenue luz de la casita. Conteniendo la respiración, rezó para que Malcom no la viera. De repente, el pequeño faro se apagó.

«Madre de Dios, no dejes que Malcom lo encuentre. ¡Jonathan! Mantente a salvo, amor mío».

Mientras Jonathan se agachaba por la puerta, espada en mano, Alistaire apagó la vela, y luego cogió la pequeña bolsa de cuero oculta junto a la hoguera. Lanzándose a través de la puerta, estuvo a punto de chocar con el inglés.

Sujetándose la cabeza, luchando contra el mareo que había vuelto a apoderarse de él, Jonathan profirió una suave maldición. Era inútil para Aileen. En su estado, ¿cómo demonios iba a ayudarla?

Jonathan sintió el contacto de la mano de Alistaire en su brazo, y luego vio que el chico señalaba la madera. Estaba amaneciendo y, mientras Jonathan miraba entre los árboles, divisó las figuras sombrías que se acercaban a la cabaña. Una, lo supo, era Aileen.

Su espada resbaló de su vaina. Cuando se disponía a adoptar una postura, la mano de Alistaire chocó con su antebrazo. La cabeza del muchacho se agitó vigorosamente; pinchó el pecho de Jonathan, y un dedo saltó por los aires. El muchacho señaló la madera; siete dedos saltaron hacia el cielo. El muchacho tenía razón, pensó Jonathan. En la forma en que se encontraba, no podía enfrentarse a tantos hombres.

¡Maldita sea la suerte! ¿Por qué tenían que fallarle ahora las fuerzas? Las manos de Alistaire empujaron contra él y Jonathan supo que no tenía más remedio que buscar refugio entre los árboles.

Justo cuando la pareja era engullida por el denso bosque en el lado opuesto de la cabaña, el pequeño grupo entró en el claro. Agazapado detrás de un grueso árbol, vigilando, Jonathan observó que Malcom iba en cabeza. Sostenía a Aileen prisionera por el pelo.

—¿Por dónde vamos ahora, zorra? —preguntó el hombre, y entonces surgió un grito de uno de sus compañeros. Malcom divisó la estructura a no más de una docena de metros delante de él. Empujó a Aileen hacia ella—. Así que estamos en su guarida, ¿verdad? —Aileen intentó zafarse de él; su pie le dio una patada en la espinilla. Malcom la tiró del pelo con fuerza, la hoja de la *claymore* osciló hacia su cuello—. Estate quieta o te degüello.

Al ver la brutalidad, al oír su suave grito, Jonathan se tensó instintivamente, dispuesto a lanzarse al claro. Pero cuando sus muslos empezaban a estirarse, sintió la mano de Alistaire en su hombro, presionándole.

—¡*Sassenach*! —La voz de Malcom retumbó en el aire—. Ven aquí o tu puta morirá.

De nuevo Jonathan se movió; de nuevo Alistaire le sujetó. De repente, espeluznantemente, un grito se elevó desde la colina en lo alto del bosque. Malcom y sus hombres se miraron, sobresaltados. El grito indicaba que se acercaban invasores; había brotado de los muros del castillo.

—¿Qué travesura es esta? —preguntó Malcom, sabiendo que McNamara estaba bajo asedio, o pronto lo estaría.

—Probablemente sea el ejército de James —respondió Aileen—. Por vuestra desobediencia, ahora os enfrentáis a la ira del rey. Todos vosotros sufriréis.

Malcom maldijo.

—Dirijan sus flechas al lugar. Quemén vivo al bastardo.

—¡No! —Aileen gritó mientras Malcom comenzaba a arrastrarla del pequeño claro. Las puntas de las flechas se cebaron, las flechas se clavaron y los arcos se tensaron. Rayos de luz surcaron el aire, golpeando el techo de paja—. ¡No! —volvió a gritar cuando las llamas empezaron a devorar la hierba seca y los juncos. El brazo de Malcom se aferró a su cintura. Levantándola, vadeó el arroyo. A medio camino del sendero, ella olió el humo acre, vio los penachos ondulantes mientras las llamas naranja brillante saltaban hacia el cielo. Mientras Malcom la empujaba hacia el castillo, la mano de Aileen le cubrió el vientre. «Dios mío, no le hubieras dejado estar ahí dentro». El niño necesitaba a su padre.

Al otro lado del claro, Alistaire empujaba a Jonathan ladera arriba a través del bosque. Varias veces se tambaleó y se agarró a un árbol, luego, a instancias de Alistaire, continuó. «Ruego a Dios que Aileen tenga razón», pensó, luchando contra su vértigo. La segunda cosa más grata que podría ver al salir de la espesura de los árboles serían los quinientos soldados que se presumía que estaban en Londres. Lo primero sería Aileen sana y salva y Malcom muerto.

El sol coronaba el horizonte justo cuando Jonathan y Alistaire alcanzaban el linde del bosque. Trastabillando entre los árboles, Jonathan se concentró en la ladera junto al castillo, buscando a su esposa. Aileen y su tío estaban casi en la puerta. De repente oyó el fuerte resoplido de un caballo casi en su oído. Girando sobre sí mismo, Jonathan sintió que la cabeza le daba vueltas. Cayó hacia atrás, aterrizando con fuerza sobre la grupa.

—Bastante imprudente por tu parte, primo —dijo Walter mientras luchaba por calmar a su caballo—. Podría haberte atropellado.

Jonathan se mordió una maldición y luego, con la ayuda de Alistaire, se puso en pie. Mirando hacia McNamara, vio que Aileen había desaparecido. Maldijo con vehemencia. Mirando a Walter y luego a sir John a su lado, soltó el aliento.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Jonathan, sin importarle cómo habían llegado hasta allí los hombres de James, solo que lo habían hecho.

—Unos tres kilómetros atrás —respondió sir John—. Vimos el humo y nos adelantamos.

—Mi esposa ha sido hecha prisionera por su tío. Están ahora en el castillo. Temo que lleguen demasiado tarde.

Mientras los hombres hablaban, Alistaire corrió hacia el bosque. Al poco regresó con el semental de Jonathan, ensillado y listo.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza? —preguntó sir John, observando el vendaje.

Jonathan se arrancó el lino de la cabeza y lo tiró al suelo.

—El tío de Aileen me tendió una trampa a una milla de aquí —dijo, intentando coger las riendas de su caballo y fallando.

—¿Está seguro de estar a la altura, Montbourne? —preguntó el caballero, inspeccionando el tajo pulcramente cosido que desaparecía en la espesura del cabello del hombre.

—Yo no le interrogaría demasiado, si fuera usted —comentó Walter—. Es peligroso para la salud.

Observando el moratón púrpura y amarillo brillante en la mandíbula del vizconde, el caballero rió entre dientes.

—Rancourt, probablemente te lo merecías.

—Sí, se lo merecía —intervino Jonathan. Enfundando su espada, consiguió montar en su caballo, luego tendió la mano a Alistaire y levantó al muchacho detrás de él. Alistaire, que llevaba casi dos días sin dormir, apoyó la mejilla contra la espalda desnuda de Jonathan. En pocos segundos, se adormiló.

—¿Quién es el muchacho? —preguntó sir John.

—Me salvó la vida, dos veces —dijo Jonathan, mirando a Alistaire por encima del hombro—. Pásame ese trozo de cuerda. —El caballero lo cogió de su silla de montar y se lo pasó a Jonathan. Con la ayuda de sir John, la envolvió alrededor de Alistaire y de sí mismo, atando al muchacho firmemente a él para que no se cayera del caballo—. Odiaría perderlo ahora. —El humo se hizo más denso a su alrededor—. Toda la madera arde —dijo Jonathan—. Vamos a reunirnos con los demás.

Al galope, se dirigieron hacia el ejército que se aproximaba. Alistaire se agitó despierto. Cuando se alejaron del humo y de la hoguera que se aproximaba, los caballos aminoraron la marcha; Alistaire volvió a dormir.

—¿Cómo sugiere que abordemos esta situación? —preguntó el caballero a Jonathan.

—¿Cuántos vinieron con usted?

—Casi quinientos. Nuestro viaje fue rápido y duro. Las tropas están cansadas. Han dormido poco.

—Deberíamos sentarnos en la puerta principal y tratar de disuadirlos de su insensatez. Malcom no tiene el control total de los Lochlan, estoy seguro. Si ven la fuerza que se opone a ellos, quizá entren en razón. Seguramente sabrán que no pueden ganar.

—O, simplemente porque somos ingleses —dijo sir John—, elegirán luchar contra nosotros hasta el último hombre.

—¿Y Aileen? —insistió Walter.

Jonathan se volvió hacia él.

—Mientras los hombres de James mantienen la atención de los Lochlan, yo intentaré encontrar una forma de entrar. A usted, ella está en grave peligro. —Miró al caballero—. La intención de Malcom es matarla, pero al ver la fuerza en su contra, podría decidir mantenerla con

vida y utilizarla como peón con el que negociar. Traslademos el ejército de James al castillo tan rápido como podamos. Demorarnos podría significar un desastre.

Mientras cabalgaban hacia delante, con Alistaire parpadeando despierto de nuevo, Jonathan se enteró de que casi al mismo tiempo que él había llegado a las puertas de Montbourne, el mensajero enviado desde su casa había llegado a Londres, habiendo tomado ambas rutas diferentes. Mientras el hombre buscaba frenéticamente a Jonathan, se había topado con sir John. El caballero había ido directamente a James con la información sobre la lucha de Aileen y el hecho de que pensaba que Jonathan daría una persecución inmediata. El rey no dudó. Su ejército se puso en marcha en pocas horas. El viaje había sido arduo, por no decir otra cosa; habían recogido a Walter a medio camino entre Londres y Montbourne.

—No podía permitir que murieras en Escocia, primo —dijo Walter encogiéndose de hombros—. Todos los Eagles encuentran su fin en Inglaterra. ¿Por qué romper la tradición?

Jonathan le miró atentamente.

—Reza, primo, para que consiga alejar a Aileen de su tío con vida, o podrías ser el primero en ser enterrado aquí.

Los soldados de James estaban cansados de sus viajes, pero ansiosos por luchar. En un cuarto de hora, McNamara estaba sitiada.

Cuando el grupo de Malcom llegó a las puertas del castillo, Aileen fue conducida inmediatamente a la torre norte y empujada bruscamente a través de su puerta hacia los sótanos.

—Abran la trampilla —ordenó Malcom a dos de sus hombres. Mientras el antiguo acceso crujía hacia arriba, elevándose con él un hedor nauseabundo desde el vientre de la mazmorra, se volvió hacia Aileen—. Tu nueva morada te espera, sobrina.

Empujada hacia el agujero bostezante, Aileen sintió que su corazón se detenía.

—Nada bueno te traerá esto —dijo, con los pies clavados en los tableros del suelo—. Los hombres de James te destruirán.

—No tienen forma de entrar, o no la tendrán una vez que hayamos encontrado su pasadizo oculto y lo hayamos bloqueado. Dejemos que sitien McNamara. Pasarán meses antes de que nos hayan matado de hambre. Para entonces, el invierno estará sobre nosotros. Cansados de esperar, probablemente se irán a casa, a sus cálidas camas y a sus regordetas esposas. —Se volvió hacia sus hombres—. Cogedla.

Dos de sus errantes compañeros de clan la agarraron de los brazos. Luchando contra sus agarrones, Aileen intentó alejarse de la abertura.

—¡No! —gritó, sintiendo que la levantaban. Sus pies colgaban por encima de la trampilla abierta... y entonces, la dejaron caer a través de ella.

El agua estancada salpicó su falda cuando aterrizó, por suerte, de pie.

El olor era nauseabundo. Tuvo arcadas y luego luchó por mantener la bilis fuera de su garganta. Mientras miraba fijamente hacia la abertura, cuya distancia triplicaba su propia estatura, la puerta se cerró.

Primero no había nada más que negrura, pero cuando sus ojos se adaptaron, vio una débil luz que salía de una saetera engarzada en el muro de piedra de doce pies de grosor. El sonido de

pies diminutos, uñas arañando, llegó a sus oídos. «¡Ratas!» pensó al oír un chirrido. Se le erizó la piel.

—Encuentra ese pasadizo —oyó la voz de Malcom por encima de ella—. Cuando lo hagas, asegúralo.

Permaneciendo completamente quieta, escuchó el sonido de los pasos raspando mientras rastreaban los tableros del suelo. Su corazón se hundió cuando por fin oyó un grito excitado. Lo que ella imaginó que eran sacos de grano cayeron sobre el suelo contra las estanterías. Pum, pum fue el ruido constante por encima de ella. Se detuvo y todo quedó en silencio. Las lágrimas le escocían los ojos al darse cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de ser rescatada. Se pudriría aquí, en este agujero maloliente, las ratas devorando su carne. No importaba, decidió. No si Jonathan ya no vivía. Pensó en la tierna vida que brotaba en su interior. Su mano cubrió su estómago. «Por favor, vive, amor mío. Por el bien de nuestro hijo, sácame de este lugar». Una criatura peluda correteó sobre su pie. El corazón de Aileen pareció saltarle a la garganta; se precipitó a través del fango hacia el tronco de la flecha. Su abertura inclinada, donde se unía con la habitación, era lo suficientemente ancha como para que el cuerpo de un hombre cupiera dentro, estrechándose a medida que se acercaba a la pared exterior. Saltó y las puntas de sus dedos se engancharon en el saliente; con los pies raspando las piedras, se subió a la repisa. Las ratas fueron rápidamente hundiéndose en el fango de abajo. Con los brazos alrededor de las rodillas levantadas, se sentó en silencio.

Aileen pensó que ahora estaría bastante segura, con la luz fluyendo por la unión, bajando por el hueco hacia ella. Pero cuando cayera la noche, ya no podría ver. Se estremeció al imaginarse a la voraz manada de alimañas trepando por la pared para enjambrar sobre ella. Al pensarlo, se puso enferma. Colgando la cabeza por la cornisa, tuvo una violenta arcada. Finalmente, se enderezó y se secó la cara con la cola de su *plaid*.

—Oh, Jonathan —susurró mirando al cielo—, si vives, búscame, amor. Me temo que no puedo soportarlo.

Fuera, en el patio, Malcom estaba de pie en los escalones que conducían al paseo de la muralla. El clan se había reunido a su alrededor para escuchar sus palabras.

—Nuestra jefa nos ha traicionado. Se ha acostado con el *Sassenach*, el que mató a nuestro Hammish. ¡De buena gana se ha convertido en la puta del inglés! El humo y fuego que veis es la destrucción de su guarida. Los atrapé allí juntos. El bastardo está sin duda calcinado. Ahora el ejército de James se acerca para sitiar. El rey desea destruir McNamara, destruir a los Lochlan. ¡Como *Highlanders*, es hora de que nos levantemos y luchemos! ¿Qué decís? ¿Morimos como guerreros o nos rendimos como cobardes? ¡La elección es vuestra!

Varios del grupo se miraron entre sí, inseguros de que lo que Malcom había dicho sobre su jefa fuera cierto, Seamus entre ellos. Otros gritaron con fuerza, listos para pelear. Un grito sonó por encima de ellos. Todos los hombres de Lochlan, seguidores y disidentes a la vez, corrieron escaleras arriba hacia las almenas, Malcom a la cabeza. Al llegar a las almenas, se asomaron por encima del muro para ver a los casi quinientos hombres que permanecían en una línea que rodeaba la base de la colina. A muchos les pareció que Malcom había dicho la verdad.

Un fuerte grito recorrió el conjunto, el espeluznante sonido envió escalofríos por la espina dorsal de cada uno de los ingleses. Cuando el grito de las *Highlands* hubo terminado, por un momento todo quedó en calma. Un chillido sobrenatural respondió desde lo alto del castillo; los

pelos de punta se erizaron en el cuello de cada Lochlan. Cientos de ojos buscaron rápidamente en el cielo. Por encima de McNamara, un halcón volaba en círculos sin cesar.

—Es un mal presagio —susurró alguien.

## Capítulo 15



Jonathan maldijo en voz alta mientras paseaba detrás de un gran saliente de roca que se alzaba muy por debajo del castillo. Desde el momento en que había salido a trompicones del bosque al amanecer, se había mantenido oculto, sin querer que Malcom supiera que estaba vivo. En el ínterin, sir John le traía periódicamente noticias sobre las negociaciones, si es que se las podía llamar así. Actualmente, estaban en un punto muerto, como lo habían estado todo el día. Ahora, mientras el sol se ocultaba tras las lejanas colinas, Jonathan se sentía molesto porque no estaban más cerca de sacar a Aileen del castillo que cuando habían empezado todas las posturas belicosas. El día entero se había desperdiciado con las bravatas de ambos bandos, Jonathan se había cansado de esperar.

—Mire, informe a lord Penrose para que le diga al bastardo que ahora insiste en ser jefe que James quiere a lady McNamara. Si la entrega al cuidado de lord Penrose, el ejército se retirará.

—Pero James quiere a Malcom, no a Aileen.

Un violento epíteto siseó en los labios de Jonathan.

—Sé lo que James quiere. Es Aileen quien está en peligro. Sáquenla de ahí y Penrose podrá hacer lo que quiera. Puede arrasar el lugar si lo desea. Quiero a mi esposa.

Sir John arqueó una ceja.

—Hablaré con Penrose —dijo refiriéndose al comandante que había dirigido la fuerza desde Londres hasta McNamara—. Pero él es de los que se atienen estrictamente a las normas.

—Préstame tu *dag*<sup>[4]</sup> y lo mataré a tiros.

—No es una buena idea, Montbourne —dijo el caballero, con la mano cubriendo protectoramente la culata de la pistola con cerradura de rueda—. Hablaré con él ahora.

Sir John se alejó cabalgando, y el trasero de Jonathan golpeó con fuerza contra una roca plana al sentarse.

—¡Por los clavos de Cristo! —explotó—. Si hubiera alguna forma de entrar ahí, la rescataría yo mismo. —Sintió que una mano le punzaba el hombro.

—¿Qué pasa? —espetó, volviéndose contra Alistaire. El muchacho señaló hacia el castillo—. Ahora no. Tengo que diseñar una forma de entrar. —Volvió a pincharle. Frenéticamente, Alistaire señaló la fortaleza. El muchacho parecía estar haciendo la mímica de abrir una puerta. Alistaire miró de un lado a otro y luego se deslizó sigilosamente por el portal imaginario—. ¿Estás diciendo que conoces una forma secreta de entrar? —Alistaire asintió—. ¡Maldita sea! ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Alistaire se encogió de hombros, y Jonathan recordó que cuando lo había mencionado

antes, el muchacho estaba dormitando contra su espalda.

—Muéstrame dónde está esta entrada.

Cogiendo un palo, Alistaire dibujó un círculo en la tierra y luego señaló el castillo.

—McNamara —dijo Jonathan; el muchacho asintió. Se formó una línea a un lado del castillo, y Alistaire señaló hacia el bosque—. Sí, el bosque... o lo que queda de él.

Alistaire formó puntos en la tierra, que parecían un camino desde el bosque hasta el extremo norte del castillo. Palmeó la roca junto a la que estaba sentado Jonathan y luego, con los brazos, hizo un gran círculo arqueado. Después volvió a abrir la puerta imaginaria. Jonathan se quedó mirando a Alistaire. Cayó en la cuenta.

—¿La entrada está detrás de unas grandes rocas debajo de la torre norte? —Alistaire asintió—. ¿Viste a Aileen entrar por ahí? —Alistaire afirmó que sí. Una sonrisa se dibujó en los labios de Jonathan y este le alborotó el pelo al chico—. ¡Buen chico!

La acción provocó el ceño fruncido de Alistaire, y Jonathan se disculpó por haber sido demasiado personal.

—Cuando oscurezca, puedes mostrarme el camino —dijo. El muchacho señaló la herida de Jonathan. La cabeza del muchacho giró, sus ojos se cruzaron—. Está mejor, Alistaire. El mareo me ha abandonado, gracias a tus raíces, por muy poco apetecibles que sean. Mi visión, sin embargo, todavía se duplica a veces. —Alistaire se encogió de hombros—. Es imposible curarlo todo, Alistaire. Ya has obrado un milagro. —Palmeó el hombro del muchacho—. Estaré bien.

Jonathan sacó su espada de la vaina y volvió a mirar pensativamente al muchacho.

—Toma —dijo, sacando algo de la parte superior de su bota—. Es el puñal de Aileen. —Lo había colocado allí tras recuperarlo de una de las bolsas de cuero que colgaban de su montura. Desde que la había desarmado, la había mantenido cerca de él. Con su filo, cortó un trozo de la cuerda que sir John le había dado antes, y luego formó un cinturón alrededor de la cintura de Alistaire—. Adonde vamos, necesitarás tu propia protección. —Metió el puñal en el cinturón improvisado; luego esperaron. Finalmente, cuando el cielo se hubo oscurecido sufi cientemente, Jonathan dijo—: Ya es hora, Alistaire. Busquemos a Aileen.



Acabando de finiquitar una perorata de diez minutos, que había recaído sobre el que se hacía llamar Penrose, Malcom estaba ahora de pie en el paseo de la muralla escuchando a sus compañeros de clan discutir entre ellos. Desde que el halcón había hecho su aparición sobre McNamara, las tensiones se habían tensado. No solo tenía que enfrentarse a los arrogantes ingleses en el exterior, Malcom también estaba asediado por los pendencieros y supersticiosos del interior. Después de haberse negado a liberar a lady McNamara, diciéndole al hinchado Penrose que se llevara su huesudo pellejo de Escocia sin ella, se había vuelto para ver a varios de sus compañeros de clan mirándole fijamente.

—¿Por qué le has dicho eso? —preguntó uno—. Dásela, si es lo que quiere.

—La perra se queda aquí —gruñó Malcom, apartando al hombre.

—No la llames así —interpuso otro, fulminando con la mirada al tío de Aileen.

—¿Por qué? —preguntó su compañero—. Ya has oído a Malcom. Ella se ha acostado con el *Sassenach*, el que mató a Hammish.

—Es solo la palabra de Malcom la que dice que es así. ¿Quién puede decir que dice la verdad?

—¡Silencio! —tronó Malcom, cansado de las discusiones—. Encended más antorchas. Está demasiado oscuro para ver.

A mitad de la escalera, pues tenía intención de visitar a su sobrina, y atormentarla si era posible, oyó que las voces se alzaban de nuevo por encima de él. Mirando por encima del hombro a la pareja a la que acababa de reprender, vio que estaban enzarzados en una pelea; un puño voló, golpeando a uno en la mandíbula. Otros, que se habían acercado para observar, empezaron a gritar y a chasquear. Antes de que Malcom alcanzara de nuevo el paseo de la muralla, dos docenas de hombres se empleaban a fondo en una reyerta.

—Os llevasteis a nuestra jefa a la torre norte —dijo Seamus, interponiéndose en el camino de Malcom cuando su pie golpeó el penúltimo hilo—. ¿Qué hicisteis con ella?

—Apártate de mi camino —ordenó Malcom.

—No hasta que nos digáis qué habéis hecho con ella.

—Malcom es el jefe ahora —dijo uno de sus secuaces, empujando a Seamus desde la cabeza de la escalera—. Le pase lo que le pase, se lo merece.

Tambaleándose, Seamus vaciló en el borde del paseo de la pared, casi cayendo por su lado. Un partidario de Aileen atrapó su mano y dio un fuerte tirón; los pies de Seamus aterrizaron de lleno sobre las piedras. Dando un suspiro de alivio, miró fijamente al hombre más alto que le había empujado; entonces su puño se encontró con la nariz del hombre. Otra docena saltó rápidamente a la refriega.

Al ver la locura que lo envolvía, las peleas estallando por toda la fortaleza de los Lochlan, Malcom admitió que estaba perdiendo rápidamente el control.

—¡Basta! —gritó, marchando de un punto a otro a lo largo de la almena, pero nadie le hizo caso. Tras diez minutos enteros de intentar sofocar a los rebeldes, maldijo enérgicamente. Dándose la vuelta, se encaminó hacia las escaleras. Tenía una cita que cumplir. Llevaba todo el día pensando en ello. Era prerrogativa de un guerrero violar y saquear. Había llegado el momento de reclamar ese derecho y saciar sus necesidades, haciendo sufrir a su sobrina en el proceso. La perra, decidió, ahora era suya.

Al extenderse la oscuridad, Jonathan y Alistaire atravesaron rápidamente el campo y se adentraron en el bosque. El hedor del humo aún pesaba en sus fosas nasales mientras se dirigían al lugar.

Lord Penrose se disponía a acercarse al castillo. Los portadores de antorchas corrían a su lado y dos docenas de soldados custodiaban su retaguardia mientras subía por la ladera. Deteniéndose a una distancia adecuada de la muralla del castillo, Penrose gritó sus condiciones.

Al primer movimiento del comandante, Jonathan y Alistaire se precipitaron hacia las rocas. Sin aliento, y aparentemente sin ser vistos, se deslizaron detrás de las rocas protectoras. Justo cuando la voz de Malcom bramaba por encima de la almena, maldiciendo a Penrose, Jonathan

entró por la puerta oculta. Tanteó contra la pared, buscando una antorcha propia. Tuvo suerte. Sacándola de su soporte, golpeó su espada contra las piedras. Las chispas se encontraron con la cabeza de la antorcha, encendiéndola.

—Entra y cierra la puerta.

Alistaire saltó por la abertura. El panel se cerró, y los dos subieron por la estrecha escalera que serpenteaba hacia arriba. Finalmente, llegaron a un pequeño rellano y a otra puerta.

—Sujeta esto —dijo Jonathan, pasándole la antorcha a Alistaire. Dejó su espada a un lado y empujó contra la puerta. No cedía. Comprobando el marco en busca de un pestillo secreto, no vio ninguno. De nuevo empujó. Nada. Su espalda se apoyó contra el panel. Utilizando la fuerza de sus muslos, empujó con todas sus fuerzas. Sus poderosos músculos se agruparon, luego se estiraron; un gemido de esfuerzo vibró en su garganta. Los ladrillos traquetearon al otro lado; la puerta se movió un centímetro, pero nada más.

—Algo la bloquea —dijo Jonathan, girándose para mirarla. Tan cerca, pero tan lejos. La ira estalló a través de él—. ¡Maldita sea! —Su puño embistió la puerta—. ¡Maldita sea!

Los ojos de Alistaire se abrieron de par en par y retrocedió un paso. Al hacerlo, su espalda chocó contra una piedra saliente. Detrás de él, se abrió una puerta oculta y cayó a través de ella, aterrizando sobre su trasero.

La cabeza de Jonathan se sacudió hacia un lado. Al ver la nueva entrada, agarró su espada.

—Traes buena fortuna, Alistaire —dijo sonriendo. Tiró del muchacho para ponerlo en pie y cogió la antorcha. Otro conjunto de escalones se encontraba dentro de la puerta, subiendo en espiral—. Ven. Veamos a dónde conducen.

Utilizando su espada, Jonathan cortó las gruesas telarañas que colgaban de pared a pared. El pasadizo, decidió mientras lo ascendía, no había sido utilizado desde hacía cerca de un siglo. Serpenteando hacia arriba, vio por fin el rellano.

—Mantén la antorcha cerca para que pueda ver. —Se la pasó a Alistaire, luego se agachó para examinar la nueva entrada, que era mucho más pequeña que la primera. Sus dedos recorrieron los bordes. Apartándolos, contempló las marcas negras en su mano—. Hollín. Probablemente sea una vieja chimenea. Ya que encuentre la última, dime, Alistaire: ¿dónde está el gatillo?

Alistaire cambió la antorcha a su otra mano, luego buscó la palanca, que estaba a la vista. Tiró de ella y el seguro se soltó. Con un silbido, la pequeña puerta giró hacia Jonathan, casi haciéndole retroceder por los escalones. Archeando una ceja, Jonathan miró fijamente al muchacho. Alistaire simplemente se encogió de hombros.

Tras arrastrarse por la nueva abertura, entrar en la chimenea y luego en la habitación, los dos miraron a su alrededor, con la antorcha iluminando la zona. Los viejos muebles estaban apilados aquí y allá, las telarañas se enhebraban de una pieza a otra. El polvo lo cubría todo. Al divisar la puerta, Jonathan asintió hacia ella; luego él y Alistaire se arrastraron por los tableros del suelo. Una vez atravesada la abertura, bajaron con cuidado las escaleras de la torre hasta los sótanos, procurando no hacer ruido aunque no parecía haber nadie. Al cruzar con paso ligero el suelo, Jonathan vio los sacos de grano apilados contra las estanterías.

—Es la razón por la que no pudimos entrar. ¿Por dónde ahora, Alistaire?

Debajo de los dos, hecha un ovillo en su repisa, Aileen oyó la suave pisada de unos pies y luego la voz de Jonathan. ¿Estaba soñando?

—¡Jonathan! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Su grito sonó como si hubiera surgido de las entrañas de la tierra. Jonathan giró sobre sus talones. La luz de las antorchas se proyectaba sobre el suelo señalando la trampilla.

—¿Aileen?

—¡Deprisa, Jonathan! —gritó ella, oyendo sus pies pisar las tablas por encima de ella.

La trampilla se levantó y la antorcha se introdujo por la abertura. La mirada de Jonathan se fijó primero en Aileen, acurrucada en un nudo en el alféizar de la ventana.

Divisó el suelo; estaba denso de ratas.

—No te muevas —ordenó, y luego, retirando la antorcha, registró la habitación. Una gruesa cuerda de cáñamo yacía en un rincón—. Cógela —dijo, señalando con la cabeza la bobina, y Alistaire se apresuró a buscarla.

Jonathan le pasó la antorcha al muchacho y luego se puso a anudar la cuerda varias veces, a un palmo de su extremo. Se tumbó boca abajo, con el medallón colgando del cuello mientras bajaba la cuerda por la abertura hasta que quedó colgando a media altura. Mientras Alistaire sostenía la antorcha dentro de la fosa, Jonathan contempló a su esposa. Enormes ojos azules miraban desde su pálido rostro; temblaba incontrolablemente. Mataría a Malcom cuando volviera a verlo, juró Jonathan.

—Cariño, voy a balancear la cuerda hacia ti. No la alcances. Deja que venga hacia ti. Cuando dé la orden, quiero que te pongas de pie lo mejor que puedas y te balancees sobre el suelo. Haga lo que haga, no te sueltes. ¿Entiendes lo que te he dicho?

—S... sí

—Con cuidado, entonces.

La cuerda giró hacia ella, Aileen se agarró a ella. Falló y estuvo a punto de caer al suelo, pero se agarró.

Jonathan se tragó la maldición explosiva que le había saltado a la lengua, por miedo a asustarla aún más. Calmando sus propios nervios respirando hondo, la miró atentamente.

—Aileen, escúchame. Deja que la cuerda llegue hasta ti —dijo, enunciando cada palabra con cuidado—. No, repito, no la cojas. ¿Estás preparada?

Ella asintió, y Jonathan empezó a balancear la cuerda de nuevo. Como un péndulo, osciló de un lado a otro, de un lado a otro, hasta que por fin cayó en su regazo; Aileen la cogió y se aferró a ella.

—Esta es mi niña —le dijo suavemente—. Ahora, ponte de pie con cuidado.

Dándose la vuelta, Aileen puso los pies debajo de ella y luego se levantó hasta ponerse medio en cuclillas.

—Es lo más lejos que puedo aguantar —dijo, con su espalda golpeando la parte superior de la abertura.

—Es suficiente —le dijo Jonathan—. Cuando te lo diga, quiero que te balancees por

encima del suelo. ¿Puedes hacerlo?

—Sí. Es como cuando Hammish y yo éramos niños. Nos columpiábamos sobre el arroyo y nos dejábamos caer en él.

Jonathan le sonrió.

—Yo hice lo mismo, cariño. Pero esta vez no te sueltes. Hagas lo que hagas, no te sueltes. Recuerda, espera mi orden.

—Esperaré.

—Bien —dijo, bajando de su vientre a su cadera. Con el extremo anudado de la cuerda cayendo entre sus piernas, con Aileen sujetándola, se sentó de lado en la parte superior de la abertura y apoyó los pies calzados en el marco opuesto. Rápidamente pasó el otro extremo de la cuerda alrededor de su cintura, atándolo—. ¿Estás lista? —preguntó, agarrando el cáñamo por donde corría entre sus muslos.

—Sí, pero está oscuro aquí abajo —dijo, pues Alistaire había retirado la antorcha mientras Jonathan se colocaba.

—Estarás aquí arriba muy rápido. —Agarró la cuerda con fuerza y trabó los brazos—. Balancéate, Aileen.

Jonathan sintió que la cuerda se sacudía cuando todo su peso chocó contra ella, luego se balanceó, tocando un muslo, luego el otro. Los músculos se abultaron, las venas surgieron a lo largo de sus brazos mientras se aferraba a ella. Cuando la cuerda se asentó, empezó a tirar de ella hacia arriba, mano sobre mano. Finalmente los dedos de Aileen rozaron su pierna. Haciendo un bucle con la cuerda alrededor de una muñeca, la agarró por el antebrazo y tiró de ella hacia arriba por el espacio entre sus piernas. La otra mano de ella se aferró a su pierna.

La cuerda cayó mientras el brazo de él la sujetaba por la cintura. Arrastrándola sobre su regazo, la colocó sobre el suelo.

Aileen se alejó del agujero y la cuerda se desenrolló de la cintura de Jonathan. Sus piernas salieron de la abertura del pozo; rodó sobre sus rodillas. Aileen estaba sobre las suyas, frente a él. A la luz de las antorchas, unos ojos azules estudiaban la melancolía.

—Ven aquí —gruñó Jonathan, tendiéndole la mano. En un suspiro, estaban abrazados. Los labios se encontraron en un duro y voraz beso. Demasiado pronto, se acabó cuando Jonathan se apartó—. Pensé que te había perdido —dijo, su mirada devoraba el rostro de ella.

—Y yo a ti. Cómo...

—Fue Alistaire. Él me despertó. Ven —dijo, poniéndose en pie, atrayendo a Aileen con él—. No hay tiempo para explicaciones. Debemos irnos de aquí. —Cogiéndola de la mano, se agachó y recuperó su espada del suelo. Cuando se enderezó, sus ojos le traicionaron. Parpadeando dos veces, su visión se aclaró—. Vámonos.

El trío estaba a una docena de pasos de la boca abierta de la mazmorra cuando la puerta exterior se abrió y Malcom entró por ella. Por un segundo, todos se quedaron helados.

—¡Así que el bastardo aún vive! —gruñó Malcom, con su *claymore* raspando la vaina, y cerrando la puerta de una patada tras de sí—. Pero no por mucho tiempo.

El odio brilló en los ojos de Jonathan mientras miraba fijamente al tío de Aileen.

—Llévatela de aquí —le dijo a Alistaire, pasando su mano a la del muchacho.

Alistaire tiró de Aileen hacia las escaleras. Con la atención puesta en su tío, lo siguió ciegamente. Al notar la dirección que tomaban, Malcom corrió por el suelo, bloqueando su huida.

—No, sobrina. No he terminado contigo. Cuando tu amante esté muerto, disfrutaré del botín de mi victoria. Hace tiempo que no cabalgo entre las piernas de una mujer. La experiencia debe ser dulce.

Jonathan se puso al instante al lado de Aileen. La rabia le desgarró ante las palabras de Malcom.

—¡Bastardo incestuoso! Intenta tocar a mi esposa, y el instrumento que pienses utilizar será arrancado de tu cuerpo. —Vio la sorpresa en el rostro de Malcom—. Sí, Malcom, ella es mi esposa, y solo yo la tocaré. Tus planes son un poco prematuros, diría yo, sobre todo porque serás tú quien exhalará su último aliento. Venid. —Con su espada fuertemente empuñada en una mano, hizo un gesto a Malcom para que avanzara con la otra—. Prepárate para morir.

—Eres tú, *Sassenach*, quien encontrará su fin.

Malcom se lanzó sobre Jonathan, y el conde saltó delante de Aileen y Alistaire.

—Atrás —ordenó por encima del hombro.

Las espadas chocaron justo cuando los dos llegaban a la pared, alejándose de la lucha. Alistaire sostenía la antorcha en alto, dando luz a la batalla. Aileen observaba con ojos asustados. «Dale fuerzas», rezó por Jonathan, sabiendo que no se había recuperado del todo.

El acero se cortó y repiqueteó con fuerza entre el eco de las piedras. La fuerza de los golpes hacía saltar chispas. La contienda era de poder y destreza mientras Jonathan y Malcom danzaban en círculo. Cada golpe era recibido y devuelto, sin que ninguno tomara ventaja. Mientras Jonathan giraba en redondo, su espada atrapando la estocada descendente de la *claymore*, sintió que su cabeza nadaba. Cuando volvió a enfrentarse a Malcom, el hombre había ganado un paso.

Maldiciendo en voz baja, Jonathan se esforzó por aclarar su visión. La espada de Malcom se balanceó, y Jonathan no logró encontrarla con la suya. Rápidamente, la *claymore* se clavó, apuntando al corazón de Jonathan. Milagrosamente, su punta golpeó el medallón y luego se desvió para clavarse en el hombro de Jonathan. La sangre manó de la herida. Oyó el jadeo de Aileen.

La risa de Malcom resonó en la habitación.

—Caes lentamente, *Sassenach*. Pronto tu puta será mía.

Las palabras golpearon con furia a Jonathan. Su espada se blandió con fuerza. Al instante, Malcom estaba en retirada. La hoja cortó por lo bajo, atravesando la tela escocesa de su cinturón, mellando su muslo; la respiración de Malcom siseó a través de sus labios.

La espada de Jonathan le rozó el pecho, cortando en diagonal. Las heridas eran superficiales, improbables que le arrebataran la fuerza, pero Malcom se dio cuenta de que no podía imponerse. La rabia impulsaba al inglés, lo sabía, pero la fuerza sobrehumana que guiaba sus poderosos golpes aún no se había definido. Malcom se dio cuenta: Era la muerte la que venía hacia él.

La furia desatada de Jonathan llevó a Malcom cada vez más cerca de la pared donde Aileen y Alistaire permanecían mirando. Su visión finalmente despejada, gritó: «¡Apartaos de ahí!».

Los dos hicieron una carrera desde el lugar, pero, bloqueados por los sacos de grano, se vieron obligados a pivotar y dirigirse hacia el otro lado.

La espada de Jonathan seguía golpeando la de Malcom, acercándolo a la pared. Descendió en un arco silbante pero falló, golpeando el suelo, Malcom había saltado desde debajo de él. Girando, se agarró al pelo de Aileen, cuya longitud se arrastraba tras ella mientras corría hacia un lugar seguro, con Alistaire varios metros por delante de ella. Un grito brotó de ella cuando él se sacudió con fuerza; su espalda chocó con el pecho de él. Utilizándola como escudo, Malcom presionó el filo de la *claymore* contra su garganta.

—La espada, *Sassenach*. Suéltala o ella morirá.

Apenas las palabras salieron de la boca de Malcom, la puerta exterior se estrelló contra la pared. Seamus y unas tres docenas de miembros de su clan fluyeron a través de la abertura, los seis compinches de Malcom con ellos. Formando un semicírculo, bloquearon tanto la puerta como las escaleras.

Al ver la mirada dura en los ojos de sus parientes, Malcom bordeó la pared, rodeó los sacos de grano y retrocedió hacia el centro de la habitación.

—Manteneos alejados —advirtió cuando el grupo se acercó—, o vuestra jefa morirá.

—Podréis haber matado a uno, pero nunca a dos —dijo Seamus, ahora de pie cerca de Jonathan. El hombre achaparrado de piernas arqueadas notó la mirada rápida de Malcom—. Sí, Malcom. La verdad ha salido a la luz. Sabemos que envenenaste a Duncan. A tus leales seguidores no les gustó la mirada de la muerte cuando se enfrentó a ellos. Parece que estaban dispuestos a contarlo todo. Libera a nuestra jefa, y seremos indulgentes contigo. Hacedle daño, y todo el clan os desgarrará miembro a miembro. Es una muerte espantosa, sin duda.

Mientras Seamus hablaba, Alistaire pasó la antorcha al hombre que tenía más cerca. Agachándose, se abrió paso por detrás del grupo, desapareciendo entre los sacos de grano.

—Puesto que es obvio que sufriré de cualquier manera, la perra viene conmigo... a menos, por supuesto, que tengan a bien permitirme abandonar McNamara. —Retrocedió varios pasos mientras los hombres se acercaban—. Quedaos atrás o si no. —La hoja hizo muescas en la piel de Aileen—. Decídanse, y rápido.

Por el rabillo del ojo, Jonathan vio la cabeza de Alistaire balanceándose entre los sacos. El niño estaba casi al fondo de la sala.

—Cuando Aileen sea liberada, ¿de verdad creéis que no os perseguirán y os despedazarán? —preguntó, dando dos pasos hacia delante. Malcom retrocedió otros tantos—. Penrose está aquí porque James ha ordenado que te lleven de vuelta a Londres. Se te permitirá vivir tus días naturales en la Torre. Entrégate a los ingleses, Malcom. Es la única manera de asegurar que vivas.

—¿En una prisión? Es una muerte diferente en sí misma. No, me arriesgaré en los páramos. Y ella viene conmigo.

—Malcom, es tu sobrina, es de la familia —dijo Jonathan, acercándose—. Sabes lo importante que es la familia en las Tierras Altas. No rompas esa confianza más de lo que lo has

hecho.

Una breve carcajada brotó de Malcom, y Jonathan volvió a moverse. Ahora estaba de pie a menos de una docena de metros de los dos.

—Sí, ella es de la familia —dijo Malcom—. También es hija de Duncan. Si me hubiera escuchado, nada de esto habría ocurrido. Pero no. Mi medio hermano bastardo tuvo que jurar lealtad a James. Murió por su culpa. Sufrió por sus transgresiones. La agonía era grandiosa de ver. No era un *Highlander*: era un traidor. Igual que su hija.

Mientras Malcom hablaba, la mirada de Jonathan estaba clavada en la de Aileen. «Firme, amor. Firme». Su mente repetía la frase una y otra vez. Detrás de la pareja, Alistaire se levantó de los sacos, con el puñal de Aileen en la mano.

La trampilla se abría a solo medio metro de los pies de Malcom. «Dios mío, que funcione», pensó Jonathan, mirando a Alistaire.

El hombre parpadeó, notando lo cerca que se había acercado Jonathan.

—Retrocede o la perra morirá.

Ante el rápido asentimiento de Jonathan, el puñal surcó el aire, punta sobre punta. La hoja se clavó en el centro de la espalda de Malcom. Sus ojos se abrieron de par en par. Su mano se flexionó y la sangre goteó del corte en el cuello de Aileen. Malcom dio su último suspiro mientras los ojos se le ponían en blanco; la *claymore* cayó de su mano. Se desplomó hacia atrás, su impulso arrastró a Aileen con él; el cuerpo de Jonathan ya estaba en movimiento. Cogiéndola del brazo, tiró de ella contra él. Un ruido sordo y nauseabundo llegó a sus oídos cuando la cabeza de Malcom golpeó el borde de la trampilla y desapareció por el agujero.

Mientras Seamus y sus hombres corrían hacia delante, rodeando a Aileen y Jonathan, un chirrido ascendió desde la mazmorra. La antorcha se clavó sobre la abertura, vertiendo luz en la cavidad. Las ratas pululaban sobre el cuerpo de Malcom, royendo su carne. Aileen se estremeció.

—Sácame de aquí, por favor. —Inmediatamente Jonathan la sacó de la habitación, al aire de la noche.

—Tus compañeros de clan, al parecer, han venido a presentar sus respetos —gruñó Seamus por el agujero, luego su pie cerró la trampilla de una patada—. Ven, muchacho. —Hizo un gesto a Alistaire, que había salido de entre los sacos—. Habéis hecho un gran trabajo. Estamos orgullosos de ti.

Con muchos golpes en la espalda y tirones de los hombros, Alistaire también fue conducido fuera de la habitación. Fuera, en el pabellón interior, tuvo lugar una breve pero alegre celebración. Al encontrar a su jefa en el patio, con los labios del *Sassenach* sobre los suyos, los miembros del clan rodearon a la pareja y gritaron su aprobación.

—No es el lugar para esto —susurró Aileen a Jonathan, que se había apartado.

—¿Por qué, cariño? Ellos parecen estar disfrutándolo.

—Ah... hmm. —Aileen y Jonathan se giraron para ver a Seamus—. No es que quiera ser insultante ni nada parecido, pero ¿qué queréis que hagamos con la chusma inglesa de ahí fuera? —preguntó.

Jonathan miró a Aileen. Ella dijo: «Muestre al comandante y a un pequeño destacamento

de sus tropas el interior. Necesitará confirmar que Malcom está muerto, para poder informar del hecho a James».

Poco después, Penrose cruzó la puerta a caballo. Le acompañaban dos docenas de hombres, entre ellos sir John y Walter.

—Bueno, primo, veo que has salvado el día —dijo Walter, mirando a Jonathan.

—En realidad, el héroe es Alistaire, aquí. —El brazo de Jonathan rodeó los hombros del muchacho—. Él es quien derribó a Malcom. Creo que lo llevaremos de vuelta a Montbourne con nosotros. No nos ha traído más que buena suerte.

Alistaire se zafó del brazo de Jonathan

—¡No! —gritó. Es mi hogar.

Todo el recinto se quedó en silencio mientras todos miraban fijamente al chico. Aileen dio un paso adelante.

—¡Puedes hablar! ¿Por qué no lo has hecho antes, Alistaire?

—No me llamo Alistaire, sino Broderick. Soy hijo de Duncan Lochlan. McNamara es mi hogar.

Arrugando la frente, Aileen contempló al muchacho. El color de pelo, la frente, los ojos, la barbilla, ¿por qué no lo había visto antes?

—Ven, entremos.

Las heridas de Jonathan y Aileen, que no eran más que un corte y un rasguño, fueron limpiadas; luego, siguiendo sus indicaciones, un pequeño grupo se reunió en la antesala de la habitación de Aileen. A un lado estaban Jonathan, Walter y sir John; al otro, Aileen, Seamus y varios miembros más de su clan, ancianos todos.

Apoyada en la mesa, Aileen dijo: «Cuéntanos tu historia».

Bajo el escrutinio de tantos ojos, Broderick se había puesto nervioso. Abrió la boca y dejó escapar un chillido, luego se aclaró rápidamente la garganta.

—Hace casi trece años que nací. Mi madre vivía en un refugio a lo largo de la frontera norte de McNamara. Lochlan de Lochlan había salido a montar sus lindes cuando su caballo se desbocó. El urogallo le había volado en la cara. Salió despedido y resultó gravemente herido. Mi madre conocía las hierbas y las raíces y en sus rondas para recoger algunas, lo encontró. De alguna manera lo metió en su cabaña. Durante casi un mes, ella cuidó de él.

Aileen miró a Seamus.

—Recuerdo aquella época —dijo—. Lochlan estuvo fuera cerca de un mes. No fue mucho después de la muerte de tu madre, si no recuerdo mal.

—Continúa —le dijo Aileen a Broderick.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, yo llegué unos nueve meses después.

—¿Sabía mi padre de ti?

—Lo sabía. Venía a menudo, trayéndonos comida. Muchas veces pasaba la noche. Pero

nunca nos llevaba al castillo. Decía que causaría demasiadas dificultades.

Con «di fi cultad» Aileen supuso que su padre se refería a ella, así como al hecho de que Broderick, como se le conocía ahora, era el hijo bastardo de Lochlan de Lochlan. Aileen preguntó: «¿Se casaron alguna vez tu madre y nuestro padre?».

La cabeza de Broderick se hundió.

—No que yo sepa.

—Y tu madre, ¿dónde está?

—Murió poco después que nuestro padre. Por eso vine aquí a vivir en el bosque.

—Te pedí al menos dos veces que vinieras a quedarte en el castillo con el resto de nosotros, ¿no es así? —Asintió con la cabeza—. ¿Por qué no lo hiciste, especialmente siendo mi hermano?

—Porque no me pertenecía.

—¿Es eso lo que te dijo nuestro padre?

—Con muchas palabras —dijo Broderick.

—Si eso es cierto, entonces estuvo mal por su parte hacerte sentir que no eras bienvenido. —Aileen no podía imaginarse a su padre haciendo algo así. Sin embargo, era un hombre orgulloso y la protegía mucho—. ¿Por qué te has negado a hablar todo este tiempo?

—Fue por lo que había dicho.

—¿Qué fue?

Broderick respiró entrecortadamente.

—Un día nuestro padre vino a la cabaña. Fue después de su regreso de la cárcel. Le pedí ir al castillo, pero se negó, como siempre. Me enfadé. Grité que le odiaba, que deseaba que estuviera muerto. Dos semanas después, lo estaba.

—Y te culpaste de su muerte por lo que habías dicho.

Asintió.

—Juré no volver a hablar.

El corazón de Aileen se compadeció de él.

—Fue Malcom quien mató a nuestro padre, Broderick. Tú no tuviste nada que ver.

—Ahora lo sé.

—¿Por eso hablas ahora?

—Hablo porque este es mi hogar. No lo abandonaré. He vengado la muerte de nuestro padre, usando tu puñal. Soy un Lochlan. Es donde pertenezco.

Cuando Aileen le miró, el orgullo brilló en sus ojos.

—Sí, eres un Lochlan. Y, verdaderamente, aquí es donde perteneces, pues eres mi hermano. Por derecho de tanistría, deberías ser Lochlan de Lochlan.

—Tú eres la jefa. Tu padre te nombró —dijo Seamus—. El muchacho, aquí, es solo eso: un muchacho.

—¿No veis en su rostro la cara de Duncan Lochlan? —preguntó. Vio sus asentimientos—. ¿No ha demostrado el valor y la fuerza que se requieren para ser jefe?

—Sí, lo ha hecho —convino Seamus, al igual que los demás hombres del clan—. Pero es demasiado joven.

—Lo es —accedió Aileen—, pero no será demasiado joven durante mucho tiempo. Es en este momento, como su jefa, cuando nombraré a mi sucesor. Se trata de Broderick Lochlan, hijo de Duncan Lochlan. Cuando alcance la madurez que considero aceptable, abandonaré mi puesto como vuestra jefa, y Broderick se convertirá en Lochlan de Lochlan. Así que, hermanos míos, os sugiero que le enseñéis todo lo que necesita saber y que lo hagáis rápido. Tengo marido. Su hogar está en Inglaterra. No me quedará aquí en McNamara para siempre. —Notó cómo la ceja de Jonathan se alzaba; obviamente había pensado que se marcharían esa noche—. Su tarea está cerca. No os demoréis. Mi hermano espera vuestras instrucciones.

Ante ella, Broderick se arrodilló. Besó los nudillos de su mano derecha.

—Se lo agradezco, milady —dijo, con los ojos azules mirándola.

Aileen le instó a levantarse del suelo.

—Un abrazo bastaría, Broderick. Después de todo, eres mi hermano.

Torpemente, él la rodeó con los brazos; un rápido apretón y se retiró. Entonces buscó en la pequeña bolsa de cuero que había arrebatado del hogar, su cuerda ahora colgando alrededor de su cuello.

—Es el anillo que me dio nuestro padre. Supongo que realmente te pertenece.

Al recordar cómo se decía que se había perdido, Aileen reconoció inmediatamente la prenda que él ofrecía. La cogió.

—Si te dio esto, Broderick, es que te tenía en gran estima. Dame la mano. —Cuando Broderick obedeció, Aileen deslizó el pesado anillo de oro en su dedo índice—. Ha pertenecido a cada jefe Lochlan durante los últimos cien años. Algún día, pronto, tú también reclamarás ese derecho. —Miró a Seamus—. Tu primera orden de instrucción es enseñar a este muchacho la importancia de la limpieza. Cógele y dale un baño.

—Con mucho gusto —dijo Seamus. Antes de que Broderick supiera lo que había pasado, dos pares de manos le habían sujetado los brazos, dos más alrededor de los tobillos. Lo levantaron por los aires y lo sacaron por la puerta.

—Sería interesante ver de qué color es realmente —dijo Jonathan desde la esquina donde se había quedado en silencio. Se puso a su lado. Le entristecía que Aileen renunciara a su título de Lochlan de Lochlan, aunque también se sentía aliviado—. Has enorgullecido a todos los Lochlan, mi amor. Nunca verán otra jefa a tu altura.

—Al menos no hasta que otra mujer ostente el título —dijo ella, sonriéndole. Un brillo travieso brilló en sus ojos. Olvidando que no estaban solos, Jonathan gimió. Empezó a acercarse a ella.

Walter carraspeó detrás de ellos.

—Bueno, primos, quizá sea hora de que os dejemos solos a los dos.

—Espléndida idea —dijo sir John. Golpeó la espalda de Walter y luego atrapó al vizconde

antes de que cayera de rodillas. Después de intercambiar cumplidos (Jonathan agradeciendo a sir John su ayuda, Aileen disculpándose con Walter por haberle acorralado) los dos hombres se dirigieron hacia la puerta.

—Walter —dijo Jonathan a última hora; su primo se volvió—. Ven a visitarnos a Montbourne alguna vez en un futuro próximo, ¿quieres? Tenemos algunas viejas heridas que curar. Te pido que empecemos cuanto antes.

La mirada de Walter se suavizó.

—Así lo haré, Jonathan —dijo, esperando que su distanciamiento terminara pronto. Sonrió—. Pero solo si prometes controlar tu temperamento. Mi aspecto excepcional debe mantenerse. Después de todo, ahora soy el hombre más codiciado de la corte.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Aileen soltó una risita.

—Tiene razón, ¿sabes?

—¿Tiene razón? —preguntó Jonathan, mirando fijamente su bello rostro—. ¿Sobre qué?

—Ha reclamado tu posición.

—¿Qué posición?

—El hombre más solicitado de la corte.

—Puede quedárselo. Tengo más interés en otra posición.

—¿Cuál es?

—Se lo mostraré.

Arrastrando a Aileen en sus brazos, atravesó la puerta de comunicación que conducía a su alcoba. La puso en pie y luego la desvistió.

—Debería bañarme, Jonathan. La mazmorra...

—No —dijo él, pateando botas y calzones por el suelo—. Estás bien tal como estás. Te deseo, Aileen. Dios, cómo te deseo. Necesito saber que eres real.

Estaban sobre la cama, labios, brazos y piernas enredados. Jonathan estaba dentro de ella. Salvajemente, dulcemente, su deseo estalló a través de ellos, a su alrededor. Nada hasta entonces se había comparado con esta dicha. Nunca una mujer pudo complacerle como lo hacía Aileen; nunca un hombre pudo ser tan tierno como Jonathan. Mientras sus suaves gritos resonaban en las paredes, convirtiéndose en música en los oídos del otro, supieron que era la melodía de un amor para siempre.

Mucho después, Jonathan yacía junto a su esposa. El lado ileso de su cabeza se apoyaba en una mano, la palma de la otra acariciaba el vientre plano de Aileen.

—¿De verdad lo crees? —preguntó casi con reverencia.

—Sí. Los signos están ahí.

—Mañana volveremos a Montbourne. Mi hijo nacerá allí.

Aileen sacudió lentamente la cabeza.

—Nos quedaremos en McNamara.

—¿Por qué?

—Porque Broderick me necesita.

Un ceño disgustado se formó a lo largo de la frente de Jonathan.

—El muchacho es capaz de cuidar de sí mismo. De hecho, lo ha hecho durante bastante tiempo.

—Sí, pero es mi hermano. Me gustaría llegar a conocerle.

—Esperas que llegue a estar tan unido a ti como lo estaba Hammish —afirmó él, sabiendo lo mucho que ella echaba de menos a su primo. Quizá pensó que Broderick podría llenar el vacío.

—Estaría bien.

La mirada de Jonathan se desvió un momento.

—Sobre Hammish... Aileen, yo...

Su dedo cayó sobre sus labios.

—Fue un accidente. Estaba gravemente enfermo, Jonathan. Incluso dijo que era mejor así. El no sufrir. No habría podido soportar verlo en agonía. Quizá Hammish también se sentía así. Quizá por eso hizo lo que hizo.

—Sí, tal vez.

Hammish la abandonó.

—Entonces, ¿nos quedaremos en McNamara? —Jonathan la estudió durante un largo momento. No había tenido ocasión de decírselo, pero mientras estaba en Londres, negociando con James sobre el clan Lochlan, había declinado el título de duque, que James insistió en que mantendría para el hijo de Jonathan, así que no tenía planes inmediatos. Aileen era su recompensa, y como la amaba tanto, no podía negarle nada.

—Si acepto quedarme, ¿qué me darás a cambio?

Ella se levantó. Sus labios se encontraron con los de él. Cuando el beso terminó, la cabeza de Jonathan dio vueltas, pero no era por su herida.

—Supongo que deberías ponerte a enseñarme todo lo que hay que saber sobre los Lochlan —dijo él, con su dedo recorriendo los pechos de ella—. De lo contrario, debido a mi ignorancia, podría ofender. Es un hecho, cariño: Eagle está en un nido alienígena.

Una suave carcajada burbujeó de la garganta de Aileen.

—Recuéstate, mi príncipe de cuento de hadas, tengo una historia que contarte.

La cabeza de Jonathan se hundió en la almohada; miró fijamente a su esposa. Con ojos brillantes de promesa, ella se sentó a horcajadas sobre él.

Su dedo trazó el contorno del medallón. Le había salvado la vida, y ella estaba agradecida.

—Es la historia del halcón y la mariquita —dijo ella, y luego, sabiendo que él estaba preparado, se relajó sobre él.

Jonathan respiró temblorosamente.

—Suenan interesantes —ronroneó, sus grandes manos reclamando las caderas de ella.  
—Uno de los estribillos dice: «Mariquita, mariquita, vuela, vuela a los cielos tan alto».  
—Vuela, cariño, y llévame contigo.  
Ansiosa por complacer a su amado señor de leyenda, Aileen hizo lo que él le pedía.

# Notas

---

<sup>[1]</sup> Jacobo Carlos Estuardo (en inglés James VI of Scotland and I of England)

<sup>[2]</sup> La tanistría era un sistema gaélico utilizado en la Edad Media para heredar títulos y tierras.

<sup>[3]</sup> Consistía en una especie de «flotador» colocado sobre las caderas

<sup>[4]</sup> Arma de fuego del siglo XVI de un solo disparo. Se hizo muy popular pronto formó parte del ejército escocés.